Alexei N. Leontiev

# ACTIVIDAD
# CONCIENCIA
## PERSONALIDAD

Alexei N. Leontiev

Este libro,
en tus manos de estudiante,
es instrumento de trabajo
para construir tu educación.
Cuídalo,
para que sirva también
a los compañeros que te sigan.

Tomado de la edición original en ruso, Editorial Politizdat, Moscu, 1975.

Traducción: Lic. Librada Leyva Soler
Prof. Rosario Bilbao Crespo
Lic. Jorge C. Potrony García

Revisión técnica de la traducción: Lic. Franklin Martínez Mendoza

Edición: Dra. María Caridad Granel Pérez
Diseño: Hermanos Alpízar

Primera edición en español, 1981
Primera reimpresión, 1982
Segunda reimpresión, 1983

Edición realizada con autorización del Centro Nacional de Derecho de Autor de la República de Cuba.

EDITORIAL PUEBLO Y EDUCACIÓN
Calle 3ra.A No. 4605, entre 46 y 60,
Playa, Ciudad de La Habana

Impreso por el Combinado Poligráfico Alfredo López,1983

## NOTA A LA EDICIÓN CUBANA

La psicología mundial experimenta, desde hace casi un siglo, una crisis metodológica que destruyó la unidad integral del sistema de los conocimientos psicológicos, fraccionándola en varias escuelas y corrientes, cuyos representantes discrepan entre sí acerca del objeto de su ciencia.

Muchas de estas escuelas son verdaderamente anticientíficas a pesar del arraigo que algunas han obtenido en el pensamiento psicológico. Reflexionando sobre las vías para vencer esta crisis, el académico A. N. Leontiev en este libro demuestra la preponderancia de la metodología marxista en la solución de los problemas fundamentales de la psicología contemporánea.

Alexei Nikolaievich Leontiev, psicólogo soviético recientemente fallecido, fue decididamente una de las mentalidades más brillantes y profundas de la psicología materialista soviética; a él se deben logros fundamentales dentro de la ciencia, como es la teoría de la actividad, base angular de toda la concepción materialista marxista de la psicología.

Discípulo de Vigotski, y uno de sus seguidores, supo, sin embargo, analizar críticamente las ideas de su maestro y enriquecerlas con sus propias concepciones.

Nacido en Moscú, en 1903, se gradúa en la universidad moscovita en el año 1924. A partir de 1941, es profesor titular de esta universidad estatal y en 1945, lo designan Jefe de la Cátedra de Psicología de la Facultad de Filosofía. Desde 1966, ocupó el grado de Decano de la Facultad de Psicología. Miembro activo de la Academia de Ciencias Pedagógicas de la RSFSR desde 1950, y de la URSS desde 1968, obtuvo el premio Lenin en 1963 por su libro Problemas del desarrollo del psiquismo. Asimismo, fue miembro honorífico de la Academia de Ciencias de Hungría, desde 1973, y doctor honorífico de la Universidad de París, a partir de 1968.

Su nuevo trabajo tiene un carácter metodológico y el autor lo enfoca no tanto como fundamentación teórica de unas u otras tesis concreto-psicológicas, sino como la búsqueda de un método para alcanzar estas concepciones, que se desprende del estudio histórico-materialista del hombre. Lo fundamental en este trabajo es el intento de interiorizar las categorías más importantes

para la formación de un sistema armonioso de la psicología como ciencia del origen, el funcionamiento y la estructura del reflejo psíquico de la realidad, en el proceso de la actividad del individuo.

El Instituto de la Infancia promueve la publicación de este libro como un aporte al desarrollo de la teoría y metodología de la psicología marxista, que constituye la única y verdadera psicología científica. El libro requiere un análisis profundo y una lectura cuidadosa, en la que, típico de Leontiev, es necesario releer cada párrafo más de una vez para comprender en toda su dimensión los planteamientos de este genial psicólogo.

El libro está destinado a los investigadores científicos, psicólogos, filósofos y pedagogos, así como profesores y estudiantes de estas ciencias, y a todos los que se interesen por los problemas de la ciencia psicológica.

Instituto de la Infancia

Índice

Prólogo/1

Capítulo I. El marxismo y la ciencia psicológica/13

1. Acerca de los fundamentos generales de la psicología marxista/13
2. Teoría de la conciencia/17
3. Psicología de los procesos cognoscitivos/25

Capítulo II. El reflejo psíquico/38

1. Niveles de investigación del reflejo/38
2. La actividad del reflejo psíquico/45

Capítulo III. El problema de la actividad en la psicología/59

1. Dos enfoques en la psicología-dos esquemas de análisis/59
2. Acerca de la categoría de la actividad con objetos/66
3. La actividad con objetos y la psicología/72
4. Correlación entre la actividad interna y externa/76
5. Estructura general de la actividad/82

Capítulo IV. La actividad y la conciencia/101

1. Génesis de la conciencia/101
2. La trama sensitiva de la conciencia/108
3. La significación como problema de la psicología de la conciencia/114
4. El sentido personal/122

Capítulo V. La actividad y la personalidad/130

1. La personalidad como objeto de la investigación psicológica/130
2. El individuo y la personalidad/142
3. La actividad como base de la personalidad/149
4. Los motivos, las emociones y la personalidad/155
5. Formación de la personalidad/169

Epílogo/189

Anexo. Cuestiones psicológicas de la teoría de la conciencia/192

# PRÓLOGO

Durante mucho tiempo trabajé en la preparación de este pequeño libro, e incluso en la actualidad no puedo considerarlo terminado, muchas cosas en él no han quedado explícitas, sólo se han señalado. ¿Entonces, por qué de todos modos decidí publicarlo?; y de inmediato señalo: no por ser amante de teorizar.

Las tentativas de orientarse en los problemas metodológicos de la ciencia psicológica siempre estuvieron condicionadas por la necesidad constante de encontrar puntos teóricos de referencia, sin los cuales, las investigaciones concretas resultan de corto alcance de un modo inevitable.

Ha transcurrido casi un siglo durante el cual la psicología mundial se ha desarrollado dentro de las condiciones de la crisis de su metodología. Habiéndose escindido en psicología humanitaria, de ciencias naturales, descriptiva y explicativa; el sistema de conocimientos psicológicos proporciona cada vez, nuevas coberturas, en las cuales parece que se pierde el propio objeto de la psicología. Transcurre su reducción, con frecuencia cubierta por la necesidad de desarrollar investigaciones interdisciplinarias. En ocasiones, incluso se oyen voces que abiertamente llaman hacia la psicología como a los antiguos escandinavos: "vengan y reinen con nosotros". La paradoja consiste en que a pesar de todas las dificultades teóricas, en todo el mundo se observa en la actualidad una extraordinaria aceleración del desarrollo de las investigaciones psicológicas, que está condicionada por la presión directa de las exigencias de la vida. Como resultado, la contradicción entre la inmensidad del material real recopilado con escrupulosidad por la psicología en los laboratorios altamente equipados y el estado lamentable de su fundamento teórico y metodológico, se ha agudizado aún más. La negligencia y el escepticismo en relación con la teoría general de la psiquis, la difusión de la descripción sin su análisis, el existencialismo característico de la psicología americana contemporánea —y no sólo de esta— han constituido una barrera en el camino de la investigación de los problemas psicológicos capitales.

No resulta difícil ver la relación que existe entre este fenómeno y el desencanto provocado por las pretensiones injustificadas de las tendencias americanas y de Europa occidental de

realizar en la psicología la largamente esperada revolución teórica. Cuando surgió el behaviorismo, se hablaba del fósforo que se aplica a un tonel de pólvora, luego resultó que no fue el behaviorismo sino la psicología de la Gestalt la que descubrió el principio general, capaz de sacar a la ciencia psicológica del callejón sin salidas al que la llevó al análisis "atomístico" elemental; finalmente, a muchos le daba vueltas la cabeza debido al freudismo, que al parecer ha encontrado en lo inconsciente el punto de apoyo que permite colocar a la psicología sobre sus pies y hacerla verdaderamente vital. Otras tendencias psicológico-burguesas poseían menos pretensiones, pero les esperaba el mismo destino; todas resultaron un bodrio ecléctico que lo prepara cada cual a su manera —psicólogos que buscan la reputación de "grandes inteligencias".

Otro ha sido el camino por el que se ha encauzado el desarrollo de la ciencia psicológica soviética.

Los psicólogos soviéticos han contrapuesto al pluralismo metodológico, la única metodología que permite penetrar en la naturaleza real de la psiquis, de la conciencia del hombre, la metodología marxista-leninista. Han comenzado las perseverantes búsquedas de soluciones a los problemas principales teóricos de la psicología, sobre la base del marxismo. Simultáneamente se acometió el trabajo de la interpretación crítica de los logros positivos de la psicología extranjera y se desplegaron investigaciones concretas de un amplio cúmulo de problemas. Se fomentaron nuevos enfoques y un nuevo aparato conceptual que permitió con bastante rapidez, colocar a la psicología soviética en un nivel científico incomparablemente superior al nivel de la psicología que gozaba del reconocimiento oficial en la Rusia prerrevolucionaria. En la psicología aparecieron nuevos nombres: Blonski y Kornilov, luego, Vigotski, Uznadze, Rubinstein y otros.

Lo fundamental radica en que este fue un camino de luchas incansables y dirigidas hacia un objetivo: el camino de la lucha por el dominio creador del marxismo-leninismo, de la lucha contra las concepciones idealistas, mecanicistas y biologizantes, que se manifiestan en una u otra dirección. Al desarrollar la línea que se contraponía a estas concepciones, fue necesario, paralelamente, evitar el aislamiento científico, de la misma manera que los conceptos de las distintas escuelas existen juntos.

Nosotros todos comprendimos que la psicología marxista no era una corriente independiente, no era una escuela, sino una nueva etapa histórica que lleva implícita el comienzo de la verdadera psicología materialista científica. Comprendimos además, que en el mundo contemporáneo la psicología cumple una función ideológica, que sirve a los intereses clasistas y que esto no puede dejar de tenerse en cuenta.

Los problemas metodológicos e ideológicos continuaron siendo el centro de atención de la psicología soviética, principalmente en el primer período de su desarrollo, que cobró renombre por la edición de libros fundamentales por sus ideas, como Pensamiento y lenguaje, de L. S. Vigotski y Principios de psicología general, de S. L. Rubinstein. Es necesario reconocer, sin embargo, que en los años siguientes, la atención a los problemas metodológicos de la ciencia psicológica decayó un tanto. Esto, por supuesto, no significa que los problemas teóricos se analizaban menos o que se escribía menos sobre los mismos. Cuando digo lo anterior me estoy refiriendo a otra cosa: a la conocida despreocupación metodológica de muchas investigaciones psicológicas concretas, incluyendo las aplicadas.

Este fenómeno lo explican una serie de circunstancias. Una de estas consiste en que tuvo lugar paulatinamente la alteración de las relaciones internas entre la elaboración de los problemas filosóficos de la psicología y la metodología real de las investigaciones que se llevan a cabo. A los problemas filosóficos de la psicología (al igual que a la crítica filosófica de las corrientes extranjeras no marxistas) se han dedicado muchos libros voluminosos, sin embargo, las cuestiones que se refieren a las vías concretas de la investigación de amplios problemas psicológicos no se tocan apenas en estos. Se crea la impresión de una bifurcación psicológica, por una parte, la esfera de la problemática filosófica y por otra, la esfera de los problemas especiales psicológico-metodológicos que surgen de la experiencia de las investigaciones concretas. Claro está, es necesaria la elaboración de los problemas propiamente filosóficos de una u otra rama del conocimiento científico. No obstante, nos referimos a otra cosa: a la elaboración, sobre la base filosófica marxista, de los problemas especiales de la metodología de la psicología como ciencia concreta. Y esto requiere que el pensamiento teórico penetre en esta ciencia como un "dueño interno".

Aclararé mi idea poniendo un ejemplo de uno de los problemas más difíciles que desde hace mucho tiempo se ha planteado ante la investigación psicológica, me refiero al problema de la relación de los procesos psíquicos y de los procesos fisiológicos del cerebro. Es poco probable que haya que convencer ahora a psicólogos de que la psiquis es una función del cerebro y que es necesario estudiar los fenómenos y procesos psíquicos conjuntamente con los fisiológicos. ¿Pero qué significa estudiarlos conjuntamente? Para la investigación psicológica concreta este problema resulta muy complejo. La cuestión es que ninguna comparación directa entre sí de los procesos psíquicos y fisiológicos del cerebro resuelve el problema. Las alternativas teóricas que surgen con esta aproximación tan directa son muy conocidas: o bien esto es una hipótesis del paralelismo que de modo fatal conduce a la comprensión de la psiquis como un epifenómeno; o bien esto es la posición del inocente determinismo fisiológico con la reducción de la psicología a la fisiología; o bien, finalmente, esta es una hipótesis dualista de interacción psicofisiológica que permite la acción de la psiquis inmaterial sobre los procesos materiales que ocurren en el cerebro. Para el pensamiento metafísico sencillamente no existe ninguna otra solución, sólo varían los términos que encubren las mismas alternativas.

Además, el problema psicofisiológico posee para la psicología un sentido concreto por completo y operativo en alto grado, porque el psicólogo debe tener en cuenta el funcionamiento de los mecanismos morfofisiológicos. No se debe reflexionar por ejemplo, sobre los procesos de la percepción sin considerar los datos de la morfología y la fisiología; no obstante, la imagen de la percepción como realidad psicológica es algo completamente distinto a los procesos del cerebro, del que constituye una función. Es evidente que aquí estamos tratando de diversas formas de movimiento, pero se hace necesario plantear un ulterior problema sobre aquellas transiciones de contenido que relacionan entre sí estas formas de movimiento. Aunque este problema es, ante todo, metodológico, su solución requiere un análisis que penetre, como ya dije, en los resultados recopilados por las investigaciones concretas a nivel psicológico y fisiológico.

En otro aspecto, en la esfera de la problemática especialmente psicológica, la atención comenzó a centrarse, cada vez

más, en la minuciosidad para elaborar algunos problemas, en mejorar el equipamiento técnico del experimento de laboratorio, en perfeccionar el aparato estadístico y utilizar las lenguas formales.

Por supuesto que sin esto, el progreso de la psicología en la actualidad es sencillamente imposible. Pero es evidente que hace falta otra cosa y que esto solo es insuficiente; es necesario que al trabajar problemas concretos, las tareas particulares no oculten las más generales, para que la metodología de la investigación no encubra la metodología de la ciencia psicológica.

La cuestión es que el psicólogo investigador al darse a la tarea de estudiar problemas concretos continúa inevitablemente tropezando con los problemas metodológicos fundamentales de la psicología. Estos se manifiestan ante él en su expresión encubierta, de forma tal que la solución de los problemas concretos parece que no depende de los problemas metodológicos sino de la multiplicación y la precisión de los datos empíricos. Surge la ilusión de la "desmetodologización" de la esfera de las investigaciones concretas, lo que acrecienta aún más la impresión de que se produce la ruptura de las relaciones internas entre los fundamentos teóricos generales marxistas de la ciencia psicológica y el estudio de los hechos de su análisis. Como resultado, en el sistema de conceptos psicológicos se forma un vacío al cual tienden espontáneamente las concepciones engendradas por las ideas que son, en esencia, ajenas al marxismo.

La indolencia teórica y metodológica en ocasiones se refleja en el modo de abordar la solución de algunos problemas psicológicos puramente aplicados. Esta se manifiesta, ante todo, en los intentos de aplicar de una forma poco crítica los medios metodológicos no fundamentados científicamente en objetivos prácticos. Cuando se hace esto, con frecuencia se especula en cuanto a la necesidad de relacionar más estrechamente la psicología con los problemas actuales planteados por la etapa contemporánea de desarrollo de la sociedad y por la revolución científico-técnica. La expresión más burda de estos intentos la constituye la práctica de la utilización irreflexiva de los tests psicológicos, con frecuencia importados de los Estados Unidos. Hablo de esto aquí, sólo porque el desarrollo de la práctica del empleo de los tests descubre uno de los "mecanismos" que engendran normas antimetodológicas en la psicología.

Se denominan tests a breves experiencias cuyo objetivo consiste en descubrir (y en ocasiones medir) una u otra propiedad o proceso, que ha sido con anterioridad científicamente interpretado. Cuando, por ejemplo, fue conocida la reacción del tornasol ante el ácido, apareció el test "el papel de tornasol", la variación de su color comenzó a servir de un indicador sencillo de la acidez o alcalinidad del líquido con el que se impregna el papel; el estudio de las particularidades individuales de la percepción del color condujo a la creación de las conocidas tablas de Stilling, las que permiten de acuerdo al grado de diferenciación de las cifras representadas en ellas, emitir, de una forma bastante segura, un juicio sobre la ausencia o presencia de anomalías en la percepción de los colores y su carácter. A los tests de este género, que se emplean en las más diversas esferas de los conocimientos, se les puede denominar "de comprensión", en el sentido de que se apoyan en la noción de contenido acerca de las dependencias que relacionan entre sí los resultados de la aplicación de los mismos con las propiedades, estados o procesos estudiados. Estos tests no están emancipados de la ciencia y no reemplazan a las investigaciones profundas. Un carácter distinto, en principio, poseen los que sirven de medio para eliminar la dificultad de alcanzar conocimientos psicológicos verdaderamente científicos. Un modelo típico de tales tests lo contistuyen los de desarrollo intelectual. Sobre su base descansa el siguiente tratamiento: ante todo se permite la existencia de cierto "flogisto psicológico" denominado don intelectual; luego se inventan toda una serie de problemas, tareas de entre las cuales se seleccionan aquellas que poseen una mayor fuerza diferenciadora, y con estas se confecciona la "batería de tests"; finalmente, sobre la base del procesamiento estadístico de un gran número de experiencias, la cantidad de tareas correctamente resueltas e incluidas en esta batería está en correspondencia con la edad, raza o extracción social de los sometidos a prueba. Un determinado por ciento empíricamente establecido de soluciones se toma por la unidad y la desviación de este se anota en forma de fracción que expresa el "coeficiente intelectual", inherente al individuo o grupo dado.

La inconsistencia de la metodología de este género de tests es evidente. El único criterio sobre cuya base se introducen unas u otras tareas lo constituye su validez, es decir, el grado

de correspondencia de los resultados de su solución con unas u otras expresiones indirectas de las particularidades psicológicas de las personas a las que se les han aplicado los tests. Y esto despertó una disciplina psicológica especial, la llamada testología. No resulta difícil percatarse de que tras semejante transformación de la técnica metodológica en una disciplina independiente, no se oculta algo distinto a la sustitución de la investigación teórica por el burdo pragmatismo.

¿Con esto pretendo decir que se debe prescindir de los tests psicológicos? No, por supuesto, he citado un ejemplo de los tests que por sus características hace mucho tiempo se han desacreditado a sí mismos, para una vez más subrayar la necesidad de realizar un análisis teórico serio, incluso al resolver problemas tales que a primera vista parecen estrictamente metodológicos.

Me he detenido en aquellas dificultades que confronta la psicología científica y no me he referido a sus logros indiscutibles y serios. Pero, precisamente, el tener conciencia de estas dificultades ha constituido por así decirlo el contenido crítico del presente libro. Por supuesto que este no es el único fundamento sobre el cual se apoyan las posiciones desarrolladas en el mismo. A esto condujo en gran medida, la experiencia positiva de las investigaciones concreto-psicológicas tanto de los mías propias, como de las realizadas por otros científicos. Los resultados de estas investigaciones los he tenido en cuenta constantemente, aunque directamente se aluden rara vez en calidad de rápidas ilustraciones; en la mayoría de los casos estos han quedado en los límites de una exposición. Esto último se explica por la necesidad de prescindir de largas retrospectivas, para de esta forma como autor exponer una concepción general más visual y perceptible.

Por esta misma causa el libro no pretende dar una visión de la literatura científica sobre los problemas tratados; muchos trabajos importantes y conocidos al lector no se citan, aunque se sobreentienden. Debido a que esto puede crear una impresión incorrecta debo resaltar que si estos trabajos psicológicos no han sido mencionados, en modo alguno significa que yo considere que no son dignos de atención. El problema de las fuentes filosófico-históricas no se plantea de otra forma: el lector descubre sin dificultad los razonamientos teóricos tras los cuales se esconde el análisis

de algunas categorías no nombradas directamente de la filosofía clásica premarxista. Todo esto son pérdidas que se pueden reparar en un nuevo libro, escrito de una forma distinta por completo. En la actualidad no poseo, lamentablemente, posibilidad para ello.

Cualquier trabajo teórico se puede interpretar de distinta forma, en ocasiones de un modo completamente distinto al presentado por el autor. Por eso, quiero aprovechar la oportunidad para señalar en el prólogo lo que a mi juicio es fundamental en este libro.

Yo considero que lo fundamental en este libro consiste en el afán de comprender psicológicamente las categorías más importantes para construir el sistema no contradictorio de la psicología como ciencia concreta, sobre el origen, funcionamiento y estructura del reflejo psíquico de la realidad, que media en la vida de los individuos. Estas son las categorías de la actividad con objetos, la categoría de la conciencia del hombre y la categoría de la personalidad.

La primera de estas no es solamente la inicial, sino también la más importante. En la psicología soviética este concepto se expresa constantemente, por eso se descubre, en esencia, de diversas formas. El punto central, que forma algo así como una línea divisoria entre la concepción distinta del lugar que ocupa la categoría de la actividad, consiste en si la actividad con objetos se considera sólo una condición del reflejo psíquico y su expresión, o si se considera como el proceso que lleva implícito en sí aquellas contradicciones, desdoblamientos y transformaciones motrices internas que engendra la psiquis y que constituye el momento necesario del propio movimiento de la actividad, de su desarrollo. Si la primera de estas posiciones conduce a la investigación de la actividad en su forma principal, en forma de práctica fuera de los límites de la psicología, tenemos que la segunda posición por el contrario, supone que la actividad, independientemente de su forma, está comprendida en el objeto de la ciencia psicológica, aunque se sobreentiende, de una forma completamente distinta a la forma en que está comprendida en el objeto de otras ciencias.

En otras palabras, el análisis psicológico de la actividad consiste desde el punto de vista de esta segunda posición, en no extraer de esta sus elementos psicológicos internos para después

estudiarlos de una forma aislada, sino en introducir a la psicología unidades de análisis tales, que lleven implícito en sí el reflejo psíquico, en su no separación de los momentos indirectos que origina la actividad humana. Esta posición que yo defiendo requiere sin embargo, la reconstrucción de todo el aparato conceptual de la psicología, que en el presente libro sólo se señala y en gran medida se presenta como una labor a realizar en el futuro.

La categoría de la conciencia es todavía más difícil en la psicología. La teoría general acerca de la conciencia como forma superior y específicamente humana de la psiquis, que surge en el proceso del trabajo social y que supone el funcionamiento de la lengua, constituye una premisa importantísima de la psicología del hombre.

El objetivo de la investigación psicológico consiste en no limitarse al estudio de los fenómenos y procesos en la superficie de la conciencia, sino penetrar en su estructura interna. Pero para esto es necesario que no se considere la conciencia como un sujeto contemplativo del campo donde se proyectan sus imágenes y conceptos sino como un movimiento interno peculiar producido por el movimiento de la actividad humana.

La dificultad aquí radica en destacar la categoría de la conciencia como psicología y ello significa comprender aquellos pasos reales qué relacionan entre sí la psiquis de individuos concretos, así como la conciencia social, sus formas. Esto, no obstante, no se puede hacer sin un análisis previo de aquellos "formadores" de la conciencia individual cuyo movimiento caracteriza su estructura interna. A la presentación de la experiencia de este análisis, sobre cuya base descansa el análisis del movimiento de la actividad, se le ha dedicado un capítulo del libro; no es a mí a quien corresponde juzgar si esta experiencia ha resultado fructífera. Yo sólo quiero centrar la atención del lector en que "el secreto psicológico de la conciencia" permanece encubierto para cualquier método, excepto para el método descubierto por Marx que permite desmixtificar la naturaleza de las propiedades sensitivas superiores de los objetos sociales, a los que pertenece también el hombre como sujeto de la conciencia.

Probablemente, las mayores objeciones pueden suscitarlas los criterios desarrollados por mí sobre la personalidad como objeto

de estudio propiamente psicológico. Yo pienso así, porque decididamente son incompatibles con aquellas concepciones culturo-antropológicas y metafísicas de la personalidad (como con las teorías de la determinación doble: la herencia biológica y el medio social) que invaden en la actualidad la psicología mundial. Esta incompatibilidad es fundamentalmente perceptible al considerar el problema de la naturaleza de los llamados motores internos de la personalidad y el problema de la relación de la personalidad del hombre con sus particularidades somáticas.

Un criterio ampliamente difundido de la naturaleza de las necesidades y atracciones del hombre, consiste en que ellas determinan la actividad de la personalidad, su dirección y que, en correspondencia, la tarea principal de la psicología la constituye el estudio de qué necesidades son propias del hombre y qué vivencias psíquicas (atracciones, deseos, sentimientos) provocan estas.

Otro criterio a diferencia del primero, consiste en comprender de qué forma el desarrollo de la propia actividad del hombre, de sus motivos y medios transforma sus necesidades y da lugar a nuevas necesidades, como resultado de lo cual varía su jerarquía, de tal forma que la satisfacción de algunas de estas las hace descender hasta el status de las condiciones necesarias a la actividad del hombre, a su existencia como personalidad.

Es necesario señalar que los defensores del primer punto de vista antropológico, o mejor dicho naturalista, exponen múltiples argumentos, incluyendo aquellos que metafóricamente se pueden denominar argumentos "del estómago". Por supuesto, que el llenar el estómago de alimentos es una condición indispensable para cualquier actividad con objetos; pero el problema psicológico consiste en otra cosa: cuál será esta actividad, cómo transcurrirá su desarrollo y junto con este la transformación de las propias necesidades.

Si yo he destacado aquí este problema es porque en él chocan concepciones contrapuestas de la perspectiva del estudio de la personalidad. Una de estas conduce a la conformación de la psicología de la personalidad que parte de la primacía del consumo, en el sentido amplio de la palabra (en el lenguaje de los behaviaristas "del refuerzo"); la otra, a la conformación de la psicología que parte de la primacía de la actividad, en la cual el hombre reafirma su personalidad humana.

El segundo problema —el problema de la personalidad del hombre y de sus particularidades corporales— se agudiza en relación con la concepción de que la teoría psicológica de la personalidad no puede estructurarse apoyándose fundamentalmente en las diferencias de la constitución del hombre. ¿Cómo se puede prescindir en la teoría de la personalidad de las acostumbradas referencias a la constitución de Sheldon, a los factores de Eysenk y a los tipos de actividad nerviosa superior de Pavlov? Esta consideración también surge de la equivocación metodológica que depende, en gran medida, de la polisemia del propio concepto de "personalidad". Esta polisemia, sin embargo, desaparece si se acepta el concepto marxista de que la personalidad es una cualidad especial que el individuo natural adquiere en el sistema de relaciones sociales. Entonces el problema se transforma inevitablemente: las propiedades antropológicas del individuo no actúan como determinantes de la personalidad ni como componentes de su estructura, sino como condiciones creadas genéticamente para la formación de la personalidad y como aquello que determina no los rasgos psicológicos, sino las formas y modos de su manifestación. Por ejemplo, la agresividad como rasgo de la personalidad se va a manifestar en el colérico de forma distinta que en el flemático, pero explicar la agresividad por la particularidad del temperamento científicamente no tiene sentido, lo mismo que buscar la explicación de las guerras en el instinto belicoso propio de las personas.

De esta forma, el problema del temperamento, de las propiedades del sistema nervioso, etcétera, no está "proscrito" de la teoría de la personalidad, sino que actúa en otro plano no tradicional —como el problema de la utilización por parte de la personalidad, si así puede decirse de las propiedades y capacidades individuales innatas y esto, para la caracterología concreta, es un problema muy importante que al igual que otra serie de problemas ha quedado sin analizar en este libro.

Las especificaciones hechas en este prefacio (y podrían ser innumerables aún) se han realizado debido a que el autor ha considerado como tarea suya no tanto la afirmación de unos u otros conceptos psicológicos concretos, como la búsqueda del método para su obtención, que parte de la doctrina histórico-materialista acerca de la naturaleza del hombre, de su actividad, conciencia y personalidad.

Como conclusión sólo me resta expresar algunas palabras sobre la composición del libro. Las ideas contenidas en el mismo ya han sido expresadas por el autor en publicaciones anteriores, cuya relación aparece en las observaciones de los capítulos. No obstante, se presentan por primera vez aquí de una forma sistemática.

Por su composición, el libro se divide en tres partes. La primera, la conforman los capítulos I y II que se han dedicado al análisis del concepto de reflejo y del aporte que ha hecho el marxismo a la psicología científica. Estos capítulos sirven de introducción a la parte central en la cual se analizan los problemas de la actividad, la conciencia y la personalidad. Ocupa un lugar destacado la última parte del libro: esta no es la continuación de los capítulos precedentes, sino que constituye uno de los primeros trabajos del autor acerca de la psicología de la conciencia. Han pasado veinte años de la primera y rara vez encontrada edición de este trabajo y muchas cosas resultan caducas. No obstante, contiene algunos aspectos psico-pedagógicos del problema de la conciencia, que en otras partes del libro no se tocan, y que han continuado siendo preferidos del autor. Esto fue lo que hizo que el trabajo se incluyera como parte del libro.

Moscú, junio, 1974.

# CAPÍTULO I

## EL MARXISMO Y LA CIENCIA PSICOLÓGICA

### *1. ACERCA DE LOS FUNDAMENTOS GENERALES DE LA PSICOLOGÍA MARXISTA*

La doctrina de Carlos Marx produjo un viraje en las ciencias sociales, en la filosofía, en la economía política, en la teoría del socialismo. La psicología, como se sabe, durante muchos años se mantuvo aislado de la influencia del marxismo. El marxismo no se admitía en los centros científicos oficiales de psicología y el nombre de Carlos Marx en el transcurso de más de medio siglo después de publicadas sus obras principales, apenas se mencionaba en los trabajos de los psicólogos.

Sólo a principios de los años veinte, por primera vez, los científicos de nuestro país plantearon la necesidad de elaborar conscientemente la psicología sobre la base del marxismo.[1] Así, fueron los científicos soviéticos quienes descubrieron a Marx para la ciencia psicológica mundial.

Al principio, la tarea de crear la psicología marxista se entendía como la tarea de criticar las ideas filosóficas idealistas que prevalecían en la psicología, e introducir algunos conceptos de la dialéctica marxista. En este sentido, característico fue el título del manual de psicología editado en 1926 y escrito por K. N. Kornilov, que se denominaba así: Manual de psicología expuesto desde el punto de vista del materialismo dialéctico. En este trabajo, al igual que en otros de este período, muchas ideas y conceptos básicos del marxismo-leninismo, incluyendo el concepto del reflejo, quedaron sin descubrir. Aunque Kornilov y otros autores de la época expusieron la idea acerca de la naturaleza social de la psiquis humana, no obstante, con frecuencia era interpretada con ingenuidad en el espíritu de la condicionalidad biosocial de la conducta de las personas.

[1] KORNILOV, K. N.: *La psicología contemporánea y el marxismo.* Leningrado, 1923.

Solamente después de los trabajos de L. S. Vigotski[1] y S. L. Rubinstein,[2] la importancia del marxismo para la psicología comenzó a comprenderse de una forma más completa. El enfoque histórico de la psiquis del hombre, la doctrina concreto-psicológico de la conciencia como la forma superior del reflejo de la realidad, el concepto de actividad y de conducta, se desarrollaron. Transcurrió el proceso de comprensión paulatina de la importancia de los trabajos de los clásicos del marxismo para la ciencia psicológica; resultó más evidente que el marxismo había creado una teoría amplia que ponía al descubierto la naturaleza y las leyes generales de la psiquis, de la conciencia; y resultó también evidente que el aporte del marxismo a la ciencia psicológico, por su importancia, es incomparable con los descubrimientos teóricos hechos en la psicología, tanto en el período premarxisto como después de Marx.

El tomar conciencia de esto fue el resultado de un gran trabajo teórico de muchos psicólogos marxistas, incluyendo los extranjeros.[3]

Pero en la actualidad todavía no se puede decir que la psicología ha agotado el tesoro de ideas del marxismo-leninismo. Por eso volvemos de nuevo a los trabajos de Carlos Marx, que resuelven los problemas teóricos más complejos y profundos de la ciencia psicológica.

En la teoría del marxismo, la doctrina acerca de la actividad humana, acerca de su desarrollo y sus formas, posee una importancia decisiva para la psicología.

Es sabido que Marx comienza sus famosas tesis sobre Feuerbach indicando "la principal deficiencia de todo el materialismo precedente"; la cual sólo concibe al objeto, a la realidad bajo la forma de objeto, o de contemplación, pero no como la actividad sensorial humana, como práctica de un modo subjetivo.[4]

[1] VIGOTSKI, L. S.: "La conciencia como problema de la psicología de la conducta", en el manual *Psicología y marxismo.* Moscú, 1924. Del mismo autor: *Pensamiento y lenguaje.* Moscú, 1934.

[2] RUBINSTEIN, S. L.: "Los problemas de la psicología en los trabajos de C. Marx", en *Psicotécnica soviética*, no. 1, 1934. Del mismo autor: *Principios de psicología general.* Moscú, 1940.

[3] Uno de los primeros autores extranjeros que planteó la necesidad de construir la psicología sobre la base marxista fue G. Politzer. (POLITZER, G.: *Revue psychologie concrete*, nos. 1 y 2, 1929.)

[4] MARX, C. y F. ENGELS: *Obras completas.* t. 3, p. 1.

Al referirse a la contemplación del viejo materialismo, Marx toma en consideración el hecho de que Feuerbach consideraba al materialismo sólo como el resultado de la influencia de los objetos sobre los órganos de los sentidos del sujeto que despliego la actividad cognoscitiva y no como el producto del desarrollo de su actividad en el mundo de los objetos. De este modo, el viejo materialismo separaba el conocimiento de la actividad sensorial, de los relaciones prácticos vitales del hombre con el mundo que lo rodea.

Al introducir el concepto de actividad en lo teoría del conocimiento, Marx le dio un riguroso sentido materialista; para Marx la actividad en su forma inicial y principal es la actividad práctica sensitiva mediante lo cual las personas entran en contacto práctico con los objetos del mundo circundante, experimentan en sí su resistencia, influyen sobre ellos, subordinándose a sus propiedades objetivas. En esto consiste la diferencia fundamental que existe entre la doctrina marxista sobre la actividad, y lo idealista que reconoce la actividad sólo en su forma abstracto y especulativa.

La profundo transformación realizada por Marx en lo teoría del conocimiento consiste en que lo práctica humana se entendió como lo base del conocimiento humano, como el proceso en cuyo curso surgen los toreas cognoscitivos, se engendran y desarrollan la percepción y el pensamiento del hombre y que además, posee el criterio de la adecuación y la veracidad de los conocimientos; en la práctico, dice Marx, el hombre debe demostrar la verdad, la realidad y el poderío, el carácter multifacético de su pensamiento.

Al hacer referencia a estas tesis de Marx tan conocidas, es necesario resaltar que ninguno de ellas puede ser tomada aisladamente, separado de la doctrina marxista en su conjunto. En particular esto refiere además el concepto del papel de lo práctico, concepto que algunos tergiversadores contemporáneos del marxismo tratan de interpretar como aquel que expresa y fundamenta el punto de visto pragmático.

En realidad el descubrimiento filosófico de Marx no consiste en identificar la práctica con el conocimiento sino en que el conocimiento no existe fuera del proceso vital, que por su naturaleza propia es un proceso material y práctico. El reflejo de la realidad surge y se desarrolla en el proceso del desenvolvimiento

de las relaciones reales de la persona, que despliega la actividad cognoscitiva, con el mundo humano que le rodea; está determinado por estas relaciones y a su vez ejerce una influencia inversa sobre su desarrollo.

"Las premisas de las cuales partimos —leemos en la Ideología alemana—, no son arbitrarias, no son dogmas, son premisas reales, de las cuales se puede prescindir sólo en la imaginación. Son los individuos reales, la actividad de los mismos y las condiciones materiales de su vida..."[1] Estas premisas constituyen además tres elementos fundamentales necesarios, tres eslabones, cuyas relaciones dialécticas conforman un sistema único que se desarrolla por sí mismo.

En la propia organización corporal de los individuos está implícita la necesidad de establecer un contacto activo con el mundo exterior, para subsistir deben actuar, producir los medios que necesitan para la vida. Al influir sobre el mundo exterior lo transforman y con esto ellos se transforman también. Por eso, todo lo que son está determinado por su actividad que a su vez está condicionada por el nivel de desarrollo que han alcanzado sus medios y formas de organización.

Sólo en el transcurso del desenvolvimiento de estas relaciones se desarrolla asimismo el reflejo psíquico de la realidad por parte de las personas. "... Las personas que desarrollan su producción material y su comunicación material, transforman conjuntamente con esta realidad, su pensamiento y los productos de su pensamiento."[2]

En otras palabras, el pensamiento, la conciencia, los determina la vida cotidiana real, la vida de las personas y existen sólo como su conciencia, como producto del desarrollo de un sistema establecido de relaciones objetivas. Este sistema en su autodesarrollo forma diversas infraestructuras, relaciones y procesos que pueden llegar a ser objeto de estudio de algunas ciencias. Sin embargo, la exigencia marxista consiste en que se contemplen dentro de este sistema general y no aislados de él. Se sobreentiende que esta exigencia se refiere también al estudio psicológico de las personas, a la ciencia psicológica.

[1] MARX, C. y F. ENGELS: *Obras completas*. t. 3. p. 18.

[2] *Ibidem*, p. 25.

La vieja psicología metafísica conocía sólo a individuos abstractos que estaban sometidos a la influencia del medio exterior en contraposición con ellos y que por su parte, manifestaban las capacidades psíquicas inherentes: percepción, pensamiento, voluntad, sentimientos. Resulta indiferente si el individuo piensa como una cierta máquina de reacción (aunque programada de una forma muy compleja), o está dotado de fuerzas espirituales que se manifiestan de un modo autóctono. Semejante al Santo Sancho[1] del cual se mofó Marx, y que suponía cándidamente que golpeando el acero extraíamos el fuego que guarda la piedra; el psicólogo metafísico piensa que la psiquis se extrae del propio sujeto, de su cabeza, que las partículas de fuego no se desprenden de la piedra sino del acero y lo principal, que toda la cuestión radica en que estas partículas son producto de la interacción candente de la piedra y el acero. El psicólogo metafísico también pasa por alto un eslabón fundamental, que son los procesos que intervienen en las relaciones del sujeto con el mundo real, los procesos a través de los cuales transcurre el reflejo de la realidad, el paso de lo material a lo ideal. Y estos, en esencia, son los procesos de la actividad del sujeto, inicialmente, siempre, de la actividad externa práctica y luego, de la actividad que requiere una forma de actividad de la conciencia.

El análisis de la actividad constituye el punto decisivo y el método principal del conocimiento científico del reflejo psíquico, de la conciencia. En el estudio de las formas de la conciencia social está el análisis de la vida cotidiana de la sociedad, de las formas de producción propias de esta y del sistema de relaciones sociales; en el estudio de la psiquis individual está el análisis de la actividad de los individuos en las condiciones sociales dadas y en las circunstancias concretas que les ha tocado en suerte a cada uno de ellos.

## *2. TEORÍA DE LA CONCIENCIA*

Marx sentó las bases de la teoría psicológica concreta de la conciencia, que abrió perspectivas completamente nuevas para la ciencia psicológica.

Aunque la psicología empírico-subjetivista precedente se llamaba a sí misma, de buen grado, ciencia sobre la conciencia,

[1] MARX, C. y F. ENGELS: Ob. cit. p. 423.

en realidad nunca lo fue. Los fenómenos de la conciencia, o se estudiaban en un plano puramente descriptivo desde posiciones parolelistas epifenomenológicas, o no eran considerados como objeto del conocimiento científico-psicológico y así lo exigían los representantes más radicales de la llamada "psicología objetiva".[1] Sin embargo, el sistema coherente de la ciencia psicológica no puede ser constituido aparte de la teoría científica concreta de la conciencia. Esto lo evidencian las crisis teóricas que surgen constantemente en lo psicología a medida que se recopilan los conocimientos psicológicos concretos, cuyo volumen a partir de la segunda mitad del siglo pasado aumentó rápidamente.

El secreto central de la psiquis humana, ante el cual se detuvo la investigación científico-psicológica, consistía en la propia existencia de los fenómenos psíquicos internos, en el hecho de lo representación por el sujeto del mundo que le rodea. Este secreto psicológico no pudo ser descubierto por la psicología premorxista y continúa sin descubrirse en lo psicología contemporánea que se desarrolla al margen del marxismo.

La conciencia descuella invariablemente en la psicología como algo fuera de lo establecido, como la condición para que transcurran los procesos psíquicos. Esta era la posición adoptada por Wundt. Lo conciencia, escribió él, consiste en que cualesquiera que sean los estados psíquicos los encontramos en sí, por eso no podemos conocer la esencia de la conciencia. "Todos los intentos de determinar la conciencia (...) conducen a la tautología o a determinaciones de las actividades que tienen lugar en lo conciencia y que no constituyen la esencia porque suponen la conciencia."[2] La misma idea dicha de una forma más tajante la encontramos en Natorp: la conciencia está exenta de estructura propia, sólo es uno condición de la psicología, pero no es su objeto. Aunque su existencia supone un hecho psicológico fundamental y por completo fidedigno, no está sujeta o definiciones y se extrae sólo de sí misma.[3]

[1] WATSON, J.: "Psychology as the Behaviorists Views", en *Psychological Review*, vol. 20, 1913. Mucho antes la necesidad de prescindir por completo de los conceptos y términos psicológicos fue emitida por un grupo de zoopsicólogos (BEER, T. y J. UEXÜLL: "Vorschläge su einer objektive Nomenklatur", en *Biologishes Zehtralblatt*. Bd. XIX. 1899).

[2] WUNDT, W.: *Fundamentos de la psicología fisiológica*. p. 738. Moscú, 1880.

[3] NATORP, P.: *Einleitungin diePsychologie*. pp. 14, 112. Berlin, 1888.

La conciencia está exenta de cualidad porque ella misma es una cualidad, la cualidad de los fenómenos y procesos psíquicos; esta cualidad se expresa en su capacidad de presentación al sujeto (Stout). La cualidad no se puede definir; ella sólo puede ser o no ser. [1]

La idea de la extradeterminación de la conciencia consistía en la conocida comparación de la conciencia con un escenario en el cual se desenvuelven los acontecimientos de la vida espiritual. Para que estos acontecimientos puedan sucederse es necesario un escenario, pero el propio escenario no participa en los acontecimientos.

Así, la conciencia es algo extrapsicológico, que psicológicamente no posee cualidad, aunque esta idea no se expresa siempre de un modo directo se da a sobreentender constantemente. Ningún intento anterior de caracterizar la conciencia desde el punto de vista psicológico entra en contradicción con esta. Me refiero, ante todo, a aquella concepción cualitativa de la conciencia que de una forma muy directa fue expresada por Ledd: la conciencia es aquello que disminuye y aumenta, que parcialmente se pierde en el sueño, y totalmente en un desmayo. [2]

Es una "luminiscencia" peculiar, un rayo de luz que se traslada, o mejor dicho, un proyector, cuya luz ilumina el campo interior y exterior. Su traslación por este campo se expresa en los fenómenos de la atención, en los cuales la conciencia recibe exclusivamente su característica psicológica, pero de nuevo lo referente a lo cuantitativo y espacial. El "campo de la conciencia" (o lo que es lo mismo el "campo de la atención") puede ser más estrecho, más concentrado, o más amplio, más disperso; puede ser más estable o menos estable, puede fluctuar. Pero a pesar de esto la descripción del propio "campo de la conciencia" continúa estando exenta de cualidades y de estructura. Las "leyes de la conciencia" planteadas, poseían un carácter puramente formal; tales son las leyes de la claridad relativa de la conciencia, de la ininterrupción de la conciencia, del flujo de la conciencia.

[1] STOUT: *Psicología analítica.* Moscú, 1920.

[2] En nuestra literatura psicológica esta idea encontró su experiencia original en la experiencia de la sistematización de la psicología propuesta por P. P. Blonski (BLONSKI, P. P.: *Ensayos psicológicos.* Moscú, 1927).

A las leyes de la conciencia a veces se le adjudican otras, tales como la ley de la asociación, o las leyes de la integridad, de la pregnancia, etcétera, expuestas por la psicología de la Gestalt, pero estas leyes se refieren a los fenómenos de la conciencia y no a la conciencia como forma peculiar de la psiquis y por eso tienen igual vigencia tanto en relación a su campo como en relación a los fenómenos que surgen de este campo; tanto a nivel del hombre como a nivel de los animales.

La teoría de la conciencia que se remonta a la escuela sociológica francesa (Durkheim, De Roberti, Jalbaks y otros)[1] ocupa una posición un tanto especial. Como se sabe, la idea principal de esta escuela, que se refiere al problema psicológico de la conciencia, consiste en que la conciencia individual surge como resultado de la influencia de la conciencia de la sociedad sobre el hombre, bajo cuya influencia su psiquis se socializa e intelectualiza; esta psiquis socializada e intelectualizada del hombre es su conciencia. No obstante en esta concepción se conserva por completo la falta de cualidad psicológica de la conciencia, aparece como una cierta superficie sobre la cual se proyectan los conceptos que constituyen el contenido de la conciencia social. Así, la conciencia se identifica con el conocimiento: la conciencia es la "con-ciencia", el producto de sus relaciones.

Otra tendencia, de las tentativas de caracterizar psicológicamente la conciencia, consistía en presentarla como la condición para unir la vida psíquica interior. La unión de las funciones psíquicas, de las capacidades y las propiedades constituyen la conciencia; por eso, esto es, escribió Lipps, al mismo tiempo la autoconciencia.[2] James expresó esta idea de una forma más simple en su carta dirigida a K. Stumpf: la conciencia es la "dueña absoluta de los funcianes psíquicas". Pero, precisamente, en el ejemplo de James se ve claramente que la interpretación de la conciencia se queda por completo en los límites del estudio de su falta de cualidad e indefinición. James dijo lo

[1] RUBINSTEIN, S. L.: *Principios y vías de desarrollo de la psicología.* pp. 308-330. Moscú, 1959.

[2] LIPPS, G.: "Los caminos de la psicología." Discurso pronunciado en el V Congreso mundial de psicología. 1905.

siguiente de sí: "hace ya veinte años que dudo de la existencia de lo que existe, nombrado conciencia (...) me parece que ha llegado el momento de abjurar abiertamente de ella."[1]

Ni la introspección experimental de los seguidores de la escuela de Würzburgo, ni la fenomenología de Husserl y de los existencialistas estaban en condiciones de penetrar en la constitución de la conciencia. Por el contrario, ellos sobreentendiendo por conciencia su composición fenomenológica con sus relaciones internas ideales, persisten en la "despsicologización", si se puede expresar, de las relaciones internas. La psicología de la conciencia se disuelve por completo en la fenomenología. Resulta curioso señalar que los autores que se habían trazado como objetivo penetrar "en" la conciencia y que han desarrollado el estudio de la esfera inconsciente de la psiquis, mantenían su posición de entender la conciencia como la organización relacional de los procesos psíquicos (Freud). Al igual que otros representantes de la psicología profunda, Freud lleva el problema de la conciencia fuera de la esfera de la propia psicología. Y es que la instancia principal que representa la conciencia, "superior" en esencia, es la metapsíquica.

Las posiciones metafísicas en cuanto al enfoque de la conciencia no pudieron por sí mismas conducir a la psicología a ninguna otra comprensión de ella; aunque la idea del desarrollo penetró en el pensamiento psicológico premarxista, fundamentalmente en el período posterior a Spencer, no se extendió hacia la solución del problema de la naturaleza de la psiquis humana, de este modo, esta última se continuó considerando como algo preexistente y que sólo se complementa con nuevos contenidos. Estas posiciones metafísicas fueron destruidas por la concepción dialéctico-materialista que abrió nuevas perspectivas ante la psicología de la conciencia.

El punto de partida del marxismo en cuanto a la conciencia consiste en que esta deviene una forma cualitativamente específica de la psiquis. Aunque la conciencia posee su larga prehistoria en la evolución del mundo animal, surge por primera vez

[1] JAMES, W.: "¿Existe la conciencia?", en *Nuevas ideas en la filosofía*. Manual no. 4. Moscú, 1910.

en el hombre durante el proceso de establecimiento del trabajo y de las relaciones sociales; la conciencio, desde sus inicios, es un producto social.[1]

La concepción marxista acerca de lo necesidad y función real de lo conciencia, excluye por completo lo posibilidad de considerar en la psicología los fenómenos de lo conciencia sólo como epifenómenos que acompañon a los procesos del cerebro y a la actividad que estos realizan. Además, la psicología, por supuesto, no puede postular simplemente la actividad de la conciencia. El objetivo de la ciencia psicológica consiste en explicar científicamente el papel activo de la conciencia y esto sólo es posible a condición de que varíe radicalmente el propio enfoque del problema, y ante todo, a condición de que se deniegue el criterio antropológico limitado de la conciencia, que induce a buscar su explicación en los procesos que se desencadenan en lo cabezo del individuo por influencia de los estímulos que inciden sobre él, el criterio que de un modo inevitable hace que la psicología vuelva a las posiciones paralelísticos.

La explicación verdadera de la conciencia no descansa en estos procesos, sino en las condiciones sociales y en las formas de aquella actividad que condiciona su necesidad en la actividad laboral. Esta actividad se caracteriza porque su materialización, su extinción, según expresión de Marx tiene lugar en el producto. "Aquello —escribe Marx en El capital— que por parte del obrero se manifiesta en forma de actividad (Unruhe)* ahora en el producto actúa en forma de propiedad demostronte (ruhende Eigenschaft), en forma de existencia."[2]

"Durante el proceso del trabajo, leemos más abajo, el trabajo paso constantemente de la forma de actividad o lo forma de existencia, de la formo de movimiento a la forma de objeto."[3]

En este proceso tiene lugar la objetivización de aquellas representaciones que estimulan, dirigen y regulan la actividad del

[1] MARX, C. y F. ENGELS: *Obras completas*. p. 29

[2] _____: Ob. cit. t. 23. p. 192.

[3] *Ibídem*, p. 200.

*Hemos querido respetar las aclaraciones en otros idiomas, que hace el autor en el título en ruso, porque precisamente las emplea para dar claridad a la terminología utilizada. *(N. del E.)*

sujeto. En su producto adquieren una nueva forma de existencia en forma de objetos externos perceptibles por los sentidos. Ahora, en su forma externa, exteriorizada o exotérica se convierten por sí mismas en objetos del reflejo. La correlación con las representaciones iniciales constituyen el proceso de la toma de conciencia de las mismas por parte del sujeto —proceso como resultado del cual ellas reciben en la cabeza de este, su desdoblamiento, su existencia ideal.

Tal descripción del proceso de la toma de conciencia es, sin embargo, incompleto. Para que este proceso pueda realizarse, el objeto debe presentarse ante el hombre como el contenido psíquico impreso de la actividad, es decir, en su aspecto ideal. La distinción de este último, no puede, sin embargo, comprenderse abstrayéndose de las relaciones sociales que de modo necesario establecen los participantes en el trabajo, de la comunicación que entre sí produce el lenguaje, que sirve para denotar el objeto, los medios y el propio proceso del trabajo. Los actos de significación no son otra cosa que actos de separación de la parte ideal de los objetos, y la apropiación por parte de los individuos del lenguaje es la apropiación del significado a través de la interiorización. "... La lengua —indican Marx y Engels— es lo práctico, lo que existe para otras personas y así mismo lo que existe para mí, la conciencia real..."[1]

Esta concepción, sin embargo, en modo alguno puede ser interpretada en el sentido de que la conciencia es engendrada por la lengua. La lengua no es su demiurgo sino la forma de su existencia. Así las palabras, los signos lingüísticos, no son simplemente los sustitutos de las cosas, sustitutos convencionales. Tras las acepciones de las palabras se esconde la práctica social transformada y cristalizada en su actividad, en cuyo proceso se abre ante el hombre la realidad objetiva.

Por supuesto, el desarrollo de la conciencia en cada individuo, no repite el proceso socio-histórico de producción de la conciencia. El reflejo consciente del mundo, no surge en él como resultado de la proyección directa sobre su cerebro de resentaciones y conceptos elaborados por las generaciones antecesoras. Su conciencia es también el producto de su actividad en el mundo de los objetos. En esta actividad en la que media la

[1] MARX, C. y F. ENGELS: Ob. cit. t. 3. p. 29.

comunicación con otras personas, tiene lugar el proceso de apropiación (Aneignung) por parte de él, de las riquezas espirituales acumuladas por el género humano (Menschengattung) y plasmada en forma sensitiva objetal.[1] Así, la propia existencia de los objetos de la actividad humana (Marx dice —las industrias—, aclarando que toda la actividad humana fue hasta ahora trabajo, es decir, la industria) actúa en calidad de psicología humana[2] que sensitivamente se presenta ante nosotros.

De esta manera, el descubrimiento radical de Marx para la teoría psicológica consiste en que la conciencia no es la manifestación de cierta capacidad mística del cerebro humano de radicar la "luz de la conciencia" bajo la influencia de las cosas que actúan sobre él, o sea, de los estímulos, sino que es el producto de elementos determinados, es decir, de las relaciones sociales que establecen las personas y que sólo se realizan mediante el cerebro, órganos de los sentidos y órganos de acción de los mismos. En los procesos surgidos por estas relaciones tiene lugar la sustitución de los objetos en forma de sus imágenes subjetivas en la cabeza del hombre, en forma de conciencia.

Conjuntamente con la teoría de la conciencia, Marx elaboró los fundamentos de la historia científica de la conciencia de las personas. La importancia de esto para la ciencia psicológica apenas se puede aquilatar en su justo valor.

Independientemente de que la psicología dispone de un gran material en cuanto al desarrollo histórico del pensamiento, de la memoria y de otros procesos psíquicos, recopilados fundamentalmente por los historiadores de la cultura y etnógrafos, el problema de las etapas históricas de la formación de la conciencia ha quedado sin resolver.

Marx y Engels no sólo crearon el método general de la investigación histórica de la conciencia, sino que descubrieron además aquellas transformaciones fundamentales que ha sufrido la conciencia del hombre en el curso del desarrollo de la sociedad. Nos referimos, fundamentalmente, a la etapa inicial del proceso de formación de la conciencia y el lenguaje, a la etapa de transformación de la conciencia en una forma general y específica de la psiquis humana, en la que el reflejo en forma de con-

[1] MARX, C. y F. ENGELS: Ob. cit. t. 3. p. 29.

[2] *Ibídem.*

ciencia es extensivo a todos los fenómenos del mundo que rodean al hombre, a su propia actividad, y a sí mismo.[1] Posee también una importancia fundamental la teoría de Marx sobre aquellas transformaciones de la conciencia que esta sufre en las condiciones del desarrollo de la división social del trabajo, de la separación de la masa fundamental de productos de los medios de producción y del aislamiento de la actividad teórica de la práctica. La expropiación económica originada por el desarrollo de la propiedad privada conduce a la enajenación, a la desintegración de la conciencia de las personas. Esta última se expresa en la inadecuación que surge del sentido que para el hombre adquiere la actividad y su producto con respecto a su significación objetiva. Esta desintegración de la conciencia se destruye conjuntamente con la destrucción de las relaciones de la propiedad privada que la engendra, con el paso de transición de la sociedad clasista a la comunista.

"... El comunismo —escribió Marx— se considera como la reintegración o la regresión del hombre a sí mismo, como la destrucción de la autoenajenación humana..."[2]

Estos conceptos teóricos de Marx adquieren en nuestros tiempos un sentido actual. Orientan a la ciencia psicológica en el enfoque de los complejísimos problemas de las transformaciones que sufre la conciencia del hombre en la sociedad socialista, en la comunista; en la solución de aquellos problemas psicológicos concretos que se manifiestan hoy en día no sólo en la esfera de la educación de la nueva generación, sino también en el campo de la organización del trabajo, de la comunicación de las personas y en otras esferas de la manifestación de la personalidad humana.

### *3. PSICOLOGÍA DE LOS PROCESOS COGNOSCITIVOS*

La doctrina marxista acerca de la naturaleza de la conciencia creó la teoría general de la psiquis humana. Conjuntamente con esto encontró su realización en la solución teórica de grandes problemas, tales como el problema de la percepción y del pen-

[1] *Ibídem.*

[2] MARX, C. y F. ENGELS: *De las primeras obras.* p. 588.

samiento. En cada uno de estos Marx aportó ideas que para la psicología científica son básicas. Estas ideas anticiparon muchos años la dirección principal del desarrollo, en el campo del estudio psicológico, de la percepción y de la actividad del pensamiento del hombre.

El marxismo considera la percepción, es decir, el reflejo directamente sensible de la realidad, como una etapa, como la forma principal del conocimiento, que se alcanza en el proceso del desarrollo histórico del hombre con un alto grado de perfeccionamiento.

Se sobreentiende que las posibilidades de la percepción están condicionadas por el mecanismo de los órganos de los sentidos del hombre, por su capacidad sensorial, o hablando en el lenguaje de las primeras obras de Marx, por sus fuerzas esenciales correspondientes. Sin embargo, para que en la cabeza del hombre surja la imagen táctil, visual o auditiva del objeto, es necesario que entre el hombre y el objeto se establezca una relación activa. De los procesos que realizan esta relación depende la educación y el carácter completo de la imagen. Esto significa que para explicar científicamente el surgimiento y particularidades de la imagen subjetiva sensorial no resulta suficiente con estudiar, por una parte, el mecanismo y funcionamiento de los órganos de los sentidos, y por otra parte, la naturaleza física de las influencias ejercidas sobre estos por el objeto. Es necesario además, penetrar en la actividad del sujeto en su relación directa con el mundo de los objetos.

El enfoque contemplativo-sensual de la percepción que prevalecía en la psicología premarxista era completamente distinto. Este enfoque encontró su expresión en la concepción al parecer axiomática, que fue formulada por los psicólogos sensualistas. Para que en la conciencia del hombre surja la imagen del objeto es suficiente tener el objeto delante de los ojos.

De un lado, conociendo al hombre con sus particularidades morfofisiológicas, y de otro, el mundo de las cosas contrapuestas a él, la investigación psicológica de la percepción se encontró ante dificultades teóricas irresolubles. En particular, no se podía explicar lo principal, la adecuación de la imagen subjetiva de la realidad objetiva. Por eso, la psicología de la percepción en realidad no estaba en condiciones de salir fuera de los límites de las interpretaciones del espíritu del idealismo

fisiológico y del jeroglítico y se vio obligada a apelar a conceptos tales, como capacidad para la estructuración, para la formación de la Gestalt. De este modo, muchos factores de la esfera de la percepción han quedado, no obstante, sin explicación. Entre estos tenemos en particular el factor capital, que consiste en que los efectos provocados en nuestros órganos por la influencia de los objetos externos no los percibimos como sus propios estados, sino como algo que se encuentra fuera de nosotros, factor que a propósito, fue utilizado por Marx para esclarecer uno de los aspectos de la transformación de las relaciones humanas en la conciencia de los hombres, en las relaciones de las cosas que se encuentran fuera de ellos.[1]

Sólo bajo la presión de hechos cada vez más nuevos, recopilados fundamentalmente en los últimos años de la Gestalt, los esfuerzos de los investigadores se dirigieron al estudio de aquella actividad del sujeto en cuyo proceso se forman las imágenes de la percepción. Aparecieron innumerables trabajos dedicados a la investigación de la génesis de la estructura y de la composición de las acciones perceptuales, táctiles, visuales y auditivas. De este modo, se necesitó un siglo completo para que la psicología se liberase del enfoque de la percepción como resultado de la influencia unilateral de las cosas exteriores sobre el mundo pasivo, contemplativo del sujeto y para que ella comenzara a darle un nuevo enfoque a los procesos perceptuales.

Por supuesto, dentro de este nuevo enfoque continúan contraponiéndose entre sí las líneas filosóficas opuestas, la línea del materialismo y del idealismo. La primera requiere la comprensión de la actividad de la percepción como del proceso comprendido en las relaciones prácticas vitales del hombre con la realidad objetiva, como del proceso en el cual lo material se traduce, según expresión de Marx, en algo ideal. La segunda, la idealista, enfoca esta actividad de la percepción como el mundo construido por las cosas.

A lo que se señala, debemos añadir que los datos de las investigaciones experimentales particulares contemporáneas de las acciones, operaciones perceptuales por sí mismas, no proporcionan la solución teórica del problema de la percepción humana. Su importancia real puede ser comprendida en el contexto

[1] MARX, C. y F. ENGELS: *Obras completas.* t. 23. p. 82.

más amplio del estudio de la unidad del sujeto y del objeto, de la naturaleza socio-histórica de las relaciones del hombre con el mundo de los objetos.

A pesar de que la actividad de la percepción es una actividad peculiar, en el sentido de que en sus formas desarrolladas no está directamente relacionada con la influencia práctica del hombre sobre el objeto y posee en calidad de producto una imagen subjetiva del objeto (es decir, un producto ideal), no obstante, se transforma en una actividad verdaderamente objetal que se subordina a su objeto, que lleva implícito en sí la práctica social humana. "El ojo —dice Marx— devino un ojo humano en la misma forma que su objeto devino en objeto social creado por el hombre y para el hombre. Por eso los sentidos en su práctica directa devinieron teóricos." Y sigue diciendo: "la formación de los cinco sentidos externos es un trabajo de toda la historia mundial hasta el presente".[1]

Las concepciones citadas toman en consideración directamente al hombre social, al hombre genérico, a su actividad genérica, es decir, al proceso socio-histórico. Pero el individuo aislado como hombre no existe fuera de la sociedad. Se convierte en hombre sólo como resultado del proceso de apropiación por parte de él, de la actividad humana. La actividad de la percepción constituye una de las formas por la cual se realiza este proceso.

Para la psicología empírica anterior semejantes ideas continuaron siendo ajenas. Sólo unos pocos pensadores más perspicaces se aproximaron al concepto de que tras la percepción descansa la práctica encubierta y que el ojo, o la mano que efectúa el tacto, no se pierden en sus objetos solamente porque aprenden a realizar las acciones y las operaciones perceptuales que se han formado en la práctica. Pero estas ideas, precisamente, nos llevan a comprender la naturaleza real de la percepción humana.

Conjuntamente con las bases teóricas de la psicología científica de la percepción, Marx creó las bases fundamentales de la psicología de los procesos del pensamiento. Sólo la doctrina marxista permite eliminar tanto el punto de vista idealista sobre el pensamiento, que coloca al pensamiento por encima de la

[1] MARX, C. y F. ENGELS: *De las primeras obras.* pp. 592, 594.

sensibilidad, como el de la limitación del materialismo metafísico, que lleva al pensamiento hacia los procesos elementales de análisis y de generalizaciones de las impresiones sensibles y hacia la formación de asociaciones entre estos. En contraposición con esto el marxismo, como se sabe, contempla el pensamiento humano como el producto del desarrollo socio-histórico, como una forma teórica peculiar de la actividad humana que no es más que un derivado de la actividad práctica. Incluso en aquel nivel de desarrollo que el pensamiento adquiere una independencia relativa, la práctica continúa siendo su base y el criterio de su autenticidad.

En calidad de función del cerebro humano el pensamiento constituye en sí un proceso natural, pero el pensamiento no existe fuera de la sociedad, fuera de los conocimientos acumulados por la sociedad y de los medios elaborados por ella en la actividad del pensamiento. De esta forma, cada persona independiente deviene un objeto del pensamiento sólo mediante el dominio del lenguaje, los conceptos, la lógica, etcétera, que constituyen en sí el reflejo generalizado de la experiencia de la práctica social. Incluso aquellos problemas que él plantea a su pensamiento son engendrados por las condiciones sociales de su vida. En otras palabras, el pensamiento de las personas, así como su percepción, poseen una naturaleza socio-histórica.

El marxismo subraya de forma especial la relación desde tiempos remotos del pensamiento con la actividad práctica.

> La producción de ideas... —leemos en la Ideología alemana— tiene su origen en la actividad material y está directamente entrelazada con esta actividad material y con las relaciones de las personas, con el lenguaje de la vida real; la formación de las nociones, el pensamiento, la comunicación espiritual de las personas constituyen también el fruto directo de las relaciones materiales de las personas.[1]

Esto lo expresó de una forma más general Engels, cuando escribió: "...la base esencialísima y más próxima del pensamiento humano es precisamente la transformación de la naturaleza por el hombre y no la naturaleza como tal..."[2]

[1] MARX, C. y F. ENGELS: *Obras completas.* t. 3. p. 24.

[2] ———: Ob. cit. t.20. p.545.

Estas concepciones poseen una importancia fundamental no sólo para la teoría del conocimiento, sino también para la psicología del pensamiento. Destruyen no sólo los criterios idealistas e ingenuamente naturalistas sobre el pensamiento y que predominaban en la vieja psicología sino que además, sientan las bases para una adecuada interiorización de aquellos innumerables hechos y concepciones científicas que fueron el resultado del estudio psicológico de los procesos del pensamiento en las últimas décadas.

El análisis de las teorías psicológicas del pensamiento que parten de criterios filosóficos burgueses demuestra que estas no están en condiciones de dar respuestas verdaderamente científicas a los problemas más cardinales, cuya falta de solución frena el ulterior desarrollo de las investigaciones concretas de este problema actual.

Entre estos problemas cardinales tenemos, ante todo, la cuestión de en qué forma la percepción sensible y el pensamiento, teniendo una fuente única a través de la superficie de los fenómenos son capaces de influir sobre nuestros órganos de los sentidos.

La única solución correcta de este asunto la proporciona la doctrina marxista acerca del origen y esencia del pensamiento humano.

El trabajo realizado mediante los instrumentos coloca al hombre no solamente ante las cosas materiales reales, sino también ante su interacción que él mismo controla y reproduce. En este proceso el hombre las conoce, lo que excede las posibilidades del reflejo sensible directo. Si ante la influencia directa "sujeto-objeto" este último abre sus propiedades sólo a los límites condicionados por la composición y grado de sensibilidad de las sensaciones del sujeto, tenemos que en el proceso de interacción en el que media el instrumento, el conocimiento se sale del marco de estos límites. Así, cuando un objeto de un material se somete a la elaboración mecánica de otro objeto hecho de otro material, nosotros sometemos a una experiencia infalible la dureza relativa de los mismos en unos límites inaccesibles por completo a nuestros órganos de las sensaciones, a los músculos y a la piel. Por la deformación percibida de uno de ellos podemos sacar como conclusión que el otro posee mayor dureza. En este sentido el instrumento es la primera abstracción verdadera.

Continuando hacia adelante por este camino, podemos destacar las unidades objetivas cuya utilización es capaz de proporcionar el conocimiento principal, lo más preciso posible, de la propiedad dada de los objetos y que es independiente de los umbrales fluctuantes de la sensación.

El conocimiento de las propiedades del mundo y que ha traspasado las fronteras del conocimiento sensitivo es el resultado no premeditado de las acciones dirigidas a objetivos prácticos, es decir, de las acciones comprendidas en la actividad industrial de las personas. En consecuencia este comienza a responder a objetivos especiales, por ejemplo, el objetivo de valorar la utilidad del material inicial mediante su previa experimentación práctica, mediante el experimento simple. Las acciones de este género subordinadas a un objetivo cognoscitivo consciente constituyen en sí el verdadero pensamiento, aunque este conserva la forma de procesos externos. Sus resultados cognoscitivos, generalizados y fijados mediante el lenguaje, se diferencian en principio de los resultados del reflejo sensible directo que se generalizan en las correspondientes formaciones sensitivas. Se diferencian de estos últimos no sólo porque comprenden en sí las propiedades, vínculos y relaciones inaccesibles a la valoración sensitiva directa, sino también porque se transmiten en el proceso de comunicación verbal con otras personas y forman el sistema de conocimientos que constituyen el contenido de la conciencia del colectivo, de la sociedad. Gracias a esto, las nociones, conceptos e ideas en algunas personas se forman, se generalizan y se someten a selección no sólo en el transcurso de la práctica individual (inevitablemente estrecha y limitada, a expensas de las casualidades), sino además sobre la base de la más amplia experiencia de la práctica social.

Conjuntamente con esto, el modo lingüístico de expresar la forma objetal externa de la actividad cognoscitiva crea la condición que permite, como consecuencia, realizar algunos de sus procesos sólo en el plano lingüístico. Debido a que al realizar esto el lenguaje pierde su función comunicativa y cumple una función cognoscitiva, tenemos que su aspecto fónico y el de la pronunciación se reducen paulatinamente y los procesos correspondientes adquieren cada vez más el carácter de procesos internos que se realizan "para sí", "mentalmente". Las largas cadenas de los procesos internos de confrontación mental, de

análisis, etcétera, se insertan cada vez más entre las condiciones iniciales y el cumplimiento práctico de las acciones, las cuales ahora adquieren una independencia relativa y la capacidad de separarse de la actividad práctica.

Esta separación del pensamiento de la actividad práctica, sin embargo, no tiene lugar por sí misma, ni ocurre debido a la propia lógica del desarrollo, sino que la ocasiona la división del trabajo que coadyuva a que la actividad mental y la práctica material la realicen diferentes personas. En las condiciones de desarrollo de la propiedad privada sobre los medios de producción y de diferenciación de la sociedad en clases sociales antagónicas, la actividad del pensamiento se separa del trabajo físico y se contrapone a la actividad práctica. Esta actividad del pensamiento aparece totalmente independiente de la última, que tiene otro origen, otra naturaleza. Estas concepciones acerca de la actividad del pensamiento se fijan en las teorías idealistas del pensamiento.

La separación del pensamiento de la actividad práctica y su contraposición no son, sin embargo, eternas. Con la destrucción de la propiedad privada sobre los medios de producción y de las clases antagónicas, esta separación está destinada a desaparecer paulatinamente. En la sociedad comunista desarrollada el paso de una forma de actividad a otra se convierte en una forma natural de su existencia y desarrollo. Para esto, señala Marx, no son necesarios ningún tipo de "focos complejos de reflejo".[1]

Por supuesto, que la unión de la actividad del pensamiento y de la actividad práctica no significa que se elimina la diferencia cualitativa entre estas. La actividad del pensamiento, al perder algunos rasgos que había adquirido como resultado de su separación de la actividad práctica, conserva no obstante, sus peculiaridades, pero estas peculiaridades dejan de intermezclarse. Están determinadas, ante todo, porque en su forma desarrollada, en la forma de pensamiento teórico, la actividad del pensamiento transcurre sin contacto directo con los objetos del mundo material. El pensamiento teórico de una persona independiente, no necesita de una base sensitivo-objetal justificada, que puede ser representada en su cabeza en una forma ideal de reflejo, en

[1] MARX, C. y F. ENGELS: Ob. cit. t. 3. p. 253.

forma de conocimientos acumulados y conceptos abstractos. Por eso, a diferencia del pensamiento que se objetiviza en forma de actividad industrial y en el experimento, que debido a esto se ve muy limitado por las condiciones objetales reales, el pensamiento teórico posee ilimitadas posibilidades de penetrar en la realidad inaccesible a nuestra influencia.

Debido a que el pensamiento abstracto transcurre fuera de los contactos directos con el mundo de los objetos, vemos que en relación con él surge otro aspecto en el problema de la práctica como fundamento y criterio de la autenticidad del conocimiento. La cuestión es que la comprobación mediante la práctica de la autenticidad y veracidad de los resultados teóricos del pensamiento está muy lejos de poder realizarse siempre inmediatamente después de haber obtenido estos resultados. La práctica puede estar separada de los resultados teóricos por varias décadas y no siempre puede ser directa y esto hace que sea necesario que la experiencia de la práctica social esté presente en la propia actividad del pensamiento. A esta necesidad responde el hecho de la subordinación del pensamiento a la lógica, al sistema de leyes lógicas (y matemáticas), de reglas, de prescripciones. El análisis de su naturaleza depende de cómo la experiencia de la práctica social penetra en el propio decursar del proceso del pensamiento del hombre.

En contraposición a la concepción de las leyes lógicas como emanantes de los principios del trabajo del cerebro (o que expresa las leyes inmanentes del ser pensante o como engendradas por el desarrollo del lenguaje de la propia ciencia), la concepción marxista consiste en que las leyes lógicas constituyen en sí el reflejo generalizado de aquellas relaciones objetivas de la realidad, a las cuales se subordina y que reproducen la actividad práctica de las personas.

"...La actividad práctica del hombre —señala V.I. Lenin— debió conducir millares de veces la conciencia del hombre a la repetición de diversas figuras lógicas para que estas figuras puedan recibir la significación de axiomas." [1] De esta forma, la actividad práctica, la práctica real crea como un hilo de orien-

[1] LENIN, V. I.: *Obras escogidas.* t. 29. p. 172.

tación para el pensamiento teórico, gracias al cual este último no es capaz de apartarse del camino que conduce al conocimiento adecuado.

Estas son, en líneas generales, las principales concepciones de la doctrina marxista-leninista sobre el pensamiento que cambian de modo decisivo no sólo las nociones teóricas generales sobre la naturaleza del pensamiento, sino además, nuestra comprensión de los problemas psicológicos concretos. Por eso, el criterio de que la doctrina marxista es importante sólo para la teoría general del pensamiento y que las investigaciones experimentales de psicología deben quedarse en un terreno puramente empírico, constituye un gran error. La tarea que aún hoy en día se plantea ante la psicología científica consiste en no limitarse a las concepciones generales dialéctico-materialistas acerca de la esencia del pensamiento humano, sino concretar estas concepciones aplicándolas a los problemas actuales del estudio del proceso de desarrollo de la actividad del pensamiento del hombre, de las diversas formas de esta actividad, de las interacciones, y de la influencia que ejercen sobre estas las nuevas condiciones sociales y los fenómenos, tales como la aceleración del progreso científico-técnico, la ampliación y variación de los medios y formas de comunicación, etcétera.

En la actualidad, en la psicología del pensamiento, han tenido lugar grandes cambios. El desarrollo de esta rama de los conocimientos psicológicos condujo a que muchas ideas marxistas encontraran objetivamente en ella su realización concreta y desarrollo y a que algunos psicólogos muy alejados del marxismo por sus ideas filosóficas hayan citado a Marx no sin cierta coquetería.

En nuestros tiempos ya nadie se coloca en las posiciones de la psicología empírico-subjetivista que los desacredita a sí mismos y que refleja el pensamiento en forma de movimiento en la conciencia de las nociones y representaciones que son el producto de la acumulación en la experiencia individual del hombre, de las impresiones sensitivas y su generalización, del movimiento que se rige por las leyes de la asociación y la perseveración. Ha resultado evidente que la comprensión de los procesos del pensamiento, corresponden solamente a los hechos acumulados y es preciso comprenderlos como un tipo especial de acciones y operaciones dirigidas a un objetivo y adecuadas a las tareas cognoscitivas.

Han quedado en el pasado aquellas teorías psicológicas que conocían el pensamiento en una forma única, en forma de pensamiento interno discursivo. Las investigaciones genéticas contemporáneas han descubierto el hecho indiscutible de la existencia de los procesos del pensamiento, el cual transcurre además, en forma de actividad externa con los objetos materiales. Más aún, en estas investigaciones se demostró que los procesos internos del pensamiento no son algo diferente a la interiorización y a la transformación específica de la actividad práctica externa y que existen transiciones constantes de una forma a otra. En las condiciones de un pensamiento altamente desarrollado la presencia de estas transiciones se destacó de una forma evidente en las investigaciones del llamado pensamiento técnico, del pensamiento del obrero ajustador de complejos mecanismos técnicos, del pensamiento del científico experimentador; en las investigaciones que se realizaron producto de las necesidades de la etapa actual de desarrollo de la técnica.

Sin embargo, conjuntamente con estos y otros logros indiscutibles de la psicología del pensamiento muchos de sus problemas radicales tratados sin tener en cuenta la teoría marxista general, se han ventilado de una forma unilateral y tergiversada. Incluso el propio concepto de actividad que se introduce en la psicología del pensamiento, el concepto de actividad humana con objetos, lo abordan los psicólogos-positivistas en un sentido muy alejado del que aporta Marx. En la mayoría de las investigaciones extranjeras la actividad del pensamiento se enfoca desde el ángulo de su función de adaptación y no como una de las formas que tiene el hombre de apropiarse de la realidad y transformarla. Por eso, en primer plano, se plantean las operaciones que la componen. En realidad esto no es más que el regreso a la identificación en el pensamiento de lo lógico y al panlogismo.

"La autonomización" de las operaciones lógicas que de aquí se desprende es profundamente ajena a la doctrina marxista del pensamiento, la cual exige se contemple el pensamiento como una actividad humana vital que posee en principio la misma estructura que la actividad práctica. Lo mismo que la actividad práctica, la actividad del pensamiento responde a una u otras necesidades y estimulaciones; y correspondientemente, experimenta en sí la influencia reguladora de las emociones. Lo mismo que la actividad práctica, la actividad del pensamiento consta de acciones subordinadas a los objetivos conscientes. Por eso,

lo mismo que la actividad práctica, el pensamiento se realiza por unos u otros medios, es decir, con la ayuda de determinadas operaciones, en este caso son lógicas o matemáticas. Pero cualesquiera operaciones, no importa cuáles, motoras externas o internas mentales son por su origen el producto del desarrollo de las acciones correspondientes, en el cual se fijan las relaciones objetivas generalizadas y abstractas que caracterizan a las condiciones objetales de la acción. Por lo que adquieren una existencia relativamente independiente y son capaces de plasmarse en una u otra forma material —en forma de instrumentos, de máquinas, de tablas de multiplicación, de aritmómetro sencillo o de una complejísima computadora. Por eso, no dejan de ser medios y objetos de la actividad humana. De ahí que la actividad del pensamiento del hombre en modo alguno se reduce al sistema de unas u otras operaciones lógicas, matemáticas, de la misma forma que la producción, por ejemplo, no se reduce a los procesos tecnológicos que la realizan.

El ignorar estos conceptos indiscutibles crea las nociones ilusorias acerca del pensamiento en las que todo se manifiesta de manera transformada; las operaciones de señales del pensamiento producidas por el desarrollo de la actividad cognoscitiva del hombre parecen engendradas por su propio pensamiento. Estas nociones encuentran su expresión en el hecho de que a las máquinas modernas "pensantes" (las que como cualquier máquina son, según palabras de Marx, creaciones de la mano del cerebro humano),[1] se les adjudican propiedades de los verdaderos sujetos del pensamiento. La cuestión la presentan de tal modo que resulta que ellas no sirven al pensamiento del hombre sino por el contrario, el hombre las sirve a ellas.[2]

No resulta difícil ver que el adjudicarles a las máquinas las capacidades intelectuales del hombre expresa toda la ruptura del pensamiento con la actividad sensible, que se manifiesta bajo un nuevo aspecto de la actividad humana; se separan las operaciones del pensamiento en sus formas exteriorizadas transmitidas a las máquinas. Pero las operaciones son en esencia formas, medios del pensamiento y no el pensamiento en sí. Por eso, las consecuencias psicológicas de la revolución científico-técnica,

[1] MARX, C. y F. ENGELS: *Obras completas*. t. 46. Parte II. p. 215.

[2] LEONTIEV, A. N.: "La automatización y el hombre", en *Investigaciones psicológicas*. 2a. ed. pp. 3-12. Moscú, 1970.

que produce objetivamente la intelectualización del trabajo humano, la unión en él de la actividad práctica e intelectual, no dependen de la automatización de la técnica por sí misma, sino del sistema social en el que esta técnica funcione. En las condiciones del capitalismo, en las condiciones de la expropiación de los medios de producción, ella sólo traslada la línea de ruptura a la esfera de la actividad intelectual, separando la élite de los creadores de las máquinas automáticas de aquellos a quienes sirven estas máquinas. En las condiciones de la sociedad socialista, comunista, al enriquecer al pensamiento humano la revolución científico-técnica, por el contrario, asegura el desarrollo del carácter creador intelectual del trabajo en todos sus eslabones y formas.

Por supuesto, este es un problema por completo particular que requiere un análisis especial. Si me he referido a él es sólo para subrayar una vez más la indisolubilidad del pensamiento respecto a las condiciones reales de su funcionamiento en la vida de las personas.

La investigación de los procesos del pensamiento, no de una forma aislada con relación a los tipos y formas diversas de la actividad humana, sino en calidad de sus medios, constituye una de las tareas más importantes que se plantea ante los psicólogos soviéticos, ante todos los psicólogos-marxistas.

En este capítulo se tocaron sólo algunas cuestiones, que para su análisis detallado requieren de una ulterior exposición, todo lo cual es necesario para lograr la composición del problema de la psiquis como reflejo de la realidad.

# CAPÍTULO II

## EL REFLEJO PSÍQUICO

### *1. NIVELES DE INVESTIGACIÓN DEL REFLEJO*

El concepto reflejo es un concepto filosófico fundamental. Posee un sentido esencial para la ciencia psicológica. La introducción del concepto de reflejo en la psicología como concepto de partida coadyuvó al desarrollo de esta sobre una base teórica marxista-leninista nueva. Desde entonces, la psicología ha recorrido un camino de medio siglo, en el transcurso del cual sus nociones concreto-científicas se desarrollaron y variaron; sin embargo lo principal, el enfoque de la psiquis como imagen subjetiva de la realidad objetiva, ha quedado y queda en ella inmutable.

Al hablar del reflejo, es conveniente ante todo, subrayar el sentido histórico de este concepto. Consiste en primer lugar, en que su contenido no es estable. Por el contrario, en el curso del progreso de las ciencias sobre la naturaleza, el hombre y la sociedad, el reflejo se desarrolla y enriquece.

La segunda teoría importante consiste en que en el concepto de reflejo se encierra la idea del desarrollo, la idea de la existencia de diferentes niveles y formas de reflejo. Nos referimos a los distintos niveles de aquellos cambios que reflejan los cuerpos y que surgen como resultado de las influencias adecuadas experimentadas por ellos. Estos niveles son muy diversos. No obstante, son niveles de una cierta unidad de conexión única que se manifiestan cualitativamente de diferentes maneras, tanto en la naturaleza inanimada como en el mundo de los animales y, finalmente, en el hombre.

En relación con esto surge una tarea que posee para la psicología una importancia de primer orden: investigar las particularidades y la función de los diversos niveles del reflejo, observar los pasos de transición de los niveles y formas más simples a los niveles y formas más complejas.

Se sabe que Lenin consideraba el reflejo como la propiedad que descansa en el "fundamento del propio edificio de la materia" y que en determinado nivel de desarrollo y, precisamente, al nivel de la materia viva altamente organizada, adquiere la forma de sensación, de percepción, y en el hombre, la forma de pensamiento teórico, de concepto. Tal concepto histórico del reflejo, en el amplio sentido de la palabra, excluye la posibilidad de enfocar los fenómenos psíquicos como tomados del sistema general de interacción de un mundo único por su carácter material. La extraordinaria importancia de esto para la ciencia consiste en que lo psíquico cuya antigüedad fue postulada por el idealismo, se convierte en un problema de investigación científica; el reconocimiento de la existencia de la realidad objetiva independiente del sujeto cognoscente continúa siendo el único postulado. En esto se encierra el sentido de la exigencia leninista, de partir no de la sensación al mundo exterior, sino del mundo exterior a la sensación, del mundo exterior como cuestión primaria a los fenómenos psíquicos subjetivos como cuestión secundaria.[1]

Se sobreentiende que esta exigencia es extensible por completo al estudio científico-concreto de la psiquis, a la psicología.

El camino de la investigación de los fenómenos sensitivos que parten del mundo exterior, de las cosas, es el camino de la investigación objetiva de los mismos. La experiencia del desarrollo de la psicología evidencia que por este camino surgen muchas dificultades teóricas. Estas se detectaron en relación con los primeros logros concretos del estudio científico del cerebro y de los órganos de los sentidos. Los trabajos de los fisiólogos y de los psicofísicos a pesar de haber enriquecido la psicología científica con el conocimiento de importantes factores y leyes que condicionan el surgimiento de los fenómenos psíquicos, no pudieron descubrir la esencia de estos fenómenos. La psiquis continuó considerándose aislada y el problema de la relación de lo psíquico con el mundo exterior se resolvió en el espíritu del idealismo fisiológico de I. Müller, del jeroglifismo de G. Helmholtz, del idealismo dualista de W. Wundt, etcétera. Obtuvieron una

[1] LENIN, V. I.: *Obras escogidas*. t. 18. pp. 35, 52.

mayor difusión las posiciones paralelistas que en la psicología contemporánea aparecen disfrazadas con una nueva terminología.

La teoría del reflejo, el estudio de I. P. Pavlov acerca de la actividad nerviosa superior hizo un gran aporte al problema del reflejo. El acento principal en la investigación se desplazó sustancialmente: la función refleja psíquica del cerebro actuó como producto y condición de las relaciones reales del organismo con el medio que influye sobre él. Esto lo sugirió la nueva orientación de las investigaciones, que se manifestó en el enfoque de los fenómenos del cerebro y de su interacción engendradora, materializada en la conducta de los organismos, en su preparación, formación y fijación. Parecería incluso que el estudio, en perspectiva, del funcionamiento del cerebro a este nivel, según expresión de I. P. Pavlov, "de la segunda parte de la fisiología",[1] se fusiona por completo con la psicología científico-explicativa. Sin embargo, queda una dificultad teórica fundamental que se expresa en la imposibilidad de llevar el nivel del análisis psicológico al nivel del análisis fisiológico, las leyes psicológicas a las leyes de la actividad del cerebro. Cuando la psicología como una rama especial de los conocimientos obtuvo una gran difusión y adquirió una importancia práctica para la resolución de muchos problemas planteados por la vida, el concepto de la incongruencia de lo psicológico con lo fisiológico obtuvo una nueva demostración en la propia práctica de las investigaciones psicológicas. Se hizo una distinción bastante precisa de los procesos psíquicos, por una parte, y de los mecanismos fisiológicos que realizan estos procesos, por otra, una distinción sin la cual se sobreentiende que es imposible resolver los problemas de las correlaciones y relaciones entre ellos; se conformó además un sistema de métodos psicológicos objetivos, en particular, de métodos de investigaciones psicofisiológicas. Debido a esto, el estudio concreto de la naturaleza y de los mecanismos de los procesos psíquicos se salió del marco fijado por los representantes científicos de las ciencias naturales acerca de la actividad del órgano de la psiquis, del cerebro. Por supuesto, esto no significa que todas las cuestiones teóricas que se refieren al problema de lo psíquico y lo fisiológico se han podido

[1] PAVLOV, I. P.: *Obras escogidas.* t. 3. Libro 1. p. 28. Moscú-Leningrado, 1951.

resolver. Se puede decir que hubo un avance serio en esta dirección, además se han planteado nuevos y complejos problemas teóricos. Uno de estos lo planteó el desarrollo del enfoque cibernético del estudio de los procesos del reflejo. Bajo la influencia de la cibernética, el centro de la atención lo constituyó el análisis de la regulación de los estados de los sistemas vivos mediante la información que los dirige. Con esto se dio un nuevo paso por el camino ya trazado del estudio de la interacción de los organismos vivos con el medio, que se manifiesta ahora bajo un nuevo aspecto, el aspecto de la transmisión, procesamiento y almacenamiento de la información. Conjuntamente con esto se produjo el acercamiento teórico de los enfoques de los objetos de mando y de mando automático, diferentes cualitativamente de los sistemas inanimados, de los animales y del hombre. El propio concepto de información (uno de los fundamentales para la cibernética) aunque procede de la técnica de comunicaciones, es por su origen, humano, fisiológico e incluso psicológico: todo comenzó con el estudio de la transmisión por canales técnicos de la información semántica de persona a persona.

Como se sabe, el enfoque cibernético desde el principio se hizo extensivo, de un modo implícito, a la actividad psíquica.[1] Muy pronto la propia psicología tuvo necesidad de este enfoque, fundamentalmente de un modo visual, la psicología industrial que investiga el sistema "hombre-máquina" que se considera un caso particular del sistema de mando.

En la actualidad los conceptos "comunicación inversa", "información", "modelo", etcétera, comenzaron a utilizarse ampliamente en aquellas ramas de la psicología que no se ven obligadas a utilizar lenguajes formales capaces de describir los procesos de mando que tienen lugar en cualesquiera sistemas, incluyendo los técnicos.

Si la introducción en la psicología de conceptos neurofisiológicos se apoyara en la concepción de la psiquis como la función del cerebro, la difusión del enfoque cibernético tuviera otra justificación científica. La psicología es una ciencia concreta que trata del surgimiento y desarrollo del reflejo de la realidad por parte del hombre, que transcurre en su actividad y que cumple un papel real. Por su parte la cibernética, al estudiar los pro-

[1] VINER, N.: *Cibernética.* Moscú, 1968.

cesos de las interacciones intrasistémicas e intersistémicas en los conceptos de la información y semejanza, permite introducir en el estudio de los procesos del reflejo, los métodos cuantitativos, y de esta forma enriquece la teoría del reflejo como una propiedad general de la materia. Esto se ha señalado reiteradamente en nuestra literatura filosófica,[1] así como que los resultados de la cibernética poseen una extraordinaria importancia para las investigaciones psicológicas.[2]

La importancia de la cibernética en este aspecto, para el estudio de los mecanismos del reflejo sensitivo es indiscutible. No se debe olvidar, sin embargo, que la cibernética general, al dar la descripción de los procesos de regulación, se abstrae de su naturaleza concreta. Por eso, de un modo aplicable a cada rama especial, se plantea el problema de su utilización adecuada. Se sabe, por ejemplo, cuán compleja es esta cuestión cuando se habla de los procesos sociales; resulta compleja también para la psicología. El enfoque cibernético en la psicología no se reduce simplemente a sustituir los términos psicológicos por los cibernéticos, este tipo de sustitución resulta tan infructífero como las tentativas que en un tiempo se hicieron de sustituir los términos psicológicos por los fisiológicos. Mucho menos admisible es permitir en la psicología la inclusión mecánica de algunas concepciones y teoremas de la cibernética.

Entre los problemas que surgen en la psicología en relación con el desarrollo del enfoque cibernético, posee una importancia científica y metodológica esencial, el problema de la imagen sensitiva y del modelo. A pesar de que a este problema muchos filósofos, fisiólogos, psicólogos y cibernéticos le han dedicado muchos trabajos, este debe someterse a un ulterior análisis teórico a la luz de la teoría sobre la imagen sensorial, como reflejo subjetivo del mundo en la conciencia del hombre. De todos es conocido que el concepto modelo ha tenido una amplia difusión y se emplea con diversos significados. Sin embargo, para el análisis ulterior de nuestro problema podemos adoptar la definición más simple y sencilla. Llamaremos modelo a aquel sistema (conjunto) cuyos elementos se encuentran en relación de semejanza (homomorfismo, isomorfismo) respecto a

[1] Véase *La teoría leninista del reflejo y la ciencia contemporánea*. Moscú, 1967.

[2] Véase el artículo "Cibernética", en *Enciclopedia filosófica*. t. 2. Moscú, 1962.

los elementos de otro sistema (de modelos). Resulta totalmente evidente que bajo esta amplia definición de modelo se encuentra la imagen sensitiva en particular. El problema, sin embargo, no radica en si se puede enfocar la imagen psíquica como un modelo, sino si este enfoque abarca sus particularidades específicas esenciales, su naturaleza.

La teoría leninista del reflejo considera las imágenes sensitivas en la conciencia del hombre como una impresión, una fotografía que existe independientemente de la realidad. En esto consiste aquello que aproxima el reflejo psíquico a las formas "afines" del reflejo propias también de la materia, que no posee "la capacidad de la sensación de una forma claramente manifiesta".[1] Pero esto conforma sólo uno de los aspectos de las características del reflejo psíquico; el otro aspecto consiste en que el reflejo psíquico a diferencia del reflejo del espectro y de otras formas de reflejo pasivo es subjetivo y esto significa que no es pasivo, ni muerto, sino activo, que en su definición está comprendida la vida humana, la práctica y que este se caracteriza por el movimiento del constante paso de lo objetivo a lo subjetivo. Estas concepciones que poseen ante todo un sentido gnoseológico son, además, concepciones de partida para la investigación psicológica científico-concreta. En el nivel psicológico surge precisamente el problema de las particularidades específicas de aquellas formas del reflejo, que se expresan en la presencia de imágenes de la realidad, sensitivas, subjetivas del pensamiento.

El criterio de que el reflejo psíquico de la realidad es su imagen subjetiva significa la pertenencia de la imagen al sujeto real de la vida. Pero el concepto de subjetividad de la imagen en el sentido de su pertenencia al sujeto de la vida comprende en sí la alusión a su actividad. La relación de la imagen con lo reflejado no es la relación de dos objetos (de sistemas, conjuntos) que se encuentran en igual interrelación uno con respecto al otro; su relación reproduce la polaridad de cualquier proceso vital, en uno de cuyos polos se encuentra el sujeto activo, "parcial", y en el otro el objeto "indiferente" al sujeto. Esta particularidad de la relación de la imagen subjetiva respecto a la realidad reflejada no está dada por la relación "modelo-modela-

[1] LENIN, V. I.: *Obras escogidas*, t. 18, p. 40

do". Este último posee la propiedad de la simetría, y correspondientemente los términos "modelo" y "modelado" poseen un sentido relativo que depende de cuál de los dos objetos el sujeto cognoscente (teórica o prácticamente) supone que sea el modelo y cuál el modelado. En lo que respecta al proceso de modelación (es decir a la construcción por parte del sujeto de modelos de cualquier tipo o incluso al conocimiento que este posea de las relaciones que determinan una variación tal del objeto siguiendo los indicios que le comunica el modelo del objeto), esto es ya otro problema.

Así, el concepto de subjetividad de la imagen comprende en sí el concepto de parcialidad del sujeto. La psicología desde hace mucho tiempo ha descrito y estudiado la dependencia de la percepción, representación y pensamiento respecto a "qué necesita el hombre", a sus necesidades, motivos, objetivos, emociones, etcétera. Es muy importante subrayar que esta parcialidad está determinada objetivamente por sí misma y no se expresa en la inadecuación de la imagen (aunque puede expresarse en ella), sino en que ella permite penetrar activamente en la realidad. En otras palabras, la subjetividad al nivel del reflejo sensitivo debe comprenderse no como su subjetivismo, sino como su "subjetividad", es decir, su pertenencia al sujeto activo.

La imagen psíquica es el producto de las relaciones prácticas vitales, así como de las relaciones del sujeto con el mundo de los objetos que son incomparablemente más amplias y ricas que cualquier relación de modelo. Por eso, su descripción en calidad de reproductor, en el lenguaje de las modalidades sensoriales (en el "código" sensorial), de los parámetros del objeto que influyen sobre los órganos de los sentidos del sujeto, es el resultado del análisis físico en esencia. Pero, precisamente, a este nivel la imagen sensitiva se descubre a sí misma como una imagen más pobre en comparación con el posible modelo matemático o físico del objeto. De una forma completamente distinta se plantea la cuestión cuando examinamos la imagen a nivel psicológico, en calidad de reflejo psíquico.

La imagen del reflejo psíquico, por el contrario, se manifiesta en toda su riqueza como experimentando en sí aquel sistema de relaciones objetivas en el cual existe realmente el contenido

por ella reflejado. Con mayor razón lo dicho se refiere a la imagen sensitiva consciente, a la imagen del reflejo consciente del mundo.

## *2. LA ACTIVIDAD DEL REFLEJO PSÍQUICO*

En la psicología se han establecido dos enfoques, dos criterios del proceso que da origen a la imagen sensorial. Uno de ellos reproduce la vieja concepción sensualista de la percepción, de acuerdo con la cual la imagen es el resultado directo de la influencia unilateral del objeto sobre los órganos de los sentidos.

Un concepto en principio distinto del proceso que da origen a la imagen se remonta a Descartes. Al comparar en su famosa "Dióptrica" la visión con la percepción de los objetos por parte de los ciegos que es "como si vieran con las manos", Descartes escribió:

> ... Si ustedes consideran que la diferencia que percibe el ciego entre los árboles, las piedras, el agua y otros objetos similares con la ayuda de su bastón no le parece a él menos que la que existe entre el color rojo, amarillo, verde y entre cualesquiera otros colores, no obstante, la no semejanza entre los cuerpos no es algo distinto a las diferentes formas de mover el bastón o de oponerse con sus movimientos.[1]

Posteriormente, la idea del origen común de las imágenes visuales y táctiles fue desarrollada por Diderot y principalmente por Sechenov.

En la psicología contemporánea, el criterio de que la percepción constituye en sí un proceso activo que comprende necesariamente en su composición eslabones eferentes, ha recibido el reconocimiento general; aunque el descubrimiento y registro de los procesos eferentes presentan en ocasiones dificultades metodológicas de consideración, ya que algunos fenómenos parecen testimonios a favor de la teoría de la percepción pasiva de "pantalla", no obstante, la participación obligada de estos puede considerarse establecida.

Se obtuvieron datos particularmente importantes en las investigaciones ontogénicas de la percepción. Estas investigaciones

[1] DESCARTES, R.: *Reflexión acerca del método.* Con los anexos: Dióptrica, Meteoros, Geometría. p. 71, ver también la p. 72. Moscú, 1953.

poseen la ventaja de que permiten estudiar los procesos activos de la percepción en sus formas desarrolladas y abiertas, es decir, en sus formas no exteriorizadas y no reducidas. Los datos obtenidos en ellas son bien conocidos y no los expondré, sólo señalaré que fue, precisamente, en estas investigaciones donde se introdujo el concepto de acción perceptual.[1]

El papel que desempeñan los procesos eferentes fue estudiado también al investigar la percepción auditiva, cuyo órgano receptor, a diferencia de la mano que posee la capacidad del tacto y del aparato de la visión, está completamente exento de actividad externa. Para el oído lingüístico se demostró experimentalmente la necesidad de la "imitación articulatoria",[2] para el oído de la altura de los sonidos —la actividad encubierta del aparato articulatorio.[3]

En la actualidad, la concepción acerca de que para el surgimiento de la imagen es insuficiente la influencia unilateral de las cosas sobre los órganos de los sentidos del sujeto y que para esto es necesario además que exista un proceso activo "opuesto" por parte del sujeto, resulta casi trivial. Naturalmente que la dirección principal en la investigación de la percepción la constituye el estudio de los procesos perceptuales activos, de su génesis y estructura. A pesar de toda la diferencia de las hipótesis concretas que abordan los investigadores en el estudio de la actividad perceptual, los une el reconocimiento de la necesidad de la misma, la convicción de que en esta, precisamente, tiene lugar el proceso de "conversión" de los objetos externos que influyen sobre los órganos de los sentidos en imagen psíquica. Esto significa que los que perciben no son los órganos de los sentidos, sino el hombre con ayuda de los órganos de los sentidos. Todo psicólogo sabe que la imagen reticular ("modelo" reticular) del objeto no es igual que su imagen visible (psíquica), como por

[1] ZAPOROZHETS, A. V. y otros: *La percepción y la acción.* Moscú, 1967.

[2] CHISTOVICH, L. A., V. V. ALIA KRINSKI y V. A. ABULIAN: "Retraso temporal en la repetición del lenguaje audible", en *Cuestiones de psicología,* no. 1, 1960; CHISTOVICH, L. A., Y. A. CLASS y P. O. ALEKSIN: "Acerca de la importancia de la imitación para el reconocimiento de las secuencias fónicas", en *Cuestiones de psicología,* no. 5, 1961; véase también, SOKOLOV, A. N.: *El lenguaje interno y el pensamiento.* pp. 150-157. Moscú, 1968.

[3] GUIPPENREYTER, Y. B., A. N. LEONTIEV y O. V. OVCHINNIKOVA: "Análisis de la estructura sistémica de la percepción", en *Discursos de la Academia de Ciencias Pedagógicas de la RSFSR.* Comunicación I-VII. Moscú, 1957-1959.

ejemplo, las llamadas imágenes consecutivas, se pueden denominar imágenes sólo de un modo convencional porque están exentas de constancia, siguen el movimiento de la vista y están subordinadas a la ley de Emmert.

No hay necesidad, por supuesto, de mencionar el hecho de que los procesos de percepción están comprendidos en las relaciones prácticas vitales del hombre con el mundo, con los objetos materiales y por eso se subordinan necesariamente, directa o indirectamente, a las propiedades de los propios objetos. Esto está determinado por la adecuación del producto subjetivo de la percepción de la imagen psíquica. Cualquiera que sea la forma que adopte la actividad perceptiva, cualquiera que sea el grado de reducción o de automatización a que ella se someta en el curso de su formación y desarrollo, ello en principio se estructura al igual que la actividad de la mano, que tiene la capacidad táctil de extraer el contenido del objeto. Al igual que la actividad de la mano que tiene la capacidad del tacto, toda actividad perceptiva encuentra un objeto allí donde realmente existe, en el mundo exterior, en el espacio objetivo y en el tiempo. Esto último constituye aquella particularidad psicológica importante de la imagen subjetiva que se denomina su carácter o muy desafortunadamente "objetivación".

Esta particularidad de la imagen sensitiva psíquica en su forma más simple es aplicable a las imágenes extraperceptuales de los objetos. El hecho psicológico capital consiste en que en la imagen no están dados nuestros estados subjetivos, sino los propios objetos. Por ejemplo, la influencia luminosa del objeto sobre el ojo, se percibe justamente como el objeto que se encuentra fuera del ojo. En el acto de percepción no se correlaciona la imagen del objeto con el propio objeto. Para el sujeto es como si la imagen estuviera superpuesta al objeto. En esto se expresa psicológicamente el carácter directo, subrayado por Lenin, de la relación de las sensaciones, de la conciencia sensitiva con el mundo exterior.[1]

Al copiar en un dibujo un objeto, nosotros relacionamos necesariamente la representación (el modelo) del objeto representado (modelado) percibiéndolos como dos cosas distintas; pero

[1] LENIN, V. I.: *Obras escogidas.* t. 18. p. 46.

nosotros no establecemos esta relación entre nuestra imagen subjetiva del objeto y el propio objeto, entre la percepción de nuestro dibujo y el propio dibujo. Si el problema es de una correlación semejante, surge, pero sólo de forma secundaria, parte de la reflexión de la experiencia de la percepción.

Por eso, no debemos estar de acuerdo con la afirmación que en ocasiones se hace, acerca de que el carácter objetal de la percepción es el resultado de la "objetivación" de la imagen psíquica, es decir, que la acción de las cosas da lugar inicialmente a su imagen sensitiva y luego esta imagen se relaciona con el mundo mediante el sujeto, "se proyecta sobre el original",[1] No existe psicológicamente un acto peculiar semejante de "proyección inversa" en condiciones normales. El ojo, por la influencia de un punto luminoso que de pronto ha aparecido en la pantalla y que actúa en la periferia de su retina, se desplaza al momento hacia él y la persona sometida a prueba ve de inmediato este punto localizado en el espacio objetivo; esto él no lo percibe, o sea, no se da cuenta del desplazamiento del mismo en el momento, del salto del ojo con relación a la retina, de los cambios de los estados neurodinámicos de su sistema receptivo. En otras palabras, para el sujeto no existe ninguna estructura que pueda ser relacionada de un modo secundario con un objeto externo, de una forma semejante a la que él correlaciona su dibujo con el original. En la psicología desde hace mucho tiempo se conocen hechos extraordinarios que evidencian que el carácter objetal (la objetivación) de las sensaciones y las percepciones no es algo secundario. Uno de ellos está relacionado con el llamado "problema de la sonda".

Este hecho consiste en que para el cirujano que ha realizado el sondeo de una herida lo sensitivo es el extremo de la sonda con la cual él palpa la bala, es decir, sus sensaciones resultan paradójicamente desplazadas al mundo de las cosas externas, no se localizan en el extremo de la "sonda-mano", sino en el extremo "sonda-objeto percibido" (bala). Lo mismo ocurre en cualquier otro hecho análogo, por ejemplo, cuando percibimos la aspereza del papel a través del punto de una pluma, percibimos en la oscuridad el camino con la ayuda de un bastón, etcétera.

[1] TUIJTIN, V. S.: "El reflejo y la información", en *Cuestiones de filosofía*, no. 3, 1967.

El interés principal de estos hechos radica en que en ellos "están divorciadas" y en parte exteriorizadas, las relaciones que regularmente permanecen encubiertas para el investigador. Una de estas es la relación "mano-sonda". La influencia ejercida por la sonda sobre los aparatos perceptivos de la mano produce sensaciones que se integran en su compleja imagen visual-táctil y que ulteriormente realizan el papel rector en la regulación del proceso de retención de la sonda en la mano. La otra relación es la relación "sonda-objeto". Surgé en cuanto el cirujano pone en contacto la sonda con el objeto. Pero incluso en este primer instante el objeto que se presenta como algo indefinido, como "algo", como el primer punto en la línea del futuro dibujo imagen, está relacionado con el mundo exterior, localizado en un espacio objetivo. En otras palabras la imagen psíquica sensitiva descubre la propiedad de la atribución objetal ya desde el momento de su establecimiento. Pero continuemos el análisis de la relación "sonda-objeto" y llevémoslo un poco más adelante. La localización del objeto en el espacio expresa su alejamiento del sujeto, esto es el "trazo de los límites" del sujeto; estos límites se descubren tan pronto la actividad del sujeto se ve precisada a subordinarse al objeto y esto ocurre incluso en el caso de que la actividad conduce a su rehacimiento o destrucción. La excepcional peculiaridad de la relación analizada consiste en que este límite pasa como un límite entre dos cuerpos físicos; uno de ellos, el extremo de la sonda, realiza la actividad cognoscitiva perceptiva del sujeto, el otro lo constituye el objeto de esta actividad. En el límite de estas dos cosas materiales se localizan las sensaciones, que forman el tejido de la imagen subjetiva del objeto, actúan como desplazadas hacia el extremo táctil de la sonda, del distante receptor artificial que forma la prolongación de la mano del sujeto.

Si en las condiciones descritas de percepción, el contenido de la acción del sujeto es el objeto material que se pone en movimiento, cuando la percepción tiene lugar a distancia el proceso de localización espacial del objeto se transforma y se forma sumamente complejo. En el caso de la percepción que se realiza mediante la sonda, la mano con relación a la sonda no se mueve sustancialmente, al realizar la percepción visual, el ojo es el que se mueve y recoge los rayos luminosos que alcanzan su retina y que son despedidos por el objeto. Pero, incluso, en este caso

para que surja la imagen subjetiva es necesario la observancia de las condiciones que desplaza el límite "sujeto-objeto" hacia la superficie del propio objeto. Estas son las mismas condiciones que crean la llamada invariabilidad del objeto visual y la existencia de tales desplazamientos de la retina del reflejo luminoso relativamente reflejado, que crean como una especie de "cambio" que es el equivalente de su movimiento por la superficie del objeto; las sensaciones del sujeto también se desplazan de los límites externos del objeto, pero no por el objeto (sonda), sino por los rayos luminosos; el sujeto no ve la proyección secular interrumpida que varía rápidamente, sino el objeto externo en su invariabilidad, estabilidad relativa.

El ignorar el rasgo principal de la imagen sensitiva, la atribución de nuestras sensaciones al mundo exterior, fue lo que condicionó el equívoco que preparó el terreno para las conclusiones subjetivo-idealistas que parten del principio de la energía específica de los órganos de los sentidos. Este equívoco consiste en que las reacciones experimentadas subjetivamente por los órganos de los sentidos y que fueron provocadas por las acciones de estímulos, J. Müller las identificó con las sensaciones comprendidas en la imagen del mundo exterior. En realidad, nadie por supuesto, toma la luminiscencia que surge como resultado del estímulo eléctrico del ojo por una luz real y sólo a Münchansen pudo ocurrírsele la idea de encender la pólvora de un anaquel de armas con las chispas que despiden los ojos. En ocasiones decisivas, con justeza "se oscurecieron los ojos", "me zumban los oídos", los ojos, los oídos y no la calle, la habitación, etcétera.

En defensa del carácter secundario de la atribución de la imagen subjetiva pudiéramos remitirnos a Zenden, Hebb y a otros autores que descubren los casos de restitución después de ser eliminada la catarata congénita; al principio, en los individuos a los que se hace referencia, surgen realmente casos de fenómenos subjetivos visuales que luego se relacionan con los objetos del mundo exterior, se convierten en sus imágenes. Pero estas son personas con una percepción objetal formada de otra modalidad que ahora reciben un nuevo aporte por parte de la vista; por eso, decimos que no poseemos una atribución secundaria de la imagen al mundo exterior, sino la inclusión de elementos de una nueva modalidad a la imagen exterior.

Por supuesto, la percepción a distancia (visual, auditiva) es un proceso de una gran complejidad y su investigación se encuentra con su conjunto de factores que parecen contradictorios y en ocasiones inexplicables. Pero la psicología, como cualquier ciencia, no puede constituirse en forma de suma de factores empíricos, no puede evitar la teoría, y toda la cuestión radica en la teoría por la cual esta se guía.

A la luz de la teoría del reflejo, del esquema "clásico" de la escuela, una vela se proyecta en la retina del ojo, después viene la imagen de esta proyección en el cerebro, que deja salir cierta "luz metafísica", no es más que la representación superficial, unilateral (y por consiguiente errónea) del reflejo psíquico.

Este esquema conduce directamente al reconocimiento de que nuestros órganos de los sentidos que poseen energías específicas (lo que es un hecho), pueden aislar la imagen subjetiva de la realidad objetiva exterior. Se comprende que ninguna descripción de este esquema del proceso de percepción en los términos de la difusión del estímulo nervioso, de la información, construcción de modelos, etcétera, está en condiciones de variarlo en esencia.

Otro aspecto del problema de la imagen subjetiva sensitiva lo constituye la cuestión del papel que desempeña la práctica en su formación. De todos es conocido que la introducción de la categoría de la práctica en la teoría del conocimiento es el punto principal de la línea divisoria entre el concepto marxista del conocimiento y la comprensión del conocimiento en el materialismo premarxista, por una parte y en la filosofía idealista, por la otra.

El punto de vista de la vida, de la práctica, debe ser el primer y principal punto de vista de la teoría del conocimiento —dijo Lenin.[1] Este punto de vista se mantiene en la psicología de los procesos cognoscitivos sensitivos en calidad de fundamental y de primer orden.

Ya se habló de que la percepción es activa, que la imagen subjetiva del mundo exterior es el producto de la actividad del sujeto en este mundo. Pero esta actividad no puede ser comprendida de otra forma que como realizadora de la vida del sujeto

[1] LENIN, V. I.: *Obras escogidas*. p. 145.

corporal y que ante todo es un proceso práctico. Por supuesto, sería un grave error considerar en la psicología cualquier actividad perceptiva del individuo como transcurrida directamente en forma de actividad práctica o que parte directamente de esta. Los procesos de la percepción activa visual y auditiva se separan de la práctica directa, de modo que el ojo y el oído humano devienen, según expresión de Marx, en órganos teóricos.[1] El tacto es el único que mantiene los contactos prácticos directos del individuo con el mundo objetal, material exterior. Esto es una circunstancia extraordinariamente importante desde el punto de vista del problema analizado, pero no lo agota por completo. La cuestión es que la base de los procesos cognoscitivos no la constituye la práctica individual del sujeto, sino el conjunto de la práctica humana. Por eso, no sólo el pensamiento sino también la percepción del hombre exceden en gran medida con su riqueza la pobreza relativa de su experiencia personal.

El correcto planteamiento en la psicología del papel de la práctica como fundamento y criterio de la verdad, requiere que se investigue cómo penetra la práctica en la actividad perceptiva del hombre. Es necesario señalar que la psicología ha acumulado una gran cantidad de datos concreto-científicos que coadyuven plenamente a la solución de este problema.

Como ya se ha dicho, las investigaciones psicológicas hacen cada vez más evidente para nosotros que el papel decisivo en los procesos de la percepción pertenece a sus eslabones eferentes. En algunos casos y precisamente cuando estos eslabones poseen su expresión en la motilidad o en la micromotilidad se manifiestan de una forma bastante precisa; en otros casos, aparecen "escondidos" y se manifiestan en la dinámica de los estados internos del sistema receptor; pero siempre existen. La función de los mismos es equiparativa, no sólo en el sentido[2] más estrecho, sino también en el sentido más amplio. Lo último abarca además, la función de la inclusión del conjunto de experiencia de la actividad objetal del hombre en el proceso que da origen a la imagen. La cuestión radica en que esta inclusión no puede

[1] MARX, C. y F. ENGELS: *De las primeras obras.* p. 592.

[2] LEONTIEV, A. N.: "Acerca del mecanismo del reflejo sensible", en *Cuestiones de psicología*, no. 2, 1959.

realizarse como resultado de la simple repetición de las combinaciones de los elementos sensoriales y de la actualización de las relaciones temporales entre estos. Nos referimos no a la reproducción asociativa de los elementos que faltan de los complejos sensoriales, sino a la adecuación de las imágenes subjetivas que se originan en las propiedades generales del mundo real en el cual vive y actúa el hombre. En otras palabras, nos referimos a la subordinación del proceso que da origen a la imagen, al principio de verosimilitud.

Para ilustrar este principio nos dirigiremos de nuevo a los bien conocidos, desde hace mucho tiempo, hechos psicológicos —a los efectos de la percepción visual "seudoscópica", de cuyo estudio ahora nos ocupamos. Es sabido que el efecto seudoscópico consiste en que al contemplar los objetos a través de los binoculares compuestos de dos prismas tiene lugar la alteración de la percepción: los puntos más cercanos de los objetos parecen más alejados y viceversa. Como resultado, por ejemplo, una máscara de yeso cóncava del rostro con determinada iluminación se ve como su representación con un relieve prominente; y la representación a relieve se ve por el contrario como una máscara. Pero el interés principal de las experiencias con el seudoscopio lo constituye el hecho de que la imagen seudoscópica vista, surge sólo en caso de que esta sea verosímil (la máscara de yeso del rostro es tan "verosímil" desde el punto de vista de la validez como su representación escultural de yeso a relieve), o en caso de que si por uno u otro medio se logra bloquear la inclusión de la imagen seudoscópica vista en el cuadro que se ha formado el hombre del mundo real.

Se sabe que si se sustituye una cabeza humana hecha de yeso por una cabeza de una persona real, no surge el efecto seudoscópico.

Son especialmente demostrativas las experiencias en las cuales a la persona sometida a prueba de un seudoscopio, se le muestra al mismo tiempo y en un mismo campo visual dos objetos —la cabeza real y su representación a relieve de yeso—, entonces la cabeza del hombre se ve como de costumbre y el yeso se percibe de una forma seudoscópica, es decir, como una máscara cóncava. Tales fenómenos se observan, sin embargo, sólo cuando es verosímil la imagen seudoscopica. Otras particularidades del efecto seudoscópico consisten en que para que surja este es

mejor mostrar el objeto en un fondo abstracto no objetal, es decir, fuera del sistema de relaciones concreto-objetales. Por último, el mismo principio de verosimilitud se expresa en el efecto sorprendente por completo de la aparición de "adiciones" a la imagen seudoscópica vista, que hacen que su existencia sea objetivamente posible. De este modo, colocando delante de cierta superficie una pantalla con orificios a través de los cuales se pueden ver partes de esta superficie, debemos obtener en la percepción seudoscópica el siguiente cuadro: las partes de la superficie que están situadas detrás de la pantalla y que son visibles a través de sus orificios, deben ser percibidas por la persona sometida a prueba como si se encontraran más próximas a esta que la pantalla, es decir, como si pendieran libremente delante de la pantalla. En condiciones favorables la persona a prueba ve delante de la pantalla, las partes de la superficie dispuestas detrás —esto es lo que debe ser en la percepción seudoscópica—; estas, sin embargo, no "penden" en el aire (lo que es inverosímil) y se perciben como ciertos cuerpos físicos volumétricos que resaltan a través de los orificios de la pantalla. En la imagen vista surge la adición de superficies laterales que forman los límites de estos cuerpos físicos. Y por fin lo último: como han demostrado las experiencias sistemáticas, los procesos del surgimiento de la imagen seudoscópica, al igual que la desaparición de su carácter seudoscópico aunque tienen lugar simultáneamente pero en modo alguno de una forma automática, ni por sí mismo, son el resultado de las operaciones perceptivas realizadas por el sujeto; esto último lo demuestra el hecho de que las personas a prueba pueden aprender a dirigir ambos procesos.

El sentido de estas experiencias con el seudoscopio consiste, por supuesto, en que al crear con ayuda de una óptica especial la alteración de la proyección en las retinas de los ojos de los objetos demostrados, en determinadas condiciones se puede obtener una imagen visual subjetiva falsa; su verdadero sentido consiste (como el de las experiencias clásicas "crónicas" semejantes a estas otras, de Stratton, I. Köller y otros) en la posibilidad descubierta por ellos de investigar el proceso de tal transformación de la información que va a la "entrada" sensorial, la cual se subordina a las propiedades generales, a las relaciones y regulaciones de la realidad. Esta es otra expresión más

completa del carácter objetal de la imagen subjetiva que no se manifiesta en su atribución al objeto reflejado, sino en su atribución al mundo objetal en general.

Por sí sólo, se sobreentiende que el hombre debe ya formarse un cuadro de este mundo. Este se fomenta, sin embargo, no a un nivel sensitivo únicamente, sino a los niveles cognoscitivos superiores, como resultado del dominio por parte del individuo de la experiencia de la práctica social reflejada en forma verbal en el sistema de significados. En otras palabras, "el operador" de la percepción no lo constituyen simplemente las asociaciones antes recopiladas de las sensaciones, así como tampoco la apercepción en el sentido kantiano, sino la práctica social.

La antigua psicología del pensamiento metafísico avanzó invariablemente al analizar la percepción en el plano de una abstracción doble: la abstracción por parte del hombre, de la sociedad y la abstracción del objeto percibido, de sus relaciones con la realidad objetal. La imagen sensitiva subjetiva y su objeto aparecían para ella como dos cosas contrapuestas una a otra. Pero la imagen psíquica no es una cosa. A pesar de los criterios físicos esta no existe en la sustancia del cerebro en forma de objeto, como tampoco existe ningún "observador" de este objeto —que puede ser sólo el alma, sólo el "yo" espiritual.

La verdad es que el hombre real y de acción con la ayuda de su cerebro y de sus órganos percibe los objetos exteriores; el fenómeno de los mismos es su imagen sensitiva. Señalaremos una vez más: el fenómeno de los objetos y no de los estados fisiológicos provocados por estos.

En la percepción tiene lugar constantemente el proceso activo de "agotamiento" a partir de la realidad de sus propiedades, relaciones, etcétera; la fijación en estados breves y prolongados de los sistemas receptores y la reproducción de estas propiedades en los actos de formación de las nuevas imágenes, en los actos de reconocimiento y recordación de los objetos.

Aquí debemos interrumpir la exposición con la descripción de un hecho psicológico, que ilustra lo que acabamos de decir. Todo el mundo sabe qué es la adivinanza de un rompecabezas. Es necesario encontrar en este la representación del objeto señalado en la adivinanza (por ejemplo, "donde está el cazador", etcétera). La explicación trivial del proceso de percepción (reconocimiento) del objeto incógnito en el cuadro, consiste en

que esta transcurre como resultado de la colocación paulatina de la imagen visual del objeto dado, que el sujeto posee, de algunos juegos de los elementos del cuadro; la coincidencia de esta imagen con uno de los juegos del cuadro conduce a su adivinanza. En otras palabras, esta explicación parte de la noción acerca de dos cosas comparadas entre sí; la imagen en la cabeza del sujeto y su representación en el cuadro. En cuanto a las dificultades que surgen, tenemos que están referidas a la insuficiente distinción y plenitud de la representación del objeto incógnito, lo que requiere que "se pruebe" reiteradamente la imagen. La inverosimilitud psicológica de esta explicación le sugirió al autor la idea de realizar un experimento sencillo que consistió en que no se le dio ninguna indicación del objeto encubierto en el cuadro a la persona a prueba. Se le dijo a esta: "ante usted tiene un rompecabezas para niños, trate de encontrar el objeto que de una forma encubierta está representado en el mismo". En estas condiciones el proceso no pudo transcurrir de acuerdo al esquema de confrontación de la imagen surgida y probada del objeto, con su representación contenida en los elementos del cuadro. Los sometidos a prueba más o menos acertaban en los rompecabezas. Ellos "sacaban" la representación del objeto de la lámina y actualizaban la imagen de este objeto conocido.

Hemos arribado a un nuevo aspecto del problema de la imagen sensitiva —al problema de la noción. En psicología se denomina noción regularmente a la imagen general que se encuentra "grabada" en la memoria.

La vieja comprensión sustancial de considerar la imagen como una cosa condujo a la comprensión sustancial de noción. Esto es una generalización que surge como resultado de la suposición una sobre otra a la manera de la fotografía galtoniana, de las impresiones sensitivas a las cuales de forma asociativa se les une la palabra. Aunque en los límites de tal comprensión se presentó la posibilidad de transformar las nociones, estas se interpretaban como ciertas formaciones preparadas que se conservan en el almacén de nuestra memoria. Es fácil ver que tal comprensión de las nociones está acorde con el concepto lógico formal acerca de los conceptos concretos, pero entra en contradicción inadmisible con el criterio dialéctico-materialista de las generalizaciones.

Nuestras imágenes sensitivas generalizadas, así como los conceptos, contienen en sí movimiento, incluso encierran contradicciones, reflejan el objeto en sus múltiples relaciones y mediaciones. Esto significa que ningún conocimiento sensorial es una impresión estable, aunque se conserva en la cabeza de la persona, pero no como una cosa "preparada", sino sólo virtualmente en forma de constelaciones cerebrales fisiológicas, que son capaces de realizar la imagen subjetiva del objeto que se descubre de relaciones objetivas. La noción acerca del objeto comprende no sólo lo semejante en los objetos, sino sus diferentes límites, incluyendo los que no están superpuestos unos a otros y que no se encuentran en relaciones de semejanza estructural o funcional.

Los conceptos no sólo son dialécticos, sino también nuestras nociones sensitivas; por eso, ellas son capaces de realizar la función que no se reduce al papel de patrones modelos fijados, que se relacionan con las influencias recibidas por los receptores de los objetos únicos. Como la imagen psíquica ellos existen inseparables de la actividad del sujeto, la cual llenan con la riqueza acumulada en ellas, la tornan viva y creadora.

* *
*

El problema de las imágenes y representaciones sensitivas surgió en la psicología desde que esta comenzó a desarrollarse. Ninguna corriente psicológica puede prescindir del problema de la naturaleza de las sensaciones y percepciones, cualquiera que sea la base filosófica de la que parta. Por eso, no resulta sorprendente que a este problema se le hayan consagrado un gran número de trabajos teóricos y experimentales. Su número continúa rápidamente creciendo en nuestros días. Como resultado, muchos problemas han sido tratados muy detalladamente y se ha recopilado un material prácticamente inabarcable. A pesar de esto, la psicología contemporánea todavía está muy lejos de la posibilidad de crear una concepción ecléctica completa de la percepción, que abarque sus diversos niveles y mecanismos. Estos se refieren, fundamentalmente, al nivel de la percepción consciente.

En este sentido, descubre nuevas perspectivas la introducción, en la psicología, de la categoría del reflejo psíquico, cuya pro-

ductividad científica en la actualidad no requiere demostraciones. Esta categoría no puede ser tomada, sin embargo, fuera de su relación interna con otras categorías marxistas fundamentales. Por eso, necesariamente, la introducción de la categoría del reflejo en la psicología científica requiere la transformación de toda su estructura categorial. La ulterior exposición se dedica a los problemas inminentes que se plantean en este camino, a la esencia del problema de la actividad, a los problemas de la psicología de la conciencia, de la psicología de la personalidad, así como al análisis teórico de los mismos.

## CAPÍTULO III

## EL PROBLEMA DE LA ACTIVIDAD EN LA PSICOLOGÍA

### *1. DOS ENFOQUES EN LA PSICOLOGÍA-DOS ESQUEMAS DE ANÁLISIS*

En los últimos años se ha producido el desarrollo acelerado de algunas ramas de la psicología soviética y de las investigaciones aplicadas. Al mismo tiempo se le ha prestado mucho menos atención a los problemas teóricos de la psicología general. Además, la psicología soviética, al formarse sobre la base de una filosofía marxista-leninista, promovió un nuevo enfoque de la psiquis; por primera vez, introdujo en la psicología toda una serie de importantísimas categorías que son muy necesarias en estudios ulteriores.

Entre estas categorías posee una importancia primordial la teoría de la actividad. Recordemos las célebres tesis de C. Marx acerca de Feuerbach en las cuales se plantea que la principal insuficiencia del materialismo metafísico anterior radicó en que este consideraba la sensibilidad sólo en la forma de contemplación y no como una actividad humana, como práctica; que el aspecto de la actividad en contraposición al materialismo fue desarrollado por el idealismo que, sin embargo, la entendía como algo abstracto y no como una actividad sensitiva real del hombre.[1]

Así, precisamente, se planteaba la cuestión en toda la psicología premarxista. Por otra parte, en la psicología contemporánea que se desarrolla fuera del marxismo, la situación continúa siendo la misma. En ella la actividad se interpreta bien en el marco de las concepciones idealistas, o en el de las corrientes de las ciencias naturales, materialistas por su tendencia general —como respuesta a las influencias externas del sujeto pasivo condicionadas por su organización e instrucción hereditarias. Sin embargo, esto es precisamente lo que divide a la psi-

[1] MARX, C. y F. ENGELS: *Obras completas*, t. 3. p. 1.

cología como ciencia que trata del alma, en psicología behaviorista y psicología "mentalista". Los fenómenos críticos que surgen en la psicología en relación con esto se mantienen hoy en día; sólo se han "ido a las profundidades" y comenzaron a manifestarse en formas menos precisas.

Es característico en nuestros días el desarrollo intensivo de las investigaciones interdisciplinarias que relacionan la psicología con la neurofisiología, con la cibernética y con las disciplinas lógico-matemáticas, con la sociología y con la historia de la cultura, y que por sí mismas no pueden todavía conducir a la solución de los problemas metodológicos fundamentales de la ciencia psicológica. El dejarlos sin solucionar lo que hace es acrecentar la tendencia al peligroso fisiologismo, al reduccionismo sociológico o lógico y cibernético que amenaza a la psicología con la pérdida de su objeto, de su especificidad. No constituye una muestra del progreso teórico la circunstancia de que el enfrentamiento de las diferentes tendencias psicológicas hayan perdido en la actualidad su antigua agudeza; el behaviorismo beligerante cedió el paso al neo-behaviorismo de compromiso (o como señalan algunos autores "al behaviorismo subjetivo"), al gestalismo-neogestaltismo, al freudismo-neo-freudismo y a la antropología cultural. Aunque el término "ecléctico" adquirió para los autores norteamericanos una significación digna de alabanza, las posiciones ecléctícas no condujeron al éxito. La síntesis científica de los conjuntos heterogéneos extraídos de hechos psicológicos y generalizaciones, se sobreentiende que no puede ser alcanzada mediante la simple unión de los mismos con la ayuda de un enrejado común. El estudio ulterior de la estructura conceptual de la psicología, requiere la búsqueda de nuevas teorías científicas capaces de hilvanar las costuras descosidas del edificio de la ciencia psicológica.

Lo común desde el punto de vista metodológico, entre la diversidad de tendencias de las cuales hablamos, consiste en que ellas parten de un esquema binomial de análisis: influencia sobre los sistemas receptores del sujeto → fenómenos objetivos y subjetivos que surgen en respuesta, provocados por la influencia dada.

Este esquema ya se manifestaba con claridad clásica en la psicología psico-física y fisiológica del siglo pasado. La principal tarea que se planteaba en ese tiempo consistia en estudiar

la dependencia de los elementos de la conciencia con respecto a los parámetros que provocan sus estímulos. Más tarde, en el behaviorismo, es decir, conforme al estudio de la conducta, este esquema binomial encontró su expresión directa en la célebre fórmula de S→R.

El carácter insatisfactorio de este esquema consiste en que excluye del campo visual de la investigación aquel proceso rico en contenido, en el cual encuentran su realización las relaciones reales del sujeto con el mundo objetal, su actividad objetal (del alemán Tätigkeit —a diferencia de Aktivität). Tal abstracción de la actividad del sujeto se justifica sólo en los estrechos límites del experimento de laboratorio que tiene por objetivo poner de manifiesto los mecanismos psicofisiológicos elementales. Resulta suficiente salir de estos estrechos límites para descubrir al momento su irracionalidad.

Esto obligaba a los antiguos investigadores a permitir la intromisión de fuerzas específicas, tales como la percepción activa, la intención interna, etcétera, al explicar los hechos psicológicos, es decir, de todos modos apelar a la actividad del sujeto, pero sólo en su forma adulterada por el idealismo.

Las dificultades principales creadas en la psicología por el esquema binomial de análisis y por el "postulado del carácter directo"[1] que se encubre tras él, dieron lugar a persistentes intentos de vencerlo. Una de las líneas que siguió esta tentativa, encontró su expresión en resaltar el hecho de que los efectos de las influencias externas dependen de que el sujeto rompa con aquellas "variables" intermedias psicológicas (Tolmer y otros) que caracterizan su estado interno. En su tiempo, S. L. Rubinstein expresó esto en la fórmula que proclama que "las causas externas actúan a través de las condiciones internas".[2] Por supuesto, esta fórmula es indiscutible. Sin embargo, si, por condiciones internas se sobreentienden los estados corrientes del sujeto sometido a la influencia, tenemos que ella no aporta nada nuevo en principio al esquema S→R. Los objetos inanimados, incluso, al variar sus estados se manifiestan de diferentes formas en sus relaciones con otros objetos. En un terreno húmedo y

[1] UZNADZE, D. N.: *Investigaciones psicológicas.* p. 158. Moscú, 1966.

[2] RUBINSTEIN, S. L.: *El ser y la conciencia.* p. 226. Moscú, 1957.

blando las huellas quedan impresas de modo preciso y en un terreno seco y apelmazado, no. Esto se manifiesta mucho más claramente en los animales y en el hombre: un animal hambriento reacciona ante un estímulo alimenticio de una forma totalmente distinta a la de un animal harto; y una persona que se interesa por el fútbol, tendrá una reacción completamente distinta ante una información sobre los resultados de un partido, a la de una persona que le es totalmente indiferente el fútbol.

La introducción del concepto de variables intermedias enriquece indudablemente el análisis de la conducta, pero no excluye en absoluto el postulado mencionado del carácter directo. La cuestión consiste en que, aunque las variables de las cuales se habla son intermedias, sólo lo son en el sentido de los estados internos del propio sujeto. Lo expuesto se refiere a los "factores motivantes" —a las necesidades y atracciones. El estudio del papel que desempeñan estos factores ha sido orientado, como se sabe, en distintas direcciones, en el behaviorismo, en la escuela de K. Lewin y, fundamentalmente, en la psicología profunda. A pesar de todas las diferencias que hay entre estas corrientes y de las diferencias en la comprensión de la propia motivación y de su papel, lo principal continúa invariable y es la contraposición de la motivación a las condiciones de la actividad, del mundo exterior.

Es necesario destacar especialmente las tentativas de resolver el problema que parten del llamado culturalismo. El reconocido fundador de esta corriente, L. White,[1] desarrolla la idea de la "determinación cultural" de los fenómenos en la sociedad y en la conducta de los individuos. El surgimiento del hombre y de la sociedad humana condujo a que antiguamente en las relaciones naturales directas del organismo con el medio mediara la cultura que se desarrollaba sobre la base de la producción material.[2] Así, la cultura se manifiesta para los individuos en forma de significados, que se transmiten mediante los signos-símbolos lin-

[1] WHITE, L.: *The Science of Culture.* Nueva York, 1949.

[2] La mención que hace acerca de que la sociedad organizada sobre la base de las relaciones de propiedad sirvió alguna vez como motivo para relacionar a White con los partidarios del materialismo histórico; en realidad, uno de sus apologistas alega falsamente que el materialismo histórico parte de él y no de Marx, del "sentido juicioso", de la idea de soberanía (Business of Living). BARNES, H.: *Outstanding contributions to Anthropology, Culture, Cultorologie and Cultural evolution.* Nueva York, 1960.

güísticos. Partiendo de esto, L. White propone la fórmula trinominal de la conducta del hombre: organismo del hombre x estímulos culturales → conducta.

Esta fórmula crea la ilusión de que se pasa por alto el postulado del carácter directo, así como el esquema S → R que parte de él.

Sin embargo, la introducción en este esquema, en calidad de eslabón intermedio, de la cultura que se comunica mediante sistemas de signos, encierra la investigación psicológica en el círculo de los fenómenos de la conciencia, social e individual. Se hace un sencillo planteamiento: el lugar del mundo de los objetos ahora lo ocupa el mundo de los signos y significaciones elaborados por la sociedad. De esta forma, de nuevo nos situamos ante el esquema binomial S → R, pero el estímulo se interpreta en él sólo como un " estímulo cultural" . Esto expresa la ulterior fórmula de White, mediante la cual él aclara la diferencia que hay entre la determinación de las reacciones psíquicas (minding), de los animales y el hombre.

Esta fórmula él la anota de la forma siguiente:

$$V_m = f(Vb) \text{ — en los animales}$$

$$V_m = f(Vc) \text{ — en el hombre}$$

donde V son las variables, m es la psiquis, b es el estado corporal (body), c es la cultura.

A diferencia de las concepciones psicológicas que parten de Durkheim y que de una forma u otra conservan la idea de la primacía de la acción del hombre con el mundo de los objetos, el culturalismo contemporáneo norteamericano conoce sólo la influencia que ejercen los "objetos extrasomáticos" sobre el hombre y que forman una continuidad que se desarrolla por sus propias leyes "suprafisiológicas" y "suprasociológicas" (lo que hace necesario una ciencia especial —el culturalismo). Desde este punto de vista culturalista los individuos son sólo "agentes catalíticos" y el "medio de expresión" del proceso cultural.[1]

Otra línea distinta por completo, por la que se ha desarrollado la complicación del análisis que parte del postulado del

[1] WHITE, L.: *The Science of Culture.* p. 181.

carácter directo, fue originada por el descubrimiento de la regulación de la conducta mediante relaciones inversas claramente formuladas por N. N. Lange.[1]

Ya las primeras investigaciones de la estructuración de los procesos motores complejos del hombre, entre los cuales es necesario nombrar especialmente los trabajos de N. A. Bernstein,[2] que muestran el papel que desempeña el arco reflejo en las relaciones inversas, permitieron de una forma nueva comprender el mecanismo de un amplio cúmulo de fenómenos.

Durante todo este tiempo que nos separa de los primeros trabajos realizados en los años treinta, las teorías de la dirección e información adquirieron una significación científica general, abarcando los procesos que tienen lugar tanto en los sistemas vivos como en los inanimados.

Resulta curioso que los conceptos de la cibernética elaborados durante estos años, fueron aceptados más tarde por la mayoría de los psicólogos como completamente nuevos. Ocurrió algo así como su segundo nacimiento en la psicología —la circunstancia que ha creado en algunos entusiastas del enfoque cibernético, la impresión de que por fin se habían encontrado nuevos fundamentos metodológicos de la teoría psicológica omnímoda. Muy pronto, sin embargo, se descubrió que el enfoque cibernético en la psicología también establece sus límites y que sólo se pueden transponer, mediante cierta "mitología cibernética", del cambio científico cibernético de pleno valor; las realidades psicológicas, tales como la imagen psíquica, la conciencia, la motivación, la formación de un fin, resultaron prácticamente perdidas. En este sentido hubo un retraso respecto a los primeros trabajos, en los cuales se desarrolló el principio de la actividad y de la noción de los niveles de regulación, entre los cuales se destacó especialmente el nivel de las acciones con objetos y los niveles cognoscitivos superiores.

Los conceptos de la cibernética teórica contemporánea forman un plano muy importante de abstracción que permite describir las particularidades de la estructura y del movimiento de una clase amplísima de procesos, que con la ayuda del aparato de cancep-

[1] LANGE, N. N.: *Investigaciones psicológicas.* Odesa, 1893.

[2] BERNSTEIN, N. A.: "Fisiología del movimiento", en el libro: KONRADI, G. P., A. D. SLONIM y B. S. FARFEL: *Fisiología del trabajo.* Moscú, 1934; BERNSTEIN, N. A.: *Acerca de la formación de los movimientos.* Moscú, 1947.

tos anteriores no podían ser descritas. Además, las investigaciones que se desarrollan en este nuevo plano de abstracción, a pesar de su indiscutible productividad, por sí mismas no son capaces de dar solución a los problemas metodológicos fundamentales de una u otra rama especializada de los conocimientos. Por eso, no hay nada paradójico en que en la psicología la introducción de los conceptos acerca de la dirección de los procesos informacionales y acerca de los sistemas de autorregulación, todavía no varían el postulado mencionado del carácter directo.

La conclusión es que ninguna complejidad del sistema inicial que parte de este postulado, es decir, "desde dentro", está en condiciones de erradicar aquellas dificultades metodológicas que él ha creado en la psicología. Para eliminarlas es necesario cambiar el esquema binomial del análisis por otro esquema y esto no se puede hacer sin negar el postulado del carácter directo. La tesis principal, a cuya fundamentación está dedicada la ulterior exposición, consiste en que el camino real para erradicar lo del postulado fatídico para la psicología, según expresión de D. K. Uznadze, se abre con la introducción en la psicología de la categoría de actividad con objetos.

Al exponer este concepto es necesario inmediatamente precisarlo: nos referimos a la actividad con objetos y no a la conducta, y tampoco a los procesos nerviosos fisiológicos que se realizan en la actividad. La cuestión es que las "unidades" y la lengua descompuesta mediante el análisis y con cuya ayuda se describen los procesos lógicos, o cerebrales de la conducta, por una parte, y por la otra, la actividad con objetos, no coinciden entre sí.

De este modo, en la psicología se planteó la siguiente alternativa: o conservar el esquema binomial como principal (influencia del objeto → variación de los estados corrientes del sujeto, o lo que es lo mismo, el esquema S→R), o partir del esquema trinomial que comprende un eslabón intermedio (término medio: la actividad del sujeto); y correspondientemente, su condición, objetivo y medios son eslabones que canalizan las relaciones entre ellos.

Desde el punto de vista del problema de la determinación de la psiquis, esta alternativa puede formularse así: o nos colocamos en la posición que proclama que la conciencia está determinada por las cosas y fenómenos circundantes, o en la posición que afirma que la conciencia está determinada por la unidad co-

tidiana social de las personas, que de acuerdo con la definición de Marx y Engels, no es algo distinto al proceso real de su vida.[1]

¿Pero, qué es la vida humana? Es un conjunto, o más, precisamente, es un sistema de actividades que se sustituyen unas a otras.

En la actividad tiene lugar la transición del objeto a su forma subjetiva, a la imagen; además, en la actividad se produce el paso de la actividad a sus resultados objetivos, a sus productos. La actividad tomada desde este aspecto actúa como un proceso en el cual tienen lugar los pasos de transición mutuos entre los polos "sujeto-objeto". "En la producción se objetiva la personalidad; en el consumo se objetiva el objeto."[2]

## 2. *ACERCA DE LA CATEGORÍA DE LA ACTIVIDAD CON OBJETOS*

La actividad es una unidad molar no aditiva de la vida del sujeto corporal y material. En un sentido más estrecho, es decir, a nivel psicológico, esta unidad de la vida se ve mediada por el reflejo psíquico, cuya función real consiste en que este orienta el sujeto en el mundo de los objetos. En otras palabras, la actividad no es una reacción, así como tampoco un conjunto de reacciones, sino que es un sistema que posee una estructura, pasos internos y conversiones, desarrollo.

La introducción de la categoría actividad en la psicología cambia toda la estructura conceptual del conocimiento psicológico. Pero para esto es necesario tomar esta categoría en toda su plenitud, en sus dependencias y determinaciones importantísimas, en su estructura y dinámica específica, en sus diferentes tipos y formas. En otras palabras, se habla de responder a la pregunta de cómo actúa la categoría actividad en la psicología. Esta pregunta plantea problemas teóricos que todavía están muy lejos de ser resueltos. Por sí solo se sobreentiende que yo puedo tocar solamente a algunos de ellos.

La psicología del hombre tiene que ver con la actividad de individuos concretos, que transcurre o bien en las condiciones

[1] MARX, C. y F. ENGELS: *Obras completas*. t. 3. p. 25.

[2] ———: Ob. cit. t. 46. Parte I. p. 25.

de una colectividad abierta entre las personas que lo rodean, conjuntamente y en interacción con ellas, o a solas con el mundo de los objetos circundantes —ante un medio alfarero o tras un buró. Sin embargo, en cualesquiera condiciones y formas en que transcurre la actividad del hombre, cualquier estructura que esta adopte, no se puede considerar como tomada de las relaciones sociales, de la vida de la sociedad. Con toda su peculiaridad, la actividad del individuo humano constituye un sistema comprendido en el sistema de relaciones en la sociedad. Fuera de estas relaciones, la actividad humana no existe en general. La forma en que precisamente existe está determinada por aquellas formas y medios de comunicación material y espiritual (Verkehr) que el desarrollo de la producción ocasiona y que no pueden realizarse de otro modo, mas que en la actividad de las personas concretas.[1]

Por sí mismo se sobreentiende que la actividad de cada persona independiente depende del lugar que ocupe en la sociedad, de las condiciones que le han tocado en suerte, de cómo se forma en las condiciones individuales.

Se debe contrarrestar el concepto de actividad del hombre como la relación que existe entre el hombre y la sociedad contrapuesta a él. Es necesario resaltar esto, ya que las concepciones positivistas que encierra la psicología abrigan la idea de la contraposición del individuo a la sociedad. Para el hombre la sociedad es sólo aquel medio exterior al cual él debe adaptarse para no resultar inadaptado y sobrevivir, de la misma forma que el animal se ve precisado a adaptarse al medio exterior natural. Desde este punto de vista la actividad del hombre se forma como resultado de su consolidación, aunque no directamente (por ejemplo, a través de la valoración expresada por el grupo referido). Así se pasa por alto lo principal, el hecho de que en la sociedad el hombre no encuentra simplemente las condiciones externas a las cuales él debe adaptar su actividad, medios y formas; en una palabra, que la sociedad produce la actividad que forma a sus individuos. Por supuesto, esto en modo alguno significa, que su actividad personifica las relaciones de la sociedad y de su cultura. Existen complejas transformaciones y transiciones que los unen, de forma que no es posible ninguna información directa de uno a otro.

[1]MARX, C. y F. ENGELS: Ob. cit. t. 3. p. 19.

Para la psicología, que se limita al concepto de socialización de la psiquis del individuo sin su posterior análisis, estas transformaciones continúan siendo un verdadero secreto. Este secreto psicológico se descubre sólo en la investigación del origen de la actividad humana y de su estructura interna.

La característica constitutiva principal, como a veces se dice, de la actividad, es su carácter objetal. En el propio concepto de actividad está implícito el concepto de su objeto (Gegenstand). La expresión "actividad sin objetos" está exenta de todo sentido. La actividad puede resultar sin objeto, pero la investigación científica de la actividad necesariamente requiere el descubrimiento de su objeto. Así, el objeto de la actividad se manifiesta de dos maneras: primeramente, en su existencia independiente, como subordinado a sí mismo y transformando la actividad del sujeto; en segundo lugar, como imagen del objeto, como producto del reflejo psíquico de su propiedad, que se realiza como resultado de la actividad del sujeto y que no puede realizarse de otro modo.

En el propio origen de la actividad y del reflejo psíquico se descubre su naturaleza de objeto. Así, se demostró que la vida de los organismos en un medio homogéneo aunque variable puede desarrollarse sólo al hacerse más complejo aquel sistema de funciones elementales que mantiene su existencia. Sólo al pasar a la vida en un medio disperso, es decir, a la vida en el mundo de los objetos, sobre los procesos que responden a las influencias que poseen una significación biótica directa, se edifican los procesos originados por las influencias que por sí mismas pueden ser neutrales, abióticas, pero que lo orientan en relación a las influencias del primer género. La formación de estos procesos, que viabilizan las funciones vitales elementales, tiene lugar debido a que las propiedades bióticas del objeto (por ejemplo, sus propiedades alimenticias), actúan como encubiertas detrás de otras de sus propiedades "superficiales"; superficiales en el sentido de que antes de experimentar en sí los efectos provocados por la influencia biótica, es necesario, hablando en sentido figurado, pasar a través de estas propiedades (tales son, por ejemplo, las propiedades mecánicas de un cuerpo duro en relación con sus propiedades químicas).

Yo, por supuesto, omito aquí la exposición de la fundamentación concreto-científica de los conceptos citados, al igual que

el análisis del problema acerca de su relación interna con el estudio de I. P. Pavlov sobre la función de la señal de los estímulos condicionados y sobre los reflejos de orientación, ambas cosas fueron ventiladas por mi en otros trabajos.[1]

Así, la prehistoria de la actividad humana comienza con la adquisición del carácter de objeto mediante los procesos vitales. Esto último significa asimismo la aparición de las formas elementales del reflejo psíquico —la conversión de la irritabilidad (irribilitas) en sensibilidad (sensibilitas), en la "capacidad de la sensación".

La posterior evolución de la conducta y de la psiquis de los animales puede ser comprendida adecuadamente como la historia del desarrollo del contenido de la actividad con objetos. En cada nueva etapa aparece una subordinación más completa de los procesos a efectos de la actividad, mediante los vínculos y relaciones objetivas de las propiedades de los objetos con los cuales entra el animal en interacción. El mundo de los objetos parece como si se introdujera cada vez más en la actividad. Así, el movimiento del animal a lo largo de una barrera se subordina a su "geometría", se asemeja a ella y la lleva implícita; el movimiento del salto se subordina a la métrica objetiva del medio; y la selección del camino de salida, a las relaciones entre objetos.

El desarrollo del contenido del objeto de la actividad encuentra su expresión en el desarrollo que sigue al reflejo psíquico que regula la actividad en un medio objetal.

Toda actividad posee una estructura anular: aferentación inicial, procesos de efectos que realizan el contacto con el medio objetal, corrección y enriquecimiento con la ayuda de las relaciones inversas de la imagen inicial aferente. Ahora el carácter anular de los procesos que hacen posible la interacción del organismo con el medio es reconocido por todos y ha sido bien descrito. Sin embargo, lo principal no radica en la estructura anular, sino en que el reflejo psíquico del mundo objetal no lo originan directamente las influencias externas (incluyendo las influencias "inversas"), sino aquellos procesos con cuya ayuda el sujeto entra en contacto práctico con el mundo de los objetos y que por eso se subordinan necesariamente a sus propiedades

[1] LEONTIEV, A. N.: *Problemas del desarrollo del psiquismo.* Moscú, 1972.

independientes, vínculos y relaciones. Esto último significa que el "aferente" que dirige los procesos de la actividad es el propio objeto y sólo de modo secundario su imagen como producto subjetivo de la actividad, que fija, estabiliza y lleva implícito su contenido objetal. En otras palabras, se realiza una transición doble: el tránsito objeto → proceso de la actividad; y el tránsito actividad → su producto-subjetivo. Pero el tránsito del proceso a la forma de producto transcurre no sólo en el polo del sujeto. Transcurre de una forma más clara en el polo del objeto transformado por la actividad humana; en este caso la actividad del sujeto regulada de forma psíquica pasa a una "propiedad tranquilizante" (ruhende Eigenshaft) de su producto objetivo.

A primera vista parece que la noción de naturaleza objetal de la psiquis se refiere sólo a la esfera de los procesos cognoscitivos propiamente; en lo que se refiere a la esfera de las necesidades y de las nociones, esta noción no es extensiva a ella. Esto no obstante, no es así.

Los criterios de la esfera emocional y de la necesidad, como de la esfera de los estados y procesos, cuya naturaleza descansa en el propio sujeto y que varían sus manifestaciones bajo la influencia de las condiciones externas, se basan en la confusión, en esencia, de diferentes categorías, en la confusión del problema de las necesidades.

En la psicología de las necesidades es necesario desde el principio partir de la siguiente distinción: de la distinción de la necesidad como de una condición interna, como de una de las premisas imprescindibles de la actividad y de la distinción de la necesidad como de lo que dirige y regula la actividad concreta del sujeto en un medio objetal.

> El hambre es capaz de hacer que el animal se ponga en pie, es capaz de dar a la búsqueda un carácter más o menos ansioso, pero en él no existen elementos para dirigir el movimiento hacia una u otra parte, cambiarlo conforme a las exigencias de la localidad y con el carácter accidental de los encuentros, escribió Sechenov.[1]

Precisamente en su función de dirección, la necesidad es objeto del conocimiento psicológico. En el primer caso, la ne-

[1] SECHENOV, I. M.: *Obras escogidas.* t. 1. p. 581. Moscú, 1952.

cesidad se manifiesta como un estado de necesidad del organismo que por sí mismo no es capaz de provocar ninguna actividad dirigida de un modo definido; su función se limita a la activación de las correspondientes funciones biológicas y a la excitación general de la esfera motriz, que se manifiesta en los movimientos de búsqueda no orientados.

Solamente como resultado de su "encuentro" con el objeto que le responde, ella, por primera vez, se torna capaz de orientar y regular la actividad. El encuentro de la necesidad con el objeto es un hecho extraordinario y fue señalado ya por Ch. Darwin. Acerca de esto evidencian algunos datos de I. P. Pavlov; de él habla D. N. Uznadze, como de la condición de surgimiento del objetivo; y etologías modernas dan una brillante descripción. Este hecho extraordinario es un hecho de objetivización de la necesidad, de "completamiento" de la misma con contenido, que es sacado del mundo circundante. Esto dirige la necesidad a un nivel psicológico propiamente dicho.

El desarrollo de las necesidades en este nivel se lleva a cabo en forma de desarrollo de su contenido material. A propósito, esta circunstancia permite comprender la aparición, en el hombre, de nuevas necesidades, incluyendo aquellas que no tienen analogía en los animales "desembarazados" de necesidades biológicas del organismo y que en este sentido son "autónomas" [1] Su formación se explica porque en la sociedad humana los objetos de las necesidades se producen y gracias a esto se producen también las necesidades mismas.[2]

De esta forma, las necesidades dirigen la actividad del sujeto, pero ellas son capaces de realizar su función sólo en el caso en que sean materiales. De aquí surge la posibilidad del cambio de término, que permitió a K. Lewin hablar acerca de la fuerza motriz de los objetos mismos[3] (anffordevuigschrakte).

Además, está la cuestión de las emociones y los sentimientos y aquí es necesario distinguir, por una parte, los estados asténicos y esténicos indefinidos, y por otra, las emociones y sentimientos propiamente dichos, que dan lugar a la correlación de

[1] ALLPORT, G.: *Pattern and Growth in Personality.* Nueva York, 1961.

[2] MARX, C. y F. ENGELS: *Obras completas.* t. 46. Parte I. pp. 26-31.

[3] LEVIN, K.: *A Dynamic Theory of Personality.* Nueva York, 1928.

la actividad material del sujeto con sus necesidades y motivos, pero acerca de esto es necesario hablar especialmente. En relación con el análisis de la actividad, es suficiente señalar que la objetividad de la actividad da lugar no sólo al carácter material de las imágenes sino también a la objetividad de las necesidades, las emociones y los sentimientos.

El proceso de desarrollo del contenido objetivo de las necesidades no es, por supuesto, unilateral. Otro de sus aspectos consiste en que el objeto mismo de la actividad se revela al sujeto como respuesta a una u otra de sus necesidades. De esta manera las necesidades estimulan la actividad y la dirigen por parte del sujeto, pero ellas son capaces de realizar estas funciones a condición de que sean objetivas.

### *3. LA ACTIVIDAD CON OBJETOS Y LA PSICOLOGÍA*

El hecho de que la actividad externa, sensoriopráctica, sea genéticamente la forma primaria fundamental de la actividad humana, tiene especial significación para la psicología. La psicología siempre, por supuesto, estudió la actividad, por ejemplo, la actividad racional, la actividad imaginativa, la retención mental, etcétera; mas, solamente era considerada psicológica aquella actividad interna que estuviera comprendida dentro de la categoría cartesiana de cogito y era la considerada como idónea dentro del campo de trabajo del psicólogo; la psicología, de este modo, difería del estudio de la actividad sensorial, práctica, separándose de la misma.

Si la actividad externa también halló su ubicación en la psicología antigua fue solamente como expresión de la actividad interna, de la actividad de la conciencia. El choque que tuvo lugar en los albores de nuestro siglo entre los partidarios de esta psicología de la razón y la conducta, lejos de eliminar, profundizó el abismo creado entre la conciencia y la actividad externa; hoy día, en consecuencia, la actividad externa se ha separado de la conciencia, en contraposición a la psicología antigua.

La interrogante que se nos presenta hoy en toda su dimensión, sobre la base del curso objetivo del desarrollo de los conocimientos psicológicos, consiste en determinar si el estudio de la

actividad práctica externa debe ser tarea de la psicología, o no. La actividad no "tiene escrita en la frente" la ciencia de la cual, es ella su objeto. A la vez, la experiencia científica demuestra que el atribuirle a la actividad ser objeto de una cierta rama especial del conocimiento —la "praxiología"— no tiene verdadera justificación. Como toda realidad empírica dada, la actividad es estudiada por distintas ciencias: podemos estudiar la fisiología de la actividad, mas, con la misma validez podemos plantearnos su estudio, por ejemplo, en la economía política o en la sociología. La actividad práctica externa no puede ser tampoco sustraída de la investigación psicológica propiamente dicha. Este último criterio puede, empero, interpretarse de manera esencialmente distinta.

Ya en los años treinta, S. L. Rubinstein[1] señalaba la enorme significación teórica que tenía para la psicología el criterio de Marx en cuanto a que, habitualmente en la industria tenemos ante nosotros un libro abierto de las fuerzas esenciales humanas y que la psicología —para la cual este libro permanece cerrado, no puede convertirse en una ciencia real y con contenido propio, que la psicología no puede ignorar la riqueza de la actividad humana.

A la vez, en sus últimas publicaciones, S. L. Rubinstein subrayaba, que aunque dentro de la esfera psicológica esté comprendida aquella actividad práctica por cuyo intermedio el hombre transforma la naturaleza y la sociedad, sólo constituye objeto de estudio psicológico "su contenido propiamente psicológico, la motivación y regulación de la naturaleza y la sociedad, mediante la cual las acciones establecen correspondencia con las condiciones objetivas ante las que se realizan, reflejadas en las sensaciones, en las percepciones y en la conciencia".[2]

Y así, la actividad práctica —en opinión del autor— es parte del objeto de estudio de la psicología, pero sólo cuando se manifiesta en la forma particular de sensaciones, percepciones, pensamiento y, en general, en forma de estados y procesos psíquicos internos del sujeto. Pero, esta afirmación es en cierta medida unilateral ya que hace abstracción del importante hecho

[1] RUBINSTEIN, S. L.: "Los problemas de la psicología en los trabajos de Carlos Marx", en *Psicotécnica soviética*, no. 7, 1934.

[2] ———: *Principios y vías de desarrollo de la psicología*. p. 40. Moscú, 1959.

de que la actividad —en cualquiera de sus formas— está comprendida en el proceso mismo del reflejo psíquico, en el propio contenido de este proceso, de su génesis.

Veamos el caso más sencillo: el proceso de la percepción de la flexibilidad de un objeto. Este es un proceso motor externo, mediante el cual el sujeto entra en contacto práctico, en relación práctica con el objeto externo y que puede ser dirigido hacia una tarea incluso no cognoscitiva, sino directamente hacia una tarea práctica, por ejemplo, la deformación del objeto. La imagen subjetiva que surge en este caso es por supuesto psíquica y, por consiguiente, es sin lugar a duda, objeto de la investigación psicológica. Sin embargo, para comprender la naturaleza de la imagen dada, debemos estudiar el proceso que la origina, que en el caso que nos ocupa constituye un proceso externo, práctico. Querámoslo o no, corresponda o no corresponda esto a nuestras concepciones teóricas, la acción objetal externa del sujeto debemos incluirla dentro del objeto de nuestra investigación psicológica.

Es incorrecto por tanto, considerar que la actividad objetal externa, aunque se presente en la investigación psicológica tan solo como aquel contexto en el cual están incluidos los procesos psíquicos internos, y la investigación psicológica propiamente dicha, se desarrolle sin pasar al plano del estudio de la propia actividad externa, de su estructura.

Con esto podemos estar de acuerdo solamente si admitimos la dependencia unilateral de la actividad externa respecto de la imagen psíquica de la representación del objetivo o del esquema mental que la regula. Mas esto no es así, la actividad entra necesariamente en contacto práctico con los objetos enfrentados al hombre, los cuales la desvían, varían y enriquecen. En otras palabras, es precisamente dentro de la actividad externa donde tiene lugar la desvinculación del círculo de procesos psíquicos internos que marchan como al encuentro del mundo objetal, que irrumpe impetuosamente en este círculo.

Y así, la actividad entra a formar parte del objeto de la psicología, mas no como una "parte" o "elemento" particular de la misma, sino como una función especial de ella, la función de suponer al sujeto dentro de una realidad objetal y su transformación en realidad subjetiva.

Volvamos, no obstante, al caso descrito sobre la génesis del reflejo psíquico de una propiedad elemental de un objeto sustancial, en condiciones de contacto práctico con él. Este caso fue traído a colación solamente en calidad de ejemplo muy simplificado, pero tiene sin embargo también un sentido genético real. Es cuestionable la necesidad actual de demostrar que la actividad en las etapas primarias de su desarrollo debe asumir la forma de procesos externos y que, en consecuencia, la imagen psíquica es un producto de estos procesos, que prácticamente relacionan al sujeto con la realidad objetal. Es evidente, que en las etapas genéticas tempranas, la explicación científica de la naturaleza y particularidades del reflejo psíquico no podía ser de otra forma que sobre la base del estudio de estos procesos externos. Esto último, además, no implica la sustitución de la investigación del psiquismo por la investigación de la conducta, sino solamente la desmixtificación de la naturaleza del psiquismo. En efecto, de otro modo no nos quedaría otra cosa que reconocer la existencia de una "capacidad psíquica" oculta, que consista en que por la influencia de estímulos externos incidentes en los receptores del sujeto, en su cerebro —en forma de fenómeno paralelo a los procesos fisiológicos—, se encienda una cierta luz interior que ilumine el mundo del hombre, como irradiación de las imágenes, que luego son localizadas "objetivadas" por el sujeto en el espacio circundante.

De lo antes expresado se desprende, que la realidad con la cual opera el psicólogo es incomparablemente más compleja y rica, que como la dibuja el burdo esquema del surgimiento de la imagen como resultado del contacto práctico con el objeto. Pero, por muy lejos que se aparte la realidad psicológica de este burdo esquema, por muy profundas que sean las metamorfosis de la actividad, esta, ante cualesquiera condiciones, mantiene su vigencia como soplo vital del sujeto corpóreo, que por su propia esencia constituye un proceso sensorioprácticó.

La complejidad de la actividad y por ende, la complejidad de su regulación psíquica, plantea un círculo extraordinariamente amplio de problemas científico-psicológicos, de entre los cuales debemos destacar, ante todo, la cuestión de las formas de la actividad humana, de sus interrelaciones.

## 4. *CORRELACIÓN ENTRE LA ACTIVIDAD INTERNA Y EXTERNA*

La psicología antigua se ocupaba solamente de los procesos internos del movimiento de las representaciones, sus asociaciones en la conciencia, de su generalización y del movimiento de sustitutos de las palabras. Estos procesos como vivencias internas no cognoscitivas, eran los únicos componentes del objeto de estudio de la psicología.

El motivo de la reorientación de la psicología antigua lo constituyó el planteamiento del problema sobre el origen de los procesos psíquicos internos. Un paso decisivo en ese sentido fue el dado por I. M. Sechenov, que ya cien años atrás había señalado que la psicología ilegítimamente extrae de un proceso integral, cuyos eslabones están enlazados por la propia naturaleza, a su núcleo: "lo psíquico"; y lo contrapone con "lo material". Ya que la psicología nació, al decir de Sechenov, de una operación antinatural después de la cual "ningún artificio pudo unir sus eslabones separados". Semejante tratamiento de esta cuestión, seguía Sechenov, debe ser variado. "La psicología científica por todo su contenido no puede ser otra cosa que una serie de estudios sobre el origen de las actividades psíquicas."[1]

Es trabajo de los historiadores seguir las etapas de desarrollo de esta idea. Señalaré solamente, que el minucioso estudio comenzado acerca de la filogenia y ontogenia del pensamiento ha ampliado de hecho los límites de la investigación psicológica. Se han introducido dentro de la psicología puntos de vista tan paradójicos y empírico-subjetivos, como el concepto de intelecto práctico o del pensamiento manual. El criterio de que a las acciones mentales internas les antecedan genéticamente las externas, es dudoso que hoy día sea reconocido de forma general. Por otra parte, es decir, si nos movemos a partir del estudio de la conducta, se postuló la hipótesis del tránsito directo, mecánicamente interpretado, de los procesos externos a procesos ocultos, internos; recordemos, por ejemplo, el esquema de Watson: conducta oral → susurro → lenguaje completamente interno.[2]

[1] SECHENOV, I. M.: *Obras escogidas.* t. 1. p. 209.

[2] WATSON, J. B.: *The Ways of Behaviorism.* Nueva York, 1928.

Sin embargo, el incorporar a la psicología el concepto de interiorización, desempeñó un importante papel en el desarrollo de las concepciones psicológicas concretas acerca del origen de las operaciones mentales.

Como es sabido, se le denomina interiorización al tránsito por cuyo intermedio los procesos externos por su forma, con objetos sustanciales externos, se transforman en procesos que transcurren en el plano mental, en el plano de la conciencia; además, se someten a una transformación específica: se generalizan, verbalizan, reducen y, lo más importante, devienen susceptibles de un desarrollo ulterior que sobrepuja los límites de las posibilidades de la actividad externa. Esto, si utilizáramos la breve sentencia de J. Piaget, es el tránsito "que conduce del plano sensoriomotor a la idea".[1]

El proceso de la interiorización se estudia detalladamente en el contexto de muchos problemas: ontogenéticos, psicológico-pedagógicos y de psicología general. Como resultado, se han descubierto grandes diferencias teóricas, tanto en cuanto a la investigación de este proceso, como en su interpretación. Para J. Piaget el fundamento más importante de las investigaciones sobre el origen de las operaciones internas del pensamiento a partir de actos sensoriomotores, consiste, al parecer, en la imposibilidad de deducir directamente de la percepción el esquema operacional del pensamiento. Operaciones tales como la unión, el ordenamiento, la concentración, surgen, primeramente, en el curso de la ejecución de acciones externas con objetos externos y después, continúan desarrollándose en el plano de la actividad mental interna, según las leyes lógico-genéticas propias de la misma.[2] P. Janet, A. Wallon y D. Brüner tienen distintas posiciones de partida en cuanto al tránsito de la acción a la idea.

En la psicología soviética el concepto de interiorización por lo regular se relaciona al nombre de L. S. Vigotski y sus discípulos, que realizaron importantes investigaciones en ese sentido. En los últimos años P. Y. Galperin ha estudiado detalladamente las etapas sucesivas y condiciones de la transformación no es-

[1] PIAGET, J.: "Papel de la acción en la formación del pensamiento", en *Cuestiones de psicología*, no. 6, p. 33, 1965.

[2] ———: Trabajos escogidos de psicología. Moscú, 1969.

pontánea, con un objetivo fijo, de las acciones externas (materializadas) en acciones internas (mentales).[1]

Las ideas iniciales que planteara Vigotski en cuanto al problema del origen de la actividad psíquica interna a partir de lo externo, difieren fundamentalmente de las concepciones teóricas que sustentan otros autores coetáneos con él. Estas ideas surgieron del análisis de las peculiaridades de la actividad específicamente humana: la actividad laboral, productiva, que se realiza por medio de instrumentos y se desarrolla solamente en condiciones de cooperación y comunicación humana, es decir, una actividad primariamente social. En correspondencia con lo antes expresado, Vigotski destacó dos momentos fundamentales interrelacionados que deben servir de fundamento a la ciencia psicológica. Ellos son la estructura "instrumental" de la actividad humana y su inclusión en un sistema de interrelaciones con otras personas. Estos dos momentos también determinan las particularidades de los procesos psicológicos en el hombre. Los instrumentos canalizan la actividad del hombre, no sólo con respecto al mundo de los objetos, sino también al mundo de las personas. Gracias a ello, la actividad humana entraña en sí la experiencia de la humanidad; de donde se desprende, que los procesos psíquicos humanos —sus funciones psicológicas superiores— adquieren una estructura que tiene, en calidad de eslabón obligatorio, los medios y métodos transmitidos de generación en generación en el acontecer histórico y social de la humanidad, durante el proceso de colaboración, de comunicación humana. Pero, transmitir los medios, a las formas de realización de uno u otro proceso, no se hace posible de otro modo que de forma externa, en forma de acciones o en forma de lenguaje externo. En otras palabras, los procesos psicológicos humanos superiores, específicos, pueden generarse sólo en la interrelación del hombre con el hombre, es decir, como procesos intrapsicológicos; y sólo después, comienza el individuo a realizarlos por sí solo. Además, algunos de ellos pierden ulteriormente su forma externa, primitiva, transformándose en procesos interpsicológicos.[2]

[1] GALPERIN, P. Y.: "Desarrollo de las investigaciones sobre la formación de las acciones mentales", en *Ciencia psicológica en la URSS*. pp. 441-469. Moscú, 1959.

[2] VIGOTSKI, L. S.: *Desarrollo de las funciones psíquicas superiores*. pp. 198-199. Moscú, 1960.

Al principio de que las actividades psíquicas internas proceden de la actividad práctica, históricamente creada como resultado de la génesis de la humanidad, basada en el trabajo de la sociedad; y de que en los distintos individuos de cada nueva generación dichas actividades se forman en el transcurso del desarrollo ontogenético; debemos añadir otro principio muy importante y es, el de que simultáneamente tiene lugar la variación de la propia forma del reflejo psíquico de la realidad: surge la conciencia, la reflexión por el sujeto de la realidad, de su realidad propia, de sí mismo. Pero, ¿qué es la conciencia? La conciencia es el conocimiento compartido, en el sentido de que la conciencia individual sólo puede darse si existe una conciencia social y una lengua, que sea su substrato real. En el proceso de la producción material los hombres producen también su lengua, que les sirve no solamente como medio de comunicación, sino también como portadora de los valores socialmente creados fijados en ella.

La psicología antigua analizaba la conciencia como un cierto plano metapsicológico del movimiento de los procesos psíquicos. Mas, la conciencia no nos es dada primariamente, ni es generada por la naturaleza; la conciencia la genera la sociedad, la conciencia es una realización social. Por esa razón la conciencia no es un postulado, no es una condición de la psicología, sino que es su problemática: el objeto de la investigación psicológica científica concreta.

De este modo, el proceso de la interiorización consiste no en el hecho de que la actividad externa se introduzca en un "plano de la conciencia" interna que la precede; la interiorización es un proceso en el cual precisamente se forma este plano interno.

Como es sabido, a continuación del primer ciclo de trabajos dedicados al estudio del papel de los medios externos y su interiorización, L. S. Vigotski comenzó a investigar la conciencia, sus "células", significaciones verbales, su estructura y su formación.

En estas investigaciones pudiéramos decir, que la significación se manifestaba desde el punto de vista de su movimiento inverso y por eso, aquello que antecede a la vida y regula la actividad se presentaba en Vigotski dentro de una tesis absolutamente contraria: no es la significación, no es la conciencia lo que antecede a la vida; sino la vida, quien antecede a la conciencia.

La investigación de la formación de los procesos mentales y de las significaciones (conceptos) sustrae un tanto del movimiento general de la actividad un aspecto solamente, aunque muy importante: la aprehensión por el individuo de las formas de pensar desarrolladas por la humanidad. Con esto, sin embargo, no cubrimos siquiera la esfera cognoscitiva de la actividad, su formación y funcionamiento. Psicológicamente hablando, el pensamiento —y la conciencia individual en general— es más amplio, que aquellas operaciones lógicas y significaciones, dentro de cuyas estructuras este se enmarca. Las significaciones por sí mismas no generan la idea, sino que la canalizan; del mismo modo que los instrumentos no generan las acciones, sino que son sus mediadores.

En la última etapa de sus investigaciones L. S. Vigotski señaló muchas veces y de variadas formas este postulado de capital importancia. En este último plano del pensamiento externo que permanecía "sustraído" del movimiento general de la actividad, él analizó la motivación dentro de la esfera afectivo-volitiva. El examen determinista de la vida psíquica, escribía, excluye "el adjudicarle al pensamiento una fuerza mágica capaz de determinar la conducta del hombre, mediante un sistema propio".[1] El programa positivo que de esto se desprende exigía, manteniendo la vigencia de la función descubierta, volver a la significación, volver a la idea, replantear el problema. Y para ello, era necesario regresar a la categoría de actividad con objetos y hacerla extensiva también a los procesos internos: los procesos de la conciencia.

Y precisamente, como colofón del movimiento de la idea teórica, por este camino se descubría el rasgo común principal de las actividades interna y externa, como mediadoras entre las interrelaciones del hombre y el mundo, dentro de las cuales la vida humana se desenvuelve.

En suma, la distinción fundamental en que se basaba la psicología clásica tanto en Locke como en Descartes —la distinción, por una parte, del mundo exterior, del mundo de la extensión, al cual está referida la actividad corpórea externa; y por otra, del mundo de los fenómenos y procesos de la conciencia— debe ceder su lugar a otra distinción: la distinción, por un lado, de la

[1] VIGOTSKI, L. S.: *Obras escogidas de psicología*. p. 54. Moscú, 1956.

realidad objetal y de sus formas transformadas (Ferwandelte Formen) idealizadas; y por otro, de la actividad del sujeto que entraña en sí, tanto los procesos internos como los externos. Y esto quiere decir, que el fraccionamiento de la actividad en dos partes o aspectos, al parecer pertenecientes a dos esferas completamente distintas, queda eliminado. A la vez, esto nos plantea una nueva problemática: el análisis de la relación y correlación concreta entre las distintas formas de la actividad humana.

Este problema también fue objeto de preocupación en el pasado, mas sólo en la actualidad ha adquirido un sentido completamente concreto. Hoy día ante nuestros ojos se produce el acercamiento y conjunción más estrechos entre la actividad externa y la interna: el trabajo físico, responsable de la transformación práctica de los objetos sustanciales, se hace cada vez más "intelectual" y entraña en sí la ejecución de complejas acciones mentales; al mismo tiempo, el trabajo del investigador moderno —actividad intelectual específicamente cognoscitiva por excelencia— es completado cada vez más con procesos, que por su forma constituyen acciones externas. Tal unión de procesos distintos por su forma, dentro de la actividad, ya no puede ser interpretada solamente como el resultado de aquellos tránsitos implícitos en la descripción del término interiorización de la actividad externa. Dicha unión, indefectiblemente, presupone la existencia de tránsitos que tienen lugar permanentemente, también en la dirección inversa, de la actividad interna a la actividad externa.

En las condiciones sociales, que aseguran el desarrollo multilateral de las personas, la actividad mental no está aislada de la actividad práctica. El pensamiento humano deviene reproducible dentro de la vida integral de los individuos, en la medida de la necesidad.[1]

Avanzando un poco, diremos de inmediato que los tránsitos mutuos, acerca de los cuales habláramos, forman el más importante movimiento de la actividad humana objetal dentro de su desarrollo histórico y ontogenético. Dichos tránsitos son posibles debido a que la actividad interna y la externa presentan una misma estructura general. Las generalidades descubiertas en sus

[1] MARX, C. y F. ENGELS: *Obras completas.* t. 3. p. 253.

estructuras constituyen a nuestro juicio uno de los más importantes descubrimientos de la ciencia psicológica moderna.

Y así, la actividad interna por su forma, que se origina a partir de la actividad práctica externa, no se separa de ella, sino que conserva una relación fundamental y bilateral con la misma.

## 5. *ESTRUCTURA GENERAL DE LA ACTIVIDAD*

La generalidad macroestructural entre la actividad práctica externa y la actividad teórica interna, nos permite conducir el análisis de ambas haciendo abstracción de la forma en que se suceden primariamente.

La idea del análisis de la actividad como método en la psicología científica del hombre, fue planteada, como ya dijéramos, en los tempranos trabajos de L. S. Vigotski. Se introdujeron los conceptos de instrumento, operaciones instrumentales, objetivo, y más tarde, el concepto de motivo —de "esfera motivacional de la conciencia". Pero, transcurrieron los años sin que se hiciera posible describir, en una primera aproximación, la estructura general de la actividad humana y de la conciencia individual.[1] Esta primera descripción ahora, transcurrido un cuarto de siglo, nos parece insatisfactoria, extraordinariamente abstracta. Sin embargo, es precisamente su grado de abstracción lo que nos permite tomarla como punto de partida, rector de las investigaciones futuras.

Hasta ahora hemos hablado de la actividad en general, nos hemos referido al sentido compendiador de este concepto. En realidad, siempre estaremos en presencia de actividades específicas, cada una de las cuales responde a determinada necesidad del sujeto, tiende hacia el objeto que satisface dicha necesidad, desaparece al ser satisfecha y se reproduce nuevamente —puede darse incluso, ante condiciones completamente distintas.

Los distintos tipos concretos de actividad podemos diferenciarlos entre sí por cualquier rasgo significativo: por su forma, por las vías de su realización, tensión emocional, característica espacial y temporal, mecanismos fisiológicos, etcétera. Sin embargo, lo más importante que distingue una actividad de otra

[1] LEONTIEV, A. N.: *Problemas del desarrollo del psiquismo.* Moscú, 1947.

es el objeto de la actividad. Es el objeto de la actividad lo que le confiere a la misma determinada dirección. Por la terminología propuesta por mí, el objeto de la actividad es su motivo real.[1] Por supuesto, este puede ser tanto externo como ideal, tanto dado perceptualmente como existente sólo en la imaginación, en la idea. Lo importante es que más allá del objeto de la actividad siempre está la necesidad, que él siempre responde a una u otra necesidad.

De este modo, el concepto de actividad está necesariamente relacionado con el concepto de motivo. La actividad no puede existir sin un motivo; la actividad "no motivada" no entraña una actividad privada de motivo, sino una actividad con un motivo subjetiva y objetivamente oculto.

Las acciones mediante las cuales se realiza la actividad constituyen sus "componentes" fundamentales. Denominamos acción al proceso que se subordina a la representación de aquel resultado que habrá de ser alcanzado, es decir, el proceso subordinado a un objetivo consciente. Del mismo modo que el concepto de motivo se relaciona con el concepto de actividad, así también el concepto de objetivo se relaciona con el concepto de acción.

El surgimiento en la actividad de acciones y procesos orientados hacia un objetivo, ha sido históricamente consecuencia del tránsito del hombre a la vida en sociedad. La actividad de los participantes de un trabajo conjunto es estimulada por el producto de la misma, que primariamente responde en forma directa a las necesidades de cada quien. No obstante, incluso el desarrollo de la más sencilla división técnica del trabajo conduce necesariamente a la existencia de ciertos resultados parciales, intermedios, alcanzados por los distintos partícipes de la actividad laboral colectiva, los cuales en sí no son capaces de satisfacer sus necesidades. Sus necesidades pueden ser satisfechas no por estos resultados "intermedios", sino por la parte del producto de la actividad conjunta obtenida por cada uno de ellos en virtud de las relaciones de producción establecidas dentro del proceso del trabajo, es decir, de las relaciones sociales.

[1] Tal comprensión rígida del motivo como el objeto (material o ideal) que estimula y dirige la acción hacia sí, se distingue de lo corriente; pero este no es el lugar para entrar en polémicas sobre esta cuestión.

Es fácil comprender, que ese resultado "intermedio" al cual se subordinan los procesos laborales del hombre, debe destacársele también en el plano subjetivo, en forma de representaciones.

En esto consiste la discriminación del objetivo, que al decir de Marx, "como una ley determina la forma y el carácter de sus acciones..."[1]

La determinación de los objetivos y la formación de las acciones a ellos subordinados, produce como un desmembramiento de las funciones que anteriormente estaban refundidas en el motivo. Las funciones de excitación, por supuesto, se conservan en su totalidad después del motivo. Otra cosa sucede con las funciones de dirección: las acciones realizadoras de la actividad son estimuladas por su motivo, pero están dirigidas hacia el objetivo. Supongamos que la necesidad de alimentarse incita a un hombre a realizar una actividad: he aquí su motivo; pero, para satisfacer su necesidad de alimento este debe realizar acciones que no están encaminadas directamente a la obtención de alimentos. Por ejemplo, un hombre determinado tiene como objetivo la fabricación de instrumentos de pesca; utilícelos él ulteriormente, o transmítalos a otras personas para obtener una parte del producto general, en ambos casos, aquello que lo incitó a realizar la actividad, y aquello hacia lo cual se dirigieron sus acciones, no coinciden; su coincidencia constituye un caso particular especial, el resultado de un proceso especial, acerca del cual hablaremos más adelante.

El señalar las acciones de objetivo fijo en calidad de componentes del contenido de actividades concretas, naturalmente, plantea la cuestión de los nexos internos que las relacionan. Como ya se ha señalado, la actividad no constituye un proceso aditivo. Las acciones, propiamente, no son elementos especiales "separados", que son incorporados a la actividad. La actividad humana no puede existir de otra manera que en forma de acciones o grupos de acciones. Por ejemplo, la actividad laboral se manifiesta en las acciones laborales; la actividad didáctica, en las acciones de aprendizaje; la actividad de comunicación, en las acciones —los actos— de comunicación, etcétera. Si sustrajéramos imaginariamente de la actividad las acciones que la conforman, entonces de la actividad no quedaría

[1] MARX, C. y F. ENGELS: *Obras completas*. t. 28. p. 189.

nada. Esta misma idea puede expresarse también de otra forma: cuando ante nosotros se despliega un proceso concreto —externo o interno—, en lo concerniente a su relación respecto al motivo, este se manifiesta como una actividad humana; y en lo concerniente a la subordinación al objetivo, en la calidad de acción o grupo de acciones.

Conjuntamente con esto, la actividad y la acción constituyen genuinas realidades no coincidentes entre sí. Una misma acción puede formar parte de distintas actividades, puede pasar de una actividad a otra, revelando con ello su propia independencia relativa. Utilicemos nuevamente el recurso de una ilustración simplificada: digamos que nuestro objetivo sea llegar al punto N y que para ello nuestra acción puede tener los más diversos motivos; en este caso podemos realizar consecuentemente las más diversas actividades. La recíproca, evidentemente, es también cierta: que un mismo motivo puede concretarse en distintos objetivos y, por consiguiente, generar distintas acciones.

En relación con la consideración del concepto de acción vemos el momento "creador" más importante de la actividad humana, debemos tomar en cuenta que toda actividad en cierta medida desplegada, supone el logro de una serie de objetivos concretos, de entre los cuales, algunos están relacionados entre sí mediante una rígida continuidad. Para decirlo de otro modo, la actividad regularmente es realizada mediante un cierto conjunto de acciones subordinadas a objetivos parciales, que pueden ser sustraídos del objetivo general; en este caso, lo característico de los grados superiores de desarrollo consiste en que el papel de objetivo general lo realiza un motivo consciente, que se transforma en virtud de su carácter consciente en un motivo —objetivo.

Una de las interrogantes a evacuar ahora es la cuestión de la formación del objetivo. Esto es un gran problema psicológico. El asunto estriba, en que el motivo de la actividad depende solamente de una zona de objetivos objetivamente adecuados. La discriminación subjetiva del objetivo, es decir, la concientización de un resultado cercano, que puede lograrse mediante la realización de determinada actividad capaz de satisfacer la necesidad objetivada en su motivo, constituye un proceso especial que casi no está estudiado aún. En condiciones de laboratorio o de experimento pedagógico, nosotros planteamos a los

educandos o sujetos un objetivo, más bien, "preparado"; por esa razón, el proceso mismo de la formación del objetivo con frecuencia se sustrae de la investigación. Es posible que sólo en experiencias, que por sus métodos sean parecidas a los notables experimentos de F. Joppe, se revele este proceso siquiera de una forma unilateral, aunque suficientemente evidente, al menos en su aspecto dinámico —cuantitativo. Otra cosa es la vida real, en donde la formación del objetivo se manifiesta en calidad de momento importantísimo del movimiento de una u otra actividad del sujeto. Comparemos en este sentido el desarrollo de la actividad científica, por ejemplo, de Darwin y Pasteur. Tal comparación es instructiva no sólo desde el punto de vista de la existencia de enormes diferencias en cuanto a cómo tiene lugar subjetivamente la discriminación de los objetivos, sino también desde el punto de vista del contenido psicológico del proceso de la discriminación.

Ante todo, en ambos casos puede apreciarse claramente que los objetivos no se inventan, no son planteados por el sujeto a su arbitrio. Los objetivos están dados dentro de circunstancias objetivas. Conjuntamente, la discriminación y concientización de los objetivos es un acto que dista mucho de ser automático y monofacético, sino que es un proceso relativamente prolongado en el cual la acción incide sobre los objetivos y donde, si se nos permite la expresión, se produce la saturación objetal de los mismos. El individuo, como señala acertadamente Hegel, "no puede determinar el objetivo de su actuación, mientras no actúe..."[1]

Otro importante aspecto del proceso de formación del objetivo consiste en su concreción, en la discriminación de las condiciones necesarias para su logro. Mas, aquí debemos detenernos especialmente.

Todo objetivo —incluso el de "alcanzar el punto N"— existe objetivamente dentro de cierta situación objetal. Por supuesto, para la conciencia del sujeto el objetivo puede manifestarse abstraído de esta situación, sin embargo, sus acciones no pueden abstraerse del objetivo. Por eso, junto a su aspecto intencional —qué es lo que debe ser logrado—, la acción presenta también su aspecto operacional —cómo, de qué manera puede lograrse—,

[1] HEGEL: *Obras completas.* t. 4. pp. 212-213. Moscú, 1959.

que se determina no por el objetivo en sí, sino por las condiciones objetivo-objetales para su consecución. En otras palabras, la acción que realice el sujeto responde a una tarea: el objetivo, dado ante condiciones determinadas. Por eso, la acción presenta una cualidad propia, su componente "generador" peculiar, que es precisamente las formas y métodos por cuyo intermedio esta se realiza. Las formas de realización de la acción yo las denomino operaciones.

Los términos "acción" y "operación" frecuentemente no se diferencian. No obstante, en el contexto del análisis psicológico de la actividad su clara distinción se hace absolutamente imprescindible. Las acciones como ya dijéramos, se correlacionan con los objetivos; las operaciones, con las condiciones. Digamos que el objetivo de cierta acción permanece siendo el mismo, en tanto que las condiciones ante las cuales se presenta la acción, varían; entonces variará, precisamente, sólo el aspecto operacional de la acción.

En las acciones con instrumentos es donde la no coincidencia entre las acciones y operaciones se hace particularmente evidente. En efecto, un instrumento es un objeto material en el cual están cristalizados precisamente los métodos, las operaciones, y no las acciones, ni los objetivos. Por ejemplo, se puede desmembrar físicamente un objeto sustancial mediante distintos instrumentos, cada uno de los cuales determina la forma de realización de determinada acción. Ante ciertas condiciones adecuadas estaremos en presencia, digamos, de una operación de corte; ante otras, la operación será aserrar; todo esto en el supuesto de que el realizador de la operación domine el uso de los instrumentos adecuados: la tijera, la sierra y otros. Lo mismo sucede con situaciones de mayor complejidad. Imaginémonos que la persona persigue ahora el objetivo de representar gráficamente determinadas relaciones de dependencia, que ha hallado. Para realizar esta labor debe el individuo valerse de un método de construcción de gráficos, u otro; debe realizar determinadas operaciones y para ello, debe ser capaz de ejecutarlas. Es indiferente, además, cómo, en qué condiciones y con cuál material aprende a realizar estas operaciones; lo importante es otra cosa, y es, precisamente, el hecho de que la formación de las operaciones tiene lugar de una manera completamente distinta a la formación del objetivo, es decir, a la generación de acciones.

Las acciones y operaciones tienen distinto origen, distinta dinámica y distinta función a realizar. La génesis de la acción está en las relaciones de intercambio de actividades; toda operación es el resultado de una transformación de la acción, originada como resultado de su inserción dentro de otra acción y la incipiente "tecnificación" de la misma, que se produce. Como una sencilla ilustración de este proceso puede servir la formación de operaciones, que requiere, por ejemplo, la ejecución de conducir un automóvil. Primeramente, cada operación —por ejemplo, el embrague— se forma como una acción subordinada precisamente a este objetivo y que presenta su propia "base de orientación" consciente (P. Y. Galperin). Posteriormente, esta acción es incorporada dentro de otra acción que presenta una estructura operacional compleja, por ejemplo, la acción de variar el régimen de marcha del automóvil. Ahora el embrague se convierte en un procedimiento dentro de la nueva acción: en una operación que deja ya de realizarse en forma de proceso especial de objetivo fijo; su objetivo no se manifiesta. Para la conciencia del conductor del vehículo el embrague, ante las condiciones normales de marcha, es como si no existiera. Su intención va dirigida a otras cosas: sacar el automóvil de donde está estacionado, subir cuestas empinadas, conducir a cierta velocidad, detenerlo en un sitio prefijado, etcétera. En realidad, esta operación como sabemos puede sustraerse de la actividad consciente del conductor y realizarse automáticamente. En general, el destino de las operaciones, más tarde o más temprano, es convertirse en funciones mecánicas.[1]

No obstante, con relación a la acción la operación no constituye de ningún modo algo "separado", al igual que la acción con respecto a la actividad. Inclusive, en el caso de que la operación fuera realizada por una máquina, esta de todos modos realizaría ciertamente la acción del sujeto. En el hombre que resuelve una tarea mediante el uso de un dispositivo de calcular, la acción no se diluye en este eslabón extracerebral; al igual que en todos los demás eslabones, la acción halla su realización, asimismo, en este.

[1] LEONTIEV, A. N.: "La automatización y el hombre", en *Investigaciones psicológicas*. 2a. ed. pp. 8-9. Moscú, 1970.

Solamente una máquina "loca", sustraída de la subordinación al hombre, puede ejecutar operaciones que no realicen ninguna acción de objetivo fijo del sujeto.

Y así, del flujo general de la actividad que forma la vida humana en sus manifestaciones superiores mediadas por el reflejo psíquico, se desprenden en primer término, distintas —especiales— actividades según el motivo que las impela; después se desprenden las acciones —procesos— subordinadas a objetivos conscientes; y finalmente, las operaciones que dependen directamente de las condiciones para el logro del objetivo concreto dado.

Estas "unidades" de la actividad humana también forman su macroestructura. La peculiaridad del análisis que nos lleva a su discriminación estriba en que este se vale no de la desarticulación de la actividad viva en sus elementos componentes, sino que descubre las relaciones internas que la caracterizan, como las relaciones tras las cuales se ocultan transformaciones surgidas en el curso de desarrollo de la actividad, en su movimiento. Los propios objetos pueden adquirir la condición de excitadores, de objetivos, de instrumentos en el sistema de la actividad humana; sustraídos de este sistema de relaciones, los objetos pierden su condición de excitadores, de objetivos, de instrumentos. Un instrumento, por ejemplo, analizado fuera de su relación con el objetivo, se convierte en una abstracción del mismo tipo que la operación que se analice fuera de su relación con la acción que esta realiza.

La investigación de la actividad requiere precisamente analizar sus relaciones sistémicas internas. De otro modo, no estaremos en condiciones de resolver siquiera las más sencillas tareas, digamos por ejemplo, juzgar si estamos en presencia de una acción o de una operación ante determinado caso. La actividad comporta un proceso que se caracteriza por presentar transformaciones en sucesión constante. La actividad puede perder su motivo originario y entonces transformarse en una acción, que realiza un tipo de relación completamente diferente respecto al mundo, otra actividad; por el contrario, una acción puede adquirir una fuerza excitadora propia y convertirse en actividad específica; finalmente, la acción puede transformarse en un procedimiento para alcanzar el objetivo, en una operación, que coadyuva a la realización de distintas acciones.

La movilidad de los distintos "componentes" del sistema de la actividad se manifiesta, por otra parte, en el hecho de que cada uno de ellos puede hacerse más fraccionado o, por el contrario, comprender en sí unidades que anteriormente eran relativamente independientes. Así, el alcanzar el objetivo general planteado puede presuponer el desprendimientode objetivos intermedios, como resultado de lo cual la acción integral se fracciona en una serie de acciones sucesivas; esto es particularmente característico de aquellos casos en los cuales la acción transcurre por intermedio de operaciones, ante condiciones que dificultan su realización. La ampliación de estas unidades desprendidas de las actividades constituye el proceso contrario al descrito anteriormente. Este caso se presenta, cuando los resultados intermedios objetivamente logrados se funden entre sí y cesan de ser concientizados por el sujeto.

Correspondientemente tiene lugar el fraccionamiento o, por el contrario, la ampliación en las "unidades" de las imágenes psíquicas: el texto escrito por la inexperta mano infantil, tiene para el niño, en su percepción, la significación de letras fraccionadas, separadas del texto, e incluso pueden aparecer ante él en forma de elementos gráficos; más tarde, las palabras completas y aún las oraciones llegan a ser para el niño unidades de percepción, dentro de este proceso.

Para la persona poco avezada en este análisis, el proceso de fraccionamiento o ampliación de las unidades de la actividad y del reflejo psíquico —tanto ante la observación externa, como ante la introspectiva— no se manifiesta de manera evidente. El investigador puede examinar este proceso solamente valiéndose de un análisis especial y de indicadores objetivos. Uno de tales indicadores es el mistagma optocinético; al medir sus ciclos —como así lo han demostrado las investigaciones realizadas— es posible establecer el volumen de las "unidades" motoras que entran en su composición al realizar acciones gráficas. Por ejemplo, la escritura de palabras en una lengua extranjera se desmembra en una cantidad de unidades mucho mayor, que la escritura de palabras habituales en lengua natal. Podemos considerar que esta distinción, que se manifiesta patentemente en

los oculogramas, corresponde a la desmembración de la acción en las operaciones que la componen, al parecer más sencillas, primitivas.[1]

El discriminar dentro de la actividad sus "unidades" constitutivas es de crucial importancia para la resolución de una serie de problemas. Uno de tales problemas por su forma —ya tocado anteriormente por nosotros—, es el de la conjunción de procesos externos e internos de la actividad; la ley o principio de esta unión consiste en que siempre sigue exactamente el curso de las "soldaduras" de la estructura descrita.

Existen distintas actividades cuyos eslabones todos son de carácter esencialmente interno; así es, por ejemplo, la actividad cognoscitiva. Un caso más particular, puede darse cuando la actividad interna que responde a un motivo cognoscitivo se realiza mediante procesos esencialmente externos por su forma; tales pueden ser ora las acciones externas, ora sus elementos aislados. Lo mismo podemos decir en cuanto a la actividad externa: algunas de las acciones y operaciones realizadoras de la actividad externa pueden asumir la forma de procesos mentales, internos, mas, de nuevo solamente, bien como acción, o bien como operación, en su integralidad, en su indivisibilidad. El fundamento de tal estado de cosas, ante todo, estriba en la propia naturaleza de los procesos de interiorización y exteriorización; en efecto, ninguna transformación de fragmentos "aislados" de la actividad puede ser en general posible. Esto significaría en sí no la transformación de la actividad, sino su destrucción.

El discriminar acciones y operaciones dentro de la actividad no agota el análisis de la misma. Más allá de la actividad y de las imágenes psíquicas que la regulan, se despliega el grandioso funcionamiento fisiológico del cerebro. Este postulado no necesita ser demostrado. El problema radica en otra cosa, en el hecho de hallar las relaciones reales que ligan entre sí la actividad del sujeto, medida por el reflejo psíquico, y los procesos fisiológicos cerebrales.

[1] HIPPENREITER, Y. B. y G. L. PIK: "El mistagmo oplocinestésico de fijación como índice de la participación de la visión en los movimientos", en la colección *Investigación de la actividad visual del hombre.* Moscú, 1973; HIPPENREITER, Y. B., V. Y. ROMANOV e I. S. SAMSONOV: "Método de separación de las unidades de la actividad", en la colección *Percepción y actividad.* Moscú, 1975.

En infinidad de trabajos psicológicos se ha tratado la correlación entre lo psíquico y lo fisiológico. En lo concerniente al estudio de la actividad nerviosa superior esta cuestión teórica ha sido desarrollada detalladamente por S. L. Rubinstein, quien desarrolló la idea de que lo fisiológico y lo psíquico son una y la misma cosa: la actividad de reflejo y de reflexión pero, analizada en distintas relaciones; y que su investigación psicológica constituye la continuación lógica de su investigación fisiológica.[1] El análisis de estos principios planteados por otros autores nos lleva, sin embargo, fuera del plano del análisis trazado. Por eso, retomando algunos de los planteamientos expresados por dichos autores, quiero limitarme aquí solamente a la cuestión del lugar de las funciones fisiológicas en la estructura de la actividad objetal del hombre.

Recordemos, que la psicología empírico-subjetiva antigua se reducía a afirmar el paralelismo entre los fenómenos fisiológicos y psíquicos. Sobre esta base surgió la extravagante teoría de las "sombras psíquicas", que —en cualquiera de sus variantes— en esencia representaba un rechazo a la resolución del problema. Salvando las distancias, esto es también aplicable a los intentos teóricos subsiguientes de describir la relación existente entre lo psíquico y lo fisiológico, basándose en su morfología y en la interpretación de las estructuras fisiológicas y psíquicas, por intermedio de modelos lógicos.[2]

Otra alternativa al análisis de esta problemática, es renunciar a la comparación directa de lo psíquico y lo fisiológico y continuar el análisis de la actividad solamente a nivel fisiológico.

Para esto, sin embargo, es necesario superar la habitual contraposición de la psicología, como ciencia que estudia "distintas cosas". Aunque las funciones y los mecanismos cerebrales constituyen indiscutiblemente un objeto de la fisiología, de aquí no podemos de ningún modo inferir que estas funciones y mecanismos deben quedar completamente excluidos de la investigación psicológica, a tenor de la vieja máxima: "Dadle al César lo que es del César..."

[1] RUBINSTEIN, S. L.: *El ser y la conciencia*. pp. 219-221.

[2] PIAGET, J.: "Carácter de la explicación en la psicología y paralelismo psicofisiológico", en *Psicología experimental* bajo la redacción de P. Fraisse y J. Piaget. 1a. y 2a. ed. Moscú, 1966

Esta cómoda fórmula, reduciéndolo todo a lo fisiológico nos lleva a la vez a una grave falta, el separar lo psíquico del funcionamiento del cerebro. Las relaciones reales que ligan entre sí lo psíquico y lo fisiológico, son muy parecidas a las relaciones entre la fisiología y la bioquímica: el progreso dentro de la fisiología conduce necesariamente a la profundización del análisis hasta llegar al nivel de los procesos bioquímicos; por otra parte, solamente el desarrollo de la fisiología —y por extensión, de la biología— puede generar la problemática específica, que conforma la rama especial de la bioquímica.

Continuando esta analogía —por supuesto, completamente convencional—, podemos decir que la problemática psicofisiológica —fisiológica superior— se genera con el desarrollo de los conocimientos psicológicos; que incluso un concepto tan fundamental para la fisiología como es el concepto de reflejo condicionado, surgió en los experimentos "psíquicos", como así los denominara originalmente I. P. Pavlov. Ulteriormente, como es sabido, I. P. Pavlov expresó la idea de que la psicología en su aproximación por etapas explica: "las construcciones generales de las formaciones psíquicas las trata de llevar adelante la fisiología en su etapa, entendiéndolas como una peculiar interacción de los fenómenos fisiológicos".[1] De este modo, la investigación se mueve no de la fisiología a la psicología, sino de la psicología a la fisiología. "Ante todo —señalaba Pavlov— debemos comprender el lenguaje psicológico y después traducirlo al fisiológico."[2]

La consideración más importante consiste en que el tránsito del análisis de la actividad al análisis de sus mecanismos psicofisiológicos, responde a tránsitos reales entre ellos. Ahora, no es posible acercarse a los mecanismos cerebrales —psicofisiológicos— de ninguna otra manera que como producto del desarrollo de la propia actividad con objetos. Se debe, sin embargo, tener en consideración que estos mecanismos se forman durante la filogenia y la ontogenia de distinta forma —particularmente en lo que concierne a su aspecto funcional— y, por consiguiente, no se manifiestan de la misma manera.

[1] PAVLOV, I. P.: *Miércoles de Pavlov.* t. 1. pp. 249-250. Moscú-Leningrado, 1954.

[2] ————: *Miércoles clínicos de Pavlov.* t. 1. Moscu-Leningrado, 1954.

Los mecanismos creados filogenéticamente constituyen presupuestos dados de la actividad y del reflejo psíquico. Por ejemplo, los procesos de la percepción visual están como grabados en los dispositivos característicos del sistema visual del hombre, mas sólo en forma virtual: como una posibilidad.

Pero, esto último, no exime a la investigación psicológica de la percepción de adentrarse en estas peculiaridades. En realidad, no podemos decir absolutamente nada de la percepción sin apelar a estas características. Otra cuestión a tratar es, si hacemos de estas características morfofisiológicas un objeto particular de estudio, o las investigamos funcionalmente dentro de la estructura de las acciones y de las operaciones. La diferencia entre estos enfoques la apreciaremos inmediatamente, tan pronto comparemos datos de la investigación, digamos, de la longitud de las postimágenes con los datos de la investigación de la integración de los elementos visuales sensoriales, en la resolución de distintas tareas de percepción.

La situación se presenta de manera algo distinta cuando la formación de los mecanismos cerebrales tiene lugar en condiciones de desarrollo funcional. En estas condiciones, los mecanismos mencionados se manifiestan en forma de nuevos "órganos fisiológicos móviles" (A. A. Ujtomski), nuevos "sistemas funcionales" (P. K. Anojin), que se forman, podríamos decir ante nuestra vista.

La formación en el hombre de sistemas funcionales a él inherentes se produce como resultado del dominio de los instrumentos —los medios— y de las operaciones. Estos sistemas no representan otra cosa que operaciones formadas, sustanciadas en el cerebro, motoras y mentales —por ejemplo, las lógicas. Mas esto no entraña una mera "copia" sino más bien, su redefinición fisiológica. Para que esta redefinición pueda aparecer en blanco y negro, debemos valernos de otro lenguaje, de otras unidades. Tales unidades son las funciones cerebrales; su conjunto: los sistemas fisiológico-funcionales.

La inclusión en el análisis de la actividad del nivel de las funciones psicofisiológicas cerebrales, nos permitió aglutinar importantes elementos de estudio, con los cuales comenzó, propiamente dicho, el desarrollo de la psicología experimental. En realidad, los primeros trabajos dedicados a las "funciones psíquicas": sensorial, mnémica, selectiva, tónica —como en-

tonces se les llamaba—, resultaron sin perspectivas, a despecho del aporte concreto que hicieron teóricamente a la ciencia. Mas esto sucedió precisamente debido a que dichas funciones se investigaron sustraídas de la realidad objetal en cuyo contexto se desarrollan, es decir, como manifestaciones de ciertas capacidades: las capacidades del alma o del cerebro. La esencia de esta cuestión estriba en que en ambos casos, las funciones se concebían no como surgidas de la actividad, sino como generadoras de ella.

Por otra parte, al poco tiempo se descubrió el hecho de la variabilidad de la expresión concreta de las funciones psicofisiológicas en dependencia del contenido de la actividad del sujeto. La tarea científica, sin embargo consiste no en constatar esta dependencia —que está hace tiempo constatada en innumerables trabajos de psicólogos y fisiólogos—, sino en investigar aquellas transformaciones de la actividad que conducen a la reestructuración del entrelazamiento de las funciones psicofisiológicas cerebrales.

La importancia de las investigaciones psicofisiológicas consiste en que permiten descubrir las condiciones y secuencias de la formación de los procesos de la actividad, que exigen para su realización la restructuración o formación de nuevos conjuntos de funciones psicofisiológicas, de nuevos sistemas funcionales cerebrales. Un sencillo ejemplo de lo antes dicho, es la formación y consolidación de las operaciones. Por supuesto, el surgimiento de una u otra operación se determina por las condiciones, medios y formas de acción presentes, que se forman o asimilan desde el exterior; sin embargo, el entrelazamiento de los eslabones elementales que conforman la estructura de las operaciones, su "comprensión y transmisión a los niveles neurológicos inferiores, tiene lugar manteniéndose también la subordinación a las leyes fisiológicas que la psicología, naturalmente, no puede obviar". Incluso, por ejemplo, al educar hábitos motores externos o mentales nos apoyaremos siempre intuitivamente en las representaciones de las funciones mnémicas del cerebro —"la repetición es la madre del aprendizaje" — formadas empíricamente y nos parece que el cerebro normal es psicológicamente silente.

Otra cosa sucede cuando la investigación requiere la clasificación exacta de los procesos estudiados de la actividad, en

particular, de aquella actividad que transcurre en condiciones deficitarias en cuanto al tiempo, ante elevadas exigencias de precisión, selectividad, etcétera. En este caso, la investigación psicológica de la actividad indefectiblemente comprende, como una tarea especial, su análisis a nivel psicofisiológico.

La tarea que nos parece más difícil en lo tocante a desmembrar la actividad en sus elementos constitutivos, determinar sus características temporales y la capacidad de funcionamiento de determinados aparatos de "salida", se presenta en la psicología ingenieril. Se introdujo el concepto de operaciones elementales, aunque con un sentido completamente extrapsicológico, lógico-técnico mas bien diríamos, dictado por la necesidad de difundir el método de análisis de los procesos de máquina al análisis de los procesos humanos, del hombre que participa del trabajo de la máquina. Sin embargo, semejante tipo de fraccionamiento de la actividad en distintos objetivos, su descripción formal y aplicación de medidas teórico-informacionales, enfrentó la dificultad de que se sustrajo por completo del campo de la investigación los componentes constitutivos de la actividad fundamental y, la actividad, por así decirlo, se deshumanizó. Conjuntamente con esto, no era posible renunciar a este análisis de la actividad, que se salía del análisis de la estructura general de la misma. Así, surgió una controversia sui generis: por una parte, el hecho de que el fundamento para distinguir las "unidades" de la actividad es la diferencia de sus relaciones con el mundo, dentro de cuyas relaciones sociales entra el individuo, lo cual impulsa la actividad con sus objetivos y condiciones objetales, fija el límite a su ulterior desmembración dentro del sistema de análisis dado; y por otra parte, se manifestó en un primer plano la tarea del estudio de los procesos intracerebrales, lo cual exigía el ulterior fraccionamiento de estas unidades.

En este sentido, en los últimos años se postuló la idea del análisis "microestructural" de la actividad, cuya tarea consiste en integrar los enfoques genético (psicológico) y cuantitativo (informacional) con respecto a la actividad.[1] Se hizo necesario introducir el concepto de "bloques funcionales", de relaciones

[1] SHINCHENKO, V. P.: "Acerca del método microestructural de investigación de la actividad cognoscitiva", en *Trabajos del Instituto Nacional de Investigaciones Científicas de la estética técnica*. 3a. ed. Moscú, 1972.

directas e inversas entre estos, que conforman la estructura de los procesos que realizan fisiológicamente la actividad. Además, se presupone, que esta estructura en general corresponde a la macroestructura de la actividad y que la distinción de determinados "bloques funcionales" permite profundizar el análisis, llevándolo a unidades más fraccionadas. Aquí, sin embargo, se nos plantea una compleja tarea teórica: comprender las relaciones que ligan entre sí las estructuras intracerebrales y las estructuras realizadoras de la actividad. El desarrollo ulterior del microanálisis de la actividad plantea necesariamente esta tarea. En efecto, el propio procedimiento de investigación, por ejemplo, en la investigación de las relaciones inversas de los elementos excitados de la retina ocular y de las estructuras cerebrales, responsables de la elaboración de las primeras imágenes visuales, se basa en el registro de los fenómenos que se presentan solamente a causa de la reelaboración sucesiva de estas imágenes primarias, dentro de aquellos "bloques semánticos" hipotéticos cuyas funciones están determinadas por el sistema de relaciones, por la propia naturaleza de los mismos y que se convierten en extracerebrales, y por lo tanto, no fisiológicos.

Por el carácter de la mediación que realizan, estos tránsitos son comparables con los que relacionan la técnica de la producción y la producción misma. Por supuesto, la producción se realiza por medio de máquinas e instrumentos y en este sentido la producción constituye una consecuencia de su aplicación; pero, las máquinas y los instrumentos son originados por el desarrollo de la propia producción, que ya no es una categoría técnica, sino socio-económica.

Me he permitido traer a colación este simil, teniendo como única finalidad destacar la idea de que el análisis de la actividad a nivel psicológico, aunque nos brinda la posibilidad del uso adecuado de indicadores exactos, del lenguaje cibernético y de las medidas teórico-informacionales, hace también abstracción, indefectiblemente, del análisis de la actividad como sistema generador de relaciones de vida. Hablando en un lenguaje más sencillo, la actividad objetal, al igual que las imágenes psíquicas, no es producida por el cerebro, sino que se transforma en una función cerebral, que consiste en su realización por intermedio de los órganos del sujeto corpóreo.

El análisis de la estructura de los procesos intracerebrales, de sus bloques o constelaciones, representa en sí, como ya dijéramos, la desmembración ulterior de la actividad, de los momentos de la misma. Semejante desmembración no solamente es posible, sino que frecuentemente se hace imprescindible. Es procedente aquí tener en consideración, de manera clara, que esta desmembración pasa la investigación de la actividad a un nivel especial, al nivel del estudio de los tránsitos a partir de las unidades de la actividad —las acciones y las operaciones— a las unidades de los procesos cerebrales que las realizan. Quiero especialmente enfatizar, que nos referimos al estudio de los tránsitos. Esto distingue el denominado análisis microestructural de la actividad con objetos, del estudio de la actividad nerviosa superior dentro de los conceptos de procesos fisiológicos cerebrales y de sus mecanismos neuronales, cuyos datos pueden ser solamente confrontados con los fenómenos psicofisiológicos que les corresponden.

Por otra parte, la investigación de los procesos intracerebrales realizadores de la actividad nos lleva a la desmixtificación del concepto de "funciones psíquicas" en su acepción antigua clásica, como mazo de capacidades. Se hace evidente que la manifestación de propiedades fisiológicas —psicofisiológicas— de las funciones generales, que en general no existen individualmente, están directamente relacionadas con lo dicho. No es posible, por ejemplo, representarnos la función mnémica desligada de la sensorial o viceversa. En otras palabras, sólo los sistemas fisiológicos de funciones realizan las operaciones perceptuales, mnémicas, motoras y otras. Mas, repito, no podemos reducir las operaciones a estos sistemas fisiológicos. Las operaciones siempre están subordinadas a relaciones objetivo-objetales, es decir, extracerebrales.

La neuropsicología y la patología en cuanto a las vías de penetración en la estructura de la actividad a partir del cerebro, van por otro camino muy importante, ya señalado por L. S. Vigotski. La significación que esto tiene para la psicología general consiste en que estas disciplinas permiten analizar la actividad en su disminución, en dependencia de la desconexión de distintos sectores del cerebro o del carácter de los síndromes más generales de sus funciones, expresados en forma de enfermedades anímicas.

Me detendré solamente en algunos datos, obtenidos de la neuropsicología. A diferencia de las ideas psicomorfológicas ingenuas conforme a las cuales los procesos psicológicos externos están ligados unívocamente al funcionamiento de los distintos centros cerebrales —el centro del habla, de la escritura, del pensamiento abstracto, etcétera—, las investigaciones neuropsicológicas han demostrado que estos procesos sociohistóricos por su origen, complejos y adquiridos en vida del individuo, presentan una localización dinámica. Como resultado del análisis comparativo de un extenso material, obtenido en experimentos con enfermos que presentaban disfunciones cerebrales de distinta localización, hemos logrado un cuadro general de cómo precisamente se van "creando" en su morfología los distintos "componentes" de la actividad humana.[1]

De este modo, la neuropsicología por su parte —es decir, por parte de las estructuras cerebrales— nos permite penetrar en los "mecanismos ejecutores" de la actividad.

La disminución de la actividad de distintos sectores del cerebro, que determina disfunciones en uno u otro proceso, nos abre otra posibilidad de estudio: investigar dentro de estas condiciones sui generis su desarrollo funcional, que se manifiesta en forma de renovación, de restablecimiento. En cercano parangón esto es aplicable al restablecimiento de las acciones externas y mentales, cuya realización había resultado imposible para el enfermo, debido a que una disfunción focal desarticuló uno de los eslabones de una u otra de las operaciones constitutivas de la acción en cuestión. Para superar el defecto minuciosamente clasificado que presenta el enfermo, el investigador proyecta una nueva estructura de operaciones capaces de realizar la acción dada; y después, conforma activamente en el enfermo dicha estructura, dentro de la cual no participa el eslabón dañado, pero que en cambio comprende eslabones que ante condiciones normales resultan superfluos, o que incluso no existen. No es necesario subrayar la significación que esto tiene para la psicología general, ya que la importancia de esta línea de las investigaciones es evidente.

[1] LURIA, A. R.: *Funciones corticales superiores del hombre.* Moscú, 1969; TSVETKOVA, L. S.: *Enseñanza de rehabilitación en presencia de afecciones locales del cerebro.* Moscú, 1972.

Por supuesto, también en las investigaciones neuropsicológicas, al igual que en las investigaciones psicofisiológicas, es necesario plantear el problema del tránsito de las relaciones extracerebrales a las intracerebrales. Como ya señalamos anteriormente, este problema no puede resolverse por la vía de las comparaciones directas. Su solución está en el análisis del movimiento del sistema de la actividad objetal en general, dentro del cual está incluido también el funcionamiento del sujeto corpóreo: su cerebro, sus órganos de percepción y de movimiento. Las leyes que regulan sus procesos de funcionamiento, por supuesto, se manifiestan claramente hasta el momento en que pasemos a la investigación de las propias acciones objetales que aún se realizan en virtud de dichas leyes, así como a las imágenes, cuyo análisis es posible solamente a nivel de la investigación psicológica de la actividad del hombre.

La misma situación se presenta en el tránsito del nivel psicológico de la investigación al nivel propiamente social; sólo que aquí este tránsito hacia leyes nuevas, es decir, sociales, se manifiesta como tránsito de la investigación de los procesos responsables de las relaciones entre individuos a la investigación de las relaciones producidas por su actividad conjunta dentro de la sociedad, cuyo desarrollo se subordina a leyes objetivo-históricas.

De este modo, el análisis sistémico de la actividad humana constituye necesariamente también un análisis por niveles. Es precisamente tal análisis lo que permite superar tanto la contraposición de lo fisiológico, lo psíquico y lo social, como la reducción de unos niveles a otros.

# CAPÍTULO IV

## LA ACTIVIDAD Y LA CONCIENCIA

### *1. GÉNESIS DE LA CONCIENCIA*

El reflejo psíquico de la realidad regula y canaliza la actividad del sujeto, tanto externa como interna. Mas, aquello que se manifiesta en el mundo objetal para el sujeto como motivos, objetivos y condiciones de su actividad, debe ser de una u otra manera percibido, representado, comprendido, retenido en la mente y reproducido por su memoria; esto se refiere a los procesos de la actividad humana y al propio ser humano, a sus estados, propiedades y características. De este modo, el análisis de la actividad nos conduce a los temas tradicionales de la psicología. Pero, ahora la lógica de investigación presenta un vuelco: el problema de la manifestación de los procesos psíquicos se transforma en el problema de su origen, su generación, a partir de las relaciones sociales dentro de las cuales el hombre toma participación en el mundo de los objetos.

La realidad psíquica que se abre directamente ante nosotros es el mundo subjetivo de la conciencia. Fueron necesarios siglos para liberarnos de identificar lo psíquico con la conciencia. Es sorprendente la multiplicidad de caminos que condujeron a su discriminación en la filosofía, la psicología y la fisiología, bástenos con mencionar los nombres de Leibniz, Freud, Sechenov y Pavlov.

Fue un paso decisivo la afirmación del criterio acerca de los distintos niveles del reflejo psíquico. Desde el punto de vista genético, histórico, esto implicaba el reconocimiento de la existencia de un psiquismo animal anterior a la conciencia y de la manifestación en el hombre, de una nueva forma cualitativamente distinta de este psiquismo: la conciencia. Así surgieron nuevas interrogantes: en cuanto a la necesidad objetiva a la cual responde el surgimiento de la conciencia, acerca de qué la genera, acerca de su estructura interna.

La conciencia en su espontaneidad abre para el sujeto un cuadro del mundo, en el cual está incluido el propio sujeto, sus acciones y estados. Para el hombre común, este cuadro subjetivo que está presente en él, no le plantea ningún problema teórico: él tiene ante sí al mundo y no un mundo y el cuadro de ese mundo. En este realismo espontáneo está implícita una verdad real, aunque ingenua. Otra cosa distinta es identificar el reflejo psíquico con la conciencia, lo cual no es otra cosa que una ilusión producto de nuestra introspección.

Esta ilusión surge de la amplitud aparentemente ilimitada de la conciencia. Al preguntarnos si tenemos conciencia de un fenómeno u otro, nos planteamos la tarea de tomar conciencia y, por supuesto, prácticamente en un instante la resolvemos. Sería necesario crear una metódica que permitiese experimentalmente dividir el "campo perceptual" y el "campo de la conciencia".

Por otra parte, hechos bien conocidos y fácilmente reproducibles en condiciones de laboratorio, nos indican que el hombre es capaz de realizar complejos procesos de adaptación, regulados por los objetos de una situación dada, sin tener en consideración sus imágenes; el hombre bordea los obstáculos e incluso manipula con las cosas, como "sin verlas".

Otra cosa es hacer o cambiar de aspecto las cosas según un modelo dado, o representar algún contenido objetal. Cuando creamos mediante un alambre o un dibujo, digamos, un pentágono, estamos necesariamente comparando las representaciones que tenemos fijadas en nosotros con las condiciones objetales, con las etapas de su realización en el producto creado y medimos internamente ambas cosas. Estas comparaciones requieren que nuestra representación esté para nosotros contenida en un solo plano con el mundo de los objetos, sin refundirse con ellos. Esto se hace particularmente claro en las tareas para cuya resolución es necesario previamente realizar "en la mente" desplazamientos espaciales de las imágenes de los objetos, correlacionables entre sí; tal es, por ejemplo, la tarea de rotar imaginariamente una figura, descrita mediante otra figura.

Históricamente la necesidad de semejante "inminencia" —presentación— de la imagen psíquica del sujeto surge solamente en el tránsito de la actividad adaptativa animal a la actividad productiva específicamente humana: a la actividad

laboral. El producto al que ahora tiende la actividad no existe actualmente. Por eso, el producto puede regular la actividad solamente en el caso de estar representado para el sujeto en una forma que permita compararlo con el material de partida —con el objeto del trabajo— y con sus transformaciones intermedias. Y lo que es más, la imagen psíquica del producto como objetivo debe existir para el sujeto de suerte que pueda actuar con esta imagen, transformarla en correspondencia con las condiciones presentes. Estas imágenes son en esencia imágenes conscientes, representaciones conscientes, en una palabra, fenómenos de la conciencia.

Por sí sola la necesidad del surgimiento en el hombre de los fenómenos de la conciencia, naturalmente, no nos dice nada sobre el proceso de su génesis. Esta necesidad, sin embargo, plantea claramente la tarea de investigar este proceso, tarea que en la psicología antigua, en general, no se planteaba nunca. El asunto radica en que en el marco del esquema tradicional objeto-sujeto, el fenómeno de la conciencia en el sujeto es aceptado sin ninguna explicación, descartando las interpretaciones que admiten la existencia bajo nuestra bóveda craneana de un cierto observador contemplativo del cuadro general y que tejen en nuestro cerebro los procesos fisiológicos nerviosos.

C. Marx descubrió el método adecuado para el análisis científico del origen y funcionamiento de la conciencia humana, social e individual. Como resultado, como así lo señala uno de nuestros autores modernos, el objeto de la investigación de la conciencia se trasladó del individuo subjetivo a los sistemas sociales de la actividad, de tal manera, que "el método de la observación interna y de la introspección que había monopolizado por largo tiempo las investigaciones de la conciencia, se quebró por sus suturas".[1] En unas pocas páginas es imposible, ciertamente, abarcar de manera más o menos completa, incluso sólo las cuestiones fundamentales de la teoría marxista de la conciencia. Sin pretender esto, y limitándonos solamente a algunos postulados, ilustraremos la vía marxista de resolución del problema de la actividad y la conciencia, en la psicología.

[1] MAMARDASHVILI, M. K.: "Análisis de la conciencia en los trabajos de Marx", en *Cuestiones de filosofía*, no. 6, p. 14, 1968.

Es evidente, que la explicación de la naturaleza de la conciencia está en las particularidades de la actividad humana, que crean la necesidad de esa explicación: en su carácter objetivo-objetal, en su carácter productivo.

La actividad laboral está implícita en el producto de la misma. Se produce, al decir de Marx, el tránsito de la actividad a la naturaleza en reposo. Este tránsito representa en sí la realización sustancial del contenido de la actividad que se presenta ahora al sujeto, es decir, se manifiesta ante él en forma de imagen del objeto percibido.

En otras palabras, en una primera aproximación, el origen de la conciencia podemos describirlo así: las representaciones que regulan la actividad al tomar forma en el objeto, obtienen su segunda existencia "objetivada", sensible a la percepción directa; como resultado de esto, el sujeto de cierta manera ve su representación en el mundo exterior; al duplicarse, la representación se concientiza. Este esquema, sin embargo, es inconsistente, ya que nos retrotrae al punto de vista, en esencia idealista, empírico-subjetivo antiguo, el cual precisamente distingue ante todo, como premisa necesaria para el tránsito señalado, a la conciencia, a la presencia en el sujeto de representaciones, intenciones, planos mentales, esquemas o "modelos"; asimismo interpreta que estos fenómenos psíquicos se objetivan en la actividad y en sus productos. En lo concerniente a la propia actividad del sujeto, regulada por la conciencia, esta realiza con respecto al contenido de la conciencia una función meramente transmisora, una función de "fijación o no fijación".

Sin embargo, la importancia no recae en el hecho de señalar el papel activo, regulador de la conciencia. El problema fundamental consiste en comprender la conciencia como un producto subjetivo, como la forma transformada de manifestarse las relaciones por su naturaleza sociales, generadas por la actividad del hombre dentro del mundo de los objetos.

La actividad no es de ningún modo la expresión o transmisión de la imagen psíquica, objetivada en su producto. En el producto no está implícita la imagen, sino precisamente la actividad, aquel contenido objetal que entraña en sí la propia actividad.

Los tránsitos: sujeto—actividad—objeto, conforman un cierto movimiento circular, por lo cual pudiera parecer arbitraria la elección de uno de sus eslabones o momentos como inicial. Pero, este movimiento no se produce en círculo cerrado. El círculo se interrumpe e interrumpe, precisamente dentro de la propia actividad sensorio-práctica.

Entrando en conjunción directa con la actividad objetal y subordinándose a ella, la actividad varía de aspecto, se enriquece; y en este enriquecimiento es que cristaliza en forma de producto. La actividad una vez realizada es más rica, más verdadera, que la concebida anteriormente en la conciencia. Además, para la conciencia del sujeto, los aportes que puede brindar la actividad que realiza, permanecen ocultos; de ahí, que la conciencia puede dar la impresión de ser la base de la actividad.

Expresemos esta idea de otra manera. El reflejo de los productos de la actividad objetal que crea los nexos y relaciones entre los individuos sociales, se manifiesta para ellos como fenómenos de su conciencia. Sin embargo, en realidad, a estos fenómenos les anteceden nexos y relaciones objetivas que recuerda el sujeto, aunque no de manera evidente, sino oculta, latente. Además, los fenómenos de la conciencia constituyen un momento real en el movimiento de la actividad. En esto consiste su no "epifenomenalidad", su sustancialidad. Como señala acertadamente V. P. Kuzmin, la imagen consciente se manifiesta en función de una medida ideal, que se expresa materialmente en la actividad.[1]

El enfoque de la conciencia, sobre el cual hablamos, varía radicalmente el planteamiento del problema fundamental de la psicología: el problema de la correlación de la imagen subjetiva y del objeto externo. Este enfoque destruye la tergiversación del problema que ha creado dentro de la psicología el postulado del carácter inmediato, acerca del cual hemos enfatizado repetidas veces. En efecto, si partimos de admitir que las influencias externas provocan directamente en nosotros, en nuestro cerebro, una imagen subjetiva, entonces surge de inmediato la interrogante de cómo es que esta imagen se presenta como existente fuera de nosotros, fuera de nuestra subjetividad, comprendida dentro de las coordenadas del mundo exterior.

[1] Véase *Historia de la dialéctica marxista*. pp. 181-184.

Dentro del marco del postulado del carácter inmediato solamente se le puede dar respuesta a esta interrogante, admitiendo un proceso de proyección secundaria, por así decirlo, de la imagen psíquica al exterior. La inconsistencia teórica de semejante hipótesis se hace evidente,[1] y se encuentra en completa contradicción con los hechos que atestiguan que la imagen psíquica desde el mismo principio está "referida" a la realidad externa con respecto al cerebro del sujeto y que no se proyecta hacia el mundo exterior, sino que es, más bien, extraída de él.[2] Por supuesto, cuando digo "extraída", no es más que una metáfora que expresa, sin embargo, un proceso real asequible a la investigación científica: el proceso de la aprehensión por el sujeto del mundo de los objetos en su forma ideal, en forma de reflejo consciente.

Este proceso surge, primeramente, dentro del sistema de relaciones objetivas ante las cuales se produce el tránsito del contenido objetal de la actividad a su producto. Mas, para que este proceso pueda realizarse no basta conque el producto de la actividad, una vez alimentado de esta, pierda para el sujeto sus propiedades sustanciales; es necesario que se produzca una transformación tal de ese producto, por cuyo intermedio este pueda manifestarse como concientizado por el sujeto, es decir, idealmente. Esta transformación tiene lugar mediante el funcionamiento del lenguaje, que se convierte en producto o medio de comunicación entre los realizadores de la producción. La lengua entraña en sus significados —conceptos— un contenido objetal u otro, mas el contenido está en ella completamente liberado de sustancialidad. Así, el alimento constituye, por supuesto, un objeto sustancial, pero la significación que tiene la palabra "alimento" no contiene en sí ni un gramo de sustancia alimenticia. Además, el propio idioma tiene también su existencia sustancial, su materialidad; sin embargo, el idioma tomado con respecto a la realidad significativa constituye solamente una

[1] RUBINSTEIN, S. L.: *El ser y la conciencia.* p. 34. Moscú, 1957; LEKTORSKI, V. A.: *Problemas del sujeto y del objeto en la filosofía clásica y burguesa contemporánea.* Moscú, 1965; BRUSHINSKI, A. V.: "Acerca de algunos métodos del modelado en la psicología", en la colección *Problemas metodológicos y teóricos de la psicología.* pp. 148-254. Moscú. 1969.

[2] LEONTIEV, A. N.: "Imagen y modelo", en *Cuestiones de psicología,* no. 2, 1970.

forma de su ser, al igual que todos los procesos cerebrales materiales de los individuos, que realizan su concientización.[1]

Y así, la conciencia individual como forma específicamente humana del reflejo subjetivo de la realidad objetiva, puede ser entendida sólo como el producto de las relaciones y mediaciones que emergen en el transcurso del surgimiento y del desarrollo de la sociedad. No es posible la existencia de un psiquismo individual en forma de reflejo consciente fuera del sistema de estas relaciones —y fuera de la conciencia social.

Para la psicología la clara comprensión de esta idea era particularmente importante, ya que hasta ahora la explicación de los fenómenos de la conciencia no ha salido del marco del antropologismo ingenuo. Incluso, el estudio psicológico de los fenómenos de la conciencia desde el punto de vista de la actividad, nos permite conocerlos solamente ante la condición sine qua non de que la propia actividad del hombre se analice como un proceso, comprendido dentro del sistema de relaciones que realiza su ser social, que es su forma de existencia también como ser corpóreo natural.

Por supuesto, las relaciones y condiciones señaladas, generadoras de la conciencia humana, la caracterizan solamente en las etapas más tempranas. Posteriormente, en relación con el desarrollo de la producción material y de la comunicación humana, de la discriminación y acto seguido del aislamiento de la producción espiritual y la tecnificación del lenguaje que se produce como resultado de ese desarrollo, la conciencia humana se libera de la relación directa con la actividad laboral práctica directa. El círculo de lo concientizado se hace cada vez mayor, de modo que la conciencia humana deviene forma universal, aunque no única, del reflejo psíquico. La conciencia sufre de este modo una serie de cambios radicales.

Primeramente, la conciencia se presenta en forma de imagen psíquica que abre ante el sujeto el mundo que lo rodea, la actividad es aquí de carácter práctico, externo. En una etapa más tardía la actividad llega a ser también objeto de la conciencia: se toma conciencia de las acciones de las demás personas y a través de ellas, de las propias acciones del sujeto. Ahora las acciones son vías de comunicación, significando las intenciones

[1] ILENJOV, E. V.: "Lo ideal", en *Enciclopedia filosófica.* t. 2. Moscú, 1962.

del sujeto mediante gestos o lenguaje oral. Esto también constituye una premisa para el surgimiento de las operaciones y acciones internas, que se originan en la mente, en el "plano de la conciencia". La conciencia-imagen se transforma asimismo en conciencia-actividad. Es precisamente en su plenitud, donde la conciencia aparentemente se emancipa de la actividad práctica sensorial y lo que es más, parece dirigirla.

Otro cambio de capital importancia que sufre la conciencia en el curso del desarrollo histórico, consiste en la ruptura con la unión inicial de la conciencia del colectivo laboral y la conciencia de los individuos que la conforman. Esto se produce en virtud de que un amplio círculo de fenómenos, que comprende fenómenos pertenecientes a la esfera de aquellas relaciones entre individuos que constituyen lo particular en la vida de cada uno de ellos, se hace consciente. Además, la estructura clasista de la sociedad determina que las personas se encuentren en relaciones contrapuestas respecto a los medios de producción y al producto social; correspondientemente, también sus conciencias recibirán el influjo de esta desigualdad, de esta contraposición. A la vez, se van perfilando los criterios ideológicos que son incorporados al proceso de la concientización por los individuos concretos, de sus relaciones vitales reales.

Surge así un cuadro complejo de relaciones internas, de entrelazamientos y tránsitos mutuos, generado por el desarrollo de las contradicciones internas, que en su aspecto abstracto se manifiestan ya desde el análisis de las más sencillas relaciones que caracterizan al sistema de la actividad humana. A primera vista, el incorporar a la investigación este cuadro complejo pudiera parecer que nos aparta del estudio psicológico concreto de la conciencia, que sustituye la investigación psicológica por la sociológica. Mas esto de ningún modo es así. Por el contrario, las particularidades psicológicas de la conciencia individual, precisamente, sólo pueden ser comprendidas mediante el análisis de sus nexos con aquellas relaciones sociales, dentro de las cuales está inmerso el individuo.

## *2. LA TRAMA SENSITIVA DE LA CONCIENCIA*

Lo característico de la conciencia desarrollada en los individuos es su multidimensionalidad psicológica.

En los fenómenos de la conciencia, ante todo, descubrimos su trama sensitiva. Esta trama también forma la estructura sensitiva de las imágenes concretas de la realidad, actualmente percibida o grabada en la memoria, referida al futuro e incluso solamente imaginada. Estas imágenes difieren en cuanto a su modalidad, tono sensitivo, grado de claridad, mayor o menor estabilidad, etcétera. Se han escrito muchos miles de páginas al respecto. Sin embargo, la psicología empírica ha obviado permanentemente, desde el punto de vista del problema de la conciencia, la importantísima cuestión acerca de la función peculiar que realizan en la conciencia sus elementos sensitivos. Más exactamente, esta cuestión ha sido diluida en problemas indirectos, como el problema de la racionalidad de la percepción o el problema del habla-lenguaje en la generalización de los datos sensoriales.

La función peculiar de las imágenes sensitivas de la conciencia consiste en que confieren realidad al cuadro consciente del mundo que se despliega ante el sujeto. Debido, precisamente, al contenido sensitivo de la conciencia, el mundo se presenta para el sujeto como existente no en su conciencia, sino fuera de la misma: como un "campo", objetivo y objeto de su actividad.

Esta afirmación podría parecer paradójica, ya que las investigaciones de los fenómenos sensitivos han partido, desde antiguo, de posiciones que conducen, por el contrario, a la idea de su "subjetividad pura", de su "jeroglificidad". Consecuentemente, el contenido sensitivo de las imágenes se hacía aparecer no como el vehículo que realiza el nexo directo de la conciencia con el jundo exterior,[1] sino, más bien, que la aísla de él.

En el período neohelmholtciano el estudio experimental de los procesos de percepción obtuvo éxitos considerables, que han reportado hoy día a la psicología de la percepción un enorme conjunto de diversos hechos y de hipótesis particulares. Mas he aquí lo sorprendente: a pesar de estos éxitos, la posición teórica de Helmholtz permaneció incólume.

Ciertamente, en la mayoría de los trabajos psicológicos esta posición se presenta en forma velada, entre bastidores. Sólo unos

[1] LENIN, V. I.: *Obras completas.* t. 18. p. 46.

pocos autores la discuten seria y abiertamente, como, por ejemplo, R. Gregory —autor, quizás, de los libros modernos más sugestivos acerca de la percepción visual.[1]

La fuerza de la posición helmholtciana radica en que, al estudiar la filosofía de la visión, Helmholtz comprendió la imposibilidad de extraer las imágenes de los objetos directamente de las sensaciones, identificarlas con los "dibujos" que dejan los rayos luminosos en la retina del ojo. En los marcos de la estructura conceptual de las ciencias naturales de la época, la única solución posible a este problema fue la planteada por Helmholtz en lo tocante a que, al trabajo de los órganos de los sentidos debe sumársele el trabajo del cerebro, que por inferencias sensoriales construye las hipótesis sobre la actividad objetal.

El asunto radica en que las imágenes objetales de la conciencia eran interpretadas como ciertas cosas psíquicas, que dependían de otras cosas que conformaban su causa externa. En otras palabras, el análisis giraba en torno a un plano de doble abstracción que se manifestaba, por una parte, en la extracción de los procesos sensoriales a partir del sistema de la actividad del sujeto; y por otra, en la extracción de las imágenes sensitivas a partir del sistema de la conciencia humana. La idea del carácter sistémico del objeto del conocimiento científico permaneció sin desarrollarse.

A diferencia del enfoque que analiza los fenómenos aisladamente, el análisis sistemático de la conciencia exige investigar las "componentes" de la conciencia en sus relaciones internas, generadas por el desarrollo de formas de relación entre el sujeto y la realidad, e implica, ante todo, considerarlas desde el punto de vista de la función que cada una de ellas realice dentro de los procesos de presentación —exposición— del cuadro del mundo al sujeto.

Los contenidos sensitivos, tomados del sistema de la conciencia, no revelan directamente su función, sino que esta se manifiesta sólo de manera indirecta en la inconsciente vivencia del "sentido de la realidad". Sin embargo, dicha función se manifiesta tan pronto surge una disfunción o alteración en la recepción de las influencias externas. Ya que los hechos que atestiguan este fenómeno tienen para la psicología de la conciencia una significación crucial, expondré a continuación algunos de ellos.

[1] GREGORY, R.: *El ojo sensato.* Moscú, 1972.

Hemos observado una manifestación muy evidente de la función de las imágenes sensitivas en la conciencia del mundo real, en las investigaciones sobre el restablecimiento de las acciones objetales en mineros heridos, que habían perdido simultáneamente la vista y ambas manos. Debido a que la cirugía restablecedora que en ellos se practicó implicaba el desplazamiento de tejidos de los brazos, los pacientes perdieron también la posibilidad de la percepción táctil de los objetos a través de la piel de los brazos —asimbolia. Resultó, que ante la imposibilidad del control visual, esta función no se restableció en los pacientes y por consiguiente, tampoco se restablecieron los movimientos naturales propios de la actividad con objetos. Como resultado de esto, al transcurrir algunos meses después del accidente, los enfermos manifestaban quejas inusitadas: a pesar de no presentar ninguna deficiencia en su comunicación oral con las personas circundantes y en el completo dominio de sus facultades mentales, el mundo externo objetal "desaparecía" gradualmente para ellos. Aunque los conceptos verbales —la significación de las palabras— mantenían para ellos sus relaciones lógicas, perdían, no obstante, su marco de referencia objetal. Se presentaba para los enfermos el trágico cuadro de la desaparición del sentido de la realidad. "Me parece como si leyera las cosas, y no las viera (...) Las cosas todas me son ajenas" —así describe lo que siente uno de los pacientes que había quedado ciego. Él se quejaba de que cuando alguien lo saludaba, "era como si la persona no existiera".[1]

Semejantes fenómenos de pérdida del sentido de la realidad se han observado en sujetos normales, ante condiciones artificiales de inversión de las impresiones visuales. Ya en las postrimerías del siglo pasado M. Stratton en sus experimentos clásicos mediante el uso de espejuelos especiales que rotaban la imagen en la retina, señaló que en dichos experimentos surgía además en el sujeto una impresión de irrealidad en cuanto al mundo percibido.[2]

Era necesario comprender la esencia del vuelco cualitativo de la imagen visual que se manifestaba para el sujeto en forma

[1] LEONTIEV, A. N. y A. V. ZAPOROZHETS: *Restauración de los movimientos*. p. 75. Moscú, 1945.

[2] STRATTON, M.: "Some Preliminary Experiments in Vision without Inversion of The Retinal Image", en *Psychological Review*, no. 4., 1897.

de impresión irreal del cuadro visual. Ulteriormente, se descubrieron peculiaridades de la visión inversa, tales como la dificultad para identificar objetos conocidos[1] y, en particular, caras humanas[2], su inconstancia[3], y otras.

La ausencia de una referencia directa de la imagen visual invertida respecto al mundo objetal objetivo confirma que al nivel de la conciencia como reflejo, el sujeto es capaz de diferenciar la percepción del mundo real y su campo fenoménico interno. La primera está representada por imágenes conscientes "significativas"; el segundo, por la trama sensitiva propiamente dicha. En otras palabras, la trama sensitiva de la imagen puede representarse en la conciencia de dos maneras: como aquello, dentro de lo cual existe para el sujeto el contenido objetal —y lo que conforma el fenómeno "normal" habitual—, o como trama sensitiva en sí. A diferencia de los casos normales, en los cuales la trama sensitiva y el contenido objetal se refunden entre sí, su no coincidencia se revela bien, sea como resultado de una introspección especialmente dirigida,[4] o bien ante condiciones experimentales especiales, lo cual es particularmente evidente en los experimentos de adaptación prolongada a la visión invertida.[5] Inmediatamente después de colocarle al sujeto los prismas de inversión se le presenta solamente la trama sensitiva de la imagen visual, privada de contenido objetal. La cuestión estriba en que si se percibe el mundo a través de dispositivos ópticos que varían la proyección, las imágenes así apreciadas se transforman cobrando el sentido de aquello que más se parezca a la verdad; en otras palabras, la adaptación a deformaciones ópticas lleva implícita no la simple "descodificación" de la imagen proyectada, sino un complejo proceso de

[1] GAFFNON, M.: "Perceptual Experience: An Analysis of its Relation to The External World through Internal Processings", en *Psychology: A Study of a Science*, vol. 4, 1963.

[2] JIN: "Looking on Upside-down Face", en *Journal of Experimental Psychology*, vol. 81 (1), 1969.

[3] LOGVINENKO, A. D. y V. V. STOLIN: "La percepción en condiciones de inversión del campo visual", en *Ergonomía. Trabajos del Instituto Nacional de Investigaciones Científicas de la estética técnica.* 6a. ed. Moscú, 1973.

[4] Esto sirvió de base para la introducción del concepto "campo visible" a diferencia del concepto "mundo visible". GIBSON, J. J.: *Perception of the Visual World.* Boston, 1950.

[5] LOGVINENKO, A. D.: "Visión inversa e imagen visual", en *Cuestiones de psicología*, no. 5 1974.

construcción del contenido objetal percibido, que presenta una determinada lógica objetal, diferente a la "lógica de proyección" de la imagen en la retina. Por eso, la imposibilidad de percibir un contenido objetal al comienzo del experimento crónico con inversión, está relacionada con el hecho de que en la conciencia del sujeto la imagen aparece representada solamente en su trama sensitiva. Posteriormente, la adaptación perceptual se realiza como un proceso peculiar de restablecimiento del contenido objetal de la imagen visual en su trama sensitiva invertida.[1]

La posibilidad de diferenciar el campo fenoménico y las imágenes objetales "significativas", al parecer, constituye la peculiaridad de la conciencia humana solamente, en virtud de la cual el hombre se libera de la esclavitud de sus impresiones sensitivas, cuando estas son desnaturalizadas por condiciones fortuitas de percepción. Los interesantes experimentos en este sentido realizados con monos, provistos de espejuelos que invertían la imagen en la retina, constataron que, a diferencia del hombre, en los monos se alteraba completamente la conducta, produciéndose en ellos un estado de inactividad que se prolongaba durante un largo período.[2]

He podido hasta ahora traer a colación sólo algunos datos, concernientes al aporte singular que la sensorialidad ha introducido en la conciencia individual; se omitieron, por ejemplo, importantes datos obtenidos ante condiciones de privación sensorial prolongada.[3] Todo lo expresado es suficiente para formular la cuestión central del análisis ulterior del problema que nos ocupa.

La naturaleza profunda de las imágenes sensitivas psíquicas consiste en su carácter objetal, en el hecho de que se generan durante los procesos de la actividad, que relacionan prácticamente al sujeto con el mundo objetal externo. Por muy com-

[1] LOGVINENKO, A. D.: "Actividad perceptiva durante la inversión de la imagen reticular", en la colección *Percepción y actividad.* Moscú, 1975.

[2] FOLEY, J. V.: "An Experimental Investigation of The Visual Field in The Rhesus Monkey", en *Journal of Genetic Psychology*, no. 56, 1940.

[3] SOLOMON, PH y otros: "Physiological and Psychological Aspects of Sensory Deprivation", en *Sensory Deprivation.* Cambridge, Massachusetts, 1965.

plejas que sean estas relaciones y las formas que de ellas se deriven, las imágenes sensitivas conservan siempre su relación inicial con el mundo de los objetos.

Por supuesto, cuando confrontamos con la enorme riqueza de los resultados cognoscitivos de la actividad pensante humana los aportes que a la misma ha hecho nuestra sensorialidad, ante todo saltan a la vista sus grandes limitaciones; en todo momento se revela que las impresiones sensoriales entran en contradicción con el conocimiento más desarrollado. De aquí se desprende la idea de que las impresiones sensoriales sirven solamente de impulso que pone en funcionamiento nuestras capacidades cognoscitivas; y que las imágenes de los objetos son generadas por las operaciones internas de pensamiento —consciente o inconsciente—; dicho de otra manera, se desprende la idea de que sin pensar en él, nosotros no percibiríamos el mundo de los objetos. Mas, ¿cómo podríamos pensar en este mundo, si desde un principio no se hubiera desplegado ante nosotros en una forma objetal sensorialmente dada?

### 3. *LA SIGNIFICACIÓN COMO PROBLEMA DE LA PSICOLOGÍA DE LA CONCIENCIA*

Las imágenes sensitivas representan la forma general del reflejo psíquico, generado por la actividad objetal del sujeto. Pero, las imágenes sensitivas cobran en el hombre una cualidad nueva, que es precisamente su significación. Los significados constituyen importantísimos "componentes" de la conciencia humana.

Como es sabido, en el hombre la disminución de las funciones de los sistemas sensoriales fundamentales —la vista y el oído— no aniquila a la conciencia. Incluso, en niños ciegosordomudos, como resultado de dominar operaciones específicamente humanas en cuanto a la acción con objetos y al idioma (lo cual, naturalmente, sólo puede lograrse ante condiciones especiales de educación) se forma una conciencia normal, que se distingue de la conciencia de las personas con capacidad visual y auditiva solamente por la extrema pobreza de la trama sensitiva.[1] Sucede

[1] MESHERIAKOV, A. I.: *Niños ciegosordomudos.* Moscú, 1974; GURGUENIDZE, G. S. y E. V. ILENKOV: "Logros notables de la ciencia soviética", en *Cuestiones de filosofía,* no. 6, 1975.

en ocasiones, que debido a unas circunstancias u otras, a pesar de mantenerse inalterada la esfera sensorial, no surge la conciencia. Este fenómeno (que podemos denominarlo "fenómeno de Gaspar Gauzer"), es hoy día muy conocido.

Y así, las significaciones reflejan el mundo en la conciencia del hombre. Aunque el lenguaje es el portador del significado, no constituye por ello un demiurgo de las significaciones. Detrás de las significaciones idiomáticas se esconden las formas de acción —operaciones— socialmente elaboradas, en cuyo proceso las personas transforman y conocen la realidad objetiva. Dicho de otra forma, en la significación está contenida de manera transformada y reducida al contexto idiomático, la forma ideal de existencia del mundo objetal, de sus propiedades, nexos y relaciones, descubiertos por la práctica social conjunta. Por eso, las significaciones por sí solas, es decir, haciendo abstracción con respecto a su funcionamiento a nivel de la conciencia individual, resultan tan "no psicológicas", como la realidad socialmente aprehendida que les antecede.

La significación es el objeto de estudio de la lingüística, la semiología y la lógica. Conjuntamente con esto, la significación entra en el campo de la psicología como uno de los "componentes" de la conciencia individual. La dificultad fundamental del problema psicológico de la significación consiste, en que en ella se hacen patentes todas las contradicciones que aborda una problemática de mayor envergadura: el problema de la correlación de lo lógico y lo psicológico dentro del pensamiento, de la lógica y de la psicología del concepto.

En los marcos de la psicología empírico-subjetiva este problema se había resuelto, interpretando que los conceptos —las significaciones verbales— eran el producto psicológico de la asociación y generalización de las impresiones en la conciencia del sujeto individual, cuyos resultados eran fijados mediante las palabras. Este punto de vista encontró, como sabemos, su expresión no solamente dentro de la psicología, sino también dentro de las concepciones que psicologizaban la lógica.

Otra alternativa al problema expuesto, consistía en el reconocimiento de que los conceptos y las operaciones con conceptos

[1] En dicho contexto no existe la necesidad de diferenciar rígidamente los conceptos y los valores verbales, las operaciones lógicas y las operaciones de significación.

son reguladas por leyes lógicas objetivas; que la psicología debe ocuparse solamente de las desviaciones que se produzcan con respecto a dichas leyes, como en el pensamiento primitivo, en condiciones de patología o ante emociones intensas; que, finalmente, es tarea de la psicología el estudio del desarrollo ontogenético de los conceptos y del pensamiento. La investigación de este proceso ha ocupado un importante sitial dentro de la psicología del pensamiento. Es suficiente al respecto, señalar los trabajos de J. Piaget, L.S. Vigotski e innumerables trabajos realizados en la URSS y en el extranjero sobre psicología de la enseñanza.

Las investigaciones sobre la formación en los niños de conceptos y operaciones lógicas —mentales— constituyeron un importante aporte para la ciencia. Se demostró, que los conceptos no se forman en modo alguno dentro de la cabeza del niño, a la manera en que se forman las imágenes genéricas sensitivas, sino que constituyen el resultado del proceso de aprehensión de significaciones históricamente elaboradas, "hechas", y que este proceso transcurre dentro de la actividad del niño, en condiciones de comunicación con las personas que lo rodean. Al instruirse en la realización de unas acciones u otras, el niño llega a dominar las operaciones correspondientes, que están contenidas en ellas en forma condensada, idealizada y dotadas de significación.

Se desprende lógicamente, que el proceso de dominio de las significaciones tiene lugar dentro de la actividad externa del niño con los objetos sustanciales y durante la comunicación con las personas que lo rodean. En sus estadios tempranos de desarrollo el niño aprehende las significaciones que estén directamente referidas, a los objetos; posteriormente, el niño llega a dominar también las operaciones lógicas propiamente dichas, pero, también en su forma externa, exteriorizada: de otra manera dichas formas de significación y dichas operaciones no podrían, en general, ser comunicadas. Al interiorizarse, ellas conforman significaciones y conceptos abstractos y su movimiento constituye una actividad mental interna, una actividad "en el plano de la conciencia".

En los últimos años este proceso ha sido detalladamente estudiado por P.Y. Galperin, quien planteó la sólida teoría que él mismo denominara "Teoría de la formación por etapas de accio-

nes mentales y conceptos". Simultáneamente, P. Y. Galperin desarrolló su concepción acerca de la base de orientación de las acciones, acerca de sus peculiaridades y acerca de los tipos de enseñanza que a dicha base de orientación corresponden.[1]

La utilidad teórica y práctica de las innumerables investigaciones que han seguido sus huellas es indiscutible. Al mismo tiempo, el problema al cual se han dedicado dichas investigaciones desde el comienzo mismo estuvo muy limitado; se trataba del problema de la formación "no espontánea", con un objetivo fijo, de procesos mentales según "matrices" —"parámetros"— dados desde afuera. Correspondientemente, el análisis se concentró en la realización de acciones dadas; en lo concerniente a su origen, es decir, al proceso de transformación y motivación de la actividad —en el caso dado, la actividad didáctica— que ellas realizan; el asunto quedó fuera de los límites de la investigación directa. Está claro, que ante estas condiciones no existía ninguna necesidad de distinguir en el sistema de la actividad, las acciones de sus formas de ejecución; no surgió la necesidad del análisis sistémico de la conciencia individual.

La conciencia como forma del reflejo psíquico no puede, sin embargo, reducirse al funcionamiento de significaciones aprehendidas desde afuera que, al desplegarse, dirigen la actividad externa e interna del sujeto. Las significaciones con las operaciones encerradas en ellas, por sí solas, es decir, en abstracción con relación a los nexos internos del sistema de la actividad y de la conciencia, no constituyen el objeto de la psicología. Se convierten en dicho objeto solamente si son tomadas dentro de estas relaciones, en el movimiento de su sistema.

Esto se desprende de la misma naturaleza de lo psíquico. Como ya hemos señalado, el reflejo psíquico surge como resultado de la desmembración de los procesos vitales del sujeto en procesos que realizan sus relaciones bióticas directas, y procesos "señal" que las canalizan; el desenvolvimiento de las

[1] GALPERIN, P. Y.: "Desarrollo de las investigaciones de formación de las acciones mentales", en *Ciencia psicológica en la URSS*. t. 1. Moscú, 1959. Del mismo autor: "Psicología del pensamiento y estudio acerca de la formación por etapas de las acciones mentales", en la colección *Investigación del pensamiento en la psicología soviética*. Moscú. 1966.

relaciones internas generadas por esta desmembración también encuentra su expresión en el desarrollo de las estructuras de la actividad y en este nivel, también en el desarrollo de las formas del reflejo psíquico. Ulteriormente, en el hombre tiene lugar una transformación de dichas formas, de tal naturaleza, que al fijarse en el idioma —idiomas—, adquieren una existencia casi independiente, en calidad de fenómenos objetales ideales. Además, estas formas se reproducen constantemente en las mentes de los individuos concretos. Esto último comporta el "mecanismo" interno de su transmisión de generación en generación y entraña su enriquecimiento por intermedio del aporte individual.

Aquí entramos de lleno en el problema que constituye la manzana de la discordia en el análisis psicológico de la conciencia: por una parte, el problema de las particularidades operativas de los conocimientos, conceptos y modelos mentales, dentro del sistema de las relaciones sociales, en la conciencia social; y por otra, la actividad del individuo que realiza sus nexos sociales, en su conciencia.

Como ya señaláramos, la conciencia por su origen está llamada a discriminar las acciones que tienen lugar en la realización del trabajo, cuyos resultados cognoscitivos se sustraen de la integridad viva de la actividad humana y se idealizan en forma de significaciones idiomáticas. Mediante la comunicación estas acciones se traducen en un logro individual en la conciencia del hombre. No obstante no pierden en modo alguno su carácter abstracto; llevan implícitas las formas, condiciones objetales y resultados de las acciones, independientemente de la motivación objetiva de la actividad de las personas que las realizan. En las etapas tempranas, cuando se mantienen todavía los motivos de la actividad de los participantes del colectivo de trabajo en su carácter comunitario, las significaciones, como fenómenos de la conciencia individual, se encuentran en relaciones de adecuación directa. Esta relación, sin embargo, no se conserva, sino que se desarticula conjuntamente con la desmembración de las relaciones primarias de los individuos respecto a las condiciones materiales y medios de producción, por el surgimiento de la división social del trabajo y de la propiedad privada.[1] Como resultado, las significaciones comienzan a tener

[1] MARX, C. y F. ENGELS: *Obras completas.* t. 46. Parte I. pp. 17-48.

en cierto sentido una vida doble en la conciencia de los distintos individuos. Surge una relación interna más, otro nuevo movimiento de los valores dentro del sistema de la conciencia individual.

Esta relación interna especial se manifiesta en los más sencillos hechos psicológicos. Así, por ejemplo, todos los alumnos de mayor edad comprenden perfectamente, por supuesto, la significación que tienen las notas de los exámenes y las consecuencias que de ellas se derivan. No obstante, las notas pueden tener sentidos completamente distintos para cada uno de los educandos: digamos que, para unos puedan ser un paso —o un obstáculo— en el camino hacia la profesión elegida; para otros, un medio de autoafirmación ante los ojos de quienes los rodean; y pueden, además, tener otras significaciones. Es esta circunstancia la que pone a la psicología ante la necesidad de distinguir la significación objetiva concientizada y el significado que esta tiene para el sujeto. En evitación de dualidades terminológicas voy a utilizar para el segundo caso la expresión: sentido personal. Entonces, el ejemplo anterior puede expresarse así: la significación de las notas obtenidas puede cobrar en la conciencia de los educandos un sentido personal.

Aunque la interpretación de la correlación entre los conceptos de significación y sentido que propongo, ha sido debidamente aclarada, no ha dejado por ello de entenderse más de una vez de manera completamente incorrecta. Evidentemente, debemos volver al análisis del concepto de sentido personal otra vez.

Ante todo, hablemos de las condiciones objetivas que determinan la diferenciación de las significaciones y sentidos en la conciencia individual. En su conocido artículo dedicado a la crítica de A. Wagner, Marx señala, que los objetos del mundo exterior apropiados por las personas, eran designados por estas primeramente en forma oral, como medios de satisfacción de sus necesidades, como aquello que constituía "bienes" para ellas. "...Ellas le confieren al objeto un carácter de utilidad, como si fuera inherente al propio objeto"[1] —señala Marx. Esta idea acentúa un rasgo muy importante de la conciencia en las etapas tempranas del desarrollo: el hecho de que los objetos se

[1] MARX, C. y F. ENGELS: Ob. cit. t. 19. p. 378.

reflejan en la lengua y en la conciencia conjuntamente con las necesidades humanas concretadas —objetivadas— en ellos. Sin embargo, posteriormente, se rompió esta unión. Dicha ruptura está indefectiblemente ligada a las contradicciones objetivas de la producción mercantil, la cual genera la contraposición entre el trabajo concreto y el abstracto y la enajenación de la actividad humana.

Este problema surge inevitablemente antes del análisis que comprende toda la limitación de la representación acerca de que las significaciones en la conciencia individual son proyecciones más o menos completas y perfectas, de las significaciones supraindividuales existentes dentro de la sociedad en cuestión. El problema de ningún modo se elimina haciendo referencia al hecho de que las significaciones se presentan mediadas por las particularidades concretas del individuo, por su experiencia pasada, peculiaridades de sus objetivos, temperamento, etcétera.

El problema que nos ocupa surge de la dualidad real de la existencia de las significaciones para el sujeto. Esta dualidad consiste en que las significaciones se manifiestan para el sujeto en su existencia independiente, tanto en calidad de objetos de su conciencia, como en calidad de formas y "mecanismos" de concientización, es decir, funcionando dentro de los procesos que presentan la realidad objetiva. Al funcionar de esta manera, las significaciones se manifiestan necesariamente en las relaciones internas, que establecen nexos entre estas y otras "generatrices" de la conciencia individual; es en estas relaciones internas donde ellas únicamente adquieren su característica psicológica.

Expresamos de otra forma esta idea. Cuando en el reflejo psíquico del mundo por un sujeto individual se refunden significaciones idealizadas, los productos de la práctica histórico-social adquieren nuevas cualidades sistémicas. El descubrimiento de estas cualidades constituye asimismo una de las tareas de la conciencia psicológica.

El punto más difícil para el análisis es ahora el hecho de las significaciones que presentan una dualidad. Son un producto de la sociedad y como tal tienen su historia en el desarrollo de la lengua, en el desarrollo de las formas de la conciencia social; en ellas se manifiesta el movimiento de la ciencia humana y de sus medios cognoscitivos, así como también de las vivencias

ideológicas de la sociedad: religiosas, filosóficas, políticas y otras. En este, su ser objetivo, ellas se subordinan a las leyes histórico-sociales y a la vez, a la lógica interna de su desarrollo.

No obstante su inagotable riqueza, del carácter multilateral de esta existencia de significaciones —¡meditemos solamente sobre el hecho, de que todas las ciencias se ocupan de ellas!—, permanece oculta por completo otra forma de manifestación, otro movimiento de las significaciones: su acción dentro de los procesos de la actividad y de la conciencia de los individuos concretos, aunque mediante dichos procesos puedan ellas existir.

En este segundo aspecto de la dualidad de las significaciones, estas se individualizan y "se subjetivizan", mas sólo en el sentido de que su movimiento dentro del sistema de relaciones sociales no está contenido directamente; las significaciones se manifiestan en otro sistema de relaciones, dentro de otro movimiento. Pero, he aquí lo asombroso: de ningún modo, ellas pierden su naturaleza histórico-social, su objetividad.

Una de las facetas del movimiento de las significaciones en la conciencia de los individuos concretos, consiste en su "regreso" al mundo objetal sensible, acerca del cual habláramos anteriormente. Al mismo tiempo que en lo tocante a su carácter abstracto, a su "supraindividualidad" las significaciones son indiferentes respecto a las formas de sensitividad, ante las cuales el mundo se despliega al sujeto concreto —podríamos decir, que las significaciones en sí están privadas de sensitividad—, su acción en la realización de las relaciones vitales reales del sujeto supone necesariamente que están referidas a las impresiones sensitivas. Por supuesto, la referencia sensitivo-objetal concerniente a las significaciones en la conciencia del sujeto, puede ser no directa, puede realizarse a través de cualesquiera cadenas complejas de operaciones mentales en ellas implícitas, particularmente, cuando las significaciones reflejan una realidad que se manifiesta solamente en sus formas indirectas más lejanas. Pero, en circunstancias normales, la referencia siempre está presente y desaparece solamente en los productos de su movimiento, en su exteriorización.

Otra faceta del movimiento de las significaciones dentro del sistema de la conciencia individual, consiste en aquella particular subjetividad que se manifiesta en la parcialidad que estas adquieren. Esta faceta, sin embargo, alcanza un sentido en sí

misma, solamente al analizar las relaciones internas, que vinculan las significaciones con otra "generatriz" de la conciencia: el sentido personal.

### *4. EL SENTIDO PERSONAL*

Desde antiguo, la psicología ha hecho referencia a la subjetividad, a la parcialidad de la conciencia humana. Sus manifestaciones se hicieron patentes en la selectividad de la atención, en el matiz emocional de las vivencias y representaciones, en la dependencia de los procesos cognoscitivos con relación a las necesidades y gustos. Leibniz expresó esta dependencia a través del conocido aforismo: "...si la geometría se contrapusiera a nuestras pasiones y nuestros intereses como la moralidad, nosotros también entonces la impugnaríamos y violaríamos a pesar de todas las demostraciones de Euclides y de Arquímedes..."[1]

Las dificultades consistían en la explicación psicológica del carácter parcial de la conciencia. Los fenómenos de la conciencia eran tratados como fenómenos de doble determinación: interna y externa. Por consiguiente, debían pertenecer correspondientemente a dos esferas distintas del psiquismo: la esfera de los procesos cognoscitivos y la esfera de las necesidades, de la afectividad. El problema de la correlación de estas esferas —resolviésese este en el ámbito de las concepciones racionalistas, o en el ámbito de la psicología de las vivencias profundas— se interpretaba invariablemente desde el punto de vista antropológico, desde el punto de vista de la interacción de factores-fuerzas de distinta naturaleza.

Sin embargo, la naturaleza real de esta aparente dualidad de los fenómenos de la conciencia individual no está en su subordinación a estos factores independientes.

No vamos a entrar ahora en las particularidades que distinguen en este sentido las diferentes formaciones socio-económicas. Para la teoría general de la conciencia individual lo importante es que la actividad de los individuos concretos permanece siempre "inserta" en las formas presentes de manifestación de tales contraposiciones objetivas, las cuales hallan su expresión fenoménica indirecta de sus conciencias, en su movimiento particular interno.

[1] LEIBNITZ, G. V.: *Nuevas experiencias acerca de la inteligencia humana*, p. 88. Moscú-Leningrado, 1936.

La actividad humana históricamente no cambia su estructura general, su "macroestructura". En todas las etapas del desarrollo histórico la actividad se realiza mediante acciones conscientes, en las cuales se efectúa el tránsito de los objetivos a productos de la actividad y se subordina a los motivos que la originan. Lo que cambia radicalmente es el carácter de las relaciones que enlazan entre sí los objetivos y los motivos de la actividad.

Estas relaciones son también psicológicamente determinantes. El asunto consiste, en que para el propio sujeto, la concientización y el logro de objetivos concretos, el dominio de medios y operaciones es en cuanto a la acción una forma de afirmar su vida, de satisfacer y desarrollar sus necesidades materiales y espirituales, objetivadas y transformadas en los motivos de su actividad. Es indiferente que el sujeto concientice o no los motivos, que den fe o no estos de su existencia en forma de vivencias de interés, deseo o gusto; su función, tomada desde el punto de vista de la conciencia, consiste en "valorar" en cierto sentido la significación vital que tienen para el sujeto las circunstancias objetivas; y sus acciones ante estas circunstancias, le confieren un sentido personal que no coincide directamente con la comprensión de su significación objetiva. Ante condiciones determinadas, la no coincidencia de los sentidos y las significaciones en la conciencia individual, puede darles un carácter verdaderamente ajeno e incluso de mutua contraposición, entre los sentidos y las significaciones.

En la sociedad mercantil este carácter ajeno se manifiesta necesariamente en las personas situadas en ambos polos sociales. El trabajador asalariado, por supuesto, se percata del producto que él realiza, en otras palabras, él entra en relación con dicho producto en su significación objetiva (Bedeutung), por lo menos, dentro de los límites necesarios para poder realizar inteligentemente sus funciones laborales. Mas para él, no consiste en esto el sentido (Sinn) de su trabajo, sino en el salario que percibe, para cuya obtención trabaja. "El sentido que para él tiene la jornada laboral de doce horas consiste no en que durante ese tiempo él debe coser, soldar, tornear, ajustar, etcétera; sino en que este es el medio de obtener el salario, que le dará la posibilidad de comer, hospedarse en un albergue, dormir."[1] Esta ena-

[1] MARX, C. y F. ENGELS: *Obras completas*. t. 6. p. 432.

jenación también se manifiesta en el polo social contrario: para los comerciantes de minerales, señala Marx, los minerales no tienen sentido de minerales.[1]

La destrucción de las relaciones de propiedad privada anula esta contraposición entre las significaciones y los sentidos dentro de la conciencia de los individuos; pero, se mantiene su no coincidencia.

La necesidad de esta no coincidencia encuentra su fundamento ya desde la prehistoria antigua de la conciencia humana, en la existencia de dos tipos de sensitividad en los animales, que mediaban su conducta dentro del medio objetal. Como es sabido, la percepción de los animales se ve limitada a las influencias relacionadas en forma de señal con la satisfacción de sus necesidades, aunque sólo representaran en este sentido una posibilidad eventual.[2] Mas las necesidades pueden realizar la función de regulación psíquica, solamente manifestándose en forma de objetos estimuladores (y, correspondientemente, en forma de medios de asimilación o de defensa de ellos). En otras palabras, en la sensibilidad de los animales las propiedades externas de los objetos y su capacidad de satisfacer unas necesidades u otras, no están separadas las unas de las otras. Recordemos: el perro ante la acción de un estímulo alimentario condicionado se esfuerza por alcanzarlo, lo lame.[3] Pero, el hecho de la inseparabilidad de la percepción de la imagen externa de los objetos con relación a sus necesidades en el animal, no quiere decir que sean coincidentes. Por el contrario, en el transcurso de la evolución sus relaciones se hacen más móviles, llegando a complicarse extraordinariamente, manteniéndose siempre la imposibilidad de su separación. Llegan a separarse solamente a nivel humano, cuando en las relaciones internas de estas dos formas de sensitividad se incorporan las significaciones verbales.

Digo que las significaciones se incorporan —aunque, quizás hubiera sido más acertado decir "se manifiestan" o "están inmersas"— con el deliberado propósito de agudizar el problema. En

[1] MARX, C. y F. ENGELS: *De las primeras obras.* p. 594.

[2] Esto ha servido de base para que los autores alemanes diferencien el medio (Umwelt) como aquello que es percibido por los animales y el mundo (Welt), que se descubre sólo a la conciencia del hombre.

[3] PAVLOV, I. P.: *Obras completas.* t. 3. Libro 1. p. 157.

realidad, sucede, que en su objetividad, es decir, como fenómenos de la conciencia social, las significaciones reflejan para el individuo los objetos independientemente de las relaciones que estos tengan respecto a su vida, a sus necesidades y motivos. Incluso, al tomar conciencia de un madero flotante al cual se agarra el sujeto, aquel mantiene su significación de madero; otra cosa es el hecho de que este madero, aunque sea sólo ilusoriamente, adquiera en ese momento para él la significación de salvarle la vida.

Si bien en las etapas tempranas de formación de la conciencia las significaciones aparecen fundidas con los sentidos personales, en esta conjunción está implícita, sin embargo, la no coincidencia, que ulteriormente adquirirá indefectiblemente formas explícitas abiertas. Esto último hace necesario distinguir en el análisis, el sentido personal como otra generatriz más del sistema de la conciencia individual. Ellas crean, al decir de L. S. Vigotski, aquel plano "encubierto" de la conciencia que frecuentemente es interpretado dentro de la psicología, no como formado dentro de la actividad de los sujetos durante el desarrollo de sus motivaciones, sino como algo que expresa directamente las fuerzas internas que mueven al hombre, dadas a priori en la propia naturaleza humana.

En la conciencia individual, las significaciones aprehendidas desde afuera en cierto modo desarrollan y simultáneamente unen entre sí ambos tipos de sensitividad: las impresiones sensitivas de la realidad exterior, dentro de la cual transcurre la actividad, y las formas de vivencia sensitiva de sus motivos, de la satisfacción o no satisfacción de las necesidades encerradas en dichos motivos.

A diferencia de las significaciones, los sentidos personales, al igual que la trama sensitiva de la conciencia, no tienen una existencia propia "supraindividual", "no psicológica". Si la sensitividad externa relaciona en la conciencia del sujeto las significaciones con la realidad del mundo objetivo, el sentido personal las relaciona con la realidad de su propia vida dentro de ese mundo, con sus motivaciones. El sentido personal es también lo que origina la parcialidad de la conciencia humana.

Anteriormente habíamos hablado de que en la conciencia individual las significaciones "se psicologizaban", retornando a la realidad del mundo sensorialmente dada al hombre. Otra cir-

cunstancia, además decisiva, que transforma las significaciones convirtiéndolas en una categoría psicológica, es el hecho de que al operar dentro del sistema de la conciencia individual, las significaciones no se realizan a sí mismas, sino, un cierto movimiento que entraña un sentido personal propio dentro de dichas significaciones: un sentido de ser para sí en el sujeto concreto.

Psicológicamente, es decir, dentro del sistema de la conciencia del sujeto y no en calidad de su objeto o producto, las significaciones en general, existen solamente en tanto que realizan unas ideas u otras, ya que sus acciones y operaciones no pueden existir más que al realizar una actividad u otra, impelida por un motivo, por una necesidad. Otro aspecto de la cuestión consiste en que el sentido personal tiene siempre sentido de algo: un sentido "puro", no objetal, es un absurdo semejante al absurdo de la existencia de una sustancia no objetal.

La transmutación del sentido a nivel de las significaciones es un proceso íntimo profundo, de contenido psicológico y que de ningún modo tiene lugar automática e instantáneamente. En las obras novelísticas, en la práctica de la educación política y moral, este proceso se manifiesta en toda su plenitud. La psicología científica conoce de este proceso solamente en sus manifestaciones parciales, en los fenómenos de "racionalización" por las personas de sus estímulos reales, en las experiencias vivenciales tormentosas del tránsito de la idea a la palabra ("he olvidado el verbo, lo que yo quería decir, y la idea etérea regresa al reino de las sombras" —señala L. S. Vigotski citando a Tiutchev).

Este proceso se manifiesta en sus formas más desnudas en las condiciones de la sociedad de clases, de la lucha ideológica. Ante estas condiciones, los sentidos personales que reflejan los motivos generados por relaciones humanas vitales reales, pueden no hallar encarnación adecuada en significaciones objetivas transmutativas; y entonces, comienzan a vivir como dentro de un sayo ajeno. Es necesario tener una idea clara de la contradicción capital que origina este fenómeno. En efecto, a diferencia del ser a nivel social, el ser a nivel individual no es "autoparlante", es decir, el individuo no tiene un idioma propio de significaciones elaboradas por él mismo; la concientización de los fenómenos de la realidad puede operarse en el hombre sólo por intermedio de significaciones "elaboradas", aprehendidas a partir de lo

externo, así como conocimientos, conceptos y puntos de vista que el hombre obtiene mediante la comunicación, dentro de las distintas formas de comunicación individual y masiva. Esta circunstancia también crea la posibilidad de introducir en su conciencia, de imponerle al sujeto ideas y representaciones fantásticas y deformadas, e incluso, ideas que no tienen ningún fundamento dentro de su experiencia vital real. Privadas de fundamento, estas ideas revelan su estrechez en la conciencia del hombre; a la vez, transformándose en estereotipos, ellas, como todo estereotipo, son capaces de ofrecer resistencia de tal suerte, que solamente pueden ser destruidos mediante serias confrontaciones vitales. Su destrucción sin embargo, no conduce aún a la eliminación de la desintegrabilidad de la conciencia, de su inadecuación: solamente es capaz de producir cierto estrago, una devastación capaz de convertirse en una catástrofe psicológica. Es necesario además, que en la conciencia del individuo se produzca la retransmutación de los sentidos personales subjetivos a otras significaciones adecuadas a los mismos.

Un análisis más detallado de esta retransmutación de los sentidos personales a significaciones adecuadas —más adecuadas— demuestra, que esta transcurre en condiciones de lucha por la conciencia de las personas, lucha que se produce a nivel social. Con esto quiero decir, que el individuo no se encuentra sencillamente "parado" ante una cierta "vitrina" de significaciones que en ella se exponen, entre las cuales a él le resta solamente hacer su elección; estas significaciones —representaciones, ideas, conceptos— no están esperando pacientemente ser elegidas, sino que penetran en sus relaciones con las personas que conforman el círculo de su esfera de comunicaciones reales. Si el individuo se ve impelido a elegir ante determinadas condiciones de vida, su elección no es entre las significaciones, sino entre posiciones sociales en conflicto, que se manifiestan y concientizan a través de estas significaciones.

En la esfera de las representaciones ideológicas este proceso es inevitable y de carácter general solamente dentro de la sociedad de clases. Pero, se mantiene también, aún en las condiciones de la sociedad socialista y comunista, en la medida que entonces se manifiesten las particularidades de la vida individual del hombre, las particularidades de sus relaciones personales en conflicto, su forma de comunicación con las demás personas y

sus situaciones cotidianas vitales; se mantiene también este proceso, debido a que en el ínterin, sus particularidades como esencia corpórea y las condiciones externas concretas son sui generis, no pueden ser idénticas para todos.

No desaparece, y ciertamente no puede desaparecer, la no coincidencia de los sentidos personales, que se presentan permanentemente, que entrañan en sí la intencionalidad, la parcialidad de la conciencia del sujeto y de las significaciones que son "indiferentes" con respecto a él, mediante las cuales es que pueden estos expresarse. Es por ello què el movimiento interno del sistema desarrollado de la conciencia individual está saturado de dramatismo. Dicho movimiento está formado por sentidos que no pueden "expresarse" en significaciones adecuadas, significaciones privadas de su fundamento vital y que por ende, en ocasiones, se desacreditan ante la conciencia del sujeto; en fin, se crean por la existencia de motivos y objetivos que entran en conflicto entre sí.

No hay necesidad de repetir, que este movimiento interno de la conciencia individual es generado por el movimiento de la actividad objetal humana, que tras su dramatismo se oculta el dramatismo de la vida misma y que por eso, la psicología científica de la conciencia no puede existir sin la investigación de la actividad del sujeto y de las formas de su inmediata existencia.

Y como colofón, no puedo dejar de tocar aquí el problema de la llamada "psicología de la vida" o psicología de las vivencias, que en los últimos tiempos ha vuelto a ser tema de discusión en nuestra literatura.[1] De todo lo antes expresado se desprende claramente, que aunque la psicología científica no debe apartar la vista del mundo interior del hombre, dicho estudio tampoco puede realizarse separado de la investigación de la actividad y no entraña ninguna línea particular dentro de la investigación científica psicológica. Lo que nosotros denominamos vivencias internas, la esencia del fenómeno, surge en la superficie del sistema de la conciencia; en forma de vivencias, la conciencia se manifiesta para el sujeto de manera directa. Por eso, en sí, las vivencias de interés, tedio, deseo o remordimiento no revelan su naturaleza al sujeto; aunque parecen ser fuerzas internas que orientan la actividad del sujeto, su función real consiste en

[1] Véase *Cuestiones de psicología*, nos. 4, 5, 1971; nos. 1, 2, 3, 4, 1972.

llevar al sujeto a la fuente real de las mismas, en matizar el sentido personal que tienen para él los acontecimientos ante los cuales transcurre su vida y lo impelen a detener por un instante el flujo de su actividad dinámica, para analizar la escala de valores sociales en que él se desenvuelve, para encontrarse en esos valores o, quizás, para hacer una reconsideración de ellos.

Y así, la conciencia del hombre, como la misma actividad humana, no se rige por principios aditivos; no es un plano, ni un volumen que deba ser llenado con imágenes y procesos. No es tampoco un sistema de relaciones entre sus distintas "unidades", sino que entraña un movimiento interno de sus generatrices, incluido dentro del movimiento general de la actividad que le da sentido a la vida real del individuo dentro de la sociedad. La actividad del hombre constituye la sustancia de su conciencia.

El análisis psicológico de la actividad y de la conciencia descubre solamente sus cualidades generales sistemáticas y, por supuesto, se sustrae de las particularidades de los procesos psíquicos especiales: los procesos de percepción, pensamiento, memoria, aprendizaje y comunicación oral. Mas, estos procesos existen solamente dentro de las relaciones del sistema descritas, en unos niveles u otros del sistema. Por ello, aunque la investigación de estos procesos comporta una tarea especial, no constituye de ningún modo una tarea separada de la resolución del problema de la actividad y de la conciencia, ya que ella determina la metodología a seguir en la investigación.

Y, finalmente, lo más importante. El análisis de la actividad y de la conciencia individual parte, por supuesto, de la existencia de un sujeto corpóreo real, es decir, antes y después de este análisis, el sujeto se presenta sólo como una cierta integridad abstracta, psicológicamente "no colmada". Solamente como resultado del camino recorrido en la investigación, el sujeto se realiza también como ente concreto-psicológico, como personalidad. A la vez, se revela que el análisis de la conciencia individual no puede obviar la categoría de personalidad. Por esa razón, se ha hecho necesario en este análisis introducir conceptos tales, como el concepto de la "parcialidad de la conciencia" o el concepto de "sentido personal", tras los cuales se vislumbra un siguiente problema, aún no tocado hasta ahora: el problema de la investigación psicológica sistemática de la personalidad.

## CAPÍTULO V

## LA ACTIVIDAD Y LA PERSONALIDAD

### *1. LA PERSONALIDAD COMO OBJETO DE LA INVESTIGACIÓN PSICOLÓGICA*

Para superar la concepción dualista dominante dentro de la psicología, fue necesario ante todo determinar el "eslabón intermedio" que media las relaciones del sujeto con el mundo real. Por eso, hemos comenzado por el análisis de la actividad, de su estructura general. No obstante, se hizo necesario inmediatamente introducir dentro de la definición de actividad el concepto de objeto de la actividad; hubo de revelarse que ella misma, por su naturaleza, es de carácter objetal.

Otra cosa es el concepto de sujeto de la actividad. Al principio, es decir, antes de descubrirse los aspectos más importantes que conforman el proceso de la actividad, el sujeto permanecía sustraído de la investigación. Él, constituía solamente una premisa para el desarrollo de la actividad, una condición de la misma. Sólo el ulterior análisis del movimiento de la actividad y de las formas de reflejo psíquico que esta genera, llevó a la necesidad de introducir el concepto de sujeto concreto, de personalidad, como un aspecto interno de la actividad. La categoría de actividad se despliega ahora en su real plenitud, como demiurgo unificado de dos polos: el polo del objeto y el polo del sujeto.

El estudio de la personalidad como un aspecto de la actividad y un producto de la misma constituye un problema psicológico especial, aunque no aislado. Este problema es una de los más complejos. Las dificultades serias surgieron al tratar de explicar qué realidad describía dentro de la psicología científica el término "personalidad".

La personalidad no solamente es objeto de la psicología, sino que es también objeto del conocimiento filosófico, sociohistórico; finalmente, en un determinado nivel de análisis la personalidad se manifiesta en lo concerniente a sus particularidades naturales,

biológicas, como objeto de la antropología, somatología y genética del hombre. En forma intuitiva conocemos bastante bien en qué estriba aquí la diferencia. No obstante, en las teorías psicológicas sobre la personalidad, permanentemente se presentan crasas confusiones e injustificadas contraposiciones de estos enfoques, en lo tocante a la investigación de la personalidad.

Sólo unos pocos postulados generales sobre la personalidad son aceptados, con algunos reparos, por todos los autores. Uno de tales postulados es el de que la personalidad representa en sí una cierta unidad singular, una cierta integridad. Otro postulado consiste en adjudicarle a la personalidad el papel de instancia integradora superior, que regula los procesos psíquicos (James llamó a la personalidad "la dueña" de las funciones psíquicas; G. Allport, "lo que determina la conducta y las ideas"). Pero, las ulteriores interpretaciones que les fueron dando distintos autores a estos postulados, condujeron a la psicología a una serie de ideas erróneas, que falseaban el problema de la personalidad. Fundamentalmente, la condujeron a la idea de contraponer la "psicología de la personalidad" a la psicología que estudia los procesos concretos —las funciones psíquicas. Uno de los intentos de superar semejante contraposición se manifiesta en la intención de hacer de la personalidad "el punto de partida para la explicación de cualesquiera fenómenos psicológicos "el centro, a partir del cual únicamente pueden resolverse todos los problemas de la psicología", de modo que se hace inoperante la necesidad de la existencia de un acápite especial de la psicología: la psicología de la personalidad.[1] Es posible comulgar con este requerimiento más solo en el caso de apreciar en él únicamente la expresión de una cierta idea general, que se sustrae de las tareas y métodos concretos de la investigación psicológica. A despecho de toda la fuerza convincente del viejo aforismo de que "piensa no el pensamiento, sino el hombre", el aserto es metodológicamente ingenuo por la sencilla razón de que el sujeto, hasta llegar al estudio analítico de manifestaciones vitales

[1] SHOROJOVA, E. V.: "Algunas cuestiones metodológicas de la psicología", en *Problemas de la personalidad*. Materiales de simposium. t. 1. pp. 29-30. Moscú, 1969. Rubinstein plantea esta cuestión de otro modo: hacer, dice él, del aspecto personal el único, equivale a cerrarse a sí mismo el camino para la investigación de las regularidades de la actividad psíquica (RUBINSTEIN, S. L.: *Problemas de la psicología general*. p. 248. Moscú. 1973).

superiores, indefectiblemente se manifiesta ya sea como una integralidad abstracta "no plena", o bien como un "yo" metapsicológico (persona), que posee disposiciones u objetivos dados primariamente en él. Como es sabido, esto último es lo postulado por todas las teorías sobre la personalidad. Además, es indiferente el examinar la personalidad desde posiciones biologistas, orgánicas; o como de origen puramente divino, espiritual; o finalmente, como cierta neutralidad psicofisiológica.[1]

En resumen, la necesidad del "enfoque sobre la personalidad" dentro de la psicología se interpreta en ocasiones en el sentido de que, al estudiar los distintos procesos psicológicos la atención del investigador debe concentrarse fundamentalmente en las particularidades individuales. Mas esto en ningún sentido resuelve el problema, ya que a priori nosotros no podemos determinar cuáles de estas particularidades caracterizan la personalidad en cuestión, y cuáles no. ¿Acaso entran dentro de las características psicológicas de la personalidad, por ejemplo, la velocidad de las reacciones humanas, el volumen de su memoria, o la habilidad para escribir en máquina?

Una de las maneras de obviar esta cuestión capital dentro de la teoría psicológica es interpretar como personalidad al hombre en su totalidad empírica. La psicología de la personalidad se transforma de este modo en un tipo particular de antropología, que comprende en sí todo: desde la investigación de las particularidades de los procesos de intercambio, hasta la investigación de las diferencias individuales dentro de las distintas funciones psíquicas.[2]

Por supuesto, el análisis integral del hombre no es solamente posible, sino además necesario. El estudio integral del hombre ("del factor humano") adquiere ahora una significación crucial, mas precisamente, esta circunstancia le da un carácter especial al problema psicológico de la personalidad. En efecto, ningún sistema de conocimientos sobre un objeto en su totalidad podrá darnos la comprensión real del mismo, si le falta una de sus características específicas sustanciales. Esto es lo que sucede en

[1] En la psicología moderna las concepciones personalísticas se desarrollan en muy distintas direcciones, incluyendo las socioantropológicas (véase, por ejemplo, MASLOW, A.: *Motivation and Personality.* Nueva York, 1954).

[2] Véase, por ejemplo, ANANIEV, B. G.: *El hombre como objeto del conocimiento.* Leningrado, 1968.

el estudio del hombre: la investigación psicológica del hombre como personalidad no puede ser sustituida por un conjunto de datos morfológicos, fisiológicos y psicológicos funcionales, comparables entre sí. Diluida dentro de ellos, la personalidad a fin de cuentas, resulta reducida a representaciones sobre el hombre, ya sea de carácter biológico, o abstracto sociológico, o cultural.

En la actualidad, la manzana de la discordia dentro de la investigación de la personalidad sigue siendo la cuestión sobre la correlación entre la psicología general y la diferencial. La mayoría de los autores sigue una tendencia psicológico-diferencial. Tomando como partida a Galton y Spearmann, esta tendencia al principio se limitó a investigar las capacidades intelectuales; posteriormente abarcó el estudio de la personalidad en general. Ya Spearmann había difundido la idea de factores que incidían sobre las particularidades de la voluntad y de la afectividad, distinguiendo conjuntamente con el factor general "g", el factor "s".[1] Los pasos siguientes le correspondieron a R. B. Cattell, quien propuso un modelo multidimensional y jerarquizado de los factores —rasgos— de la personalidad, entre los cuales se contemplaban factores tales como la estabilidad emocional, la autoconfianza y otros.[2]

El método investigativo desarrollado a tenor de esta tendencia consiste, como es sabido, en el estudio de las relaciones estadísticas entre los distintos rasgos de la personalidad —sus características, capacidades o conductas—, que son revelados mediante la aplicación de tests. Los nexos de correlación establecidos entre ellos también sirven de fundamento para distinguir los factores hipotéticos y los "superfactores", que condicionan dichos nexos. Tales son, por ejemplo, los factores de introversión y neuroticismo, que forman (según H. Eysenck) la cúspide de la estructura jerárquica factorial, la cual mediante ellos se identifica con el tipo psicológico de personalidad.[3] De este modo, tras el concepto de personalidad se manifiesta un "algo común", que puede discriminarse mediante distintos procedimientos estadísticos para el procesamiento de los parámetros cuantitativos seleccionados según criterios estadísticos. Por eso, a pesar de

[1] EYSENCK, H.: *Dimension of Personality.* Londres, 1947.

[2] CATTEL, R. B.: *Personality.* Nueva York, 1950.

[3] EYSENCK, H.: *The Structure of Personality.* Londres, 1960.

que la característica de este "algo común" se base en datos empíricos, mantiene en esencia su carácter metapsicológico, que no necesita de explicación psicológica alguna. Estos intentos de explicación se encaminan hacia la búsqueda de las correspondientes correlaciones morfofisiológicas —del tipo de la actividad nerviosa superior de Pavlov, de la constitución de Kretschmer y Sheldon o de las variables de Eysenck—, lo cual nos lleva a las teorías de corte orgánico.

El empirismo, característico de esta tendencia, no puede ya dar más de lo que ha dado. El estudio de las correlaciones y del análisis factorial trata sobre variaciones de parámetros, que pueden ser distinguidos solamente debido a que se expresan en forma de diferencias individuales o grupales, asequibles a la medición. Los datos cuantitativos correspondientes —independientemente de que se refieran a la velocidad de reacción, a la estructura del esqueleto, a las particularidades de la esfera vegetativa o a la cantidad y carácter de las imágenes que se producen en el sujeto ante la vista de manchas de tinta— se someten a su procesamiento sin tener en cuenta la relación en la cual se encuentran los parámetros medidos, respecto a las particularidades que caracterizan esencialmente a la personalidad humana.

Lo anteriormente expuesto, por supuesto, no implica en modo alguno que sea absolutamente imposible aplicar dentro de la psicología de la personalidad el método de correlaciones. Nos estamos refiriendo a otra cosa: al hecho de que por sí solo, el método de correlaciones de un conjunto empírico de características individuales, no resulta suficiente para el análisis psicológico de la personalidad, ya que la discriminación de estas características requiere de bases que no pueden ser extraídas de las propias características. Podemos hallar estas bases tan pronto como renunciamos a interpretar la personalidad como cierta integridad, que abarca el conjunto de todas las características particulares del hombre: "Desde las concepciones políticas hasta la digestión del alimento"[1] Del hecho de la multiplicidad de propiedades y características particulares del hombre, en general, no se desprende que la teoría psicológica de la personalidad deba buscar un enfoque global de las mismas. En efecto, el hombre como integridad empírica, manifiesta sus propiedades en todas las

[1] CATTEL, R. B.: *Personality.*

formas de interacción dentro de las cuales participe. Al caer de un edificio de varios pisos, el hombre, naturalmente, se percata de las propiedades que le son inherentes como cuerpo físico que posee masa, volumen, etcétera; es posible que al caer sobre la acera sea herido de gravedad o muera, manifestándose aquí también sus propiedades, precisamente sus propiedades morfológicas. Sin embargo, a nadie se le ocurre valorar semejantes propiedades en la caracterización de la personalidad, por grande que sea la confiabilidad estadística de las relaciones establecidas entre el peso corporal o las particularidades individuales del esqueleto con, digamos, la memoria para las cifras.[1]

Cuando en la vida cotidiana caracterizamos la personalidad de cualquier ser humano, sin ninguna vacilación incluimos en la misma rasgos tales, como, por ejemplo, la fuerza de voluntad ("una recia personalidad", "un hombre débil de carácter"), las relaciones humanas, ("bondadoso", "indiferente"), etcétera, mas por lo regular no hablamos del tamaño de los ojos ni de la habilidad para realizar sumas aritméticas como características de la personalidad. Esto lo hacemos sin valernos de ningún criterio racional para discriminar las características de la personalidad, de las características de otro tipo. Si pretendemos seleccionar y confrontar distintas particularidades psicológicas y de otros tipos nos encontramos conque no existe un criterio que en general nos permita hacerlo. El asunto consiste en que unas mismas particularidades humanas pueden encontrarse dentro de relaciones distintas con respecto a la personalidad. En este caso, las relaciones a veces pueden ser indiferentes y en otras ocasiones estar comprendidas de manera esencial dentro de la característica de la personalidad.

Esta última circunstancia hace particularmente evidente el hecho de que, a despecho de concepciones ampliamente difundidas, ninguna investigación empírica diferenciada puede darle solución al problema de la personalidad; que, por el contrario, la propia investigación diferenciada se hace solamente posible sobre la base de una teoría psicológica general de la personalidad. De hecho es este el estado de cosas: toda investigación psicológica diferenciada de la personalidad —testológica o clínica— se basa siempre en determinada concepción teórica general, clara o veladamente expresada.

[1] Véase *Problemas de la personalidad.* Materiales de simposium. t. 1. p. 117. Moscú, 1969.

A pesar del aparente abigarramiento e incluso de la mutua incompatibilidad de las teorías psicológicas modernas sobre la personalidad, la mayoría de ellas adopta el esquema dualista de análisis, característico de la psicología premarxista y no marxista, acerca de cuya inconsistencia ya hablamos con anterioridad. Ahora este esquema se nos presenta con otro ropaje, en forma de la teoría de los dos factores en la formación de la personalidad: la herencia y el medio. Cualquiera que sea la particularidad humana que analicemos, esta siempre hallará su explicación dentro del marco de esta teoría; por una parte, mediante la acción de la herencia —instintos, inclinaciones, gustos, capacidades e incluso categorías apriorísticas, dadas en el genotipo—; y por otra, mediante la influencia del medio exterior —social y natural: el idioma, la cultura, la enseñanza, etcétera. Desde el punto de vista del sentido común no podríamos prácticamente proponer ninguna otra explicación. Pero, el sentido común corriente, según el sagaz aserto de F. Engels, compañero muy honorable en las tareas caseras experimentó las más asombrosas vicisitudes, tan pronto se dispuso a salir al ámbito de la investigación.[1]

La aparente barrera insalvable implícita en la teoría de los dos factores conduce a que, fundamentalmente, las discusiones giren en torno a la cuestión de la importancia de cada uno de dichos factores: unos proclaman que el factor determinante es la herencia y que el medio exterior y las acciones sociales solamente condicionan las posibilidades y formas de manifestarse el programa congénito, con el cual nace cada quien; otros extraen las particularidades más importantes de la personalidad directamente de las particularidades de la esfera social, de las "matrices socioculturales". Sin embargo, a pesar de todas las diferencias de tipo ideológico y político que presentan las concepciones mencionadas anteriormente, conservan de todos modos la posición dualista en cuanto al problema de la determinación de la personalidad, ya que sencillamente ignorar uno de los factores seña-

[1] MARX, C. y F. ENGELS: *Obras completas*. t. 19. p. 204.

lados, sería impugnar el hecho de su influencia combinada, ya empíricamente demostrada.[1]

Las concepciones acerca de la correlación entre lo biológico y lo social como factores que se entrecruzan o que dividen el psiquismo humano en una exosfera y una endosfera coexistentes, han cedido el paso a ideas más complejas. Dichas ideas surgieron en relación con las transformaciones operadas en el análisis de este fenómeno: lo primordial ha sido el problema de la estructura interna de la personalidad, que forma los niveles de esta última, sus correlaciones. Y así, en particular, surgió la idea de la correlación entre lo consciente y lo inconsciente en la caracterización de la personalidad, desarrollada por S. Freud. Su concepto de la "libido" representa no solamente la fuente biogenética del dinamismo, sino también una instancia especial en la personalidad: "ello" (id) que se contrapone al "yo" (ego) y al super-yo (superego); el nexo genético y funcional entre estas instancias, realizado mediante mecanismos especiales —sustitución, censura, simbolización y sublimación— conforma la estructura de la personalidad.

No se hace necesario aquí darnos a la tarea de criticar el freudismo, las concepciones de Adler, Jung y sus modernos seguidores. Es completamente evidente, que estas concepciones no sólo no superan, sino que llegan a agudizar la teoría de los dos factores, transformando la idea de su convergencia, según W. Stern, J. Dewey, en la idea de la confrontación entre dichos factores. Las concepciones culturoantropológicas representan otra dirección dentro de la cual se ha desarrollado el enfoque de la personalidad, desde el punto de vista de su estructura interna. Lo valedero para dichas concepciones son los datos etnológicos que demuestran, que las particularidades psicológicas esenciales son determinadas por diferencias no en cuanto a la naturaleza humana, sino en cuanto a la cultura humana; que el sistema de la personalidad no es otra cosa que un sistema individualizado de cultura, que incluye en él al hombre dentro del proceso de su "aculturación". Hay que decir, que en este sentido se han

[1] La teoría de los dos factores dentro de su forma, por así decirlo, remozada, no tendría que ser objeto de atención alguna si no se le confiriera a veces "carácter dialéctico". El hombre, leemos en el libro ya citado, constituye una unidad dialéctica de lo natural y lo social. "Todo en él, al ser producto de dos factores —lo social y lo biológico—, debe llevar en sí el sello de ambos, sólo que uno de ellos actúa en mayor grado que el otro, en dependencia del contenido del fenómeno psíquico" (*Problemas de la personalidad*. Materiales de simposium. pp. 76-77).

realizado muchas observaciones, comenzando por los conocidos trabajos de M. Mead, quien demostró el porqué incluso un fenómeno tan estable como la crisis psicológica de la adolescencia no puede ser explicado por el advenimiento de la maduración sexual, ya que en ciertas y determinadas culturas no existe tal crisis.[1] Los argumentos extraídos de las observaciones realizadas sobre personas trasladadas súbitamente a un nuevo medio cultural, y finalmente, de las investigaciones experimentales de fenómenos específicos tales como la influencia de objetos que son predominantes dentro de una cultura dada, sobre la culminación de la lucha de los campos visuales, etcétera, son demostrativos de la justedad de lo anterior.[2]

Para la psicología, la significación de las distintas interpretaciones culturoantropológicas de la personalidad son, sin embargo, ilusorias e inevitablemente conducen al antipsicologismo. Ya en los años cuarenta R. Linton señaló la dificultad que esto entrañaba y que consiste en que la cultura existe realmente sólo en su forma conceptualizada, como una "construcción" generalizada. Sus portadores son, naturalmente, las personas concretas, cada una de las cuales la asimila parcialmente; en los individuos la cultura se personifica y se individualiza pero ella no forma lo personal en los individuos, sino, por el contrario, es ajena a ellos, como por ejemplo, la lengua común, los conocimientos difundidos en la esfera social, las modas y prejuicios, etcétera.[3] Por eso, para la psicología de la personalidad la importancia del concepto generalizado (construct) de la cultura es, al decir de G. Allport, "engañoso".[4] La psicología se interesa por el individuo como personalidad; y la personalidad no es sencillamente una copia, una personificación parcial de una cierta cultura. La cultura, aunque existe dentro de sus individualidades constituye el objeto de estudio de la historia, de la sociología, pero no de la psicología.

[1] MEED, M.: *Coming in Age Samoa.* Nueva York, 1963.

[2] BAGBY, Y. W.: "A Cross-cultural Predominance of Perceptual Binocular Rivalry", en *Journal of Abnormal and Social Psychology*, vol. 54, pp. 331-344, 1957.

[3] LINTON, R.: *The Cultural Background of Personality.* Nueva York, 1945.

[4] ALLPORT, G.: *Pattern and Growth in Personality.* Nueva York, 1961.

Las teorías culturalistas introducen dentro de este contexto, el distinguir a la personalidad como producto de la adaptación individual a las situaciones externas, de su "base" general o arquetipo, que se manifiesta en el hombre desde la infancia bajo la acción de los rasgos propios de una raza determinada, de un grupo étnico, de una nacionalidad, de una clase social. El introducir esta diferenciación no resuelve, sin embargo, absolutamente nada, ya que la formación del propio arquetipo necesita de una explicación ulterior y admite distintas interpretaciones, en particular de carácter psicoanalítico. Además, el esquema general "bifactorial" se mantiene, aunque de manera algo transformada. El concepto de genotipo —carácter hereditario— se complica ahora con la introducción del concepto de personalidad básica, de arquetipo, o de disposiciones primarias; y el concepto de medio exterior, con la introducción de los conceptos de situación y de rol. Esto último se ha convertido hoy día en casi lo central dentro de la psicología social de la personalidad.

Según la definición ampliamente difundida, el "rol" es el programa que responde a la conducta humana esperada, del hombre que ocupa un determinado lugar dentro de la estructura de un grupo social; es la forma estructurada de su participación dentro de la vida de la sociedad. La personalidad representa en sí ciertamente un sistema de roles asimilados (interiorizados). En el grupo social que conforma la familia los roles que se presentan son el de padre, hijo, etcétera; dentro de la actividad laboral, digamos, el de médico o maestro. El rol también se manifiesta ante situaciones indeterminadas, sólo que en este caso en él se expresan muchos más lo rasgos del arquetipo y de la experiencia personal. Cada uno de nosotros, naturalmente, asume funciones sociales u otras —por ejemplo, funciones profesionales y en este sentido, realiza "roles". Sin embargo, la idea de la reducción de la personalidad a un conjunto de "roles" que debe ejecutar el hombre, constituye —a despecho de todos los posibles planteamientos de los adeptos a este punto de vista— una de las ideas más quiméricas. Por supuesto, el niño aprende de la madre la forma en que debe comportarse, digamos, que él debe obedecer, y él obedece; mas ¿podemos decir en este caso que él esté asumiendo el rol de hijo o de hija? Igualmente absurdo sería hablar, por ejemplo del "rol" del investigador polar, enfatizado

por Nansen: para el investigador polar, su profesión no es un "rol" que él realiza, sino una misión. En ocasiones, el hombre realmente juega un rol u otro, que es en todo momento para él solamente un "rol", independientemente de cuán interiorizado esté. El "rol" no es la expresión de una personalidad, sino, más bien, la representación tras la cual aquella se oculta.

Si utilizáramos la terminología de P. Janet, el concepto de rol se correlaciona no con el concepto de personalidad (personage)[1], sino con el concepto de persona (personaje). Las principales críticas hechas a las teorías "de roles" se enmarcan no dentro del contexto de la interpretación de los status, conferidos a cada uno de los roles incorporados a la estructura de la personalidad, sino que impugnan la idea misma de relacionar la personalidad con la idea de una conducta programada (K. Gunderson), incluso cuando el programa de la conducta pueda prever su propio cambio y la creación de nuevos programas, subprogramas.[2] ¿Qué diríais, pregunta el citado autor, si supieseis que "ella" ha jugado artificialmente un rol ante vosotros?

La esencia de las concepciones planteadas en las teorías de roles es la misma que las de otras concepciones "sociológicas" y culturoantropológicas, que permanecen dentro del ámbito de la teoría de los dos factores; para salvar el aspecto psicológico de la personalidad, estas teoría tienen que apelar al temperamento y a las capacidades dadas en el genotipo del individuo; y nosotros retomamos de nuevo la engañosa cuestión de qué cosa es lo primordial: las particularidades genotípicas del hombre o la influencia del medio social. Y lo que es más, debemos ponernos en guardia contra el peligro de toda unilateralidad. En la resolución de este problema es mejor mantener un "justo equilibrio".[3]

Y así, sobre la base de toda la sabiduría metodológica de estas concepciones descansa la fórmula del eclecticismo vulgar: "y esto y lo otro", "por una parte, por otra parte". A partir de toda esta sabiduría debemos emplazar a los psicólogos marxistas ante este tribunal, ellos son culpables (conjuntamente con los defensores del culturalismo) de subvalorar lo interno dentro

[1] JANET, P.: *L'evolution psychologique de la personnalité.* París, 1929; BERGER, G.: *Caractère et personnalité.* pp. 69-71. PUF, 1959.

[2] GUNDERSON, K.: "Robot, Consciousness and Programmed Behavior", en *The British Journal for Philosophy of Science,* vol. 19, no. 2, 1968.

[3] ALLPORT, G.: *Pattern and Growth in Personality.* p. 194.

de la personalidad, su "estructura interna".[1] Está claro, que manifestaciones de semejante naturaleza sólo pueden germinar como resultado del insensato intento de conjugar las concepciones marxistas sobre la personalidad, con esquemas conceptuales profundamente ajenos al marxismo.

El problema en general no radica en constatar que el hombre sea un ser tanto natural, como social. Este postulado indiscutible apunta sólo hacia la existencia de distintas cualidades sistémicas en el hombre y no nos dice nada acerca de su personalidad, sobre qué es lo que la origina. Y en esto, precisamente, consiste la tarea científica. Esta tarea exige interpretar la personalidad como una formación psicológica nueva, que surge dentro de las relaciones vitales del individuo como resultado de la transformación de la actividad que este realice. Mas, para ello, es necesario rechazar decididamente la idea de la personalidad como producto de la acción conjunta de distintas fuerzas, de las cuales una está oculta, como dentro de un saco, "bajo la superficie de la piel" del hombre —como para que nadie tenga acceso a este saco—, en tanto que la otra está en el medio exterior —como si su manejo fuese ajeno al hombre— como la fuerza del influjo de situaciones estimulantes, matrices culturales o expectaciones sociales. En efecto, ningún desarrollo puede darse directamente extraído de lo que constituyen solamente sus premisas, por muy detalladamente que las describamos. El método dialéctico marxista exige ir más adelante en la investigación y analizar el desarrollo como un proceso de "automovimiento", es decir, investigar sus relaciones motrices internas, contradicciones y tránsitos mutuos, de manera que sus premisas actúan como transformadoras de sus propios momentos.[2]

Este enfoque es necesario aplicarlo al postulado de la esencia sociohistórica de la personalidad. Este postulado quiere decir, que la personalidad surge por primera vez en la sociedad, que el hombre se manifiesta dentro de la historia —así como el niño lo hace en la vida cotidiana— solamente como individuo

[1] ALLPORT, G.: Ob. cit. Dentro de las corrientes caracterizadas por el reduccionismo sociológico. J. Piaget señala también a la Psicología soviética (*Psicología experimental.* Bajo la redacción de J. Piaget y P. Fraisse, 1a. y 2a ed. p. 172. Moscú, 1966).

[2] La incompatibilidad de principio entre las teorías burguesas sobre la personalidad y el marxismo ha sido ampliamente aclarada por L. Seve (véase su libro *El marxismo y la teoría de la personalidad.* Moscú, 1972).

dotado de determinadas propiedades y capacidades naturales, y que deviene una personalidad sólo cuando obra en calidad de sujeto de relaciones sociales. En otros términos, la personalidad, a diferencia del individuo, no es de ningún modo precedente con relación a la actividad que este realice; al igual que la conciencia humana, la personalidad es generada por la actividad. La investigación del proceso de génesis y transformación de la personalidad del hombre en su actividad, que transcurre ante condiciones sociales concretas, es asimismo el quid para su comprensión psicológica científica.

## *2. EL INDIVIDUO Y LA PERSONALIDAD*

Al estudiar una clase particular de procesos vitales, la psicología científica analiza necesariamente estos procesos como manifestaciones de la vida del sujeto material. En tales casos, cuando tomamos en cuenta un sujeto aislado y no la especie, no la sociedad, nosotros hablamos en términos de prototipo; y si queremos enfatizar, además, sus diferencias con relación a los demás representantes de su especie, entonces hablamos en términos de individuo.

El concepto de "individuo" expresa indivisibilidad, integridad y particularidad de un sujeto concreto, cualidades manifestadas ya desde las etapas tempranas del desarrollo de su vida. El individuo como integridad es el producto de la evolución biológica, en cuyo curso transcurre no sólo el proceso de diferenciación de sus órganos y funciones, sino también el de su integración, su "ajuste" mutuo. El proceso de semejante ajuste interno es bien conocido por todos, fue señalado por Darwin, fue descrito en términos de adaptación correlativa por Plate, Osborn y otros. A.N. Severtsov en su "hipótesis de la correlación" subrayó especialmente la función de las variaciones correlativas secundarias de los organismos, que conforman el carácter integral de la organización de los mismos.

El individuo es ante todo una formación genotípica. Mas, el individuo no constituye solamente una formación genotípica, su formación continúa, como es sabido, dentro del plano ontogenético, durante la vida del individuo. Por eso, dentro de la característica individual se incluyen asimismo las propiedades y su integración ontogenética. Nos referimos a las

"fusiones" de reacciones congénitas y adquiridas, a las variaciones del contenido objetal de las necesidades, a los aspectos dominantes de la conducta que se forman. La regla más común es el hecho de que mientras más ascendemos por la escala de la evolución, más complejas devienen las manifestaciones vitales de los individuos y su organización, más patentes se hacen las diferencias en sus características congénitas y adquiridas, máxime, si se me permite la expresión, cuando los individuos se individualizan.

Y así, el concepto de individuo se basa en el hecho de la indivisibilidad, integridad del sujeto y en la presencia de particularidades a él inherentes. Siendo un producto del desarrollo filogenético y ontogenético ante determinadas condiciones externas, el individuo no constituye sin embargo una mera "copia" de dichas condiciones, sino precisamente, el producto del desarrollo vital, de las interacciones con el medio; y tampoco constituye un producto solamente del medio como tal.

Todo esto es bastante conocido y si he querido de todos modos comenzar por el concepto de individuo, es solamente debido a que se ha utilizado dentro de la psicología con una significación extraordinariamente amplia, que ha conducido a la indiferenciación de las particularidades del hombre como individuo, de sus particularidades como personalidad. Y precisamente, su más clara diferenciación y en particular la diferencia entre los conceptos de "individuo" y de "personalidad" que es el meollo del problema, constituye el presupuesto obligado del análisis psicológico de la personalidad.

El idioma refleja claramente la no coincidencia de estos conceptos: la palabra personalidad la utilizamos solamente con respecto al hombre, y más exactamente, comenzando a partir de cierta etapa de su desarrollo. Nosotros no hablamos de una "personalidad animal" o de la "personalidad del recién nacido". Nadie, sin embargo, pone reparos al hablar del animal y de su cría en términos de individuos, o de sus particularidades individuales —un animal excitable, tranquilo, agresivo, etcétera. No nos atrevemos a hablar seriamente sobre la personalidad incluso de un niño a los dos años de edad, aunque este ya manifestó no solamente sus particularidades genotípicas, sino además, una amplia multiplicidad de particularidades adquiridas bajo el influjo del medio social; a propósito, esta circunstancia confirma

una vez más lo planteado contra la interpretación de la personalidad como un producto de la sobreposición de los factores biológico y social. Es curioso, finalmente, que la psicopatología describa casos de doble personalidad, no siendo esta de ningún modo una expresión figurada; mas, ningún proceso patológico puede sin embargo conducir a la dualidad del individuo: una doble individualidad, un individuo "dividido" es un contrasentido, una contradicción terminológica.

El concepto de personalidad, al igual que el concepto de individuo, expresa la integridad del sujeto viviente; la personalidad no es un conjunto de pedazos, no es una "colonia de pólipos". La personalidad representa en sí una formación integral de tipo especial. La personalidad no es una integridad condicionada genotípicamente: no se nace con una personalidad; la personalidad deviene como tal en el transcurso de la vida del individuo. Por eso, no podemos hablar de la personalidad del recién nacido, o del lactante, aunque los rasgos individuales se manifiesten ya desde las escalas más tempranas de la ontogenia humana, de manera no menos clara que en las etapas evolutivas más tardías. La personalidad es un producto relativamente tardío del desarrollo sociohistórico y ontogenético del hombre. Sobre este aspecto escribió en su oportunidad S.L. Rubinstein.[1]

Este postulado puede, sin embargo, interpretarse de otra manera. Una de sus posibles interpretaciones es la siguiente: el individuo en su carácter congénito, si se me permite la expresión, no es todavía un individuo completamente "formado" y al principio muchos de sus rasgos están dados sólo virtualmente, como posibilidades; el proceso de su formación transcurre a lo largo del desarrollo ontogenético, hasta manifestarse todas sus particularidades, las cuales conforman una estructura relativamente estable; la personalidad es como un resultado del proceso de maduración de los rasgos genotípicos bajo la influencia del medio social. Es esta precisamente la interpretación de la personalidad que tienen dentro de una u otra variante la mayoría de las concepciones modernas.

Otra interpretación consiste, en que la formación de la personalidad es un proceso sui generis, que no coincide directamente con el proceso de cambio en las propiedades naturales durante

[1] RUBINSTEIN, S. L.: *Fundamentos de la psicología general.* pp. 515-516. Moscú, 1940.

la vida del individuo, en su adaptación al medio exterior. El hombre como ser natural es un individuo, que presenta cierta y determinada constitución física, un tipo de sistema nervioso, un temperamento, fuerzas dinámicas que inciden en las necesidades biológicas, afectividad y muchos otros rasgos, que en el curso del desarrollo ontogenético, unos rasgos se despliegan, y otros, sometidos a la acción de la palabra, varían de forma diversa. Sin embargo, no son las variaciones de estas propiedades congénitas las que generan la personalidad humana.

La personalidad constituye una formación humana especial, la cual no puede ser extraída de la actividad humana de adaptación, del mismo modo que de esta no puede tampoco extraerse la conciencia o las necesidades específicamente humanas. Al igual que la conciencia del hombre, al igual que sus necesidades —al decir de Marx: la producción de la conciencia, la producción de las necesidades—, la personalidad del hombre también "se produce": es creada por las relaciones sociales en las cuales el individuo entra durante su actividad. El hecho de que en este caso se transformen, varíen también algunas de sus particularidades como individuo, constituye no la causa, sino la consecuencia de la formación de su personalidad.

Expresemos esto mismo de otra manera: las particularidades que caracterizan una unidad —un individuo— no se trasladan sencillamente a otra unidad, a otra formación —personalidad—, de modo que las primeras se destruyan; aquellas se mantienen pero precisamente como particularidades del individuo. Así, las particularidades de la actividad nerviosa superior del individuo no se convierten en particularidades de su personalidad ni la determinan. Aunque el funcionamiento del sistema nervioso constituye, por supuesto, una premisa necesaria para el desarrollo de la personalidad, el tipo de sistema nervioso superior no es en general el "esqueleto" sobre el cual se va "conformando" la personalidad. La fuerza o la debilidad de los procesos nerviosos, su equilibrio, etcétera, se manifiestan solamente a nivel de mecanismo, por cuyo intermedio se realiza el sistema de relaciones del individuo con el mundo. Esto determina la no unilateralidad del papel de las mismas en la formación de la personalidad.

Para enfatizar lo anterior voy a permitirme cierta disgresión. Cuando comenzamos a hablar de personalidad, regularmente asociamos su característica psicológica con el substrato del psi-

quismo más cercano, por así decirlo: con los procesos nerviosos centrales. Imaginémonos, no obstante, el caso siguiente: un niño nace con una dislocación sacrolumbar que determina su cojera. Semejante limitación obviamente anatómica está muy lejos de pertenecer a la clase de particularidades comprendidas como particularidades de la personalidad —en la denominada "estructura"—, no obstante, su significación para la formación de la personalidad es incomparablemente mayor que, por ejemplo, la influencia de un sistema nervioso de determinado tipo. Pensemos solamente en el hecho de que sus coetáneos corran por el patio en pos de una pelota, en tanto que el niño cojo permanece marginado; después, cuando sea mayor y tenga edad de ir a bailar sólo podrá ser un observador de la actividad de los demás. Ante estas condiciones, ¿cómo se conformará su personalidad?; esto es imposible de predecir, e imposible, precisamente, debido al hecho de que aún semejante limitante, no puede determinar unívocamente en el individuo la formación de su personalidad. Por sí sola ella no es capaz de generar, digamos, un complejo de subvaloraciones, de introversiones o, por el contrario, de buenas intenciones y atenciones hacia las personas, ni en general, ninguna particularidad propiamente psicológica del hombre, como la personalidad. La paradoja estriba en el hecho de que las premisas del desarrollo de la personalidad son en esencia distintas.

Al igual que el individuo, la personalidad es un producto de la integración de los procesos que realizan las relaciones vitales del sujeto. Existe, sin embargo, una diferencia fundamental en la formación particular, que hemos denominado personalidad. Esta diferencia se basa en la naturaleza de las propias relaciones que la generan: las relaciones sociales específicamente humanas en las cuales el hombre se manifiesta dentro de la actividad objetal que realice. Como ya hemos visto, en toda la multiplicidad de sus tipos y formas, las relaciones sociales se caracterizan por lo común de su estructura interna y presuponen su regulación consciente, es decir, la presencia de una conciencia y en determinadas etapas de desarrollo, la presencia también de la autoconciencia del sujeto.

De igual manera que estas mismas actividades, el proceso de su unificación —génesis, desarrollo y desaparición de las relaciones entre ellas— es un proceso especial, subordinado a leyes particulares.

El estudio del proceso de unificación, de relación e interconexión de las actividades del sujeto, como resultado de lo cual se forma su personalidad, es la tarea capital de la investigación psicológica. Su resolución, sin embargo, no es posible ni en los marcos de la psicología empírico-subjetiva, ni en los marcos de las tendencias psicológicas conductistas y "profundas", incluídas sus variantes más actuales. Esta tarea requiere el análisis de la actividad objetal del sujeto, siempre, por supuesto, mediada por los procesos de la conciencia, los cuales "cosen" las distintas actividades entre sí. Por eso, una idea no falseada sobre la personalidad sólo es posible dentro de una psicología basada en el estudio de la actividad, de su estructura, desarrollo y transformaciones, de sus distintos tipos y formas. Sólo ante estas condiciones puede destruirse por completo la contraposición señalada anteriormente entre la "psicología de la personalidad" y la "psicología de las funciones", ya que es imposible contraponer la personalidad a la actividad que la genera. Desaparece completamente también el fetichismo de conferirle la propiedad de "ser personalidad" a la propia naturaleza del individuo, imperante hasta el momento en la psicología, el cual apuntaba a la idea de que bajo la presión del medio exterior variaban solamente las distintas manifestaciones de esta propiedad mística.

El fetichismo del cual hablábamos es el resultado de ignorar el importante postulado de que el sujeto, al entrar dentro de la sociedad en un nuevo sistema de relaciones, adquiere asimismo cualidades nuevas —sistémicas—, que son las únicas capaces de conformar las características reales de la personalidad: la psicológica, cuando el sujeto se analiza dentro del sistema de actividades que realiza su vida dentro de la sociedad; social, si lo examinamos dentro del sistema de relaciones objetivas de la sociedad como la "personificación" de las mismas.[1]

Nos adentramos ahora en el problema metodológico fundamental de la diferenciación de los conceptos de "individuo" y de "personalidad". Se trata del problema de la dualidad de las cualidades que presentan los objetos sociales, generadas por la dualidad de las relaciones objetivas dentro de las cuales estos existen. Como sabemos, el descubrimiento de esta dualidad le corresponde a Marx, al demostrar el doble carácter del trabajo,

[1] MARX, C. y F. ENGELS: *Obras completas*. t.23. p.244; t.46. Parte I. p.505.

del producto realizado y, finalmente, la dualidad del hombre mismo como "sujeto natural" y "sujeto social".[1]

Para la psicología científica de la personalidad este descubrimiento metodológico fundamental es de importancia decisiva. Varía radicalmente la comprensión del objeto de la psicología y destruye los esquemas tradicionales enraizados en ella, que aglutinaban conjuntamente rasgos tan disímiles por su naturaleza como, por ejemplo, cualidades morales, conocimientos, hábitos y costumbres, formas del reflejo psíquico y el temperamento. La razón de semejantes "esquemas de la personalidad" es la idea del desarrollo de la personalidad como resultado de la superposición de propiedades adquiridas en vida, sobre una cierta base metapsicológica preexistente. Mas, precisamente, desde este punto de vista, la personalidad como formación específicamente humana no es factible de ser interpretada.

La vía real en la investigación de la personalidad consiste en el estudio de las transformaciones del sujeto (o, al decir de L. Seve, "virajes fundamentales"), creadas por el automovimiento de su actividad dentro del sistema de las relaciones sociales.[2] Pero, siguiendo este camino, nos tropezamos desde el principio con la necesidad de reconsiderar algunos postulados teóricos fundamentales.

Uno de ellos, del cual depende el planteamiento inicial del problema de la personalidad, nos retrotrae al ya conocido principio de que las condiciones externas actúan a través de las internas. "El principio, conforme al cual las influencias externas en relación con su efecto psíquico son mediadas por la personalidad, es el centro a partir del cual se determina el enfoque teórico de todos los problemas de la psicología de la personalidad..."[3] El hecho de que lo externo actúe a través de lo interno es cierto; y será cierto sin discusión para los casos en que examinemos el efecto de una influencia o de otra. Otra cosa es querer ver en este postulado el quid de la comprensión de lo interno como la personalidad misma. El autor, a manera de aclaración, señala que lo propiamente interno depende de influencias externas anteriores. Mas con esto no llegamos a

[1] MARX, C. y F. ENGELS: Ob. cit. t. 23. p. 50; t. 46. Parte I. p. 89; t. 46. Parte II. p. 19.

[2] SEVE, L.: *El marxismo y la teoría de la personalidad.* p. 413. Moscú, 1972.

[3] RUBINSTEIN, S. L.: *Principios y vías de desarrollo de la psicología.* p. 118.

descubrir la génesis de la personalidad como integridad especial que no coincide directamente con la integridad del individuo; y por ello se hace posible, como anteriormente, entender la personalidad enriquecida por la experiencia precedente del individuo.

Me parece que para poder encontrar el enfoque acertado de esta problemática hay que cambiar radicalmente la tesis inicial: lo interno —el sujeto— actúa a través de lo externo y con ello, cambia lo propiamente interno. Este postulado tiene un sentido completamente real. En efecto, al principio el sujeto vital se manifiesta solamente como el poseedor, utilizando aquí una expresión de Engels, de "una fuerza independiente de reacción", mas dicha fuerza puede solamente a través de lo externo, dentro de lo externo es que tiene lugar el tránsito de lo posible a lo real: la concreción de dicha fuerza, su desarrollo y enriquecimiento, en una palabra, su transformación, que entraña en esencia la transformación del propio sujeto, de su portador. Ahora, es decir, como sujeto transformado, él refleja las influencias externas en sus estados cotidianos.

Por supuesto, lo expresado es solamente una abstracción teórica, mas, el movimiento que ella describe se mantiene en todos los niveles de desarrollo del sujeto. Una vez más repito: cualquiera que sea la organización morfofisiológica del individuo, cualesquiera que sean las necesidades e instintos que él presente desde su nacimiento, todo ello se manifiesta en él solamente como premisas para su desarrollo, sujetas a dejar de ser "en sí" lo que son virtualmente, tan pronto como el individuo comienza a actuar. El entender esta metamorfosis es particularmente importante cuando pasamos al hombre, al problema de su personalidad.

### *3. LA ACTIVIDAD COMO BASE DE LA PERSONALIDAD*

Nuestra tarea fundamental consiste en descubrir las "generatrices" reales de la personalidad, de esta unidad superior del hombre, en continuo desarrollo, como asimismo se desarrolla su propia vida y que a la vez conserva su constancia, su autoidentidad. En efecto, a despecho de la experiencia que el hombre acumule, de los acontecimientos que varíen su status vital y, finalmente, a despecho de los cambios físicos que se operen en

él, el hombre como personalidad, permanece inalterable ante los ojos de los demás y ante sí mismo. El hombre no se identifica solamente por su propio nombre, él es también identificado por la ley, al menos dentro de los límites en que sea responsable de sus acciones.

De este modo, existe una notable contradicción entre la variación psicofisiológica, física, evidente en el hombre y su estabilidad como personalidad. Esto ha dado lugar al problema del "yo" en calidad de problema particular de la psicología de la personalidad. El problema surge debido a que los rasgos incluidos en la característica psicológica de la personalidad, expresan algo evidentemente variable e "interrumpido" en el hombre, es decir, aquello a lo que precisamente se contrapone la permanencia y continuidad de su "yo". ¿Y qué es lo que origina esta permanencia y continuidad? El personalismo en todas sus variantes le da respuesta a esta interrogante, postulando la existencia de un cierto origen especial del núcleo de la personalidad. Él armoniza las múltiples adquisiciones vitales, las cuales pueden variar, sin alterar esencialmente el propio núcleo.

Otro enfoque de la personalidad se basa en la categoría de actividad objetal humana, en el análisis de su estructura interna: sus formas de mediación y de reflejo psíquico.

Este enfoque permite desde un principio darle solución previa a la cuestión de qué conforma la base estable de la personalidad, de lo cual depende la cuestión de qué debe incluirse y qué no debe incluirse en la característica del hombre, precisamente, como personalidad. La resolución de esta cuestión parte del principio de que la base real de la personalidad del hombre es el conjunto de sus relaciones sociales por su naturaleza con respecto al mundo, relaciones que hallan su realización mediante la actividad, hablando con propiedad, mediante el conjunto de actividades diversas.

Nos referimos a la actividad del sujeto, que constituye las "unidades" iniciales del análisis psicológico de la personalidad, y no a las acciones, no a las operaciones, no a las funciones psicofisiológicas o a los bloques de dichas funciones; estos últimos caracterizan a la actividad y no directamente a la personalidad. A primera vista este postulado parece contradecir las

representaciones empíricas sobre la personalidad y, más aún, parece empobrecerlas. No obstante, abre el camino de la comprensión de la personalidad en su concreción psicológica real.

Ante todo, este camino elimina la dificultad fundamental: el determinar qué procesos y particularidades del hombre debemos comprender dentro del número de los que caracterizan psicológicamente su personalidad y cuáles son en este sentido neutrales. La cuestión estriba en que, tomados en sí mismos, sustraídos del sistema de la actividad, no nos dicen en general nada sobre su relación con la personalidad. Es dudoso que, por ejemplo, sea juicioso el examinar las operaciones de escritura, la capacidad para escribir con limpieza, como rasgos "de la personalidad". Mas, veamos ahora el personaje central que pinta Gogol en su novela El capote: Akaki Akakievich Bashmachkin. Él, era empleado de cierto departamento y su función era copiar documentos del Estado, para él esta actividad representaba un mundo atractivo y diverso. Al terminar el trabajo, Akaki Akakievich se retiraba inmediatamente a su casa. Tan pronto como terminaba de cenar se disponía a copiar los papeles que había llevado consigo a la casa; cuando no tenía trabajo atrasado que llevar a su casa, hacía copias para sí mismo, por puro gusto. "Hecha su labor —relata Gogol— él se acostaba a dormir, sonriendo ante la idea del día de mañana: Dios algo me mandará a pasar en limpio mañana."

¿Cómo sucedió, de qué manera el hecho de copiar documentos estatales pudo ocupar el lugar central de su personalidad, convertirse en el sentido de su vida? No conocemos las circunstancias concretas, mas de una forma o de otra, dichas circunstancias produjeron el desplazamiento de uno de los motivos fundamentales hacia operaciones impersonales realizadas habitualmente, las cuales debido a ello se convirtieron en una actividad autónoma, en este sentido estas se manifestaron como caracterizadoras de la personalidad.

También podemos, por supuesto, razonar de otra forma más sencilla: en Bashmachkin se manifestaba cierta "capacidad caligráfica" dada congénitamente. Razonamiento que habían hecho los superiores de Akaki Akakievich, quienes veían siempre en él un magnífico empleado para copiar documentos, "de tal suerte que más tarde se convencieron de que evidentemente, él había nacido así..."

En ocasiones la situación se presenta de otro modo. Podemos encontrarnos ante acciones que por su aspecto externo parecen tener un significado en sí mismas para quien las ejecuta, pero, el análisis psicológico revela otra cosa y es, precisamente, que dichas acciones constituyen solamente un medio para alcanzar objetivos, cuyo motivo real se encuentra situado en un plano completamente distinto de la vida del sujeto. En este caso, en el ropaje de una actividad se está encubriendo otra, la que entra en la esfera psicológica de la personalidad, cualquiera que sea el conjunto de acciones concretas que la realicen. Esta última es como la envoltura de la primera, que ejecuta una u otra forma de relación real del hombre con el mundo; una envoltura depende de condiciones, a veces fortuitas. Esta es la razón de que, por ejemplo, el hecho de que una persona dada labore como técnico, no nos dice nada acerca de su personalidad; sus particularidades se revelan no en este plano, sino en el de aquellas relaciones que invariablemente tendrá, puede que, en el proceso de su trabajo, y puede que, fuera de dicho proceso. Todo esto es casi una perogrullada, insisto en esto sólo para subrayar una vez más, que partiendo de un conjunto de particularidades psicológicas o socio-psicológicas del hombre, no es posible obtener ninguna "estructura de personalidad", que la base real de la personalidad del hombre está no en los programas dados en él genéticamente, no en la profundidad de sus premisas naturales y gustos, e incluso no en los hábitos, conocimientos y aptitudes adquiridas, incluyendo los profesionales, sino en el sistema de actividades que se realizan mediante estos conocimientos y aptitudes.

De lo antes dicho se extrae una conclusión general: que en la investigación de la personalidad no es posible limitarse a la explicación de las premisas, sino que hay que partir del desarrollo de la actividad, de sus tipos y formas concretos y de aquellas relaciones en las que interactúan, ya que su desarrollo altera la significación de las propias premisas. De este modo, el curso de la investigación no está dirigida a los hábitos, conocimientos y aptitudes adquiridas sino a las actividades que las caracterizan al contenido y nexos de las actividades, a los procesos que las realizan y las hacen posibles, teniendo en cuenta cuáles son y cómo lo hacen.

Los primeros pasos dados en esta dirección ya han permitido destacar un importante hecho. El hecho de que en el curso del desarrollo del sujeto, las distintas actividades que realiza se ordenan entre sí en relaciones jerarquizadas. A nivel de personalidad todavía ellas no conforman un sencillo haz de luz, cuyos rayos tengan su fuente y su centro en el sujeto. La idea de nexos entre las actividades, enraizados en la unidad e integridad de su sujeto, es válida solamente a nivel de individuo. A este nivel —en el animal y en el lactante— el conjunto de actividades y su interrelaciones están determinados directamente por las propiedades del sujeto: generales e individuales, congénitas o adquiridas. Por ejemplo, el cambio en la selectividad y la variación de las actividades se encuentra en dependencia directa de las necesidades orgánicas en un momento dado, de la modificación de las dominantes biológicas orgánicas.

Otra cosa son las relaciones jerárquicas entre las actividades, que caracterizan una personalidad. La particularidad distintiva de las mismas es su "liberación" respecto a los estados del organismo. Estas jerarquías enfre las actividades se van conformando durante su propio desarrollo, ellas conforman el núcleo de la personalidad.

En otras palabras, los "bloques" que unen las distintas actividades se enmarcan no dentro de la acción de las fuerzas biológicas o anímicas del sujeto, contenidas en ellos mismos, sino, dentro del sistema de relaciones en las que entra el sujeto.

La observación revela fácilmente aquellos primeros "bloques", desde cuya institución comienza en el niño la etapa más temprana de formación de su personalidad. De forma muy manifiesta se reveló en cierta ocasión este fenómeno en experiencias realizadas con niños preescolares. El experimentador le planteó a un niño la tarea de alcanzar un objeto alejado de él, con la obligatoriedad de cumplir la regla siguiente: no levantarse de su sitio. Tan pronto como el niño se dio a la tarea designada, el experimentador se trasladó a una habitación contigua, desde la cual continuó la observación mediante el aditamento óptico comúnmente utilizado para ello. Después de una serie de infructuosos intentos, el niño se levantó, se acercó hasta el objeto, lo tomó y regresó tranquilamente a su sitio. El experimentador se dirigió enseguida hacia el niño, lo felicitó por su éxito y a manera de gratificación le ofreció un caramelo de

chocolate. El niño se negó a tomarlo y cuando el experimentador insistió para que lo tomara, rompió a llorar con llanto quedo.

¿En qué se basa este fenómeno? En el proceso que hemos observado, pueden distinguirse tres momentos: 1) la comunicación del niño con el experimentador, cuando se le explicaba la tarea; 2) la resolución de la tarea; y 3) la comunicación con el experimentador después de haber tomado el niño el objeto. Las acciones del niño respondían así a dos motivos distintos, es decir, realizaban una actividad doble: una, con relación al experimentador; y otra, con respecto al objeto —a la gratificación—; como demuestra la observación, en el momento de alcanzar el objeto la situación no era conflictiva para el niño. La situación jerárquica entre ambas actividades se manifestó solamente en el momento de restablecerse la comunicación con el experimentador, por así decirlo, post factum: la golosina se le antojaba amarga por su sentido subjetivo, personal.

El fenómeno descrito pertenece a los tránsitos más tempranos dentro de la problemática de la personalidad. A pesar de toda la ingenuidad con la cual se manifiestan estas primeras subordinaciones entre las distintas relaciones vitales del niño, son ellas las que, precisamente, confirman el comienzo del proceso de formación de la personalidad. Semejantes subordinaciones nunca se observan en las edades menores, en cambio se presentan de una forma constante en el desarrollo subsiguiente, de manera extremadamente compleja y sutilmente "oculta". ¿No es acaso de forma análoga del modo que surgen fenómenos profundos de la personalidad tales como, por ejemplo, los remordimientos de conciencia? El desarrollo, la multiplicación de los tipos de actividad del individuo conduce no solamente a la ampliación del "catálogo" de las mismas. Las actividades simultáneamente se concentran alrededor de algunas que devienen fundamentales, a las cuales las demás se subordinan. Este largo y complejo camino del desarrollo de la personalidad tiene sus etapas, sus estadios. Dicho proceso es inseparable del desarrollo de la conciencia, de la autoconciencia, mas, no es la conciencia lo que comporta su base primaria, sino que es sólo un mediador, podríamos decir, que resume a la personalidad.

Y así, la personalidad se basa en relaciones de subordinación que se forman entre las actividades generadas en el curso del desarrollo de la misma. ¿En qué, sin embargo, se manifiesta

psicológicamente esta subordinación, esta jerarquización de las actividades? En correspondencia con la definición que hemos adoptado, denominaremos actividad al proceso originado y dirigido por un motivo, dentro del cual ha tomado forma de objeto determinada necesidad. En otros términos, detrás de la correlación entre actividades se descubre la correlación de motivos. Y llegamos de este modo a la necesidad de volver al análisis de los motivos y examinar su desarrollo, transformación, capacidad para la desmembración de sus funciones y todas las sustituciones que entre ellos se producen, dentro del sistema de los procesos que conforman la vida del hombre como personalidad.

## *4. LOS MOTIVOS, LAS EMOCIONES Y LA PERSONALIDAD*

En la psicología contemporánea con el término de "motivo" (motivación, factores motivacionales) se designan fenómenos completamente distintos. Se denominan motivos los impulsos instintivos, los apetitos biológicos e inclinaciones, y recientemente, las vivencias emotivas, intereses y deseos; ocupando el lugar central en la lista de motivos podemos encontrar, los objetivos vitales y los ideales, pero también, motivos tales como la excitación por medio de una corriente eléctrica.[1] No hay ninguna necesidad de entrar en las distintas interpretaciones de términos y conceptos, que caracterizan el estado actual de cosas en cuanto al problema de los motivos. La tarea del análisis psicológico de la personalidad exige examinar solamente las cuestiones fundamentales.

Ante todo, debemos considerar la cuestión de la correlación entre los motivos y las necesidades. Ya hemos señalado, que la necesidad propiamente dicha, es siempre necesidad de algo, que a nivel psicológico las necesidades aparecen mediadas por el reflejo psíquico, e incluso en forma doble. Por una parte, los objetos que satisfacen las necesidades del sujeto se manifiestan ante él con sus rasgos señalizadores objetivos. Por otra parte, se señalizan, se reflejan sensorialmente por el sujeto sus propios estados de necesidad; en los casos más sencillos, como resultado

[1] Dentro de la literatura soviética se ofrece un panorama bastante amplio de las investigaciones de los motivos en el libro: JAKOBSON, P. M.: *Problemas psicológicos de la motivación de la conducta del hombre.* Moscú, 1969. El libro más reciente que ofrece un análisis comparativo de las teorías de la motivación es el de K. Madsen (MADSEN, K. B.: *Modern Theories of Motivation.* Copenhague, 1974).

de la acción de irritadores interoceptivos. La variación más importante que caractefiza en este sentido al tránsito hacia el nivel psicológico, consiste en el surgimiento de relaciones móviles entre las necesidades y los objetos que las satisfacen.

La cuestión radica en que el objeto que puede satisfacer la necesidad dada, no está sólidamente fijado dentro del propio estado de necesidad del sujeto. Hasta que es satisfecha por primera vez, la necesidad no "conoce" su objeto, tiene que descubrirlo. Sólo como resultado de este descubrimiento la necesidad adquiere su carácter objetal; y el objeto percibido (representado, pensado), su función excitadora y rectora de la actividad, es decir, deviene en motivo.[1]

Semejante interpretación de los motivos aparentemente es menos unilateral, en tanto que las necesidades parecen desaparecer del plano psicológico. En realidad no es así. De la psicología desaparecen no las necesidades, sino solamente sus abstracciones: los incompletos estados de necesidad del sujeto, "vacíos" por su carácter aún no objetal. Estas abstracciones salen a escena como resultado de la enajenación de las necesidades con relación a la actividad objetal del sujeto, dentro de la cual únicamente pueden estas adquirir su concreción psicológica.

Por sí solo se desprende, que el sujeto como individuo nace dotado de necesidades. Mas, repito nuevamente, la necesidad como fuerza interna puede realizarse solamente dentro de la actividad. En otras palabras, la necesidad primeramente se manifiesta sólo como una condición, como una premisa para la actividad, pero, tan pronto el sujeto comienza a actuar, inmediatamente se opera en ella una transformación y la necesidad deja de ser lo que era virtualmente "en sí". Mientras más avance el desarrollo de la actividad, más su premisa se transforma en su resultado.

La transformación de las necesidades se manifiesta ya de forma evidente a nivel de la evolución animal: producto de la variación y ampliación que se opera en el grupo de objetos que satisfacen las necesidades y las formas de satisfacción de estas, es que se desarrollan las propias necesidades. Esto tiene lugar debido a que las necesidades son capaces de concretarse poten-

[1] LEONTIEV, A. N.: *Necesidades, motivos y emociones.* Moscú, 1972.

cialmente en una amplia gama de objetos, que se convierten así en excitadores de la actividad animal y que le confieren a ella determinadas direcciones. Por ejemplo, cuando surgen en el medio nuevos tipos de alimento y desaparecen los habituales, la necesidad, que continúa siendo satisfecha, experimenta, por consiguiente, un cambio, un nuevo contenido, es decir, se convierte en otra. De este modo, el desarrollo de las necesidades animales se produce mediante el desarrollo de la actividad del animal con respecto a un círculo de objetos que se hace cada vez más amplio; naturalmente, la variación del contenido concreto-objetal de las necesidades conduce a la variación de las formas de satisfacción de las propias necesidades.

Por supuesto, este postulado general requiere de muchas discusiones y aclaraciones, particularmente en lo tocante a la cuestión de las llamadas necesidades funcionales. Pero ahora nos referimos a otra cosa. Lo importante aquí es destacar el hecho de la transformación de las necesidades a través de los objetos durante el proceso de satisfacción de las mismas. Esto tiene una importancia crucial para la comprensión de las necesidades del hombre. A diferencia del desarrollo de las necesidades en los animales, que depende de la ampliación del círculo de los objetos naturales que consumen, las necesidades del hombre surgen con el desarrollo de la producción. En efecto, es la producción directamente, al igual que el consumo, lo que crea la necesidad. Dicho de otra forma, el consumo es mediado por la necesidad del objeto, su percepción o su representación pensada. En forma de reflejo el objeto también se manifiesta en calidad de motivo excitador interno, ideal.[1]

Sin embargo, en la psicología, las necesidades se examinan en general haciendo abstracción de lo principal: el desdoblamiento de la producción mercantil que las genera, lo cual conduce a la explicación unilateral de las acciones humanas a partir directamente de sus necesidades. Se hace además alusión, en ocasiones, sustraído de su contexto general, a lo manifestado por Engels, en relación precisamente con el papel del trabajo en la formación del hombre, incluyendo, naturalmente, sus necesidades. El pensamiento marxista está muy lejos de ver

[1] MARX, C. y F. ENGELS: *Obras completas*. t. 46. Parte I. pp. 26-29.

en las necesidades el punto de partida fundamental. Traigamos a colación ahora lo escrito por Marx en ese sentido:

> En calidad de necesidad, en calidad de demanda, el consumo mismo es un momento interno de la actividad productiva. Mas esta última (el subrayado es mío; A.L.) es el punto inicial de la realización, y por ende también su momento dominante: el acto en el cual se transforma de nuevo todo el proceso. El individuo produce el objeto y mediante su consumo regresa de nuevo a sí mismo.[1]

Y así, tenemos ante nosotros dos esquemas fundamentales que expresan la relación entre la necesidad y la actividad. El primero retoma la idea de que el punto de partida es la necesidad y por tanto, el proceso general se expresa mediante el ciclo: necesidad-actividad-necesidad. En él, como señalara L. Seve, se realiza "el materialismo de las necesidades", lo cual corresponde a la concepción premarxista de la esfera del consumo como lo principal. El otro esquema, contrario al primero, se representa mediante el ciclo: actividad-necesidad-actividad. Este esquema, que responde a la interpretación marxista de las necesidades, es también fundamental para la psicología, en la cual ninguna concepción que se base en la idea de un "motor" precedente a la misma actividad, puede desempeñar el papel de punto de partida, capaz de servir de fundamento suficiente para la teoría científica de la personalidad humana.[2]

El principio de que las necesidades humanas se producen, tiene, por supuesto, un sentido histórico-materialista. Conjuntamente con ello, dicho principio es de importancia trascendental para la psicología. Se hace necesario enfatizar esto, debido a que a veces el enfoque específicamente psicológico de esta problemática, se encuentra permeado de explicaciones que parten de las propias necesidades, o más exactamente, de las vivencias emocionales que ellas provocan, las cuales sólo pueden explicar, al parecer, el porqué el hombre se plantea objetivos, crea nuevos objetos.[3] Por supuesto, este enfoque tiene en parte

[1] MARX, C. y F. ENGELS: Ob. cit. p. 30.

[2] SEVE, L.: *Marxisme et théorie de la personnalité*. p. 49. París, 1972.

[3] BOZHOVICH, L. I.: "El problema del desarrollo de la esfera motivacional del niño", en el compendio *Estudio de la motivación de la conducta de niños y adolescentes*. pp. 14-15. Moscú, 1972.

su razón y podríamos estar de acuerdo con él, si no pasara por alto la siguiente circunstancia: las necesidades pueden llegar a ser determinantes de una actividad concreta solamente por su contenido objetal; y este contenido no está dado directamente en ellas y, por consiguiente, no puede extraerse de ellas.

Otra dificultad de principio surge como resultado de la semiaceptación de la naturaleza sociohistórica de las necesidades humanas, la cual se manifiesta en el hecho de que unas necesidades se interpretan como sociales por su origen, en tanto que otras se consideran biológicas, comunes al hombre y a los animales. No es necesario, naturalmente, gran ingenio para descubrir que ciertas necesidades son comunes al hombre y a los animales. En efecto, el hombre, al igual que los animales, tiene estómago y experimenta hambre: necesidad que debe satisfacer para preservarse como especie. Pero al hombre le son inherentes otras necesidades, las cuales están determinadas de manera no biológica, sino social, son necesidades "funcionalmente autónomas" La esfera de las necesidades humanas se presenta así, dividida en dos ámbitos. Este es el resultado inevitable de examinar "las mismas necesidades" sustraídas de las condiciones objetales y las formas de su satisfacción y, por consiguiente, separadas estas de la actividad dentro de la cual se produce su transformación. Mas la transformación de las necesidades a nivel humano abarca también —y primordialmente— aquellas necesidades que son en el hombre homólogas de las necesidades animales. "El hambre —señala Marx— es el hambre, sin embargo, el hambre que se sacia con carne cocinada, ingerida con la ayuda de cuchillo y tenedor, es un hambre distinta, de aquella con la cual se traga la carne cruda con la ayuda de manos, uñas y dientes.[1]

El pensamiento positivista, por supuesto, sólo ve aquí una diferencia superficial. En efecto, para descubrir la "profunda" comunidad de necesidades alimentarias en el hombre y el animal, es suficiente con examinar a un hombre hambriento. Este aserto no es más que un sofisma. Para el hombre hambriento el alimento realmente deja de existir en su forma humana y, correspondientemente, su necesidad alimentaria se "deshumaniza"; pero, si alguien puede probar este postulado, este sería demostrativo de

[1] MARX, C. y F. ENGELS: Ob. cit. t. 46. Parte I. p. 28.

que el hambre puede llevar al hombre hasta el estadio animal; y no nos diría nada sobre la naturaleza de sus necesidades humanas.

Aunque las necesidades del hombre, cuya satisfacción constituye una condición indispensable para su existencia física, difieren de las necesidades humanas que no tienen homólogas en el mundo animal, esta diferencia no está dada en términos absolutos y la transformación histórica abarca toda la esfera de las necesidades.

Junto con la variación y el enriquecimiento del contenido objetal de las necesidades humanas tiene lugar asimismo el cambio de las formas de su reflejo psíquico, como resultado de lo cual son susceptibles de adquirir un carácter ideático y en virtud de este, devenir psicológicamente invariantes; de este modo, el alimento sigue alimento tanto para el hombre hambriento, como para el harto. Conjuntamente, el desarrollo de la producción de bienes espirituales genera necesidades tales, que pueden existir solamente en el "plano de la conciencia". Finalmente, se forma un tipo especial de necesidades: necesidades objetofuncionales como la necesidad de trabajar, de creación artística, etcétera. Lo más importante estriba en que las necesidades entran a manifestarse en el hombre dentro de nuevas relaciones mutuas. Aunque la satisfacción de las necesidades vitales permanezca siendo en el hombre "la causa primera" y la condición ineludible de su vida, las necesidades superiores específicamente humanas no se reducen a formaciones superficiales que se van superponiendo sobre las primeras. Por eso, el hombre ante la balanza de alternativas entre sus necesidades vitales fundamentales y sus necesidades superiores, puede inclinarse hacia las últimas. Este es un hecho conocido por todos y no requiere por tanto demostración alguna.

Es cierto, por supuesto, que el camino general que recorre el desarrollo de las necesidades humanas, tiene su inicio cuando el hombre comienza a actuar para satisfacer necesidades vitales, elementales; mas, ulteriormente, esta relación se invierte y el hombre satisface sus necesidades vitales para poder actuar. Esta es la vía fundamental de desarrollo de las necesidades humanas. Sin embargo, este camino no se puede deducir directamente del análisis del movimiento de las propias necesidades

debido a que encubre el desarrollo del contenido objetal de ellas, es decir, el desarrollo de los motivos concretos de la actividad del hombre.

De este modo, el análisis psicológico de las necesidades se transforma inevitablemente en el análisis de los motivos. Para ello, sin embargo, es necesario superar la interpretación subjetivista tradicional de los motivos, la cual conduce a la unión de fenómenos completamente distintos y niveles esencialmente diferentes de regulación de la actividad. Aquí encontramos el siguiente escollo: ¿no es acaso evidente, nos dicen, que el hombre actúa como lo hace porque así lo desea? Pero, las vivencias subjetivas, deseos, aspiraciones, etcétera, no devienen motivos, ya que en sí mismos no son capaces de generar una actividad de marcada dirección y, por consiguiente, la interrogante psicológica fundamental consiste en comprender cuál es el objeto de las manifiestas vivencias, deseos o aspiraciones.

Por supuesto, hay mucho menos fundamento para denominar motivos de la actividad a factores tales, como la tendencia a la reproducción de estereotipos de conducta, tendencia a continuar la acción iniciada y otros. Durante el transcurso de la actividad surgen, por supuesto, muchas "fuerzas dinámicas". Sin embargo, estas fuerzas pueden ser referidas a la categoría de motivos sin mayor fundamento que, por ejemplo, la inercia de movimientos del cuerpo humano, acción que se manifiesta cuando un rápido corredor se enfrenta a un obstáculo inesperado.

Un sitio especial ocupa en la teoría de los motivos de la actividad las concepciones abiertamente hedonísticas, cuya esencia consiste en que, toda actividad humana se subordina en cierto modo al principio de la maximización de las emociones positivas y la minimización de las emociones negativas. De ahí, que el alcanzar la liberación del sufrimiento y el logro de la satisfacción, constituyan motivos genuinos rectores en el hombre. Es, dentro de las concepciones hedonistas, como en la magia de una lente, donde se agrupan todas las concepciones ideológicamente tergiversadas acerca del sentido de la existencia del hombre, acerca de su personalidad. Como todas las grandes mentiras, estas concepciones se apoyan en una verdad falsificada. Dicha verdad es, que el hombre realmente trata

de ser feliz. Mas, el hedonismo psicológico entra en contradicción con esta gran realidad, sustituyéndola por una moneda fiduciaria, "reforzada y autorreforzada" en el espíritu del conductismo mezquino.

La actividad humana no puede excitarse de ningún modo, ni tampoco regularse, como la conducta de las ratas de laboratorio con electrodos conectados en el cerebro en los "centros del gusto", las cuales, si se les aplica cierta corriente eléctrica, pueden entregarse al placer por tiempo ilimitado.[1] Se puede, por supuesto, hacer alusión a fenómenos parecidos que se presentan en el hombre, como, por ejemplo, el consumo de narcóticos o la hiperbolización del sexo; pero, estos fenómenos decididamente nada nos dicen sobre la naturaleza real de los motivos, sobre la vida humana confirmada en sí misma. Ellos, por el contrario, son agentes de la destrucción de la vida.

La inconsistencia de las concepciones hedonistas sobre la motivación consisten, naturalmente, no en el hecho de que sobreestímen el papel de las vivencias emocionales en la regulación de la actividad, sino en que deforman y tergiversan las relaciones reales. Las emociones no subordinan a ellas la actividad, sino que constituyen un resultado de ella y del mecanismo de su movimiento.

En cierta oportunidad J.S. Mill escribió: "he comprendido que para el hombre ser feliz, necesita plantearse algún objetivo; entonces, tratando de alcanzarlo, él experimenta alegría, sin preocuparse de sí mismo". Tal es la estrategia "pícara" de la felicidad. Esto es, decía él, una ley psicológica.

Las emociones realizan la función de señales internas, internas en el sentido de que no constituyen el reflejo psíquico de una realidad objetal inmediata. La especificidad de las emociones consiste en que reflejan relaciones entre motivos —necesidades— y el logro o posibilidad de realización exitosa de la actividad del sujeto, que responde a las mismas.[2] Además, no se trata de la reflexión de estas relaciones, sino de su reflejo

[1] GELGORN, E. y J. LYFBORROY: *Las emociones y los trastornos emocionales.* Moscú, 1966.

[2] Igual criterio postula en particular P. Fraisse: "... una situación emociógena no existe como tal —escribe—, ella depende de la relación entre la motivación y las posibilidades" (FRAISSE, P.: "Les émotions", en *Traité de Psychologie expérimentale,* vol. 5. PUF, 1965).

directamente sensible, de sus vivencias. De este modo, surgen como consecuencia de la actualización del motivo —de la necesidad— y antes de la valoración racional de su actividad por el sujeto.

No puedo detenerme ahora en el análisis de las distintas hipótesis que de una forma o de otra expresan el hecho de la dependencia de las emociones respecto a la correlación entre "el ser y lo que debe ser". Señalaré solamente, que el hecho que se debe, ante todo, tener en consideración, es que las emociones son los aspectos relevantes de la actividad y no de las acciones y operaciones que la realizan. Por eso, iguales procesos formando parte de distintas actividades, pueden adquirir un distinto, e incluso, contrario matiz emocional. En otras palabras, las emociones con relación a los efectos, al motivo dado, desempeñan el papel de "sanción" positiva o negativa. Incluso, la realización exitosa de determinada acción no siempre comporta emociones positivas, puede generar asimismo fuertes vivencias negativas que son indicadoras de que, desde el punto de vista del motivo rector para la personalidad en cuestión, tal éxito alcanzado constituye un fracaso. Esto es válido también a nivel de reacciones de adaptación sencillas. El estornudo en sí, es decir, fuera de todo tipo de relación, se dice que nos produce satisfacción; sin embargo, otra sensación muy distinta experimenta el personaje de un cuento de Chejov, que estornuda en un teatro: el estornudo provoca en él una emoción de terror, que lo lleva a realizar una serie de acciones como resultado de las cuales llega a morir.

La variedad y complejidad de los estados emocionales es el resultado de la desmembración de la sensibilidad primaria, en la cual sus momentos afectivos y cognoscitivos estaban fundidos.

Esta desmembración no podemos, naturalmente, entenderla en el sentido de que los estados emocionales adquieran una existencia independiente del mundo objetal. Surgiendo dentro de las situaciones objetales, estos estados emocionales en cierto modo "proyectan" dichas situaciones y objetos varios dentro de momentos, que inclusive pueden inscribirse en ellos casual o indirectamente. Para ilustrar esta cuestión basta con referirnos al conferimiento de un valor emocional a las mismas cosas o a determinadas personas, a la formación de los llamados "complejos afectivos" y otros. Se trata aquí de otra cosa y es, precisa-

mente, la diferenciación que surge en la imagen de su contenido objetal y de su matiz emocional y el hecho de que ante condiciones complejas, mediadoras de la actividad humana, el estado afectivo con relación a los objetos está sujeto a variaciones (un encuentro inesperado con un oso, con frecuencia produce terror, no obstante, si existe un motivo especial como puede darse dentro de una cacería, dicho encuentro con la fiera puede ser un motivo de alegría). La importancia de todo esto radica en que los procesos y estados emocionales tienen en el hombre su propio desarrollo positivo. Es necesario destacar este hecho, ya que las concepciones clásicas sobre las emociones humanas como "rudimentos", que tienen su origen desde Darwin, examinan su transformación en el hombre a manera de una involución, lo cual da lugar a un falso ideario educativo: "la subordinación del sentimiento a la razón fría".

El enfoque contrario de esta problemática postula que los estados emocionales tienen su historia en el hombre, su desarrollo propio. Asimismo tiene lugar la variación de sus funciones y su diferenciación, de manera tal que estos estados emocionales forman niveles y clases esencialmente distintos. Ellos son los afectos que surgen súbita e involuntariamente (se suele decir: me dominó la cólera, la alegría me embargaba); además, estas emociones propiamente dichas, son estados primordialmente ideáticos y situacionales, con los cuales están relacionados sentimientos objetales, es decir, utilizando una expresión figurada de Stendhal, vivencias emocionales estables, "cristalizadas" en el objeto; finalmente, los estados de ánimo, fenómenos subjetivos de gran importancia en cuanto a su incidencia sobre la personalidad. Sin entrar a analizar estas distintas clases de estados emocionales, señalaré sólo que ellos entran en complejas relaciones mutuas: el pequeño Rostov antes del combate temía —y esta es una emoción— que lo envolviera el miedo; una madre puede enojarse seriamente con su travieso hijo, sin dejar por ello de amarlo ni un solo minuto —sentimiento.

Subjetivamente puede apreciarse con suficiente claridad la multiplicidad de los fenómenos emocionales, la complejidad de sus interrelaciones. Sin embargo, tan pronto como la psicología abandona el plano fenoménico le es factible solamente el investigar los estados más ordinarios. Tal es el estado de cosas dentro de las teorías periféricas (James señala, no obstante, que su

teoría no trata las emociones superiores); lo mismo sucede en las concepciones psicofisiológicas contemporáneas.

Otra forma de abordar el problema de las emociones es mediante la investigación de las relaciones "intermotivacionales" que, al formarse, caracterizan la estructura de la personalidad y a la vez, la esfera de las vivencias emocionales que reflejan y median su funcionamiento.

La no coincidencia entre los motivos y los objetivos es genéticamente lo primero para la actividad humana. Su coincidencia, por el contrario, constituye un fenómeno secundario: ya sea el resultado de que el objetivo adquiera una fuerza autónoma estimuladora, o bien, el resultado de una concientización de los motivos, que los transforma en motivos-objetivos. A diferencia de los objetivos, los motivos no se concientizan actualmente por el sujeto; cuando realizamos determinada acción, en el momento de su ejecución regularmente no nos percatamos de cuáles son los motivos que la han originado. Es cierto que no nos es difícil determinar su base, pero la base en sí no siempre nos indica claramente el motivo real de las acciones. Pero los motivos no están separados de la conciencia. Incluso, cuando se trata de motivos no conscientes, es decir, cuando el hombre no se percata de qué le impele a realizar unas acciones u otras, estos encuentran de todos modos su reflejo psíquico, aunque en forma especial: en forma de matiz emocional de las acciones realizadas. Este matiz emocional —su intensidad, su signo y su característica cualitativa— realiza una función específica, lo cual exige distinguir el concepto de emoción y el concepto de sentido personal. Sin embargo, su no coincidencia no es originaria; al parecer, los objetos de necesidad en los niveles inferiores estaban entrelazados. La no coincidencia pudo surgir solamente como resultado de la desmembración de las funciones de los motivos, que tuvo lugar en el curso del desarrollo de la actividad humana.

Esta desmembración, esta bifucación surge como consecuencia de que la actividad necesariamente es polimotivada, es decir, puede responder simultáneamente a dos o varios motivos.[1] En efecto, las acciones humanas siempre realizan objetivamente cierto conjunto de relaciones: con relación al mundo objetal, a

[1] Esto está dado ya mediante la estructura fundamental de la actividad laboral, la cual realiza una doble relación: con respecto al resultado del trabajo (subproducto), y con respecto al hombre (a las demás personas).

las personas circundantes, a la sociedad y a sí mismo. Así, la actividad laboral está socialmente motivada, mas, es también regulada por motivos tales como, digamos, la remuneración material. Estos dos motivos aunque coexistentes, se encuentran sin embargo en planos distintos. En las condiciones de las relaciones socialistas de producción, el sentido del trabajo para el trabajador se genera por la acción de motivos sociales; en lo tocante a la remuneración material, este motivo, por supuesto, también es significativo para él, mas sólo a manera de estímulo, que aunque impulsa y "dinamiza" la actividad, está privado de la función principal, la función de conferir un sentido.

De este modo, unos motivos, al estimular la actividad le confieren a la vez un sentido personal; los denominaremos motivos dotantes de sentido. Otros, coexistentes con ellos, asumiendo el papel de factores impelentes —positivos o negativos— en ocasiones extraordinariamente emocionales, afectivos, están privados de la función de conferir sentido; los denominaremos convencionalmente motivos-estímulos.[1] Es característico el rasgo siguiente: cuando una actividad importante para el hombre por su sentido personal se enfrenta en el curso de su realización con una estimulación negativa, que puede provocar incluso una fuerte vivencia emocional, el sentido personal a despecho de esta, permanece incólume; lo que comúnmente se produce es el rápido descrédito siempre creciente de la emoción así surgida, desde el punto de vista psicológico. Este bien conocido fenómeno nos hace pensar una vez más en la cuestión de la relación que presenta la vivencia emocional respecto al sentido personal.[2]

La distribución de las funciones que confieren sentido y solamente los estímulos entre los motivos de una misma actividad, permiten comprender las relaciones fundamentales que caracterizan la esfera motivacional de la personalidad: las relaciones de jerarquía entre los motivos. Esta jerarquización no se estructura de ningún modo a tenor de su cercanía respecto de las necesidades vitales —biológicas—, de manera semejante a como la

[1] Muchos autores señalan la diferencia existente entre los motivos y los estímulos, aunque bajo fundamentaciones distintas; por ejemplo, interpretan como motivos las excitaciones internas y como estímulos, las externas (ZDRAVOMYSLOV, A. G., V. N. ROZHIN y V. Y. YADOV: *El hombre y su trabajo*. p. 38. Moscú, 1967).

[2] BASSIN, F. V.: "Sobre el desarrollo del problema de la significación y del sentido", en *Cuestiones de psicología*, no. 6, 1973.

concibe, por ejemplo, A. Maslow: la jerarquía se basa en la necesidad de mantener la homeostasis fisiológica; en el plano superior, los motivos de autoconservación; después, la seguridad, el prestigio; y finalmente, en el último extremo de la jerarquía, los motivos cognoscitivos y estéticos.[1] El principal problema que aquí se presenta consiste, no en cuanto si es correcta esta escala —u otra parecida a ella—, sino, en si es realmente válido el propio principio de concebir semejante escala de motivos. La cuestión radica en que ni el grado de cercania a las necesidades biológicas, ni la fuerza impulsiva y afectiva que puedan tener ciertos motivos, pueden determinar las relaciones jerárquicas que se establecen entre ellos. Estas relaciones se determinan por los enlaces que se forman en la actividad del sujeto, por sus mediaciones, y es por eso, que se hacen relativas. Esto se refiere también a la correlación fundamental: la correlación entre los motivos dotantes de sentido y los motivos estímulos. Dentro de la estructura de cierta actividad, un motivo dado puede asumir la función de conferir sentido; y dentro de otra, la función de una estimulación complementaria. Pero, los motivos dotantes de sentido ocupan siempre un lugar jerárquicamente superior, incluso cuando no posean una fuerza afectiva directa.

Al ser rectores en la vida de la personalidad, los motivos pueden permanecer "tras las bambalinas" para el sujeto mismo, tanto desde el punto de vista de la conciencia, como desde el punto de vista de la afectividad directa.

El hecho de la existencia de motivos no concientizados, escondidos en lo más recóndito del psiquismo, no expresan en sí un principio especial. Los motivos no concientizados presentan la misma determinación que todo reflejo psíquico: el ser real, la actividad del hombre en el mundo objetivo. Lo concientizado y lo no concientizado no se contraponen mutuamente, sino que constituyen solamente distintas formas y niveles del reflejo psíquico, que se encuentran en correspondencia estricta con el lugar que ocupa lo reflejado en la estructura de la actividad, en el movimiento de su sistema. Si los objetivos y las acciones que a ellos responden, necesariamente se concientizan, no sucede así con la concientización de su motivo: aquello, para cuyo logro se plantean y se alcanzan los objetivos dados. De una forma o de otra el contenido objetal de los motivos siempre, por

[1] MASLOW, A.: *Motivation and Personality.* Nueva York, 1954.

supuesto, se percibe, se representa. En este sentido, el objeto que impele a la acción y el objeto que se presenta en calidad de instrumento u obstáculo, son, por así decirlo, indiferentes. Otra cosa es concientizar el objeto en calidad de motivo. La paradoja consiste en que los motivos irrumpen en la conciencia sólo objetivamente, mediante el análisis de la actividad, de su dinámica. Ellos se manifiestan subjetivamente en sentido figurado, de modo indirecto: en forma de vivencias, deseos, afanes y aspiración por lograr el objetivo. Cuando surge ante mí determinado objetivo, yo no solamente me limito a conocerlo, representarme su condicionalidad objetiva, los medios para su consecución y los lejanos resultados a los cuales conduce, sino que además, quiero alcanzarlo (o por el contrario, produce un rechazo en mí); estas vivencias directas también surgen como señales internas, por cuyo intermedio se regulan los procesos que se realizan. Subjetivamente el motivo que se expresa dentro de estas señales internas no está contenido directamente en ellas. Este hecho crea la impresión de que surge de manera endógena y que son justamente las fuerzas que regulan la conducta.

La concientización de los motivos es un fenómeno secundario, que aparece solamente a nivel de la personalidad y que se reproduce permanentemente en el transcurso de su desarrollo. Para niños muy pequeños esta tarea no existe. Inclusive en la etapa de tránsito a la edad escolar, cuando se manifiesta en el niño el deseo de ir a la escuela, el motivo real contenido dentro de ese deseo permanece oculto para el, aunque por otra parte no presente dificultad en sentirse motivado dentro de situaciones, que lleven implícito el reproducir lo que él sabe. Este motivo real puede aclararse sólo de manera objetiva, "colateralmente", estudiando, por ejemplo, cuando los niños juegan "al escolar"; ya que el juego de roles releva claramente el sentido personal de las acciones lúdicras y, correspondientemente su motivo.[1] Para concientizar los motivos reales de su actividad el sujeto también necesita ir por un "desvío", con la diferencia de que en este camino lo orientan las señales-vivencias y las "señales" emocionales de los acontecimientos.

[1] LEONTIEV, A. N.: "Fundamentos psicológicos del juego preescolar", en *Educación preescolar*, no. 9, 1947; BOZHOVICH, L. I., N. G. MOROSOVA y L. S. SLAVINA: "Desarrollo de los motivos didácticos en escolares soviéticos", en Boletín de la *Academia de Ciencias Pedagógicas de la RSSFR*, ed., no. 36, Moscú, 1951.

Un día pletórico de acciones, al parecer completamente exitosas, puede sin embargo llevar al hombre a un estado anímico desfavorable, dejarle una reserva emocional desagradable. En el contexto de sus preocupaciones diarias esta reserva puede ser inadvertida. Mas, llega un determinado momento, en el cual el hombre volviendo la vista al camino recorrido durante el día, en el preciso instante en que su memoria reproduce determinado suceso, su estado de ánimo adquiere una dimensión objetal, surge una señal afectiva indicadora de que precisamente este suceso ha producido en él un impacto emocional. Pudiera ser, por ejemplo, que se trate de una reacción negativa ante determinado éxito parcial en el logro del objetivo general, en aras del cual el sujeto creía que únicamente actuaba; y de este modo, puede resultar que el logro del éxito personal no sea ciertamente el motivo fundamental del sujeto. El se encuentra ante una "tarea de sentido personal", que no se resuelve por sí sola, porque ahora se ha convertido en una tarea de correlación de motivos, que lo caracteriza como personalidad.

Es necesario efectuar un trabajo interno singular para resolver esta tarea y, quizás, apartar de sí el descubrimiento realizado. En efecto, la desgracia consiste, señalaba Pirogov, en no descubrir esto a tiempo y detenerse. Sobre este punto también escribió Hertzen; y toda la vida de Tolstoi es un gran ejemplo de semejante trabajo interno.

El proceso de penetración en la personalidad se manifiesta aquí por parte del sujeto de manera fenoménica. Mas, incluso, dentro de esta manifestación fenoménica del proceso, puede apreciarse que este consiste en identificar los vínculos jerárquicos de los motivos. Subjetivamente, los procesos parecen reflejar las "valencias" psicológicas, inherentes a los propios motivos. Sin embargo, el análisis científico debe ir más allá porque la formación de estos vínculos presupone necesariamente la transformación de los propios motivos, que tiene lugar dentro del movimiento de todo el sistema de la actividad del sujeto, dentro de la cual se forma su personalidad.

### *5. FORMACIÓN DE LA PERSONALIDAD*

Desde las etapas más tempranas, el desarrollo del individuo humano revela sus particularidades propias. La particularidad primordial es el carácter mediado de las relaciones del niño con

el mundo circundante. Desde un principio las relaciones biológicas directas niño-madre son mediadas muy rápidamente por los objetos: la madre le da el alimento contenido en una taza, le viste con su ropita y, para entretenerlo, realiza manipulaciones con algún juguete. A la vez, las relaciones del niño con los objetos son mediadas por las personas que lo rodean: la madre acerca al niño a los que puedan interesarle, lleva estos hasta el niño o también, puede quitarle al niño cosas de la mano. En una palabra, la actividad del niño realiza cada vez más la relación del niño con el hombre a través de las cosas, y las relaciones con las cosas, a través del hombre.

Este aspecto del desarrollo conduce a que los objetos se revelen ante el niño no sólo en sus propiedades físicas, sino con la cualidad particular que ellos adquieren dentro de la actividad humana, en su significación funcional —una taza es aquello que sirve para beber; una silla es lo que sirve para sentarse; un reloj es lo que se lleva en la muñeca, etcétera—; las personas en este contexto obran como "ordenadores" de las cosas, de ellas dependen las relaciones del niño con respecto a estas. La actividad objetal del niño adquiere una estructura instrumental, en tanto que la comunicación se hace oral, mediada a través del lenguaje.[1]

En esta situación inicial del desarrollo del niño está contenida la simiente de las relaciones, cuyo ulterior desenvolvimiento constituye el objetivo de los acontecimientos que conducen a su desarrollo como personalidad. Primeramente, las relaciones respecto al mundo de las cosas y respecto a las personas circundantes están en el niño fundidas entre sí; posteriormente, se produce su separación y forman distintas líneas de desarrollo, que se cruzan e interrelacionan mutuamente.

En la ontogenia estos tránsitos se manifiestan en alternas sustituciones de fases: fases de desarrollo preferente de la actividad objetal —práctica y cognoscitiva—, con fases de desarrollo de las interrelaciones de las personas con la sociedad.[2] No obstante, dichos tránsitos caracterizan el movimiento de los motivos

[1] LEONTIEV, A. N.: *Problemas del desarrollo del psiquismo.* pp. 368-378. Moscú, 1972.

[2] ELKONIN, E. B.: "Sobre el problema de la periodización del desarrollo psíquico del escolar soviético", en *Cuestiones de psicología,* no. 4. 1971.

dentro de cada fase. Como resultado, surgen asimismo los vínculos jerárquicos que conforman los "bloques" de la personalidad.

La conexión de estos bloques representan en sí un proceso encubierto y que se expresa de distinta manera en las diferentes etapas del desarrollo. Anteriormente describí uno de los fenómenos que caracterizan el mecanismo de este proceso, dentro de una situación en la cual, la acción objetal del niño y su relación respecto al adulto, no presente en ese momento, varía el resultado obtenido en cuanto a su sentido; pero la propia acción sigue siendo completamente una "acción de campo". ¿Cómo se produce el cambio ulterior? Hechos constatados en investigaciones con preescolares de distintas edades, demuestran que estos cambios se subordinan a determinadas reglas.

Una de dichas reglas es que ante una motivación de distintas direcciones surge más rápidamente la subordinación de la acción a las demandas del hombre, más tarde surgen las relaciones objetivas entre los objetos. Otra regla que se descubrió también durante los experimentos, se expresa de manera algo paradójica: resulta en condiciones de doble motivación de la actividad, el motivo objeto-sustancial es capaz de asumir una función que subordina al otro anterior, cuando el motivo es dado al niño sólo en forma de representación, racionalmente; y sólo después, quedándose dentro del campo actual de la percepción.

Aunque estas reglas expresan una sucesión genética también expresan una significación común. La cuestión estriba en que al agudizarse las situaciones del tipo descrito más arriba, se produce el fenómeno del desplazamiento (décalage), como resultado del cual se manifiestan estas relaciones rectoras más sencillamente; se sabe, por ejemplo, que pasar al ataque es más fácil por orden directa del comandante de la tropa, que por iniciativa propia. En lo concerniente a la forma en que se manifiestan los motivos, ante circunstancias complejas de actividad volitiva se descubre con mucha frecuencia que solamente los motivos ideales, es decir, los motivos que están fuera de los vectores del campo externo, son capaces de subordinar a ellos acciones con una dirección contraria a los motivos externos. Hablando en sentido figurado, el mecanismo psicológico de la hazaña de la vida hay que buscarlo en la imaginación humana.

El proceso de formación de la personalidad dentro del contexto de las variaciones que ahora nos ocupan, puede representarse

como desarrollo de la voluntad y esto no es casual: una acción involuntaria, impulsiva es asimismo una acción impersonal, aunque sólo pueda hablarse de pérdida de la voluntad con relación a la personalidad; en efecto, no se puede perder lo que no se tiene, por eso, los autores que consideran la voluntad un importante rasgo de la personalidad desde el punto de vista empírico tienen razón.[1] La voluntad, sin embargo, no es el origen ni tampoco incluso el "eje" de la personalidad, sino solamente una de sus manifestaciones. La base real de la personalidad es la estructura especial del conjunto de actividades del sujeto, que se presenta en determinada etapa del desarrollo de sus relaciones humanas con el mundo.

El hombre vive dentro de una realidad que cada día se va ensanchando para él. Al principio está circunscrita al marco estrecho de las personas y objetos que lo rodean, a la interacción con ellos, a su percepción y aprehensión de conocimientos sobre ellos, a la comprensión de su designación e importancia. Mas, ulteriormente comienza a desplegarse ante el sujeto una realidad que se encuentra fuera de los límites de su actividad práctica y de su comunicación directa.

Esta necesidad la crea el hecho de que mientras más se amplían las relaciones del sujeto con el mundo, más se entrelazan dichas relaciones. Sus acciones, al realizar una de las actividades del sujeto, una de sus relaciones, resultan objetivamente a la vez realizadoras de cualquier otra de sus relaciones. La posible contradicción o no coincidencia de las mismas no ofrece sin embargo, alternativas que puedan resolverse simplemente por la "aritmética de los motivos". La situación real psicológica originada por las relaciones del sujeto con el mundo en su entrelazamiento, dentro de las cuales e independientemente de su deseo son incorporadas cada una de sus acciones y cada uno de sus actos de comunicación con las demás personas, exige de él una orientación dentro del sistema de estas relaciones. En otras palabras, el reflejo psíquico, la conciencia, ya no puede seguir orientando las distintas acciones del sujeto solamente, ella debe asimismo reflejar activamente la jerarquía de sus relaciones, el proceso de subordinación y resubordinación de sus motivos. Y esto requiere un movimiento interno especial de la conciencia.

[1] SELIVANOV, V. I.: "Personalidad y voluntad", en *Problemas de la personalidad*. Materiales de simposium. pp. 425-433.

En el movimiento de la conciencia individual, descrito anteriormente como proceso de tránsitos mutuos de contenidos y significaciones directamente sensitivos, que en dependencia de los motivos de la actividad adquieren uno u otro sentido, se manifiesta ahora un movimiento todavía contenido en una sola dimensión. Si el movimiento descrito anteriormente podemos imaginariamente representárnoslo como contenido en un plano horizontal, este nuevo movimiento lo podemos imaginar contenido en un plano vertical. Dicho movimiento consiste en correlacionar los motivos entre sí: algunos motivos ocupan un cierto lugar hegemónico y subordinan a ello otros motivos; otros, por el contrario, descienden a la categoría de subordinados e inclusive pierden por completo la función de conferir sentido. La génesis de este movimiento expresa en sí la génesis del sistema de vínculos entre los sentidos personales: la génesis de la personalidad.

Por supuesto, la formación de la personalidad es un proceso continuo, consistente en una serie de estadios en constante sucesión, cuyas particularidades cualitativas dependen de condiciones y circunstancias concretas. Por eso, si seguimos su curso sucesivo observaremos solamente distintos avances. Mas, si observáramos dicho curso desde una posición un tanto lejana, entonces el tránsito que lleve implícito el nacimiento genuino de la personalidad, se manifestaría como un acontecimiento que cambia todo el curso ulterior del desarrollo psíquico.

Existen múltiples fenómenos que indican la presencia de este tránsito. Ante todo, la reestructuración de la esfera de relaciones con las demás personas, con la sociedad. Si en los estadios precedentes la sociedad se manifestaba en forma de amplia comunicación con las personas circundantes, y debido a ello preferentemente mediante personificaciones, ahora se transforma este estado de cosas: las personas circundantes comienzan cada vez más a manifestarse a través de las relaciones sociales objetivas. El tránsito en cuestión también origina cambios, que determinan lo primordial en el desarrollo de la personalidad, en su destino.

La necesidad que tiene el sujeto de orientarse dentro del creciente sistema de sus relaciones con el mundo se presenta ahora con una nueva significación: como originaria del proceso de despliegue de la esencia del sujeto. En toda su plenitud, este despliegue determina la perspectiva del proceso histórico.

En lo tocante a la formación de la personalidad, esta perspectiva en una etapa u otra del desarrollo de la sociedad y en dependencia del lugar que ocupa el individuo dentro del sistema de las relaciones sociales, se manifiesta como eventualmente contentiva de un "punto final" ideal.

Una de las variaciones tras las cuales se encubre la nueva reorganización de la jerarquía de los motivos, se manifiesta en el adolescente como pérdida de la propia valoración de las relaciones que se producen dentro de un estrecho círculo de comunicación. Así, las demandas que provienen incluso de los adultos más allegados, mantendrán ahora su función de conferir sentido sólo si están incluidas dentro de una esfera de más amplia motivación social; en caso contrario, se producirá el "rechazo psicológico" a las demandas de los adultos. El hecho de que el adolescente entre en un círculo de comunicación mayor, no implica sin embargo que lo íntimo, lo personal, sea relegado a un segundo plano. Por el contrario, precisamente es por eso que en este período tiene lugar el desarrollo interno de la vida; a la par que la afinidad, surge también la amistad, alimentada por mutuas confidencias; varía el contenido de las cartas personales, que pierden ahora su carácter estereotipado descriptivo, dando paso a la descripción de vivencias; surgen los primeros intentos de llevar diarios íntimos y comienzan los primeros amores.

Variaciones aún más profundas pueden observarse en los siguientes niveles de desarrollo, hasta incluir el nivel en el cual, el propio sistema de las relaciones sociales objetivas, su manifestación, adquiere un sentido personal. Por supuesto, los fenómenos que surgen en este nivel son todavía mucho más complejos y pueden incluso devenir realmente trágicos, pero aquí también se presenta el mismo fenómeno; mientras más incide la sociedad sobre ella más completo se hace el mundo interior de la personalidad.

El proceso de desarrollo de la personalidad es siempre profundamente individual, único. Da lugar al movimiento hacia la ancianidad y en ocasiones produce la degradación social de la personalidad. Mas, lo principal es que transcurre de manera completamente distinta en dependencia de las condiciones históricas concretas, de la pertenencia del individuo a un medio social o a otro. Este proceso se hace particularmente dramático en las condiciones de la sociedad clasista con sus inevitables

alienaciones y parcializaciones de la personalidad, con sus alternativas entre el dominio y la subordinación. Se desprende, naturalmente, que las circunstancias concretas de vida imprimen su sello en el curso del desarrollo de la personalidad también en la sociedad socialista. La destrucción de las condiciones objetivas que impedían que el hombre se identificara con su esencia real, que lograra el desarrollo multilateral y armónico de su personalidad, hace real por primera vez esta perspectiva, pero no produce de manera automática la reestructuración de la personalidad. El cambio fundamental se opera en otro ámbito, en el hecho de que surge un nuevo movimiento; la lucha de la sociedad por la personalidad humana. Cuando decimos: "En aras del hombre, para el hombre", no estamos expresando necesidades de consumo; nos referimos naturalmente a la personalidad, aunque para ello, por supuesto, se sobreentiende que el hombre debe estar colmado de bienes materiales y espirituales.

Si volvemos de nuevo a los fenómenos que distinguen el tránsito del período de preparación de la personalidad al período de su desarrollo, debemos señalar otra transformación más que tiene lugar en este y que es la transformación de las particularidades clasistas de la personalidad; y hablando en una dimensión mayor, de las particularidades que dependen de la diferenciación social de la sociedad. La pertenencia del sujeto a determinada clase condiciona desde un principio el desarrollo de sus relaciones con el mundo circundante, la mayor o menor amplitud de su actividad práctica, de sus conocimientos, de su comunicación y de las normas de conducta asimiladas. Todo esto constituye las adquisiciones de la personalidad, que la van conformando en la etapa de su formación primaria. ¿Se puede y se debe hablar acerca del carácter clasista de la personalidad? Sí, si partimos del hecho de que el niño aprende del medio circundante; no, si consideramos que en esta etapa el niño es solamente un objeto, si se me permite la expresión, de toda la clase, de todo el grupo social. Ulteriormente se produce un vuelco, el niño se convierte en sujeto. Entonces, y sólo entonces, es que su personalidad comienza a formarse como clasista; dentro de otra significación de la palabra; primeramente, puede que inadvertidamente, después tomando conciencia del fenómeno, pero más tarde o más temprano indefectiblemente ocupará su posición, más activa o menos activa, decidida o vacilante. Por

ello, en las condiciones de confrontación de clase, la personalidad no sencillamente "está", sino que se coloca a un lado o a otro de la barricada. También tiene lugar otra cosa, y es que en cada punto de viraje del camino de su vida la personalidad se ve en la necesidad de liberarse de algo, de confirmar algo en ella misma, y debe estar en condiciones de hacerlo, no debe limitarse tan solo a "estar sujeto a las influencias del medio".

Finalmente, en este mismo lindero tiene lugar todavía otro cambio más, que varía el propio "mecanismo" de formación de la personalidad. Más arriba yo me había referido a una realidad en ampliación creciente preexistente al sujeto. Pero, esta existe también dentro del tiempo en forma de su pasado y de su futuro esperable. Por supuesto, ante todo se tiene en cuenta, primero, la experiencia individual del sujeto cuya función es la que constituye su personalidad. Y esto nuevamente da vida a la fórmula acerca de la personalidad como un producto de propiedades congénitas y de experiencias adquiridas. En las primeras etapas del desarrollo este criterio podría parecer correcto, especialmente si no se asume su versión simplificada y se toman en consideración los mecanismos de formación de la personalidad en toda su complejidad. Pero, ante la jerarquización de los motivos dicho criterio pierde significación cada vez más, y a nivel de la personalidad es completamente aplastado.

La razón se apoya en que a este nivel las pasadas vivencias, acontecimientos y acciones propias del sujeto no se manifiestan para él en modo alguno como estratos basados en su experiencia. Ellos devienen objetos de sus relaciones, de sus acciones y por ello varían su aporte a la personalidad. Hay algo que caduca, que se priva de su sentido y se transforma en una mera condición y formas de su actividad: las capacidades, habilidades y estereotipos de conducta ya formados; otra cosa puede revelársele irradiando una nueva luz y adquirir una significación que anteriormente no había apreciado; finalmente, algo del pasado es rechazado enérgicamente por el sujeto y deja de existir psicológicamente para él, aunque permanece reposando en el archivo de su memoria. Estas variaciones se producen permanentemente, pero son susceptibles de concentrarse, creando así crisis morales. Una sobrevaloración del pasado puede conducir al hombre a desprenderse de su biografía, como de una pesada carga, ¿acaso esto no confirma que los aportes de la experiencia pasada a la

personalidad se han hecho dependientes respecto de la propia personalidad, se han hecho función de la misma?

Esto se hace posible debido al nuevo movimiento interno surgido en el sistema de la conciencia individual, al cual denominé figuradamente movimiento "en el plano vertical". No nos engañemos en la creencia de que el vuelco al pasado de la personalidad lo realiza la conciencia; la conciencia no realiza, sino media dicho vuelco; se produce mediante las acciones del sujeto, a veces incluso externas como: la ruptura de relaciones pasadas, cambio de profesión, o la incorporación del sujeto a nuevas circunstancias. Makarenko describe esto maravillosamente: la vieja ropa que usaban los muchachos vagabundos eran quemadas públicamente en la hoguera, una vez aceptados en la colonia.

A pesar de su amplia difusión, la idea de enfocar la personalidad como el producto de la biografía del hombre es inconsistente y justifica la interpretación fatalista del destino humano —así pregona el juglar: niño que roba, será ladrón. Este punto de vista admite, por supuesto, la posibilidad de cambiar algo en el hombre, pero sólo a costa de una intervención externa, que con su fuerza altera lo instaurado anteriormente en la experiencia del sujeto. Esta concepción confiere primacía al castigo y no al arrepentimiento, ni al premio o gratificación, ni a las acciones que ampara. Aquí se pasa por alto un importante hecho psicológico y es, precisamente, que el hombre entra en relación con su pasado, que puede tener distinta incidencia para él en la memoria de su personalidad. Tolstoi aconsejaba: observa lo que recuerdes y lo que no recuerdes; por estos atributos te conocerás a ti mismo.[1]

Este punto de vista es falso porque la ampliación de la realidad transcurre para el hombre no solamente en la dirección del pasado, sino también en la dirección del futuro. Al igual que el pasado, el futuro también adquiere una presencia en el plano de la personalidad. La perspectiva de vida que se despliega ante el hombre es no solamente el producto de un "reflejo premonitorio", sino su logro. En esto radica la fuerza y veracidad de lo señalado por Makarenko acerca de la importancia educativa de las perspectivas cercanas y lejanas. Lo mismo sucede

[1] TOLSTOI, L. N.: *Obras completas*. t. 54. p. 31. Moscú, 1935.

en cuanto a los adultos. Quiero citar ahora una parábola que escuché cierta vez en los Urales en boca de un viejo carretero: cuando el camino se hace difícil y el caballo comienza a corcobear no hay que azotarle, hay que alzarle la cabeza para que vea lo que está más adelante.

Las circunstancias objetivas crean la personalidad, pero siempre mediante un conjunto de actividades por cuyo intermedio se opera su relación con el mundo. Sus peculiaridades conforman aquello que determina el tipo de personalidad en desarrollo. Aunque no constituye mi propósito tratar cuestiones referentes a la psicología diferencial, el análisis de la formación de la personalidad conduce de una manera o de otra al problema del enfoque general en la investigación de estas cuestiones.

El fundamento primero de la personalidad, el cual no puede desentender ninguna concepción psicológica diferencial, es la riqueza de las relaciones del hombre con el mundo. Es esta riqueza lo que distingue al hombre, cuya vida abarca una amplia gama de diversas actividades, al decir del maestro berlinés, "cuyo mundo se extiende desde Moabit hasta Kiopenik y se cierra herméticamente tras las puertas de Hamburgo, cuyas relaciones respecto de este mundo están reducidas hasta el mínimo en virtud de su lamentable actitud ante la vida".[1] De aquí se desprende, que nos referimos a relaciones reales en el hombre y no a relaciones enajenadas, que se le contrapongan y que lo subordinen a ellas. Nosotros expresamos psicológicamente estas relaciones a través del concepto de actividad, de motivos que dotan a esta de sentido, y no en términos de estímulos y de operaciones realizadas. A esto debemos agregar, que las actividades que constituyan el fundamento de la personalidad, también comprenderán en sí actividades teóricas y que en el transcurso del desarrollo el círculo de las mismas es capaz no sólo de ampliarse, sino también de empobrecerse; dentro de la psicología empírica a este se le denomina "estrechamiento de intereses". Unas personas pueden no percatarse de este empobrecimiento, otras, como Darwin, se quejan de esto como de una desgracia.[2]

[1] MARX, C. y F. ENGELS: *Obras completas*. t. 3. p. 253.

[2] DARWIN, C.: *Recuerdos sobre el desarrollo de mi inteligencia y carácter. Autobiografía*. pp. 147-148. Moscú, 1957.

Las diferencias que aquí existen no sólo expresan cualitativamente la medida de la amplitud del mundo que se despliega ante el hombre en sus dimensiones espacial y temporal, en su pasado y en su futuro. Ellas sirven de base a las diferencias en cuanto al contenido de aquellas relaciones objetales y sociales que están dadas por las condiciones objetivas, épocas, naciones, clases. Por ello, el enfoque con respecto a la tipología de las personalidades, incluso cuando esta toma en consideración este solo parámetro, como suele decirse hoy día, no puede evitar ser concreto-histórico. Pero el análisis psicológico no se detiene en este punto, ya que las relaciones de la personalidad con el mundo pueden ser, ora más pobres que aquellas creadas por las condiciones objetivas, ora pueden sobrepujarlas en sumo grado.

Otro parámetro de gran importancia en el análisis de la personalidad es el grado de jerarquización de las actividades, de sus motivos. Este grado puede ser muy diverso, independientemente de cuán reducida o amplia sea la base de la personalidad, formada por sus relaciones con el medio circundante. Las jerarquías de motivos existirán siempre, en todos los niveles de desarrollo. Ellas conforman unidades relativamente independientes en la vida de la personalidad, que pueden ser más importantes o menos importantes, separadas entre sí o integradas dentro de una misma esfera motivacional. La desarticulación de estas unidades jerarquizadas entre sí, crea la característica psicológica del hombre, que vive en forma interrumpida, discontinua, a veces dentro de un "campo", a veces dentro de otro. Un grado más elevado de jerarquización de los motivos se manifiesta, por el contrario, en el hecho de que el hombre dirige sus acciones hacia un cierto motivo-objetivo para él fundamental, y entonces puede resultar, que unas unidades entren en contradicción con dicho motivo, otras entren en plena consonancia con él y algunas otras se aparten.

Cuando estamos en presencia de un motivo fundamental, que impele al hombre, por lo general decimos que es un motivo vital. Sin embargo, ¿se revela siempre adecuadamente a la conciencia este motivo? No es posible responder a esta pregunta sin meditar un tanto, ya que su concientización en forma de concepto, en forma de idea no se produce espontáneamente sino sólo dentro de un movimiento de la conciencia individual, como resultado del cual el sujeto es capaz de reflejar su mundo

interno a través del sistema de significaciones y conceptos aprehendidos. Ya hemos hablado acerca de esto, al igual que sobre la lucha llevada a cabo dentro de la sociedad por la conciencia humana.

Las unidades de vida dotadas de sentido pueden resumirse en un punto, mas este constituye solamente una característica formal. Lo importante sigue siendo la cuestión acerca de cuál es el lugar que ocupa este punto en el espacio multidimensional, que conforma la realidad genuina aunque no siempre captada por el individuo. Toda la vida del caballero Skupi estuvo dirigida hacia un mismo objetivo: aumentar "las potencias del oro". Este objetivo lo pudo lograr ("¿quién sabe cuántos sinsabores, penurias, malos pensamientos, días de labor y noches de insomnio costó todo eso?"), mas la vida le parecía vacía, el objetivo resultó un contrasentido. Con las palabras "¡siglo desastroso, corazones desalmados!" termina Pushkin la tragedia de Skupi.

Otra personalidad con otro destino se formará, cuando el motivo-objetivo rector se eleve a una categoría verdaderamente humana y no enajene al hombre, sino que funde su vida con las vidas de las demás personas, con su bienestar. En dependencia de las circunstancias en las que el hombre se vea envuelto, estos motivos vitales pueden adquirir diversos contenidos y distinta significación objetiva, mas, sólo ellos son capaces de crear la justificación psicológica interna de su existencia, que constituye el sentido y la felicidad de la vida. El fin de este camino, al decir de Gorki, es el hombre convertido en hombre de la humanidad.

Hemos llegado ya al parámetro más complejo de la personalidad; al tipo general de su estructura. La esfera motivacional humana incluso en su más alto grado de desarrollo no presenta una representación piramidal. Puede estar desplazada o ser excéntrica con relación al espacio actual de la realidad histórica y entonces hablamos de la unilateralidad de la personalidad. Ella puede conformarse, por el contrario, multilateralmente, comprendiendo un amplio círculo de relaciones. Pero en ambos casos, la personalidad refleja la no coincidencia objetiva de dichas relaciones, en mutua contradicción, intercambio de lugar y fluctuaciones.

La estructura de la personalidad representa en sí una configuración relativamente estable de las líneas motivacionales jerarquizadas fundamentales dentro de ella. Este fenómeno se describe de manera incompleta como "tendencia de la personalidad"; y decimos de manera incompleta, debido a que incluso ante la presencia de una línea recta evidente en la vida del hombre, dicha línea no es de ningún modo única. El hecho de que exista un cierto objetivo elegido, ideal en general, no incluye y no disminuye las demás relaciones vitales del hombre, las cuales, a su vez, forman los motivos generadores de sentido. Hablando en lenguaje figurado la esfera motivacional de la personalidad siempre es multicupular, a la par que el sistema objetivo de conceptos axiológicos que caracterizan la ideología de una sociedad dada, de una clase dada o de una capa social, que es comunicada y aprehendida (o rechazada) por el hombre.

Las correlaciones internas de las líneas motivacionales fundamentales dentro del conjunto integral de las actividades del hombre, conforman un cierto "perfil psicológico" general de la personalidad. Este perfil se forma en ocasiones de manera lisa, privado de verdaderos terminales, entonces lo íntimo en la vida del hombre es tomado por grandioso y lo verdaderamente grandioso no alcanza a ser apreciado. Semejante pobreza de la personalidad puede conjugarse ante determinadas condiciones sociales con la satisfacción de un amplio círculo de necesidades cotidianas. En esto consiste, precisamente, la amenaza psicológica que entraña la moderna sociedad de consumo para la personalidad.

La yuxtaposición de motivos vitales habitualmente conjugados con el surgimiento de terminales virtuales, formados solamente en virtud de "motivos conocidos" por estereotipos de ideales privados de sentido personal, crea otra estructura distinta del perfil psicológico de la personalidad. Pero, dicha estructura tiene carácter transitorio: al principio las líneas yuxtapuestas de las distintas relaciones vitales se manifiestan más tarde en forma de nexos internos. Este fenómeno se produce indefectiblemente pero no de forma espontánea, sino como resultado de aquel trabajo interno acerca del cual les hablé antes y que se expresa en forma de un movimiento peculiar de la conciencia.

Las diversas relaciones dentro de las cuales el hombre se ve inmerso y se proyecta hacia la realidad, son objetivamente con-

tradictorias. Estas contradicciones así surgidas generan conflictos que, ante determinadas condiciones, son fijados y entran en la estructura de la personalidad. Así, la histórica separación surgida entre la actividad teórica y la práctica determina no solamente la unilateralidad del desarrollo de la personalidad, sino que puede conducir a una dualidad psicológica, a la desarticulación de la personalidad en dos esferas ajenas entre sí: la esfera de sus manifestaciones dentro de la vida real y la esfera de sus manifestaciones dentro de una vida que existe sólo ilusoriamente, solamente dentro del pensamiento autístico. No es posible describir esta dualidad psicológica de manera más profunda que como lo hizo Dostoievski: de una existencia tormentosa preñada de cosas sin sentido, su personaje pasa a una vida imaginaria, a una vida de sueños; ante nosotros se despliegan dos personalidades: una, la personalidad de un hombre mezquino, encerrado en su madriguera y la otra, una personalidad romántica incluso heroica, abierta a todas las alegrías de la vida. Y de todos modos, esta resulta ser la personalidad de un mismo individuo, por eso irremisiblemente llega el momento de acabar con los sueños, llegan los años de sombría soledad, nostalgia y abatimiento.

La personalidad del héroe de las Noches Blancas es un fenómeno particular, incluso sui generis. Pero a través de este carácter excepcional se expresa una verdad psicológica general. Esta verdad consiste, en que la estructura de la personalidad no se reduce ni a la riqueza de las relaciones del hombre con el mundo, ni al grado de jerarquización de las mismas, sino que su característica está dada por la correlación de los distintos sistemas de relaciones vitales formadas que generan una lucha entre ellas. En ocasiones, esta lucha tiene lugar en formas externas comúnmente dramáticas, imperceptibles por así decirlo, no violándose así la armonía de la personalidad, su desarrollo; en efecto, la personalidad armónica no es en general una personalidad carente de lucha interna. Sin embargo, a veces esta lucha interna llega a ser fundamental, aquello determina toda la característica del hombre, tal es la estructura de la personalidad trágica.

Y así, el análisis teórico permite distinguir al menos tres parámetros fundamentales de la personalidad: la amplitud de las relaciones del hombre con el mundo, el grado de jerarquización

de las mismas y su estructura general. Por supuesto, estos parámetros aún no nos brindan una tipología psicológica diferencial, pueden servir solamente como esqueleto que debe todavía ser dotado de un contenido histórico-concreto vivo. Mas, esta es una tarea propia de investigaciones especiales. ¿Acaso no se producirá entonces la sustitución de la psicología por la sociología, no se pierde en este sentido "lo psicológico" en la personalidad?

Esta interrogante surge como consecuencia de que el enfoque del cual habláramos, difiere del antropologismo primitivo, que se presentó en la psicología de la personalidad (también llamado culturoantropologismo), que enfocaba la personalidad como individuo poseedor de particularidades psicofisiológicas y psicológicas fluctuantes dentro del proceso de su adaptación al medio social. Dicho enfoque requiere, por el contrario, analizar la personalidad como cualidad nueva, generada por el movimiento del sistema de las relaciones sociales objetivas, dentro de las cuales está inserta su actividad. La personalidad de este modo, deja de ser el resultado de la superposición directa de las influencias externas y se manifiesta como aquello que el hombre hace de sí mismo, como confirmación de su vida humana. Él confirma su vida dentro del quehacer cotidiano, en la comunicación con las demás personas, a las cuales transmite una parte de sí mismo, así como también en las barricadas de las luchas de clases y en los campos de combate por la Patria, a veces confirmándola al precio de su propia existencia física.

En lo concerniente a "subestructura de la personalidad", tales como el temperamento, la necesidad de cuidados, las vivencias emocionales e intereses, disposiciones de ánimo, hábitos y costumbres, rasgos morales, etcétera, por supuesto que no desaparecen en modo alguno, sino que se revelan dentro de otro ropaje: unas, en forma de condiciones; otras, en sus surgimientos y transformaciones, en sus cambios de lugar dentro de la personalidad, que se originan en el proceso de su desarrollo.

Así, las particularidades del sistema nervioso, indiscutiblemente, presentan en sí rasgos individuales y muy estables, rasgos que sin embargo, no generan la personalidad humana. El hombre en sus acciones, consciente e inconscientemente toma en consideración los rasgos de su constitución, al igual que debe considerar las condiciones externas de sus acciones y los medios de

que dispone para realizarlas. En la caracterización del hombre en calidad de ser natural, dichos rasgos no pueden jugar el papel de fuerzas que determinen en él la motivación de la actividad y la formación del objetivo. Lo único que podemos considerar como real aunque haya surgido de manera secundaria dentro del problema de la psicología de la personalidad, es el problema de la formación de las acciones del sujeto, dirigido hacia sus particularidades propias congénitas o adquiridas, que no están comprendidas directamente dentro de la característica de la esfera de la personalidad.

No obstante, pueden examinarse como subestructuras, factores o "modos" de la personalidad, de la necesidad o del estado anímico. De este modo se manifiestan solamente sustraídas de la actividad del sujeto, dentro de la cual se operan sus metamorfosis; mas, no son estas metamorfosis las que crean la personalidad; por el contrario, ellas mismas son generadas por el movimiento de desarrollo de la personalidad. Este movimiento se subordina a la misma fórmula que describe la transformación de las necesidades humanas. Comienza cuando el sujeto actúa en aras de la conservación de su existencia corpórea; pasa ulteriormente al momento, en el cual el sujeto se mantiene vivo para poder actuar, para hacer de su vida una vía para realizarse como ser humano. Este giro, culminando la etapa de la génesis de la personalidad, ofrece a la vez perspectivas ilimitadas para su desarrollo.

Las necesidades objeto materiales "para sí" están satisfechas, y su satisfacción determina que estas se reduzcan al nivel de condiciones de vida, que serán menos percibidas por el hombre en la medida en que se hagan más habituales. Por eso, la personalidad no puede desarrollarse en los marcos del consumo, su desarrollo presupone necesariamente la sustitución de las necesidades por la creatividad de alcance ilimitado.

¿Es menester enfatizar este aserto?, probablemente sea necesario, ya que esta idea inocente, en esencia ingenua, a veces representa el tránsito al principio de la satisfacción de las necesidades, casi como un tránsito a la superfloreciente sociedad de consumo. Se pasa aquí por alto el hecho de que en este caso tiene lugar necesariamente la transformación del consumo material, el hecho de que la posibilidad que tienen todos de satisfacer estas necesidades destruye el propio valor de los bienes

de consumo en los cuales están ellas materializadas, elimina la antinatural función que estos realizan dentro de la sociedad donde se enseñorea la propiedad privada: la función en virtud de la cual el hombre se confirma por intermedio de ellos, la función de conferir "prestigio".

La última cuestión teórica en la cual quiero detenerme es la cuestión de la concientización de sí mismo, como personalidad. En el ámbito psicológico esta cuestión frecuentemente se enfoca en términos de autoconciencia y se habla del proceso de su desarrollo. Existen innumerables trabajos dedicados al análisis de este proceso, que contienen datos detallados que caracterizan las etapas de formación de las representaciones sobre sí mismo, en la ontogenia. Nos referimos a la formación del denominado esquema del cuerpo, a la capacidad de localizar sus sensaciones interoceptivas, al desarrollo del conocimiento de la propia característica externa humana, al conocimiento de sí mismo, como quien se mira en un espejo, en una fotografía. Se realizó un detallado seguimiento del proceso de desarrollo de valoraciones con respecto a sí mismo y a otras personas, o en niños; dicho seguimiento reveló que primeramente se distinguen las particularidades físicas y después, se les van incorporando a estas las particularidades psicológicas y morales. Los cambios que se operan paralelamente en los niños encuentran su explicación en el hecho de que, tanto las características parciales propias como las ajenas le ceden la primacía a características más generales, que abarcan al hombre integralmente y que destacan sus rasgos esenciales. Este es el cuadro empírico del desarrollo del conocimiento de sí mismo, del conocimiento de las particularidades individuales propias, propiedades y capacidades. Nos da, empero, este cuadro una respuesta acerca del desarrollo de la autoconciencia, sobre la concientización del "yo".

Sí, si interpretamos la concientización de sí mismo como saber sobre sí mismo, al igual que todo conocimiento, comienza con la discriminación de las propiedades externas, superficiales, y constituye el resultado de la comparación, del análisis y de la generalización de la distinción de lo esencial. Mas, la conciencia individual no es solamente el saber, no constituye un simple sistema de significaciones adquiridas, de conceptos aprehendidos. A dicho sistema le es inherente un cierto movi-

miento interno, que refleja el movimiento de la propia vida real del sujeto, la cual es mediada por él; ya hemos visto, que solamente dentro de este movimiento es que los conocimientos adquieren una referencia respecto del mundo objetivo, un carácter activo. La situación se presenta de la misma manera, cuando el objeto a concientizar son propiedades, características, acciones o estados del propio sujeto; en este caso es también procedente distinguir el saber sobre sí mismo y la concientización de sí mismo.

Los conocimientos, las representaciones sobre sí mismo se van acumulando desde la temprana infancia; en formas sensibles inconscientes. Ellas al parecer, existen también en los animales superiores. Otra cosa es la autoconciencia, la concientización del propio "yo". Este es el resultado, el producto de la génesis del hombre como personalidad. Al representar en sí la transformación fenoménica de las formas de las relaciones reales de la personalidad, en su carácter inmediato, la concientización del "yo" se manifiesta como el sujeto y causa de las mismas.

El problema psicológico del "yo" surge tan pronto como nos preguntemos a cuál realidad se refiere nuestro saber sobre nosotros mismos, y ciertamente, todo lo que sabemos sobre nosotros mismos está referido a una misma realidad. ¿Cómo puede suceder que en cierto momento yo descubra mi "yo" y en otro lo pierda (se suele decir: está "fuera de sí"...)?, la no coincidencia del "yo" y de aquello que representa al sujeto, como objeto del saber sobre sí mismo, es psicológicamente evidente. Conjuntamente con esto, una psicología que parte desde posiciones orgánicas no es capaz de brindar la explicación científica de la no coincidencia. Si dentro de tal psicología se planteara el problema del "yo" sería sólo en forma de una constatación de la existencia de cierta instancia especial dentro de la personalidad: un pequeño hombrecillo ubicado en el corazón, el cual en el justo momento "tira de la soga". Al negarse, naturalmente, a conferirle a dicha instancia especial substanciación alguna, la psicología opta por evadir el problema, diluyendo el "yo" dentro de la estructura de la personalidad, en sus interacciones con el mundo circundante. Pero dicha instancia pugna por man-

tener su permanencia, revelándose ahora en forma de afán de conocer el mundo dado al individuo en forma congénita, en la necesidad de "actualizarse".[1]

De este modo, el problema de la autoconciencia de la personalidad, de la concientización del "yo" permanece sin ser resuelto dentro de la psicología. Esto no es ninguna nimiedad, por el contrario, este es un problema de extrema significación vital, la cúspide de la psicología de la personalidad.

V.I. Lenin escribió acerca de qué distinguía al "esclavo simple" del esclavo que está conforme con su situación y del esclavo que se insubordina.[2] La diferencia está no en saber cuáles son los rasgos individuales propios, sino en la toma de la conciencia de sí mismo dentro del sistema de las relaciones sociales. La concientización del "yo" y no ninguna otra cosa.

Estamos acostumbrados a pensar, que el hombre representa en sí un centro al cual convergen las influencias externas y del cual parten las líneas de sus relaciones, de sus interacciones con el mundo exterior; que este centro está dotado de una conciencia y que está en su "YO". En realidad esto no es así. Ya hemos visto, que las numerosas actividades humanas del sujeto se cruzan entre sí y están conectadas en bloques, mediante relaciones sociales por su naturaleza, dentro de las cuales indefectiblemente debe entrar el sujeto. Estos bloques, su jerarquización, conforman aquel recóndito "centro de la personalidad", que hemos dado en llamar el "yo"; en otras palabras, este centro está no en el individuo, no debajo de la superficie de su piel, sino en su ser.

De este modo, el análisis de la actividad y de la conciencia irremisiblemente nos lleva a negar la interpretación "ptolomeica" egocéntrica del hombre tradicional en la psicología empírica, en aras de una interpretación "copernicana", que analice el "yo" humano inserto dentro del sistema general de interrelación de las personas dentro de la sociedad. Resta solamente enfatizar, que la inserción dentro del sistema no implica dilución en el mismo, sino que por el contrario, el sujeto revela dentro de él la fuerza de su acción.

[1] NUTTIN, J.: *La Structure de la personnalité.* p. 234. París, 1925.

[2] LENIN, V. I.: *Selección de obras completas.* t. 16. p. 40.

Dentro de nuestra literatura psicológica frecuentemente se trae a colación una cita de Marx, en el sentido de que el hombre no nace filósofo, que el hombre se mira como en un espejo cuando mira a otro hombre, y, que solamente tratándole como a su semejante es que comienza a verse a sí mismo como un ser humano. Estas palabras a veces son entendidas tan sólo en el sentido de que se forma una imagen de sí mismo, a semejanza de la imagen que tenga de otro hombre. No obstante, estas palabras encierran un contenido mucho más profundo. Para apreciar lo anterior reproduzcamos el contexto en que Marx las menciona.

"Dentro de ciertas relaciones —comienza la cita mencionada— el hombre nos recuerda la mercancía." ¿Cuáles son estas relaciones? Evidentemente, se hace alusión a las relaciones mencionadas en el texto, que acompaña a la observación dada. Son las relaciones de precio de las mercancías. Estas consisten en que el cuerpo natural de una mercancía deviene una forma, un espejo del precio de otra mercancía, es decir, una propiedad supersensible de ella que nunca se transparenta a través de su textura. Marx termina esta nota del modo siguiente: "asimismo, Pablo como tal, en toda su corporeidad pavloviana, se convierte en una forma de manifestación de la especie 'hombre' (el subrayado es mío; A. L.)".[1] Pero, al referirse Marx a la especie "hombre" no quiere decir la especie biológica Homo sapiens, sino la sociedad humana. Dentro de ella, dentro de sus formas personificadas es que el hombre se percata de que es un ser humano.

El problema del "yo" humano pertenece al grupo de problemas que escapan al análisis psicológico científico. Muchas ideas engañosas velan el acceso al mismo, formadas dentro de la psicología, al nivel empírico de la investigación de la personalidad. A este nivel, la personalidad se manifiesta invariablemente como un individuo complejo, y no como un individuo transformado por la sociedad, es decir, que adquiere dentro de ella nuevas propiedades sistemáticas. Pero, es precisamente dentro de estas propiedades "supersensibles" del individuo, donde él se convierte en objeto de la ciencia psicológica.

[1] MARX, C. y F. ENGELS: *Obras completas*. t. 23. p. 62.

# EPÍLOGO

Aunque he denominado epílogo a estas últimas páginas, el fin que persiguen no es el de hacer una conclusión, sino más bien, el de trazar la perspectiva futura que se abre, a mi manera de ver, con la investigación de aquellos tránsitos que podríamos denominar, entre niveles.

Hemos logrado diferenciar, no sin esfuerzo, distintos niveles en el estudio del hombre: el nivel biológico, en el cual él se revela como un ser natural, corpóreo; el nivel psicológico, en el cual el hombre se manifiesta como sujeto de una realidad animada; y, finalmente, el nivel social, en el cual él se manifiesta como realizador de relaciones sociales objetivas, de un proceso histórico-social. La coexistencia de dichos niveles nos plantea el problema de las relaciones internas, que ligan el nivel psicológico con el biológico y con el social.

Aunque este es un problema antiguo dentro de la psicología, no podemos decir que hasta ahora haya sido resuelto. La dificultad estriba en que para su resolución científica, este problema exige hacer abstracción previa de las interacciones y relaciones específicas del sujeto, que generan el reflejo psíquico de la realidad en el cerebro del hombre. La categoría de actividad, precisamente, lleva implícita dicha abstracción, la cual no sólo mantiene la integridad del sujeto concreto, como lo encontramos en su trabajo, en su hogar e incluso en nuestros laboratorios, sino que lo retrotrae a la psicología.

Este regreso del hombre integral a la ciencia psicológica puede realizarse sólo sobre la base de la investigación especial de los tránsitos mutuos de unos niveles a otros, surgidos en el transcurso del desarrollo. Dicha investigación debe renunciar a la idea de analizar estos niveles como superpuestos entre sí, o mucho menos, de reducir un nivel a otro. Esta necesidad se hace evidente en el estudio de la ontogenia. Si en los primeros pasos del desarrollo psíquico del niño se manifiestan en un primer plano sus adaptaciones biológicas —las cuales hacen un decisivo aporte a la génesis de sus percepciones y emociones—, acto seguido, estas adaptaciones se transforman. Esto, por supuesto, no quiere decir que desaparezcan, que dejen de operar; quiere decir, que

se convierten en realizadoras de otro nivel más elevado de la actividad, que también depende de la medida del aporte que se haga en cada una de las etapas del desarrollo. La tarea doble consiste, por consiguiente, en investigar las posibilidades —o limitaciones— que las adaptaciones biológicas crean. En el desarrollo ontogenético esta tarea es repetida constantemente y a veces en forma muy aguda, como tiene lugar, digamos, en el período puberal, cuando se producen los saltos biológicos, que presentan desde el comienzo mismo manifestaciones psicológicamente ya transformadas y cuando toda la problemática se reduce a saber cuáles son estas manifestaciones.

Pero, dejemos a un lado la psicología evolutiva. El principio general al cual se subordinan las relaciones entre los distintos niveles, consiste en que el nivel superior presente, siempre permanece siendo rector, mas puede realizarse solamente con la ayuda de los niveles inferiores y en este sentido depende de estos.

De este modo, la tarea de las investigaciones entre distintos niveles consiste en estudiar las diversas formas de dichas realizaciones, en virtud de lo cual los procesos del nivel superior obtienen no solamente su concreción, sino también su individualización.

Es importante no pasar por alto el hecho de que en las investigaciones entre niveles nos enfrentamos a un movimiento no unilateral, sino bilateral y más exactamente, en forma de espiral: la formación de los niveles superiores y la "desestratificación" —o reestructuración— de los niveles inferiores, los cuales condicionan a su vez la posibilidad de desarrollo ulterior del sistema general. De este modo, las investigaciones entre niveles, al quedar como interdisciplinarias eliminan la idea de la reducción de un nivel a otro, así como la interpretación del último nivel como nivel que trata de hallar nexos y coordinaciones correlativas, entre los niveles. Quiero subrayar especialmente esto, porque si en cierta oportunidad N. N. Lange habló sobre el paralelismo psicofisiológico en términos de idea "terrible", hoy día es aún más terrible para la psicología la idea del reduccionismo. La ciencia occidental también concientiza cada vez más esta problemática. La conclusión general más aguda con relación al problema del reduccionismo fue formulada por autores ingleses en las páginas de la última edición (1974) de la revista interna-

cional Cognition: la única alternativa al reduccionismo es el materialismo dialéctico (S. Rose y H. Rose, vol. 2, no. 4). Y es así, la resolución científica del problema de lo biológico y lo psicológico, de lo psicológico y lo social, es sencillamente imposible fuera del análisis sistémico marxista. Por eso, el programa positivista de la Ciencia Única que pretende la unificación de los conocimientos por el expediente de esquemas —modelos— matemáticos y cibernéticos universales, ha sufrido un catastrófico revés.

Aunque estos esquemas pueden efectivamente comparar entre sí fenómenos cualitativamente distintos, sólo lo logran dentro de determinado plano de abstracción, a cuyo nivel desaparecen la especificidad de dichos fenómenos y sus transformaciones mutuas. En lo concerniente a la psicología, esta trata asimismo de lograr definitivamente la concreción del hombre.

Por supuesto, al referirme a esto, he tenido en consideración, ante todo, las relaciones entre los niveles psicológico y morfofisiológico de investigación. No obstante, debemos discenir que similar situación se presenta en cuanto a la relación existente entre los niveles social y psicológico.

Lamentablemente, son los problemas sociopsicológicos los que han sido menos tratados dentro de nuestra ciencia, se han tomado de las investigaciones realizadas en el extranjero las concepciones y métodos más turbios. Es decir, de aquellas investigaciones cuya tarea es la búsqueda de una fundamentación psicológica para justificar y perpetuar las relaciones interpersonales, generadas por la sociedad burguesa. Mas, la reestructuración de la ciencia sociopsicológica a partir de posiciones marxistas, no puede producirse independiente de una u otra interpretación psicológica general del hombre, del papel de las relaciones vitales del hombre con el mundo en su formación, generadas por las relaciones sociales dentro de las cuales este entre.

Por eso, al pensar en las perspectivas de la ciencia psicológica como ciencia que aglutina diversos enfoques con respecto al hombre, no podemos sustraernos del hecho de que esta centración se da a nivel social; al mismo nivel al que se decide el destino del hombre.

## ANEXO

## CUESTIONES PSICOLÓGICAS DE LA TEORÍA DE LA CONCIENCIA

*1*

En ningún problema psicológico el intelectualismo manifiesta tan claramente su inconsistencia, como en el problema psicológico de la conciencia. El tratamiento intelectualista de la conciencia la transforma en un mero sinónimo del pensamiento, del entendimiento. Mas, ¿acaso en la realidad conciencia y pensamiento son la misma cosa?

La conciencia y el pensamiento no coinciden directa y simplemente entre sí. La conciencia no puede deducirse del pensamiento, ya que este no la determina sino que es determinada por el ser: por la vida real del hombre.

El concepto de conciencia es más amplio que el concepto de pensamiento. La conciencia no es el pensamiento más la percepción, más la memoria, más las habilidades e incluso no entraña la suma de todos estos procesos juntos más las vivencias emocionales. La conciencia debe desplegarse psicológicamente en su característica propia. Debe ser interpretada no como la adquisición de meros conocimientos, sino como la relación, como la dirección.

Debemos señalar que en contraposición a la pedagogía intelectualista de Meiman, Lai y otros, en el pensamiento pedagógico ruso se ha elaborado una interpretación integral de la conciencia. Dicha interpretación se basa en el hecho de que la instrucción y la educación se analizan como procesos que no sólo le aportan al niño conocimientos, sino que también conforman la tendencia de su personalidad, sus relaciones respecto de la realidad.

"La verdadera instrucción —escribió en su tiempo Dobroliubov es aquella que impele al educando a determinar su relación con respecto al mundo que lo rodea." Esto es lo importante, lo que caracteriza a la conciencia, lo que hace al hombre, "moral no por hábito, sino por toma de conciencia". Chernishevski expresa en esencia la misma idea, cuando exige ante todo, la educación "del hombre en el sentido verdadero de la palabra".

De una manera brillante, aunque muy peculiar, planteó Ushinski el problema de la educación de la personalidad.

> Digamos que un niño aprenda algunas estrofas de una poesía compuesta en algún idioma extranjero, incomprensible para él; aprendió, por consiguiente, solamente los sonidos en su sucesión continua. Por supuesto, la conciencia ha tomado parte en esta memorización: sin la participación de la atención el niño no escucharía los sonidos, sin la participación de la razón no tomaría conciencia de las diferencias y similitudes entre los sonidos...
>
> Mas, supongamos que finalmente nuestro niño ya se ha hecho un joven y que en su alma anida una interrogante, cuya respuesta está contenida en el sentido del verso aprendido, o que en él ha madurado un sentimiento, en consonancia con el cual los versos memorizados constituyen una expresión poética acabada; entonces la semilla contenida en dichos versos, liberados de todo enmascaramiento, pasará a la memoria anímica del joven y pasará no en forma de versos, ni en forma de palabras, e incluso no en forma de idea, sino en forma de una nueva fuerza espiritual, de suerte que el joven, sin pensar ya en estos versos, sin recordar siquiera su sentido, una vez que los ha aprendido apreciará las cosas de otra manera distinta, sentirá de otro modo, no deseará ya aquello que antes deseaba, es decir, en otras palabras, como suele decirse, el hombre asciende a un peldaño superior.[1]

No basta con memorizar las palabras, no basta con aprender incluso las ideas y los sentimientos en ellas contenidos, es necesario además que estas ideas y estos sentimientos se hagan determinantes internos de la personalidad. Dentro de este sencillo concepto se expresa la conclusión más importante, extraída de la experiencia práctica de la educación humana. Por eso, es afín y comprensible para aquellos, que como Dobroliubov, Ushinski, Tolstoi y otros trataron el problema de la escuela, la enseñanza y la educación en general, ante todo partiendo de los requerimientos del hombre —qué hombre es el que necesitamos, cómo este habrá de ser—, y no meramente partiendo de las habilidades, ideas y sentimientos que debe tener —cuáles son las

[1] USHINSKI, K. D.: *Obras escogidas.* t. 8. pp. 363-364. Moscú-Leningrado, 1950.

habilidades, ideas y sentimientos que son necesarios, cómo habrán de ser estos.

La diferencia entre estos dos enfoques no estriba en un simple juego de palabras, su decisiva significación debe ser entendida cabalmente.

Estamos acostumbrados a entender la conciencia a manera de conceptos que hacen hipótesis de la vida psíquica del hombre, identificándola con las distintas funciones psicológicas o capacidades —las funciones psíquicas no son otra cosa que las capacidades con otro ropaje—, nos parece asimismo que la diferencia entre estos dos enfoques se borra en gran medida, precisamente desde el punto de vista psicológico. El quid de estas disquisiciones ilusorias está en que a nosotros nos parece, que en la forma en que piense, sienta y se afane el hombre depende de cuáles son sus sentimientos, pensamientos y afanes. Sin embargo, piensa, no el pensamiento; sienten, no los sentimientos; y se afanan, no los afanes; piensa, siente y se afana, el hombre. En suma, la esencia de la cuestión radica en cuál es el carácter que le confiere un hombre dado, a las ideas y conocimientos, a los sentimientos en los cuales le educamos, a los afanes que tratamos de hacer surgir en él. Los conocimientos e ideas que asimila el pensamiento, pueden sin embargo no constituir una apropiación del hombre, entonces, conocimientos e ideas estarán muertos. La educación de los sentimientos puede originar un sentimentalismo simple; un claro ejemplo de lo antes dicho lo tenemos en la representación que nos da James de su heroína: la dama en el teatro derrama lágrimas por las desventuras de su amado, mientras el cochero del castillo que la trajo se congela, debido al crudo frío, junto a la puerta del teatro. Las mejores intenciones que pretendamos inculcar en un educando, él puede trocarlas en intenciones tales, que acerca de las cuales podríamos decir: de buenas intenciones está plagado el camino hacia el infierno.

He aquí la razón de que el enfoque vital y veraz de la educación, sea aquel dirigido a las distintas tareas educativas y formativas, partiendo de los requerimientos con relación al hombre: qué tipo de hombre habrá de vivir en nuestra sociedad, de qué cualidades deberá ser dotado, cómo serán sus conocimientos, su pensamiento y sus sentimientos.

Veamos cómo plantea la cuestión de la instrucción marxista un eminente pedagogo de nuestra época como M. I. Kalinin.

¿Qué él le exige a los maestros de marxismo-leninismo? Él demanda que la enseñanza proceda de forma tal, que el marxismo-leninismo pase a la vida del hombre como una necesidad orgánica de vivir conforme a sus principios y no de otra manera.

> Si yo fuera profesor de marxismo-leninismo le dedicaría permanentemente atención al hecho de cómo, en esencia, mis educandos asimilan las bases del marxismo-leninismo. En efecto, se puede aprender el marxismo-leninismo sólo formalmente, es posible memorizar muy bien todas las fórmulas, hechos y datos históricos y sin embargo, no llegar a ser un marxista-leninista convencido. ¿Qué creen ustedes, es posible esto o no? (oyentes sentados: "es posible"). Por otra parte, podemos no conocer las fórmulas y en esencia dominar el espíritu del marxismo-leninismo.[1]

Pero, podrían replicarme, ¿qué relación tiene todo esto con el principio de la conciencia?

Todo esto, por supuesto, se relaciona directamente con el principio de la enseñanza concientizada, que se despliega en su verdadero contenido y desde su verdadera faceta, desde la faceta del hombre. "El hombre es el hombre, de ahí tenemos que partir."[2]

Y así, como hemos visto, existen dos enfoques distintos con respecto a la conciencia; en consecuencia, existen dos interpretaciones distintas de la conciencia. Una, reduce los requerimientos que se desprenden del principio del aprendizaje consciente a los requerimientos con respecto al pensamiento y comprensión de los procesos cognoscitivos en general, más quizás, las habilidades, emociones y hábitos. Esta interpretación de la conciencia se basa en la psicología abstracta de las funciones.[3] La otra interpretación, menos "psicológica", pero más práctica y veraz, parte de los requerimientos con relación al hombre, a su personalidad. Esta interpretación de la conciencia no diluye el problema del aprendizaje consciente dentro de la

[1] KALININ, M. I.: *Cuestiones de la educación comunista.* p. 10. Moscú, 1940.

[2] *Ibídem*, p. 43.

[3] Por supuesto, esta en esencia es una interpretación idealista: resulta que la conciencia del hombre se determina por procesos psíquicos, que se forman dentro de la enseñanza, es decir dentro de una relación teórica, cognoscitiva respecto de la realidad, que mi conciencia la determina también una conciencia —la conciencia de los demás.

sumatoria de cuestiones concernientes a los distintos procesos psíquicos; desde el punto de vista, la conciencia es aquello que en la personalidad del hombre caracteriza sus conocimientos, su pensamiento, sus sentimientos y sus afanes; aquello en lo que realmente se convierten para el hombre y hacia donde estos dirigen su vida.

Para hallarle una explicación científica al problema de la conciencia así entendida, se debe partir de su estudio psicológico concreto; y para ello, es necesario ante todo reconocer que el problema de la conciencia es una problemática particular de la psicología, que no se reduce ni a los postulados filosóficos generales acerca de la conciencia, ni a la sumatoria de los problemas acerca de los procesos psíquicos particulares.

Esto debe subrayarse especialmente, dado que hasta ahora ha existido al respecto una profunda incomprensión.

Un estudio psicológico completamente desarrollado sobre la conciencia es tarea del futuro. Mas, ya en la actualidad, hemos elaborado algunas ideas psicológico-concretas primarias acerca de la conciencia, basadas en los trabajos investigativos que hemos venido realizando en este sentido a lo largo de los años.

En el estrecho marco del artículo científico, no es posible, por supuesto, exponer resumidamente todo lo realizado. A manera de ilustración en cuanto al tema central, desarrollaremos brevemente, ahora, sólo algunos postulados psicológicos generales sobre la conciencia.

*2*

En el análisis del aprendizaje consciente por el niño del material didáctico, naturalmente, se destacan las dos cuestiones siguientes: qué es lo que concientiza el niño de la instrucción impartida a él; y cómo lo concientiza. Sin embargo, estas dos interrogantes con frecuencia parecen ser demasiado simples y no constituir ningún problema especial y por ello, no forman parte de la investigación.

Aparentemente la primera cuestión es la que menos lugar a duda ofrece. En realidad, el niño toma conciencia del material hacia el cual ha sido atraída su atención. Pero, el meollo de la cuestión es mucho más complicado de lo que parece si no se le

aborda formalmente, amerita el más detallado análisis. Para demostrar esta aserción, tenemos sencillos ejemplos prácticos de enseñanza de la escritura correcta.

Al niño se le entrega un ejercicio: leer una adivinanza, adivinarla, acto seguido dibujar lo adivinado y escribir bajo el dibujo el texto de la adivinanza. Este tipo de ejercicio, propuesto por D. N. Ushakov, está concebido para asegurar la realización consciente del mismo, ya que efectivamente, no puede realizarse de una forma mecánica, sin la concientización del material impartido. En primer término, el niño debe tomar conciencia del sentido de la adivinanza, de la significación de las palabras utilizadas y de la idea que estas encierran, ya que de otro modo no podría resolver la adivinanza. Después, debe concientizar también lo adivinado, para poder representarlo en forma de un dibujo. Asimismo, el niño como colofón ha de escribir el texto de la adivinanza, cuyo contenido ya ha concientizado.

Analicemos, no obstante, el ejemplo mencionado desde otro ángulo. Preguntémonos en qué consiste la tarea de este ejercicio, para qué sirve. Por supuesto, la tarea fundamentalmente no consiste en enseñar al niño a adivinar la adivinanza, así como tampoco en enseñarlo a dibujar, sino que tiene la finalidad de enseñar al niño la ortografía. Sin embargo, el ejercicio dado, decididamente, no asegura la concientización del aspecto ortográfico. En efecto, la única palabra que podría hacer surgir en su conciencia alguna duda con relación a su escritura, es la palabra adivinación —como expresión de lo adivinado—; sin embargo, no se le pide escribir lo adivinado sino representarlo mediante un dibujo. En resumidas cuentas, la concientización del texto del ejercicio leído siempre se produce, sólo que el niño concientiza en este algo muy distinto, de lo que habría de concientizar para un dominio consciente de la escritura correcta.

No debemos pensar que el ejemplo traído a colación constituye una excepción de la regla general. Lo mismo sucede cuando le damos al niño la tarea de escribir por separado nombres de vacas y de perros. El niño debe aquí tomar conciencia de qué nombres deben dárseles a las vacas, y cuáles a los perros; puede presentársele, aun con la mejor intención del mundo, el

dilema de tener que decidir, por ejemplo, si el nombre de Matilda es apropiado para una perra, o si por el contrario es patrimonio exclusivo de las vacas. Sólo que, lamentablemente, al realizar este ejercicio el niño debe de nuevo captar algo por completo distinto; el hecho de que los nombres propios —ya sean de vacas o de perros— se escriben con mayúsculas. Un fenómeno semejante se presenta también en algunas tareas que entrañan escribir sobre líneas punteadas, las palabras que han sido omitidas de un texto; así como en ciertas tareas y ejercicios aritméticos.

El fenómeno de la no coincidencia entre el contenido propuesto y el realmente concientizado por el niño en el proceso de su actividad didáctica, nos sitúa ante una tarea psicológica de mayor significación general, la tarea de determinar cuál es el objeto de la conciencia; qué concientiza el hombre y ante cuáles condiciones.

La respuesta habitual que se le da a esta cuestión consiste en inferir que el objeto de la conciencia es aquello hacia lo cual se dirige la atención del sujeto. Sin embargo, esta referencia a la atención no explica aquí nada ni puede explicar nada, ya que conduce a la tergiversación de esta cuestión, haciendo su resolución completamente inconsistente, o, en el mejor de los casos, a su mera reproducción en otra forma; en forma de cuestión acerca del objeto de la atención.

Veamos los datos experimentales. En una de las investigaciones de P.I. Zinchenko[1] se realizaron los experimentos siguientes: se le daba al sujeto una gran hoja con quince objetos dibujados en ella y la misma cantidad de láminas en forma de tarjetas, que debían ser dispuestas sobre la hoja, del mismo modo que como se procede en el juego de la lotería, con la diferencia de que los dibujos de la tabla y de las distintas láminas eran distintos.

Unos educandos debían disponer las tarjetas de manera que la primera letra del nombre del objeto representado en la tarjeta, coincidiera con la primera letra del nombre del objeto representado en la tabla; otros educandos debían disponer las tarjetas de

[1] Publicado parcialmente en el artículo "Problemas de la memoria mental involuntaria", en *Notas científicas del Instituto de Lenguas Extranjeras de Jarkov.* t. 1, 1939.

forma que se establecieran relaciones mutuas entre los objetos dibujados, por ejemplo: hacha con sierra, libro con espejuelos, etcétera.

Por supuesto, es obvio que tanto en el primer caso como en el segundo, los objetos dibujados en las tarjetas deben entrar por igual dentro del "campo de atención" de los sujetos; sin prestar atención a los que estaban dibujados en las tarjetas, no era posible realizar la primera ni la segunda tarea. Pero, ¿cuál fue el objeto de la atención de los sujetos en ambos casos?

Para responder a esta pregunta, veamos el curso ulterior de este experimento. Después de ser retirados los dibujos de la mesa, se les planteó a los sujetos súbitamente la tarea de recordar qué estaba dibujado en las tarjetas.

La comparación de los datos obtenidos según ambas variantes arrojó el resultado siguiente. Los sujetos que habían elegido las tarjetas según las primeras letras de los nombres de los objetos representados, recordaron dichos objetos en cuantía relativamente mucho menor, en comparación con los sujetos que habían elegido los dibujos según las relaciones mutuas entre los objetos representados en estos. Al repetir de nuevo el experimento, las diferencias se hicieron mayores; ahora era necesario hacer una doble reproducción. Algunos sujetos que habían pasado por la primera variante del experimento, no pudieron recordar ni un solo par de dibujos, en tanto que los sujetos que habían pasado por la segunda variante del experimento, demostraron una alta eficiencia en la selección de las tarjetas según las relaciones dadas entre los objetos en ella representados.

Y así, la retención mental de los objetos representados en las tarjetas y que en el proceso de ejecución de ambas tareas, por supuesto, atrajeron igualmente la atención de los sujetos, resultó, sin embargo, muy distinta. Este hecho se explica por lo siguiente.

En los experimentos realizados, los sujetos al seleccionar las tarjetas según la primera letra de la palabra que representa el objeto dibujado, ven, distinguen y discriminan el objeto dado —podemos decir que lo tienen dentro del campo de su atención—, mas el objeto de su conciencia propiamente dicho, es la estructura fónica de la palabra: el nombre de este objeto; en la realización de la segunda tarea, el objeto de la conciencia del sujeto es el propio objeto representado y su relación respecto a

otro objeto, dibujado en la tabla. Por eso, dicho objeto puede voluntaria y fácilmente reproducirse en la conciencia del sujeto; y mucho más fácil tratándose del método de reproducción por parejas de objetos. En efecto, lo inconsciente, en general, no puede reproducirse de manera voluntaria; esta es una regla que no admite discusión. Esta regla, a propósito se utiliza siempre que se desee establecer si fue concientizado o no un fenómeno determinado, sirviendo de elemento probatorio el hecho de que el sujeto se percate de él, es decir, requiere su reproducción voluntaria en la conciencia del sujeto.

¿Y qué encubre esta diferencia en la forma de concientizar los objetos? Evidentemente, el distinto contenido que tiene el dinamismo de los sujetos durante la realización de estas dos tareas, comparables entre sí. Dicho de otra manera, el objeto real de la conciencia del sujeto depende del tipo de dinamismo que presenta el sujeto, de cuál sea su actividad. De este modo, ya desde la primera cuestión que hemos pretendido abordar, nos encontramos ante un problema de carácter muy general: el descubrimiento de las relaciones internas entre la actividad y la conciencia.

*3*

Hemos visto que la presencia de un contenido u otro en el campo de la percepción (o si lo prefieren, en el campo de la atención) del niño, no implica de hecho, que este contenido sea el objeto de su conciencia que es concientizado por él. La percepción no siempre está relacionada con la concientización propiamente dicha, es decir, con aquel proceso especial que los autores franceses conocen bajo el término de prise de concience.

A primera vista esta afirmación parece algo paradójica, sin embargo no lo es: el contenido percibido y el concientizado no concuerdan directamente.

¿Puedo decir: concientizo, por ejemplo, las irregularidades de la acera sobre la cual camino, las personas que me salen al encuentro, las mercancías puestas en las vitrinas de las tiendas, sobre las cuales paso la vista fugazmente, etcétera, al mismo tiempo que me mantengo absorto en una agradable charla con otro caminante que me acompaña? No. El objeto de mi con-

ciencia es en este caso solamente el contenido de la conversación que sostengo con mi interlocutor. ¿Acaso esto quiere decir que yo no perciba lo que me rodea? Mis movimientos, toda mi conducta en la calle se encuentra en completa correspondencia con lo que acontece a mi alrededor y, por consiguiente, percibe el medio que me circunda.

Subjetivamente, según las autoobservaciones directas lo percibido y lo concientizado son indiscernibles; esto se debe a que tan pronto como nos preguntamos si concientizamos un determinado fenómeno, este se convierte inmediatamente en objeto de nuestra conciencia, se concientiza. Este es el hecho psicológico sobre el cual se basa la ilusión de la coincidencia directa entre lo percibido y lo concientizado. En realidad el ámbito de lo concientizado es relativamente estrecho. Este hecho se conoce desde hace mucho tiempo.

En el hombre contemporáneo la conciencia es la "forma general" del reflejo psíquico del mundo, pero de esto se desprende solamente, que ante determinadas condiciones todo lo percibido puede llegar a ser objeto de la conciencia y no, de ningún modo, que todo reflejo psíquico adquiera determinada forma de conciencia.

¿Cuáles de los innumerables y diversos fenómenos percibidos por el hombre, él concientiza?

Si partimos del hecho que la concientización del material didáctico constituye una condición necesaria para el estudio —lo cual es indiscutiblemente cierto y podemos apreciar diariamente la importancia de esta aserción—, entonces debemos estar en condiciones de dar una exacta respuesta a esta interrogante.

Dentro de la psicología tradicional la resolución del problema en cuanto a qué entra en el "campo de la conciencia clara" del sujeto, se reduce a señalar el papel que desempeñaban los distintos factores: externos e internos. Los factores externos son propiedades de los objetos tales como, por ejemplo, la intensidad de su influencia sobre los órganos de los sentidos, su novedad o singularidad, incluso, el lugar que ocupan en el espacio, etcétera. Los factores internos son, por ejemplo, el interés hacia un objeto determinado, el matiz emocional, la presencia de un esfuerzo de voluntad, de apercepción activa, etcétera. En general, es cierto que al abarcar hechos superficiales, seme-

jante solución del problema no puede, sin embargo, descubrir ninguna regularidad interna y por ello, en esencia, entraña una resolución virtual.

El análisis de los datos de las investigaciones concernientes al desarrollo de las formas del reflejo psíquico y de su dependencia interna con respecto a la estructura de la actividad del sujeto, conduce a una solución completamente distinta de esta cuestión. Estas investigaciones han permitido establecer los dos criterios siguientes, importantísimos para el análisis de este asunto.

El primero de ellos consiste en que, como ya dijéramos, la realidad que actúa sobre el sujeto este puede reflejarla en sus propiedades, relaciones y nexos y este reflejo puede mediar la actividad del sujeto; no obstante, el sujeto puede no concientizar esta realidad. Valiéndonos de un término tomado de la psicología analítica, podemos decir, que la imagen subjetiva de la realidad, excitando y dirigiendo la actividad del sujeto, puede a la vez no ser "presentada" a él. El ámbito de "lo no presentado" en el psiquismo del hombre es extraordinariamente amplio, lo cual, vale decir, hace inoperante y falsa toda psicología que limite el objeto de su estudio sólo a los fenómenos asequibles a la introspección.

El otro criterio consiste, en que el contenido de lo que se manifiesta ("lo que se presenta", según la terminología de Stout) ante el sujeto, es decir, lo que se concientiza en un momento dado, es un contenido que ocupa dentro de la actividad que realiza, un lugar estructural completamente determinado y que constituye el objeto de su acción (el objetivo directo de esta acción) externa o interna.

Expliquemos este criterio. La actividad presenta una determinada estructura interna. Uno de los procesos que entran en la estructura de la actividad del hombre, es la acción. La acción es un proceso dirigido a un objetivo determinado, impelida no por su propio objetivo, sino por el motivo de aquella actividad general que dicha acción realiza.

Por ejemplo, yo me dirijo a la biblioteca. Esta es una acción; como toda acción, está dirigida a un objetivo directo, concreto y determinado: "llegar a la biblioteca". Mas, este objetivo no es lo que impulsa mi acción. Yo me encamino hacia la biblioteca debido a que siento la necesidad de estudiar cierto material

literario. Este motivo es lo que me impulsa a plantearme el objetivo dado y realizar a ese fin la acción correspondiente. Ante distintas circunstancias este mismo motivo podría impulsarme a realizar una acción completamente distinta; por ejemplo, yo podría no ir a la biblioteca, sino a la casa de algún amigo que tuviera el material literario que necesito. Cómo podríamos discriminar el objetivo directo de la acción. Para que yo pueda discriminarlo debo necesariamente concientizar su relación respecto al motivo de la actividad: para estudiar el material literario debo ir a la biblioteca. Y así, aquello que ocupe dentro de la actividad un lugar estructural de objetivo de cualquier acción particular, debe necesariamente manifestarse ante el sujeto —ser reflejado por el sujeto— en su relación con respecto al motivo de su actividad; y esto implica, que debe ser concientizado.

De este modo, la cuestión de si entra o si no entra un contenido dado en el "campo de la conciencia", se resuelve no en dependencia de cuál sea en esencia dicho contenido. Es indiferente que este se presente, por ejemplo, en forma de estímulos que actúen intensamente o no; que se distinga, por su novedad o que sea algo habitual, etcétera.

No depende siquiera ni de los intereses, inclinaciones o emociones del sujeto perceptivo, sino que está determinado por el lugar que ocupa este contenido dentro de la estructura de la actividad humana: un contenido realmente concientizado es solamente aquel que se manifiesta ante el sujeto como objeto hacia el cual está directamente dirigida la acción. En otras palabras, para que un contenido pueda concientizarse es menester que este ocupe dentro de la actividad del sujeto un lugar estructural de objetivo directo de la acción y de este modo, entre en una relación correspondiente con respecto al motivo de esta actividad. Este postulado tiene validez tanto para la actividad interna como para la externa, tanto para la práctica como para la teórica.

Un alumno escribe. ¿Y qué concientiza entre tanto? Ante todo, esto depende de lo que le impulse a escribir, mas dejemos por ahora esta cuestión a un lado y digamos, que debido a un motivo o a otro ante él surgió un objetivo: transmitir, expresar en forma escrita sus ideas. Entonces, el objeto de su conciencia serán precisamente sus ideas, la forma de expresarlas mediante

palabras. Por supuesto, el alumno debe asimismo percibir la representación gráfica de las palabras que habrá de escribir —sin que esto sea el objeto real de su conciencia en el momento dado—; las letras, palabras y oraciones se presentan subjetivamente ante él como si estuvieran escritas más o menos bien, más o menos mal. Digamos ahora, que dentro de esta misma actividad su objetivo fuera otro: escribir con buena letra, con buena caligrafía. Entonces, el objeto de su conciencia será la representación gráfica de las letras.[1]

De aquí se desprende, que no es del lugar estructural que ocupe un contenido dado dentro de la actividad en sí, de lo que depende si se concientiza dicho contenido o no, por el contrario, el hecho de que un contenido dado se concientice depende de su lugar estructural dentro de la actividad del sujeto.

La veracidad de esto se demuestra, en particular, mediante el conocido hecho psicológico de que la única manera de mantener cualquier contenido en calidad de objeto de su conciencia, consiste en actuar con respecto a dicho contenido, ya que en caso contrario este inmediatamente dejará de concientizarse, se apartará del "campo de la conciencia". Este hecho se manifiesta patentemente en el conocido libro de K.S. Stanislavski, donde él analiza qué significa mantener la atención sobre determinado objeto y cómo esto se logra.[2]

Estas transformaciones del contenido percibido pero no concientizado a realmente concientizado y viceversa, que dependen del cambio de lugar del contenido en cuestión dentro de la estructura de la actividad, pueden hoy día también ser comprendidas desde el punto de vista neurofisiológico.

Las investigaciones modernas demuestran que toda actividad representa fisiológicamente un sistema de procesos —"un sistema funcional" según la terminología de P.K. Anojin—, regulado por señales en afluencia constante desde el medio exterior y desde el propio organismo, por ejemplo, las sensaciones muscula-

[1] Observemos, a propósito, que el hecho misterioso denominado "complicación" no es otra cosa que la expresión de la misma ley de la conciencia de que habláramos, en condiciones de laboratorio. El objetivo de "determinar el momento en que suene el timbre" hace el sonido del timbre realmente concientizado, la aguja del aparato solamente se "ubica" frente a cierta división de la escala, es decir, "se atrasa", o viceversa. Véase también los datos obtenidos en la investigación experimental de la abstracción, realizada por O. Kiulp.

[2] STANISLAVSKI, K. S.: *El trabajo del actor sobre sí mismo.* cap. 3. Moscú, 1958.

res y articulatorias. Estas señales-estímulos se unen, se integran mediante distintos centros nerviosos sensitivos, situados tanto en las regiones corticales como subcorticales y relacionados con los distintos centros motores. En dependencia de cuál sea el "piso" del sistema nervioso central donde se produzca la unión de las señales sensitivas y su transmisión a las vías nerviosas motoras, existen distintos "niveles estructurales" neurológicos de los procesos (N.A. Bernstein). En la regulación de los procesos complejos participan simultáneamente varios "niveles". Dichos niveles, sin embargo, no son equiponderables. Unos son rectores, mientras que otros le hacen fondo a los primeros —"niveles de fondo"—, según la terminología de Bernstein. Es además sorprendente, que en primer término, la actividad se manifieste externamente por intermedio de movimientos iguales, a despecho de estructurarse en distintos niveles neurológicos, en dependencia de cuales sean los estímulos que desempeñan en ella el papel principal; que en segundo término —como señala especialmente N.A. Bernstein—, se concienticen siempre los estímulos pertenecientes al nivel rector, cualquiera que este sea.[1] De este modo el contenido concientizado que origina la actividad es distinto cuando cambia su estructura neurológica. Esta estructura está determinada por lo que N.S. Bernstein denomina la "tarea", es decir, aquello que, precisamente, dentro de nuestra terminología denominamos objetivo. (Nosotros entendemos por tarea otra cosa: el objetivo dado ante determinadas condiciones, el contenido del proceso depende de las condiciones para el logro del resultado deseado y que se realiza físicamente no al nivel rector, sino por el contrario, a los niveles ejecutores.)

De este modo, cuando nos enfrentamos a alguna actividad por ejemplo, la didáctica, no todo lo que asimila el sujeto, y sin lo cual es imposible la dirección de la actividad, es concientizado por él. Contrariamente a lo que pudiera parecernos, se concientiza sólo aquello que entra en la actividad, como objeto de una u otra de las acciones que se realizan como su objetivo directo.

Esta circunstancia, plantea ante nosotros la tarea de analizar el propio proceso de transformación de un determinado contenido

[1] BERNSTEIN, N. A.: "Sobre la cuestión acerca de la naturaleza y la dinámica de las funciones coordinatorias", en *Notas científicas de la Universidad Estatal de Moscú*, ed., no. 90, 1945.

en realmente concientizado, es decir, el proceso como resultado del cual el contenido dado ocupa un lugar cardinal dentro de la actividad.

*4*

Como ya he señalado, el proceso que la psicología describe bajo el nombre de proceso de la atención, hablando en propiedad, no concuerda con el proceso de la conciencia, con el proceso de prise de concience. Sin embargo, al tratarse comúnmente, esta cuestión acerca de qué concientiza el sujeto, suele expresarse en forma de asunto hacia el que se dirige su atención. Para no correr el riesgo de dejar de entendernos, tratemos convencionalmente de mantenernos dentro de esta terminología. Entonces nuestro problema se expresará al igual que el problema tradicional de atraer y mantener la atención de los educandos sobre una materia determinada.

En el trabajo con pequeños escolares este problema se hace particularmente agudo. A primera vista, la dificultad fundamental con la cual se enfrenta el profesor consiste en que la atención del alumno se pierde, manifiesta inestabilidad, incapacidad para mantenerse prolongadamente sobre un mismo contenido: las explicaciones del profesor, los materiales didácticos que este muestra en la clase, el texto, etcétera.

¿Cuál es la naturaleza de este fenómeno? ¿Expresa este fenómeno una propiedad especial de la atención del niño, cierta incapacidad especial infantil?

El hecho de que esto decididamente no es así se demuestra cuando en determinadas circunstancias el niño manifiesta una alta estabilidad de su atención, una prolongada concentración sobre el objeto. Ante condiciones experimentales, durante la elaboración primaria del problema del análisis estructural de la actividad, en el laboratorio de psicología genética de la Academia Psiconeurológica de Ucrania, pudimos lograr en niños de siete años y medio una concentración constante durante 20-30 y en algunos casos hasta 40 minutos, con escasos momentos de distractibilidad. Así, en una de las investigaciones (V. A. Asnin y T. O. Ginevskaia, 1935) se obtuvieron los siguientes indicadores medios: duración media de la concentración 22,3 minutos, frecuencia media de distractibilidad durante el experimento 2,5; en otro experimento los indicadores fueron

superiores, duración media de la concentración 26 minutos, frecuencia media de distractibilidad 0,8, es decir, un promedio menor a un caso durante el experimento (P. L. Zinchenko).

Por otra parte la interpretación que se hace más arriba de la distractibilidad de la atención es impugnada por el hecho de que este fenómeno con frecuencia se presenta de manera evidente, como una traslación del mismo fenómeno: una elevada concentración del niño, pero dirigida hacia otro objeto "colateral" al presentado.

Ya en las investigaciones citadas se manifestaba de manera clara la dependencia de la estabilidad de la actividad respecto a la propia estructura de dicha actividad. Efectivamente, la mera "conducción" de la atención del niño hacia algo, mediante, por ejemplo, un señalamiento correspondiente, es capaz de originar en él sólo una reacción primaria de orientación, la cual desaparece de forma natural, si no surge ninguna actividad en relación con el objeto hacia el cual se ha dirigido la atención del niño. Si dicho objeto se mantuviera dentro del campo de atención del niño, esta dependería de que ante el niño surgiese una tarea conocida, que entrañara cierta actuación de él con respecto a dicho objeto y que ocupara entonces dentro de su actividad un lugar estructural de objetivo. De este modo, la cuestión no estriba aquí en las particularidades de la atención del niño como una cierta capacidad de su conciencia, sino en las particularidades de su actividad.

Cuando el alumno escucha alguna explicación, en ese momento está internamente activo, aunque en lo externo él puede mantenerse inmóvil. Si él estuviera internamente pasivo, inactivo, entonces no comprendería nada, nada llegaría hasta su conciencia. Pero, no basta, por supuesto, con ser en general activo. Es necesario que la actividad tenga relación con lo que muestra o expone. En esencia, nunca nos encontraremos realmente con algún alumno en estado de "inactividad". La "inactividad" es postración, sueño.

En los casos en que se distrae la atención la actividad interna que había surgido antes (regularmente se trata de la percepción de algún material) se altera inmediatamente y es sustituida por otra actividad; en los niños pequeños, frecuentemente la alteración se origina por motivos de carácter externo y en los niños mayores, de carácter interno. El niño continúa inmóvil en su

asiento, con la vista fija sobre el maestro o sobre la pizarra, mas, ya no está en la clase, se ha "ido" de la clase, está pensando en otra cosa. Estamos de acuerdo con K.S. Stanislavski cuando señala que atraer la atención no es "clavar los ojos" sobre el objeto sino ser activo en relación con dicho objeto. Es decir, atraer la atención del alumno, educar su atención, entraña ante todo, organizar en él la actividad requerida, educarlo en las distintas formas y tipos de dicha actividad. Así, y sólo así, debe enfocarse la cuestión.

Una de las más importantes circunstancias que hacen inestable la actividad didáctica en los niños pequeños, es el hecho de que en gran medida esta actividad transcurre de forma interna, teórica, de acción, de percepción, es decir, de acción que responde a una finalidad cognoscitiva. Se debe mirar y escuchar no de soslayo en el transcurso de determinada acción práctica, sino hacerlo especialmente para conocer algo, para comprender algo. La percepción aquí está separada de la acción práctica, ella misma constituye una acción, realizadora de la actividad didáctica del niño. Por otra parte, esta acción regularmente está privada del motivo, que se encuentra en el propio contenido de lo percibido, constituye una acción y no una actividad, lo cual se hace suficientemente evidente: su motivo no sólo no coincide con su objetivo directo sino que entra en compleja relación con él.

Una acción de igual dificultad para niños preescolares nos muestra la investigación realizada por N.G. Morozova sobre la comprensión, o sería mejor decir, sobre la concientización de explicaciones verbales por niños preescolares.

Esta investigación demostró que la explicación de las "instrucciones" sustraída de motivaciones directas, es decir, la explicación de una tarea dada, previa a la ejecución de alguna acción inminente que pudiera ser atractiva para el niño, es escuchada pero casi no "llega" a él. Esto se produce en general no por el hecho de que no la entienda; esta misma explicación podría ser completamente concientizada por el niño si estuviera referida directamente a alguna actividad externa, cuando mediante la creación de una motivación adecuada se revela ante el niño el objetivo cognoscitivo de la tarea dada.

La enseñanza escolar es apasionante porque en esencia exige inevitablemente del educando la capacidad interna de actuar

teóricamente, dentro de las condiciones de una actividad didáctica de tipo cognoscitivo. Este es un nuevo requerimiento que debe satisfacer al niño. En los niños que comienzan a estudiar se denominan procesos internos teóricos, dentro del sistema de relaciones cognoscitivas de compleja motivación, a aquellos que el niño está aún por dominar o que recientemente acaba de dominar. Por eso, los procesos señalados son en ellos los menos estables. Esto se manifiesta en la dificultad que experimentan los niños escolares de menor edad, para prolongar su atención sobre un objeto de acción teórica interna.

¿Y de qué forma es factible en general educar a otras personas en las acciones internas? Nosotros incluso no hemos podido aún describirlas con claridad suficiente, y el solo requisito de plantearnos una tarea correspondiente a este propósito no es lo bastante. Primeramente, la vía expedita es aquí la acción conjunta, por ejemplo, el maestro señala algún elemento de un objeto, lo escribe dentro de un cierto orden de continuidad, dentro de un sistema determinado, enfatizando especialmente lo esencial y pasando por alto lo fortuito, lo no esencial; o hace un razonamiento en alta voz con una parte analítica y con conclusiones, etcétera. Se presupone, que el educando siga el curso de las explicaciones del maestro, se imagine todas estas acciones teóricas expresadas en forma externa por el maestro y, de este modo, recorra "dentro de sí mismo" este mismo camino. Pero, esto es lo que a veces no se consigue lograr. Y por eso se presenta la necesidad de elaborar métodos que faciliten la tarea de conducir a los alumnos por ese camino. Dentro del conjunto de tales métodos hallados empíricamente, ocupa un importante lugar el uso de la visualización del objeto en cuestión y donde así fuera posible, valerse de acciones externas que pudieran realizar los educandos.

En el proceso de preparación de las lecciones esto último es de extraordinaria importancia cuando el alumno debe realizar por sí solo la acción que se le muestra. Todos conocemos, por ejemplo, cuán importante es dar a los alumnos de los grados inferiores, la indicación exacta del orden de ejecución del ejercicio que se les encomienda realizar, exigir de ellos determinada distribución externa del material para los ejercicios escritos, etcétera. Correspondientemente, el escribir las preguntas durante la resolución de las tareas desempeña también el mismo papel de

"sacar el exterior" la acción teórica realizada por el educando. En general, los problemas de la estructuración y dirección de las acciones teóricas por cuyo intermedio el alumno aprende es, en particular, el problema de dirigir su percepción y por tanto de dirigir su atención y tiene una enorme significación pedagógica. Nosotros, sin embargo, no podemos detenernos especialmente en este tema. Desde el punto de vista del problema del aprendizaje consciente nos basta con analizar sólo las dos cuestiones particulares siguientes: la primera es la visualización del objeto de la conciencia; y la segunda, el asunto del papel que desempeñan las operacipnes y los hábitos en la actividad didáctica del niño, dirigida conscientemente hacia un objetivo determinado.

Veamos ahora la primera de dichas cuestiones.

*5*

El problema de la visualización con frecuencia se trata dentro de nuestra literatura científica de manera simplista, yo diría más bien, de manera sensualista ingenua. Sobre este tema trata con justedad N. K. Goncharov en su artículo acerca de los fundamentos filosóficos de la pedagogía.[1] En una de las investigaciones inéditas del Instituto Pedagógico de Jarkov (V. V. Mistiuk, 1936), dicho problema fue sometido a un análisis experimental, partiendo del punto de vista del papel real que desempeña el material visual en los distintos procesos de la enseñanza escolar y en las distintas etapas de desarrollo de los mismos. Este problema fue tratado colateralmente en una serie de investigaciones de carácter psicológico (L. I. Bozhovich, A. V. Zaporozhets y otros) y en particular, en grupo de trabajos experimentales sobre percepción por niños de dibujo-ilustraciones.[2]

El aspecto común que presentan estas investigaciones, así como las investigaciones de otros autores es, ante todo, el hecho de que la función del material visual puede ser muy diversa. Una cosa es que en el proceso de la enseñanza surja la tarea de dar a los educandos la imagen pictórica viva de algún aspecto de la realidad no suficientemente conocido por ellos, desplegar en esta dirección su experiencia sensitiva, enriquecer sus impresiones,

[1] Véase *Pedagogía soviética*, no. 7, 1944.

[2] Publicado parcialmente en *Notas científicas del Instituto Pedagógica de* Jarkov. t. 1, 1939; t. 6, 1941 (artículo de K. E. Jomenco, T. O. Ginevskaia y V. V. Mistiuk).

en suma, hacer que los determinados fenómenos presentados a ellos sean más concretos, más reales y más fielmente representados. Una visita al parque zoológico, un cuadro sobre algún hecho histórico, la fotografía de algún escritor o científico, etcétera, todo esto hace más concreto y podría decirse que más tangible para el niño, aquello que es, en ese momento, objeto de la enseñanza: el reino animal se manifiesta en toda su diversidad; el hecho histórico se hace clara vivencia, adquiere el matiz sensible de la época; la imagen del notable personaje se hace más cercana para el niño, más íntima. Todo esto es muy necesario y a la vez muy importante.

Otra cosa muy distinta sucede, cuando la visualización se incorpora directamente al proceso de enseñanza con relación a una tarea pedagógica especial. Me refiero a los casos en que se utilizan materiales visuales en la enseñanza primaria de la aritmética, en las clases de lenguaje ruso, de física, etcétera. Aquí el papel del material visual por supuesto, no radica en que, por ejemplo, las representaciones de lápices dibujados sobre tabla o pizarra enriquezcan la experiencia sensorial del niño, no es esta su finalidad, sino la enseñanza del cálculo aritmético. Del mismo modo, la demostración de principios tales como el de la flotabilidad de los cuerpos o el de la propagación del calor se exponen no para demostrarle al niño que estos fenómenos existen en la naturaleza; la tarea fundamental que se persigue con ellos es revelarle al niño la esencia de dichos fenómenos, explicarle sus leyes y conducirlos a generalizaciones científicas.

Después, deben diferenciarse los distintos tipos de visualización, pero para nuestros fines es importante destacar solamente el segundo tipo que acabamos de mencionar, ya que en relación con él es que la cuestión del objeto de la conciencia se manifiesta de manera particularmente aguda. ¿En qué consiste desde el punto de vista psicológico de la función de la visualización este tipo de material? Indudablemente, sirve un tanto de apoyo externo a las acciones internas que realiza el niño bajo la dirección del maestro, durante el proceso de dominar los conocimientos. Semejante tipo de material visual por sí mismo no constituye el objeto directo de las acciones didácticas del niño. Dicho material en cierto modo representa dicho objeto: en efecto, el niño estudia no la acción de sumar sus libretas, sino la suma; estudia no los cuerpos que flotan o que se hunden, sino las re-

glas de la flotación y la ley de Arquímedes; no el calentamiento de los cuerpos, sino la propagación del calor, etcétera. Nuestra tarea no es ni mucho menos la concreción de las representaciones y conocimientos del educando, sino precisamente todo lo contrario: su generalización. Esto implica que el material visual es, en estos casos, el material a través del cual puede ser encontrado el objeto del aprendizaje.

La cuestión del objeto de la conciencia se expresa, dentro de la problemática que ahora abordamos, de otra forma: no solamente referida a aquello que de hecho concientiza el educando, sino también a aquello que debe ser concientizado en relación con determinda tarea pedagógica. Desde el punto de vista psicológico, este es el problema central de la cuestión de la visualización.

Para demostrar esto, analicemos algunos ejemplos sencillos del uso de materiales visuales.

En cierta ocasión me fueron mostradas varias tablas impecablemente confeccionadas por un maestro, representando grupos homogéneos de objetos y cuya finalidad era servir de guía para el estudio de los números y de las operaciones con cantidades en el primer grado, hasta el límite de diez. Estas tablas diferían de otras semejantes no por el principio sobre cuya base fueron confeccionadas, sino por la minuciosidad y limpieza de su confección, así como por el carácter de los objetos representados en ellas. Así, por ejemplo, en una de ellas aparecían dibujados tanques y cañones antiaéreos. La intención del autor era evidente: él quería crear un material que fuera interesante y sugestivo de manera que atrajera la atención de los alumnos del primer grado y que presentara un grado máximo de concreción y de actualidad —eran los tiempos de la Gran Guerra Patria.

Veamos ahora la operatividad real del material visual presentado. En primer término, no cabe lugar a duda, que semejante material indiscutiblemente atrae la atención de los alumnos y que es capaz de hacer que esta se mantenga sobre él. O sea, la tarea primaria y más sencilla se ha resuelto: la atención de los educandos ha sido atraída, pero... atraída hacia la tabla. ¿Podemos decir, no obstante, que ha sido atraída hacia el objeto de estudio: las cantidades y las relaciones de cantidad? La inconsistencia psicológica consiste en suponer que si en el "campo de la conciencia" del alumno entra cualquier objeto, esto implica

necesariamente que el alumno concientice todo lo que esté objetivamente contenido en dicho objeto. En el ejemplo analizado la inconsistencia es palpable. Hemos visto que el "proceso de la atención", el proceso de la concientización no es de carácter formal, es, no obstante, un proceso de objetivo fijo y con contenido propio que está relacionado con una acción interna. Por ello, la cuestión primera y fundamental que debemos tratar en el análisis del material examinado, es cuál acción sugiere realizar el material, dirigida a qué objetivo. Digamos que la acción dada deba consistir en hacer abstracción del parámetro cuantitativo y en la unión de cantidades. ¿Es esta ciertamente la acción que se le sugiere realizar al niño mediante la representación de cierta cantidad de tanques, cañones antiaéreos y otras armas? Decididamente no. Por supuesto, la representación de los tanques atrae vivamente al niño por lo que estos representan para él: qué tanques son, por qué van en columnas, por qué se enfrentan unos a otros, aunque en unos y en otros aparezcan estrellas, por qué estrellas pequeñas y no grandes, etcétera; he aquí lo que conforma el contenido de dinamismo mental interno, que por sí solo es capaz de mantener por un tiempo relativamente prolongado la atención del niño sobre la tabla y que además determina lo que este habrá de concientizar, es decir, lo que constituirá el objeto de su conciencia.

Mas, el maestro, que dirige al niño, sitúa ante ellos los objetivos didácticos y con esto trata de organizar su actividad en otra dirección, sin embargo, en el caso dado, esta dirección decididamente no es coincidente con aquella en la cual se despliega el dinamismo de los educandos bajo el influjo del propio material que se le expone. Las acciones internas que deben estructurarse en los educandos exigen hacer abstracción del contenido objetal de las representaciones, lo cual es más difícil mientras más rico sea. Al niño le es psicológicamente más fácil contar lápices que no suscitan su interés, que contar tanques que atraen su interés. Cuando el niño se sustrae del parámetro cuantitativo formal motivado por los rasgos de contenido que representen los propios objetos, lograr dominar su dinamismo se hace incluso más difícil, que en el caso de encontrarse absorto en algo vacuo, como por ejemplo, cuando mira por la ventana, en cuyo caso sí puede exigírsele que mire hacia la pizarra; en el primer caso, toda su atención está concentrada sobre el material, mas

en su conciencia no hay cantidades ni correlaciones entre ellas, sino imágenes de guerra; aun estando dirigido en lo externo hacia lo mismo que su maestro, el niño, sin embargo, no va internamente en pos de ello, sino tras el contenido objetal representado en la tabla.

Por supuesto, en el análisis de este ejemplo todo se presenta extremadamente simplificado y esquematizado. Pero, lo más importante se ha destacado de manera correcta: el hecho de que al ser la conciencia el resultado de un proceso dirigido hacia determinado objetivo, el uso de materiales visuales en la enseñanza invariablemente debe tomar en consideración por lo menos los dos siguientes aspectos psicológicos: 1) cuál es concretamente el papel que el material visual debe desempeñar en el aprendizaje; y 2) en qué relación se encuentra el contenido objetal del material visual en cuestión, con respecto al objeto que debe ser concientizado y aprendido.

Permítanme valerme nuevamente de un ejemplo negativo. Esta vez se trata de un material para la enseñanza de la lengua rusa, propuesto por uno de nuestros metodólogos. Se presenta el material en forma de tabla, cuya parte superior la ocupa una lámina que representa el bosque; el texto comienza debajo del dibujo con la palabra "bosque" y acto seguido va representando distintas palabras derivadas de ella. La idea que persigue este material visual es muy clara. Es necesario que el alumno se represente el material con el cual trabajó en la clase, lo cual es necesario para que lo aprenda "formalmente". Digamos que esto es así. Analicemos, no obstante, este material desde el punto de vista de los dos aspectos mencionados.

¿Sirve él realmente a los fines de enriquecer las representaciones del niño, para que este comprenda y se presente visualmente lo que quiere decir la palabra "bosque"? Digamos que el niño no tenga idea de esto y que para ello sea necesario explicarle la lámina (aunque solamente en los textos y materiales didácticos sobre lenguaje ruso para alumnos del segundo grado, podemos encontrar siete veces la representación del bosque). Entonces, esto quiere decir, que el papel de la lámina es muy particular y no coincide con el que realiza el texto del material dado y para el cual se ha previsto dar al niño el concepto de raíz de una palabra. Y lo que es más, el propio proceso de referir la palabra al objeto que ella representa, que es motivado en

los alumnos por la lámina dibujada y los procesos psicológicos que conducen a distinguir la raíz común de un grupo de palabras derivadas, son procesos, en esencia, contrariamente dirigidos.

Para apreciar mejor esto último, analicemos el material desde el punto de vista del segundo aspecto psicológico ya tratado, desde el punto de vista de aquello que el niño debe concientizar. Evidentemente el elemento a concientizar aquí es la raíz común de las palabras escritas en el texto, pero de ningún modo el carácter común que pudiera tener la significación objetal de las mismas —en efecto, conforme a su significación objetal son más parecidas entre sí, naturalmente, las palabras "bosque" y "centeno", que las palabras "bosque" y "guardabosque" a despecho de su raíz común. Esto quiere decir, por el contrario, que el niño debe sustraerse de la significación objetal de las palabras comparadas entre sí, para que la palabra se manifieste para él como tal y no como el objeto que ella representa. Esta es una cuestión de crucial significación. Debemos recordar, que es típico en los niños preescolares el fenómeno que Potebnia denominara con el término figurado de la "palabra-cristal", dicho fenómeno consiste en que al percibir la palabra, el niño concientiza su contenido objetal como si este se "transparentase" a través de ella y sólo paulatinamente es que comienza a concientizar la palabra como tal; nosotros, al igual que otros autores —A.R. Luria— hemos tenido la posibilidad de observar detalladamente este fenómeno en condiciones experimentales.[1]

Y así, objeto de la conciencia del niño deben ser en este caso dado, las palabras que sean comparables entre sí y el carácter común de sus raíces, como fenómeno idiomático; la lámina en la cual se apoya la enseñanza mediante la utilización del material visual, fija la conciencia del niño, por el contrario, sobre el material en cuestión que designa la palabra primitiva. Tal "enlace" innecesario sobre la base de aquello que representa lo más común en la palabra: su raíz, referido a una única imagen objetal concreta, sólo puede servir de estorbo a nuestra tarea. Nos resulta convincente el hecho de que cuando el niño se enfrenta ulteriormente a la tarea de comprobar la vocal átona o de alterar la palabra en caso de consonante dudosa, no sea capaz de com-

[1] LUKOV, G.D.: "La concientización del lenguaje por los niños en el proceso del juego", en *Notas científicas del Instituto Pedagógico de Jarkov*. t. 1, pp. 65-103, 1949.

probar la palabra "vago" con la palabra "vagón" o sustituir la palabra "pata" por la palabra "empatar", por la misma razón por la que no se puede hacer inferencia alguna entre la palabra "salchicha" y la palabra "sal", debido a que dichas palabras representan objetos concretos esencialmente distintos; la palabra vago se le aplica a la persona desocupada que no desea trabajar, en tanto que vagón es un carro de ferrocarril dentro del cual se transportan personas o mercancías.[1]*

A fin de cuentas, es mejor en este caso desprender la lámina del texto y utilizar ambas cosas por separado.

Ya que mi tarea estriba en el análisis psicológico del problema de la concientización del material visual, me limitaré a una conclusión general, que se desprende directamente de lo anterior.

La conclusión es que el lugar y el papel del material visual en el proceso de la enseñanza, se determinan por la relación que se presente entre aquella actividad del educando en la que el material dado sea capaz de ocupar un lugar estructural dentro del obietivo directo de sus acciones, y la actividad que conduzca a la concientización de lo que deba ser aprendido.

Esta relación puede ser triple. En primer lugar, una y otra actividad pueden coincidir entre sí, lo que asegura el efecto de la visualización. Después, la primera actividad puede servir de preparación para la segunda y entonces sólo resta destacar correcta y claramente las etapas correspondientes del proceso pedagógico. Finalmente, estas dos actividades pueden no estar relacionadas entre sí, en cuyo caso el material visual resulta inútil, e incluso, puede llegar a ser un factor de distracción.

Y así, el análisis psicológico nos conduce al planteamiento de la siguiente tarea pedagógica: encontrar la ubicación concreta del material visual, es decir, encontrar no solamente el método para incorporarlo al proceso pedagógico sino además una dirección tal de este proceso que asegure no un "uso" formal de la visualización, sino su uso real. Al decir de Pirogov, "ni la vi-

[1] BOZHOVICH, L. I.: "La psicología del uso de las reglas para las raíces de las vocales átonas", en *Pedagogía soviética*, nos. 5 y 6, 1937.

*Las palabras originales son: storozhka y storozh, Kruzhka y Kruzhit, Kolbasa y Kol. *(N. del T.)*

sualización ni la palabra por sí sola, sin la habilidad de saber tratarla como es debido, es capaz de lograr nada".[1]

6

Nos queda por examinar una última cuestión acerca del problema de la concientización del material didáctico, que quizás sea la más compleja. No podemos obviar esta cuestión porque de hacerlo nuestras ideas sobre la concientización del material didáctico serían unilaterales y por tanto, falsas.

De lo antes dicho se desprende, que debemos distinguir el contenido de lo realmente concientizado del contenido de aquello que simplemente se halla en la conciencia. Esta distinción es psicológicamente muy importante porque expresa una especificidad sustancial del propio "mecanismo" de la concientización.

Se concientiza realmente sólo aquello que constituye el objeto de un dinamismo del sujeto orientado hacia un objetivo, es decir, que ocupe un lugar estructural de objetivo directo de la acción externa o interna de una actividad determinada. Este postulado no se hace extensivo a aquel contenido que simplemente "resulte concientizado", es decir, que sea controlado por la conciencia.

Para "resultar concientizado", es decir, concientemente controlado, este contenido —a diferencia del contenido concientizado— no necesita ocupar dentro de la actividad un lugar estructural de objetivo. Esto se hace patente, partiendo de los mismos ejemplos que ya hemos analizado con respecto a la concientización de un contenido determinado durante el proceso de la escritura. En efecto, si para que el aspecto gráfico de la escritura sea realmente concientizado, es necesario hacer de él el objeto hacia el cual la acción se dirige; por otra parte, dicho aspecto gráfico es susceptible de "resultar concientizado" y, por consiguiente, susceptible de ser controlado conscientemente también dentro del proceso, propiamente dicho, de la exposición escrita de la idea. Sin embargo, no todo, ni mucho menos, puede ser controlado conscientemente.

¿Cuál contenido puede actuar en esta última forma peculiar de concientización, en forma de contenido conscientemente controlado?

[1] PIROGOV, N.: "Cuestiones de la vida", en *Obras completas*. t. 1. p. 116, 1887.

Estamos en condiciones de dar respuesta a esta pregunta con un postulado absolutamente preciso. Dicho contenido es creado por operaciones conscientes y, por consiguiente, por las condiciones a las cuales responden dichas operaciones.

¿Y qué cosa son las operaciones? Denominamos convencionalmente con este término un contenido de la actividad completamente determinado: las operaciones son las formas de realización de la acción. Su especificidad estriba en que no responden ni al motivo de la actividad ni al objetivo de las acciones, sino a aquellas condiciones ante las cuales se presente el objetivo, es decir, a la tarea (la tarea es el objetivo, dado en condiciones determinadas). Regularmente, las operaciones, es decir, las formas de realización de la acción, son elaboradas socialmente y a veces están implícitas en los medios materiales y acciones con instrumentos. Así, por ejemplo, en la máquina calculadora están cristalizadas las operaciones de cálculo conocidas; en la sierra, la operación de aserrar, etcétera. Por eso, la mayoría de las operaciones dentro de la actividad del hombre son el resultado de la enseñanza, del dominio de formas y medios de acción socialmente elaborados.

Sin embargo, no toda operación constituye una operación consciente. Denominamos operación consciente solamente a aquella forma de acción, que ha surgido mediante la transformación en ella de una acción consciente dirigida a determinado objetivo. Mas, existen operaciones cuyo origen es otro, que tienen otra génesis, son las operaciones surgidas en virtud de la "adaptación" práctica de una acción a las condiciones objetales, o mediante la simple imitación. Este último tipo de operaciones, así como las condiciones a las cuales responden, constituye un contenido que sin un esfuerzo especial no es capaz de ser controlado conscientemente —aunque, por supuesto, se perciben necesarias para que la acción dada pueda realizarse. Este contenido puede convertirse en un contenido capaz de "resultar concientizado", es decir, de ser susceptible de control consciente, sólo en el caso de que pueda llegar a ser objeto de una acción especial y sea concientizado realmente. Entonces, ocupando de nuevo un lugar estructural en las condiciones de la acción (y si consideramos el proceso mismo, al transformarse nuevamente de acción en operación), el contenido dado adquiere esta asombrosa capacidad.

Así, por ejemplo, un niño al que aún no se le ha enseñado su lengua natal, prácticamente domina las formas gramaticales; los niños comúnmente no cometen errores del tipo: "la lámpara estaban sobre la mesa"; es decir, en su práctica oral conjugan, declinan y hacen concordar las palabras en género, número y caso correctamente. ¿Como resultado de qué proceso el niño aprende a hacer esto, es decir, a dominar estas operaciones del habla? Es evidente, en el proceso de adaptar prácticamente su actividad oral a las condiciones lingüísticas dentro de las cuales esta tiene lugar, es decir, dentro del proceso de "adaptación", de imitación. Debido a esto, las formas gramaticales correspondientes, que el niño utiliza de manera tan perfecta como medio de comunicación oral, no son susceptibles, sin embargo, de ser controladas por la conciencia; para ello dichas formas deben primeramente convertirse en objeto especial de relación para el niño: el objeto de su acción de objetivo determinado; en caso contrario, mantienen vigencia en él en forma del llamado "sentido del idioma" (L.I. Bozhovich). Por eso, al niño debe enseñársele la gramática, enseñarle aquello que ya prácticamente domina, lo cual debe hacerse no sólo en aras de la ortografía, porque la ortografía puede dominarse en forma práctica, lo que en la realidad a veces ocurre (una escritura correcta de "copista"), con errores y expresiones prosaicas, poco frecuentes, pero burdas y vulgares.

Esta dependencia entre la vía en virtud de la cual se forman la operación y la concientización como propiamente una operación y las condiciones a las cuales esta responde, hemos podido observarla en la investigación experimental de los hábitos motores, es decir, de las operaciones motoras ya fijadas.[1]

En esta investigación se forman hábitos completamente semejantes —una serie de movimientos realizados en un aparato con clavijas. Sin embargo, los dos hábitos primeros se formaron dentro de una acción, cuyo objetivo consistía para el sujeto en oprimir las clavijas lo más rápidamente posible y con ello lograr que se apagasen los bombillitos colocados sobre estas; los dos siguientes hábitos se estructuraron desde el comienzo mismo del

[1] ASNIN, V. I.: La peculiaridad de los hábitos motores en dependencia de las condiciones de su formación", en *Notas científicas del Instituto Pedagógico de Jarkov*. t. 1. pp. 37-65, 1936.

experimento como acciones, cuyo objetivo era para el sujeto la realización de movimientos en determinado orden de sucesión, guiándose por los bombillos que se iban encendiendo. De este modo, desde el punto de vista puramente externo, el proceso de la formación de hábitos en los dos casos comparados entre sí, se produjo de manera idéntica. Objetivamente una misma tarea, ante las mismas condiciones, ejecutando los mismos movimientos, difería en las distintas series en su orden de sucesión (por ejemplo, en una serie: las clavijas 4ta. — 6ta. — 5ta. — 2da. — 3ra. — 1ra. y 4ta; en tanto que en la otra: las clavijas 6ta. — 3ra. — 2da. — 4ta. — 1ra. — 5ta. y 6ta.). La diferencia entre ellas consistía solamente en que el lugar estructural que ocupaban los movimientos que se formaban y fijaban sucesivamente dentro de la actividad, no era el mismo. En el primer caso, este orden de sucesión era una mera condición para la realización de la acción, a la cual dicho orden de hecho se adaptaba; en el segundo caso, el orden de sucesión se manifestaba como aquello hacia lo cual estaba dirigida la acción del sujeto, es decir, se manifestaba ante el sujeto como un objetivo consciente y sólo después, se transformaba para él en una forma de ejecución del requerimiento integral de las instrucciones recibidas: en la posibilidad de cumplir más rápida, exacta y cabalmente el objetivo de los movimientos.

El importantísimo resultado obtenido en esta investigación consistió en que cuando la operación dada se formaba y fijaba "en el transcurso de la acción", mediante una simple adaptación motora, los sujetos no estaban en condiciones de dar una respuesta razonable acerca del orden de sucesión en que habían de oprimirse las clavijas (o, consecuentemente, acerca del orden de sucesión de sus movimientos), orden que habían ya dominado por completo y que acababan de realizar en el experimento. Y por el contrario, cuando la operación motora requerida era estructurada en forma de acción y sólo después se fijaba en forma de hábito "automático" estable, el orden de sucesión en que habían de oprimirse las clavijas así como los movimientos que al efecto se requerían, siempre pudieron ser controlados conscientemente por los sujetos.

En una realización de una serie de experimentos no rigurosos, mas, en cambio, muy evidentes en cuanto a sus resultados, también salieron a la luz con claridad meridiana las especifici-

dades objetivas de las operaciones, distintas en su génesis. Aquellas que resultaron no factibles de control consciente eran muy poco regulables, demasiado estables, rígidas. Las otras, es decir, aquellas que pudieron ser controladas se distinguían por todo lo contrario. Eran más dúctiles y podían variarse fácilmente a voluntad.

Y así, a través de la diferencia entre lo controlado conscientemente —lo que resulta concientizado— y en general lo no concientizado, se trasluce la diferencia objetiva que presente el lugar estructural ocupado por el contenido dado, dentro de la actividad del sujeto.

La relación "resultar concientizado" respecto de lo no concientizado, solamente reproduce en sí misma la relación entre las operaciones que se generan en forma de acciones y las operaciones que constituyen el resultado de una adaptación inconsciente.

Aquello que pueda "resultar" dentro de la conciencia y ser controlado, es un contenido que ha pertenecido anteriormente a la acción, a un proceso consciente par excellence; un contenido que ha sido realmente concientizado con antelación. Hablando en términos neurológicos, las operaciones de este tipo constituyen el resultado de la transmisión sucesiva a niveles interiores, de un proceso originalmente estructurado a un nivel superior; las operaciones del segundo tipo se estructuran directamente en estos niveles inferiores "ejecutores". Por eso, sólo las primeras revelan un dinamismo interno peculiar que consiste en "tender" ora a los niveles superiores ora a los inferiores, y que Bianchi denomina con el expresivo término de retombement. Esta dinámica neurofisiológica también se manifiesta en aquel fenómeno sui generis, que trate convencionalmente de expresar como fenómeno "que se halla" en la conciencia en el transcurso de concientización real del objeto directo de la acción.

La dinámica descrita constituye el "mecanismo" natural de la denominada atención voluntaria secundaria (Titchener). El descubrimiento de este mecanismo altera en esencia, sin embargo, nuestro punto de vista acerca de lo que corrientemente se entiende bajo este término. Lo importante es que nos permite decididamente abordar desde otra óptica la formación, la educación de este tipo de atención, que realiza la importantísima función de ser el "punto de control" de la conciencia. Eviden-

temente, nuestra tarea consiste ahora, no en hacer interesante el contenido anteriormente aburrido y que por lo tanto requería de una "tensión especial" de la atención, de suerte que se mantenga la atención voluntaria dirigida sobre el mismo y a la vez sin necesidad de "tensión"; tampoco consiste en educar (cómo) una nueva capacidad general de la atención involuntaria, que posea a la vez ciertos rasgos de voluntariedad; nuestra tarea real es ahora mucho más amplia y puede ser expresada de manera más exacta: para que cierto contenido pueda controlarse conscientemente, al mismo tiempo que es otro el contenido realmente concientizado, es necesario que el primero haya ocupado con precedencia un lugar estructural de objetivo directo de la acción. Si ulteriormente dicho contenido entrase en la estructura de la actividad en calidad de una de las operaciones realizadora de la misma, entonces "la atención se dirigirá" hacia este contenido de manera un tanto involuntaria, a manera de un mero control, mas, a la vez, nunca debido a las circunstancias que regulan la atención involuntaria primaria: las primitivas reacciones de orientación.

Veamos el ejemplo más sencillo.

Digamos que cierto alumno alarga demasiado los "terminales" de las letras *д* y *у** al escribir. El simple hecho de señalarle su defecto puede ser completamente inoperante; cuando el alumno tenga necesidad de escribir, por ejemplo, un dictado, entonces nuevamente se le "escapará" de su atención el hecho de prolongar demasiado las "terminales" de dichas letras, no se dará cuenta de su defecto. Otra cosa sucede cuando realice cierta cantidad de ejercicios especiales, en los cuales el objeto de sus acciones y, por consiguiente, el objeto realmente concientizado, sea precisamente el trazado correcto de dichas letras. Entonces, entrando de nuevo en la estructura del proceso integral de la escritura, este trazado puede ser controlado, regulado. Ya que en el ejemplo dado estamos en presencia de operaciones fijadas en forma de hábito, se requiere precisamente un ejercicio, es decir, una acción específica que deberá repetirse la cantidad de veces que sea necesaria, para que la fijación sea lo más estable posible. En los casos en que la operacion

*El idioma ruso se vale del alfabeto cirílico; dentro del alfabeto latino estas letras corresponden a la *d* y la *u*. *(N. del T.)*

reestructurada no logre ser fijada, es necesario, por supuesto, realizar múltiples repeticiones.

Las relaciones analizadas que se presentan entre el contenido realmente concientizado, el contenido solamente controlado y el contenido que no entra en el ámbito de lo concientizado, pero que no obstante es percibido, nos permiten precisar una de las más importantes demandas que se desprenden del principio del aprendizaje consciente. Me refiero a la necesidad de que el propio resultado de la enseñanza sea concientizado.

Si abordamos esta necesidad sin revelar previamente su esencia desde el punto de vista psicológico, todo nos parecería contradictorio. En efecto, la enorme cantidad de habilidades y conocimientos que adquiere el alumno en la escuela deben servirle de herramientas, mas, de ningún modo deben permanecer para siempre realmente concientizadas, de vigencia actual, no deben recargar su conciencia. No en vano se dice que el hombre instruido no es aquel que siempre escribe correctamente, sino el que no es capaz de escribir algo incorrectamente, aunque no se haya hecho el propósito expreso de escribir correctamente. Yo conozco una serie de reglas, mas, cuando las utilizo, ellas no ocupan mi conciencia y de hecho casi nunca las utilizo conscientemente. De otro modo, sería en general imposible escribir una composición, resolver tareas complejas, pilotear un avión e incluso hacer razonamientos lógicos, es decir, discernir guiándose por reglas lógicas. Y no obstante, están en lo cierto aquellos que consideran que la concientización debe hacerse extensiva al resultado de toda enseñanza, sin discusión ni reserva alguna.

La contradicción implícita en este requerimiento no necesita en general de conclusiones ecléctica: hemos visto, que esta se resuelve dentro de las relaciones dinámicas que enlazan entre sí lo real concientizado y lo consciente controlado, es decir, lo que sólo "resulta concientizado".

La Aritmética debe enseñarse de modo que los conocimientos aritméticos sean necesariamente concientizados, pero esto no quiere decir, que estos deban limitarse solamente a ocupar la conciencia, sino a ocupar en ella "el sitio preciso en el momento preciso". Este principio tiene total vigencia con respecto a todo lo que se le enseñe al niño en la escuela: desde los ejercicios calisténicos hasta las leyes de la Física y la Lógica.

El camino a seguir para la generalización psicológica de este requerimiento ya lo hemos recorrido; la elaboración de un método pedagógico concreto no es tarea ya de la psicología, sino de la didáctica.

*7*

Anteriormente habíamos analizado la concientización del material didáctico desde el punto de vista de qué se concientiza, qué constituye el objeto de la conciencia. Ahora nos enfrentamos a la tarea de mayor importancia: examinar la concientización a partir de cómo se concientiza el material didáctico, qué cosa este deviene para la personalidad del niño.

Esta cuestión, desde el principio mismo de nuestra exposición, constituía ya el eje central de todo el problema de la concientización. Sin embargo, para poder plantearla sobre una base psicológica concreta, es necesario introducir complementariamente algunos conceptos, que deben ser expuestos de modo especial.

Esta necesidad se crea por el hecho de que la psicología científica tradicional no se ocupaba en general de investigar la conciencia como reflejo del mundo, en dependencia de las relaciones vitales reales del sujeto que se iban formando en el decursar de su vida, en dependencia de su ser real. Dicho de otra manera, la conciencia era para ella como un producto psicológico peculiar, que se derivaba solamente de la actividad cognoscitiva del hombre y no de toda su vida, es decir, la expresaban intelectualmente: a manera de conocimientos y no como una relación.

Pero, ¿qué implica desde el punto de vista psicológico la conciencia como relación? El concepto de relación es demasiado amplio, por eso el problema de la conciencia en calidad de relación nosotros lo replanteamos dentro de la psicología como la cuestión acerca del sentido que tiene para el hombre lo que él concientiza.

El concepto de sentido es el concepto fundamental que debemos exponer previamente, a fin de introducir en él una determinación completa y liberarlo del halo idealista que lo circunvala. Para ello, se hace necesario una disgresión con respecto al tema que nos ocupa en el presente artículo, ya que sin esta no nos sería posible resolver la tarea que tenemos ante nosotros.

En el lenguaje corriente no se distingue entre los conceptos de sentido y significación. Por ejemplo, se habla del sentido o de la significación de una palabra, presuponiendo que nos referimos a la misma cosa. Sin embargo, el concepto de significación no expresa toda la riqueza del contenido psicológico que encontramos, cuando concientizamos los fenómenos de la realidad objetiva que "denotamos".

La significación es aquella generalización de la realidad que ha cristalizado, que se ha fijado en su portador sensitivo, por lo general una palabra o combinación de palabras. Esta es la forma espiritual, ideal de cristalización de la experiencia social, de la praxis social de la humanidad. El conjunto de las representaciones de una sociedad dada, su conciencia, su propio lenguaje, todo en suma, constituye la esencia del sistema de significaciones. Y así, la significación pertenece primordialmente al mundo de los fenómenos ideales sociohistóricos, de carácter objetivo. Es este nuestro punto de partida.

No es la significación lo que existe como un hecho de la conciencia individual. El hombre percibe y piensa en el mundo como un ser sociohistórico. Está dotado y a la vez limitado por las representaciones y conocimientos de su época, de su sociedad. La riqueza que entraña su conciencia no se reduce de ningún modo a la riqueza de la experiencia individual. El hombre conoce el mundo no como Robinsón, haciendo un descubrimiento tras otro en una isla deshabitada. El hombre en el decursar de su vida asimila la experiencia de la humanidad, la experiencia de las generaciones precedentes, lo cual tiene lugar precisamente en forma de dominio de las significaciones por el hombre y en forma de medida de dicho dominio. Y así, la significación es la forma en que un hombre determinado llega a dominar la experiencia de la humanidad, reflejada y generalizada.

La significación como hecho de la conciencia individual no pierde, sin embargo, su contenido objetivo y no se convierte en una cosa puramente "psicológica". Por supuesto, aquello que yo piense, comprenda o sepa sobre el triángulo, puede no coincidir exactamente con la significación de "triángulo" avalada por la Geometría. Mas, esta no es una diferencia de principio. Las significaciones no pueden tener otra existencia, que no sea dentro de la conciencia de las personas. No existe el reino

autónomo de las significaciones, es irreal el mundo platónico de las ideas. Por consiguiente, no es válido contraponer a la significación "geométrica" lógica, en general objetiva, la significación que exista dentro de la conciencia del hombre como significación "psicológica", la diferencia aquí no es entre lo lógico y lo psicológico, sino mayormente, entre lo general y lo individual. Un concepto no deja de ser concepto tan pronto como se hace mío, ¿acaso puede existir un concepto que sea "de alguien"? Esta es una abstracción semejante a la que hace la Biblia cuando dice que "lo primero" fue la palabra.

La cuestión psicológica fundamental acerca de la significación es qué lugar y papel realmente ocupa la significación en la vida psicológica del hombre, qué es esta en su vida.

En la significación la realidad se despliega ante el hombre, aunque de una manera especial. La significación media la conciencia del hombre, la forma en que este concientiza el mundo que lo rodea, ya que él lo concientiza en su substanciación social, es decir, ya que el reflejo que él tiene del mundo se apoya en la práctica social y la incluye en sí mismo.

Una hoja de papel se refleja en mi conciencia no solamente como algo rectangular, blanco, con líneas trazadas sobre él y tampoco meramente, como cierta estructura o forma integral. Esta se refleja en mi conciencia precisamente como hoja de papel, como papel. Las impresiones sensitivas que recibo de la hoja de papel, se reflejan de cierta manera en mi conciencia debido a que domino la significación pertinente; en caso contrario, la hoja de papel quedaría para mí, sólo como algo blanco, rectangular, etcétera. No obstante —y esto tiene una extraordinaria importancia— cuando percibo el papel, estoy percibiendo un cierto papel real y no la significación: "papel". Instrospectivamente la significación no existe en mi conciencia: al reflejar lo percibido o lo pensado, la propia significación no es percibida, no se piensa en ella. Este es un importante hecho psicológico. Por eso, aunque la significación puede, por supuesto, concientizarse, esto se logra solamente en caso de que el objeto de la conciencia no sea concientizado, sino la propia significación; por ejemplo, en el aprendizaje del lenguaje. Y así, la significación es psicológicamente el reflejo generalizado de la realidad, elaborado por el hombre y fijado en forma de significaciones lingüísticas, de comprensión, de conocimientos o

incluso en forma de habilidad fijada a manera de una "imagen de la acción" generalizada, de una norma técnica, etcétera.

La significación representa en sí el reflejo de la realidad, independientemente de las relaciones individuales de un hombre concreto con respecto de ella; el hombre encuentra un sistema de significaciones ya hecho, históricamente formado y lo domina, del mismo modo que llega a dominar el uso de los instrumentos: los portadores materiales de la significación. Correspondientemente, el mismo hecho psicológico de mi propia vida, comporta precisamente aquella significación dada que yo domine, la medida en que la domine y lo que constituya ella para mí, para mi personalidad. ¿De qué depende esto último? Esto depende del sentido que tenga para mí la significación dada.

En la psicología extranjera el concepto de sentido se ha tratado dentro de muy distintas corrientes. Müller denominaba sentido a la imagen en embrión; Binet —de manera penetrante— a la acción en embrión; Van-der-Veldt trató experimentalmente de demostrar la formación del sentido como el resultado de que la señal, que anteriormente era indiferente para el sujeto, adquiera un contenido que convencionalmente relacione una acción con él. La mayoría de los autores modernos, hoy día, se encaminan en otra dirección, analizando el concepto de sentido solamente relacionándolo con el lenguaje. Polan define el sentido como el conjunto de todos los fenómenos psíquicos provocados en la conciencia por la palabra; Titchener, como una significación contextual compleja; y Bartlet —más exactamente— como una significación creada por la "integralidad" de una situación; muchos otros, como la concreción de la significación, como el resultado, el producto de un proceso de "denotación".

De este modo, estas distintas corrientes psicológicas analizaban el sentido como lo concientizado dentro de la conciencia individual en virtud de la significación. Mas, la significación pertenece al ámbito de los fenómenos ideales, de los fenómenos de la conciencia social. Resulta que tanto el sentido como la significación son determinados por la conciencia, precisamente por la conciencia social. Por eso, el introducir dentro de la psicología el concepto de sentido con semejante interpretación del mismo, conduce a que la conciencia individual del hombre permanezca separada de su vida real.

Un tratamiento, en principio, radicalmente distinto se le da al sentido, al abordar el problema de la conciencia partiendo del análisis de la propia vida, del análisis de las relaciones que caracterizan la interacción del sujeto real con el mundo real que lo rodea. Ante este tratamiento, el sentido se manifiesta en la conciencia del hombre con aquello que refleja y lleva en sí sus propias relaciones vitales.

Un sentido consciente concreto desde el punto de vista psicológico es creado por las relaciones objetivas que se reflejan en la cabeza del hombre, de aquello que lo impele a actuar con respecto a lo que su acción esté dirigida en forma de resultado directo de la misma. En otras palabras, el sentido expresa la relación del motivo de la actividad respecto al objetivo directo de la acción. Es necesario solamente subrayar, que el motivo no debe entenderse como la vivencia de la propia necesidad, sino como aquella cosa objetiva dentro de la cual la necesidad se realiza, se encuentra en sí misma ante condiciones dadas, lo cual le confiere un carácter objetal y la hace rectora de la actividad hacia un determinado resultado.

El sentido es siempre sentido de algo. No existe el sentido "puro". Por eso, un sentido subjetivo que en cierto modo pertenezca al propio contenido que se hace vivencia, aparenta estar comprendido dentro de la significación. Esto a propósito, ha creado un mal entendido dentro de la psicología y la lingüística psicologizante, que se expresa, ya como la no discriminación de estos dos conceptos, ya en el hecho de que el sentido se analice como una significación concreta, en dependencia del contexto o situación. En realidad, aunque el sentido y la significación instrospectivamente parecen fundirse en la conciencia, tienen empero una base distinta, un origen distinto y se rigen por distintas leyes.[1] Están internamente relacionados entre sí, sólo que a través de una relación contraria a la expuesta anteriormente: es más bien el sentido lo que se concreta en las significaciones —al igual que el motivo se concreta en los objetivos—; y no las significaciones en el sentido.

[1] Yo no tengo aquí la posibilidad de detenerme detalladamente en tan importante cuestión como esta; del mismo modo, he tenido a un lado la cuestión sobre el mecanismo propiamente fisiológico de la formación del sentido.

El sentido no está de ningún modo contenido potencialmente en la significación y no puede surgir dentro de la conciencia a partir de la significación. El sentido no genera la significación, sino la vida misma.

En algunos casos la coincidencia entre el sentido y la significación dentro de la conciencia se manifiesta de manera muy clara. Yo puedo, por ejemplo, comprender de forma profunda, multilateral y completa qué es la muerte, comprender su inevitabilidad en el hombre, estar absolutamente convencido de que ella es asimismo inevitable para mí mismo y, finalmente, conocer detalladamente la naturaleza biológica de este proceso. Dicho de otra manera, yo puedo poseer un amplio conocimiento al respecto, dominar completamente la significación de este hecho, ¡cuán distinta puede ser para mí esa significación! Con relación a mí mismo el comprender la inevitabilidad de la muerte puede no tener en general sentido: ni entra en mi vida, ni puede hacerla variar ni un ápice, ni un instante siquiera. Al principio de su vida el hombre por lo general se conduce efectivamente como si su vida se prolongase una eternidad. Su vida se alterará, o puede alterarse, cuanto esté llegando a su final; este mismo individuo ahora cuenta los años que pueden quedarle de vida incluso los meses, se afana por culminar algunos de sus más caros deseos y renuncia al logro de otros. Podemos decir que su conciencia de la muerte se ha hecho distinta. Pero, ¿varió acaso, aumentaron sus conocimientos, se ha convertido en otro dentro de su conciencia el propio concepto, la significación de la muerte? No, ha variado su sentido para el hombre.

Dentro de este ejemplo se aprecia claramente también, la diferencia entre el sentido y el matiz emocional de la vivencia de la significación, su fondo subjetivo. Precisamente en el primer caso, la representación de la muerte puede, por el contrario, no producir fuertes vivencias emocionales.[1]

La clara diferenciación entre el sentido y la significación es de crucial importancia para la psicología, ya que la relación

[1] No podemos dejar de señalar, que la discriminación de la esfera del sentido y la esfera de las significaciones en la conciencia también está avalada por los datos psicopatológicos modernos. Así podemos considerar ya establecido que la disfunción en los sistemas occipitales de la corteza del cerebro provoca la disminución de las significaciones y de las correspondientes operaciones intelectuales, la disfunción en los sistemas centrales anteriores (prefrontales) está en cierto modo relacionada con la depauperación de la personalidad del enfermo en relación con el sentido. De este modo, estas dos distintas esferas aparecen representadas a través de estructuras corticales completamente diferentes.

entre ambos no permanece constante, sino que varía en el curso del desarrollo histórico, generando distintas formaciones de la conciencia, distintos tipos de estructura de la conciencia.[1]

La conciencia como la relación respecto al mundo se despliega ante nosotros precisamente como un sistema de sentidos; y las especificidades de su estructura, como especificidades de la relación establecida entre los sentidos y las significaciones. El desarrollo de los sentidos es un producto del desarrollo de los motivos de la actividad; el desarrollo de los propios motivos de la actividad lo determina el desarrollo de las relaciones reales del hombre con el mundo, condicionadas por las circunstancias objetivohistóricas de su vida. La conciencia como la relación, no es otra cosa que el sentido que tenga para el hombre la realidad que se refleja en su conciencia. Por consiguiente, la concientización de los conocimientos se caracteriza precisamente por la naturaleza del sentido que ellos tengan para el hombre.

*8*

Y así, aquello que yo realmente concientice, la forma en que lo concientice y el sentido que tenga para mí lo concientizado, lo determina el motivo de la actividad dentro de la cual está incorporada mi acción en cuestión. Por eso, la cuestión acerca del sentido es siempre una cuestión acerca del motivo.

Digamos que estoy leyendo un Manual de Anatomía. ¿Está claro, se comprende qué estoy haciendo? Sí y no. Está claro cuál es el objetivo que persigo: por supuesto, leo un Manual de Anatomía para estudiar Anatomía. También está clara la significación de lo que hago. Y de todos modos, mi acción podría resultar incomprensible, incomprensible precisamente desde el punto de vista psicológico. Para poder comprender efectivamente mi acción me preguntarían: qué sentido tiene para mí el estudio de la Anatomía. Pero, dar respuesta a la pregunta sobre el sentido es posible solamente señalando el motivo. Por eso digo: " este conocimiento me es necesario para mis investigaciones". De este modo yo explico lo que representa para mí la acción dada —o todo un sistema completo, toda una cadena de acciones—, es decir, qué sentido tiene para mí.

[1] LEONTIEV, A. N.: *Problemas del desarrollo del psiquismo.* Moscú, 1946.

Mas, pudiera ser que yo no dijera la verdad. Quizás yo haga esto porque deseo volver a la profesión de médico y por eso quiero refrescar mis conocimientos de medicina; entonces mi acción tiene otro sentido, debido a circunstancias que por alguna razón oculto.

El sentido de la acción varía conjuntamente con la variación de su motivo. En su contenido objetivo, la acción puede seguir siendo la misma, mas, si ha adquirido un motivo nuevo, entonces psicológicamente se transforma en otra acción. Transcurre de manera distinta, se desarrolla de otro modo, conduce a consecuencias objetivamente distintas y ocupa otro lugar en la vida de la personalidad.

A propósito, la denominada psicología práctica: aquella psicología de la cual se sirven "pseudocientíficamente" escritores, investigadores y en general el hombre común, acerca del cual se dice, que "conoce bien a las personas", es ante todo una psicología del sentido, su método inconsciente consiste precisamente en descubrir el sentido de las acciones humanas. De ahí su carácter tan personal, tan concreto y tan verdaderamente operativo.

El análisis que conduzca al descubrimiento real del sentido no puede estar limitado a una observación superficial sino que debe ser un análisis psicológico con todas las dificultades que entrañe. Ya desde la primera distinción necesaria —el distinguir la acción de la actividad— se hace necesario penetrar en el contenido interno del proceso. En efecto, el mismo proceso nos dice cuál es su naturaleza; si es una acción o es una actividad. Con frecuencia se requiere realizar una investigación activa para hacer esta aclaración: una observación fundamentada, hipótesis, ejercer una influencia y comprobar su efecto.

Aquello hacia lo que está dirigido el proceso en cuestión puede ser lo que impulsa, lo que constituye su motivo; si esto es así, estaremos en presencia de una actividad. Pero, este mismo proceso puede ser impulsado por otro motivo completamente distinto, que en general no coincida con aquello hacia lo cual se dirige el proceso: hacia su resultado; entonces, se tratará de una acción. Y puede suceder, que en el primer caso dicho proceso esté matizado de sentimientos elevados; en tanto que en el segundo, de perfidia.

Una misma acción, realizando distintas relaciones, es decir, al formar parte de actividades de distinta motivación, cambia psicológicamente de carácter: adquiere otro sentido. Mas, esto implica además, que el contenido objetal realmente concientizado por el sujeto de dicha acción, se concientiza de otra manera. Por esa razón, la única vía a seguir en una genuina investigación psicológica concreta de la conciencia, es la vía del análisis del sentido: la vía del análisis de la motivación, en cuyo decursar se expresa asimismo subjetivamente el desarrollo de la vida psíquica del hombre.

A despecho de lo que pudiera parecernos a primera vista, esta vía conforma en sumo grado el carácter objetivo de su fundamentación, ya que conduce a la comprensión de la conciencia humana partiendo de la vida, del ser concreto, y no de las leyes de la propia conciencia, de la conciencia de las demás personas, ni de los conocimientos.

Es muy importante subrayar aquí esto último. En verdad, el superar las posiciones introspectivas no nos lleva de hecho más allá de los límites de la concepción hegeliana de la conciencia. Para ello, no basta con formular de manera general, simplemente, la antítesis de la concepción teórica general de Hegel, ya que si aceptamos su postulado acerca de que en forma de conocimientos solamente nada puede existir para la conciencia, es lógicamente imposible comprender de que modo la conciencia es capaz de "elevarse sobre sí misma", es decir, en el análisis concreto de la conciencia es imposible salir fuera de sus límites: salir al ser, como así lo requiere el materialismo consecuente. Esto se debe a que la conciencia al igual que el pensamiento, es el pensamiento hegeliano en calidad de sujeto,

> "de un sujeto absoluto, que para otro no puede y no debe ser objeto; es precisamente por esto, que a pesar de todas las tensiones semejante sujeto no hallará su tránsito hacia el objeto, hacia el ser. De manera idéntica, la cabeza, seccionada del cuerpo, no puede llegar a dominar el objeto, porque no dispone de medios, de órganos prensiles".[1]

En la historia de la psicología la comprensión real de la conciencia como conocimiento, se manifiesta con especial claridad

[1] FEUERBACH, L.: *Obras filosóficas escogidas*. t. 1 p. 200. Moscú, 1955.

en el problema de las emociones. Tal interpretación de la conciencia ha hecho de las emociones un problema psicológico insoluble, al reducirlo, en esencia, a un problema de carácter fisiológico y de hecho dejar el aspecto psicológico a nivel de una investigación meramente descriptiva. Si nos desentendemos de los resultados completamente inconsistentes a que nos lleva semejante enfoque —"Yo preferiría, señala W. James, mejor, leer las descripciones verbales de las medidas de las escalas en New Hampshire"—, la única teoría psicológica de las vivencias emocionales que nos queda es la teoría intelectualista, dado que, como muy justamente señala G. Dumas en su introducción a la traducción francesa de James, dentro de la denominada "concepción periférica" se trata de contraponer una explicación intelectualista a una explicación fisiológica y no psicológica.[1] Pero, naturalmente, la explicación fisiológica no puede entrar en contradicción directa con la esencia de la teoría psicológica de que se trate. Por eso ni James ni Lange por una parte, ni Cannon y sus seguidores por otra, en el plano propiamente psicológico de este problema han podido superar el intelectualismo. El clásico "argumento del telegrama" —para que un telegrama pueda producir determinada vivencia, este ante todo debe ser comprendido— mantiene toda su vigencia en lo concerniente al mecanismo fisiológico de las emociones. De este modo, por mucho que queramos explicar el mecanismo de la propia vivencia emocional, este quedará de todos modos dentro del punto de vista del estudio tradicional de la conciencia, psicológicamente determinado precisamente por la "conciencia como conocimiento".

La superación de este criterio no puede consistir, por consiguiente, en cambiar la representación psicológica sobre la naturaleza de las propias vivencias, que expresan la relación del sujeto con respecto a lo concientizado; no puede consistir tampoco en establecer una relación interna entre ellas, puesto que, lo que se ha separado desde un principio no puede ser unido ulteriormente mas que en forma externa, una declaración forzada de su unidad, como toda declaración forzada, no cambia en nada el estado de las cosas. La tarea real consiste aquí en entender la conciencia del hombre como el reflejo de su vida real, de su

[1] JAMES, W.: *La théorie de l'emotion. Introduction.* París, 1902.

ser. Y para ello es necesario renunciar definitivamente, en el análisis de la conciencia, a la abstracción idealista de los procesos puramente cognoscitivos: abstracción que nos llevaría posteriormente al tratamiento vacuo del propio pensamiento, de manera irremisible.

En la sencilla verdad de que si la geometría se contrapusiera a nuestros anhelos e intereses, la impugnaríamos y violaríamos, a pesar de todas las demostraciones de Euclides y de Arquímedes, se encierra una gran e indiscutible verdad. Esta es la verdad que se hace imprescindible conocer cabalmente, desde el punto de vista psicológico.

Por el momento, limitémonos a repetir nuevamente, que aquel aspecto de la conciencia del individuo determinado por sus relaciones vitales propias, es el sentido. En relación con los procesos cognoscitivos, el sentido es aquello que hace a dichos procesos no solamente dirigidos, sino a la vez colmados de pasión, lo cual transmite al pensamiento un carácter de un contenido psicológico tal, que distingue radicalmente los procesos intelectuales que se operan en la cabeza del hombre, de aquellos procesos a veces complejos que se producen en las máquinas calculadoras.

De lo anterior se desprende que el problema de la formación y desarrollo del pensamiento no puede ser totalmente reducido al problema del dominio de conocimientos, habilidades y hábitos mentales. En efecto, una relación, un sentido no puede ser enseñado. El sentido puede solamente ser revelado dentro del proceso de la enseñanza, puede ser transformado en una idea desarrollada, claramente concientizada, dotando al educando de los conocimientos y aptitudes correspondientes.

El sentido no se enseña, el sentido se educa. La unidad entre la enseñanza y la educación es la unidad en la formación del sentido y de las significaciones psicológicamente concretas. Todas las relaciones internas de contenido, que relacionan entre sí la enseñanza y la educación, se manifiestan con relación al proceso de formación de la conciencia precisamente como relaciones de sentido y significación.

En el análisis de estas relaciones, ellas se expresan para nosotros como relaciones reales de la propia actividad del hombre. En virtud de lo expresado, su análisis puede constituir para nosotros un método de investigación psicológica de la conciencia.

Primeramente, nos enfrentamos con la dependencia de la comprensión del sentido que tienen para el niño sus acciones, en la investigación en los niños pequeños, del denominado pensamiento visual por acciones. Nos asombró la heterogeneidad de los datos obtenidos en los experimentos y frecuentemente su no coincidencia evidente con las posibilidades intelectuales reales del niño. Así, por ejemplo, algunas tareas sencillas estructuradas conforme al principio de las conocidas tareas de Köller a veces no podían ser resueltas incluso por niños de seis a diez años, mientras que para los más pequeños no entrañaban ninguna dificultad. Esto nos obligó a darle un tratamiento particular al problema del método de investigación del intelecto y hacerlo objeto de una elaboración experimental especial.

El trabajo que realizó en esta dirección V. I. Asnin[1] demostró que el éxito del proceso de resolución de la tarea está determinado no solamente por su contenido objetivo, sino que esta depende primordialmente del motivo que impele al niño a actuar, en otras palabras, del sentido que para él tenga la actividad que realice.

Para descubrir el motivo de la actividad del niño en el transcurso de una tarea a él encomendada, el autor del trabajo citado utilizó la metódica del experimento "par",[2] realizado en condiciones especiales de laboratorio y que prevé el uso de una pantalla a través de la cual puede verse sólo en una dirección y de un dispositivo microfónico, lo cual le permite al investigador estar presente durante el experimento sin que su presencia sea notada, es decir, ver y oír a los niños sin ser visto ni oído. El carácter "par" del experimento consistía en que llegado determinado momento, era introducido otro niño en la habitación, el cual con sus comentarios con relación a las acciones del sujeto obligaba a este a revelar su motivo real.

[1] Véase V. J. ASHIN, *Sobre la cuestión acerca de las condiciones de confiabilidad de la investigación psicológica del intelecto.*

[2] Tesis de los informes presentados como ponencias en la serie científica que tuvo lugar en el Instituto Pedagógico de Jarkov, en el año 1938. ASNIN, V. I.: "Sobre las condiciones de confiabilidad del experimento psicológico", en *Notas científicas del Instituto Pedagógico de Jarkov.* p. 125, 1941.

Veamos ahora unos de los hechos más sencillos que reveló este experimento. El sujeto, una niña de edad preescolar no resuelve una tarea extraordinariamente fácil a ella encomendada: alcanzar un objeto que se encuentra en el centro de la mesa a igual distancia de los bordes, cercados por una pequeña barrera que impide alcanzar el objeto con la mano directamente, para lo cual el sujeto debe valerse de una vara colocada expresamente cerca de él.

Entra en la habitación otra niña, de cinco años de edad. El experimentador le recuerda nuevamente al sujeto que debe tratar de alcanzar de alguna manera el objeto que está sobre la mesa y se retira. El sujeto continúa sus anteriores tanteos, pasa a un lado de la mesa, luego a otro lado sin lograr ningún resultado. La otra niña observa la situación primeramente en silencio y después propone al sujeto ¡"salta"! El sujeto no le presta ninguna atención a este consejo desacertado y continúa su acción en silencio. Entonces la segunda niña, de menor edad que la primera, le da a esta un nuevo consejo: tomar la vara; y tomándola ella misma trata de alcanzarlo. No obstante, la niña del experimento le quita inmediatamente la vara y la coloca en su sitio, explicándole a la otra que si toma la vara entonces no habría ninguna dificultad, que "así cualquiera puede hacerlo". En ese momento entra el experimentador, al cual el sujeto le declara que no puede alcanzar el objeto.

Es característico, que ante esa misma situación muchos otros sujetos se comportaron de manera análoga, aún introduciendo dentro de la tarea un objetivo de interés para ellos —un compás escolar u otro objeto atractivo—, que el sujeto podría conservar para sí de lograr alcanzarlo, no pudo ser variado este cuadro general; la conducta de los sujetos ante esta nueva variante sólo ganó un matiz más emotivo.

El motivo real que impele al sujeto a actuar, evidentemente, no coincide aquí con el motivo que trata de crear para él el experimentador, al prometerle como premio el objeto alcanzado. Aunque el sujeto acepta la condición planteada, él realmente se encuentra impulsado por otro motivo, el deseo de mostrar su destreza, su ingeniosidad. Debido a ello, él reconsidera la tarea que se le plantea y así, la solución que resulta objetivamente mejor y más sencilla carece de sentido para él —"así cualquiera puede hacerlo".

Este caso, a pesar de toda su sencillez, plantea varias cuestiones esenciales que surgen en el análisis psicológico de cualquier actividad intelectual consciente.

Ante todo, la primera cuestión fundamental a tratar es si en casos semejantes, nos enfrentamos a una no coincidencia entre la tarea objetiva y su comprensión por el sujeto o a la especificidad que tenga el sentido de la tarea para el sujeto. Esta cuestión no tiene razón de ser dentro de la psicología tradicional; para esta sólo existe, naturalmente, la primera variante de explicación, que apela precisamente a la comprensión de la tarea por el sujeto, lo cual en cierta medida determinaría para él su sentido. Esta explicación es, sin embargo, falsa.

Para demostrar esto, basta con variar algo las condiciones del experimento, sin disminuir la significación objetiva que tiene para la conciencia del sujeto el alcanzar el objeto, pasar sencillamente a explicarle que puede utilizar la vara. El sujeto, por supuesto, actuará en este caso conforme a las instrucciones recibidas, mas, tratará de evitar la barrera convencional. Esto último se expresa en el hecho de que el niño trata de inclinar la barrera o acepta su presencia sin entusiasmo, "la olvida" sobre la mesa de laboratorio, etcétera. Este fenómeno en ocasiones se manifiesta con tremenda fuerza; para lograrlo, basta con separar radicalmente entre sí la tarea y el resultado es decir, por ejemplo, sin complicar más la tarea, hacer más significativo el objetivo: la gratificación ofrecida. Satisfaciendo esta condición puede crearse en el niño —¿y sólo en el niño?— un efecto verdadero.

¿Qué atestiguan estos y otros hechos semejantes? ¿De qué modo se forma en el niño la necesidad interna de justificar su derecho a la obtención del premio, mediante esfuerzos que habría podido fácilmente evitarse? De manera completamente evidente esto se debe no a la manera en que se haya entendido la tarea, e incluso no estriba tampoco en la comprensión de la situación general. Una persona que no sea psicólogo diría sencillamente: esta no es una cuestión de inteligencia, sino de amor propio. Y esto, probablemente disgustaría al psicólogo científico, ya que la psicología tradicional no tiene nada que hacer con categorías tales como el amor propio; la psicología tradicional no dispone en general de conceptos, dentro de los cuales pudie-

ran ser expresados psicológicamente las categorías éticas —lo cual no es óbice para que pretenda dar claridad psicológica a las cuestiones de la educación.

Toda la dificultad que para el análisis psicológico tradicional representan estos hecho sencillos, consisten en que caracterizan la conciencia del niño pero no a través de la óptica de sus "funciones" que no están determinadas por las significaciones que tienen para él el objetivo, las condiciones de la acción, los requerimientos del experimentador, etcétera. Y mucho menos pueden ser explicadas a través de sus emociones. El quid de su comprensión radica en las particularidades de los motivos de la actividad, en la esfera de los motivos: estos son determinados por el sentido que tenga para el niño la tarea dada, la situación dada.

Desde el punto de vista psicológico, la imposibilidad de identificar el sentido con la significación es tan evidente, como la imposibilidad de reducir las categorías éticas a aritméticas. Semejante tipo de reducción forma dentro de la psicología la base teórica del intelectualismo; dentro de la ética este enfoque determina la base de aquella moralidad, basada en la Aritmética —Hertzen— "que creó para sí la burguesía".

La segunda cuestión general que plantea ante la investigación psicológica de la conciencia el análisis de los factores mencionados, se relaciona con el problema de la dependencia de los propios procesos intelectuales con respecto a la motivación de la actividad. Esta dos cuestiones se expresan, sin embargo, en el contexto de los hechos señalados, en forma extremadamente simple y no rigurosa: como el problema de la aplicación o no aplicación de un método adecuado en la resolución de la tarea. Para darle rigor científico al análisis de esta problemática, es necesario hacer más compleja la situación dada. Por esa razón, sólo ulteriores investigaciones dedicadas al dominio de la significación por el sujeto, pueden revelar más detalladamente la dependencia real que aquí existe. Y así fue posible, por ejemplo, demostrar que solamente ante la presencia de motivos propiamente cognoscitivos es factible realmente, y no de manera meramente formal, dominar las operaciones del pensamiento teórico. En caso contrario, estas operaciones, al igual que los mismos conocimientos teóricos con los cuales está relacionada su forma-

ción, serán asimiladas sólo formalmente, en contraposición a lo que aparenta tener lugar dentro de la interpretación simplificada corriente del formalismo en la enseñanza.[1]

En el presente artículo no vamos a ocuparnos del intelecto. Esta es una tarea especial. Para nuestros fines, basta con mencionar solamente la tesis psicológica general, relacionada con la citada dependencia: el surgimiento de nuevos motivos que originen nuevos sentidos también revela posibilidades nacientes en la esfera de intelecto. Esta tesis aparece bien formulada en las palabras de L. Feuerbach: "aquello por lo cual esté abierto el corazón no puede constituir un secreto para la razón".

*10*

El asunto de la concientización del aprendizaje, visto desde una óptica psicológica, se ha convertido para nosotros en un problema en cuanto al sentido que adquieren para el niño los conocimientos que aprende. Por consiguiente, el hecho de qué representan para el niño estos conocimientos y cómo se asimilan, debe determinarse por los motivos concretos que lo impelen a estudiar.

Digamos, que un niño esté preparando su tarea sobre Historia porque hasta que no la haga no le permitirán ir al cine. Digamos ahora, que él la realice no en virtud de lo antes dicho, sino porque desea obtener un cinco en su evaluación; vayamos más lejos en nuestras disquisiciones y admitamos que el niño esté motivado por el propio contenido de la materia; y finalmente supongamos, que en el estudio de la Historia el niño vea el camino hacia su futura profesión y esto lo impulse a estudiar tenazmente. ¿Serán iguales en todos los casos los resultados del estudio? Evidentemente, no. La diferencia aquí estribará no sólo en el aprovechamiento del estudio, sino también en el grado de su concientización, en la importancia que tengan para el niño los conocimientos asimilados, en el lugar que estos ocupen dentro de la vida de su personalidad y en su sentido que adquieran para él.

Veamos la cuestión más sencilla, la primera, acerca de la dependencia del aprovechamiento de la enseñanza respecto al sentido que tenga para el niño lo estudiado.

[1] BOZHOVICH, L. I.: "Sobre la naturaleza psicológica del formalismo de los conocimientos escolares", en *Pedagogía soviética*, no. 9, 1945.

Esta problemática por lo regular es planteada como la cuestión acerca del papel que desempeña el interés en la enseñanza. Mientras más interesante sea para el niño el material de estudio, más fácilmente lo aprenderá y recordará. El problema del interés, así como el problema de la atención, pertenecen al ámbito de los problemas psicológicos más importantes para la pedagogía práctica. Pero, al igual que el problema de la atención, este requiere un análisis ulterior, dado que, como la atención, el interés no es más que un fenómeno cuya esencia y fundamentación aún están por ser halladas. La tarea en cuestión es la siguiente: si el aprovechamiento depende del interés, ¿qué determina en este caso al propio interés?

Los intereses regularmente se relacionan con las emociones, con las necesidades; en ocasiones, se intenta hallar dependencias entre el pensamiento y los intereses, mayormente sustentadas por la crítica a las teorías "unilaterales", sin encontrar, no obstante, ninguna solución positiva al problema.[1] Por esto, naturalmente, la pedagogía del interés se limita a recomendaciones insuficientemente analizadas, cuya validez la demuestra fácilmente la práctica de trabajo de los maestros de la pedagogía, con el agravante de que se hace extremadamente difícil enseñar a otros pedagogos a valerse de las mismas. Este es un hecho de dominio general y por lo tanto no es necesario traer a colación ningún ejemplo. El asunto radica precisamente, en que permanecen ocultas las relaciones, dentro de la propia actividad del niño, que sirven de substrato al fenómeno del interés, las únicas que permiten una dirección real.

Para poder apreciar estas relaciones se debe hallar e investigar las formas de dirección de los intereses ante condiciones de fácil detección de las mismas. El trabajo con los niños en instituciones no escolares es el que garantiza en grado sumo estas condiciones. En dos investigaciones experimentales colectivas amplias realizadas por nosotros, una de las cuales se efectuó en el Palacio de los Pioneros de Jarkov (1933-1934); y la otra en el Parque de la Cultura de Moscú "Gorki" (1935), nos planteamos

[1] Es característico que S. A. Ananin en su conocido artículo llegara a la conclusión de que "no existe el estado de interés como tal". (Véase en su libro: *El interés por el estudio de la psicología y de la pedagogía modernas*. Moscú, 1915.) De este modo el problema del interés divide también en este sentido la suerte del problema de la atención, la cual, al igual que el interés, puede convertirse en el principio explicativo fundamental, o negarse completamente.

la tarea de realizar partiendo del análisis teórico de la estructura de la actividad, la dirección práctica de la tendencia infantil hacia unos objetivos u otros, en la cual objetivamente se manifestaba el interés.

Ante todo, tuvimos la posibilidad de convencernos una vez más, de que, como ya fuera demostrado experimentalmente por P. Symonds y D. Chase,[1] la mera conciencia de la significación objetiva de una materia u otra resulta suficiente para que surja un interés por ella (dentro de la acepción psicológica de este término); y de que, por el contrario, el interés puede crearse fácilmente por medio del cambio de la estructura de la actividad, en particular mediante el cambio de su motivo.

Presentamos algunos hechos, tomados de estas investigaciones. Constituyó una deficiencia del trabajo sobre aeromodelismo que realizamos en el Palacio de los Pioneros, el hecho de que los niños más pequeños, a despecho de lo sugestivo que les resultaba la fabricación de los modelos de aviones, no manifestaron sin embargo suficiente interés por las informaciones teóricas necesarias para construir conscientemente los mismos. Efectivamente, resultó, que el grupo de incipientes aeromodelistas, realizando con empeño y dedicación el trabajo de doblar las partes del fuselaje, etcétera, se interesaba muy poco por la teoría de la navegación aérea, muchos no pudieron responder correctamente a la pregunta de por qué el avión se mantiene en el aire, qué es la "resistencia frontal" y el "ángulo de ataque", por qué el modelo de avión puede caer en el suelo antes de que su motor deje de funcionar, etcétera. Ninguna labor de estimulación para hacer analizar la necesidad de comprender los fundamentos teóricos de la navegación aérea obtuvo éxito alguno, e incluso, al leer literatura popular sobre aviación, los niños "extraían" para sí de esa lectura exclusivamente las informaciones técnicas de carácter práctico.

La tarea que nos habíamos propuesto era depertar en los jóvenes aeromodelistas un interés activo por los fundamentos físicos del vuelo. Después de algunos tanteos exploratorios, el trabajo del grupo experimental se replanteó del modo siguiente: en lugar de la tarea original —confeccionar del mejor modo el modelo— se

[1] SYMONDS, P. y D. CHASE: "Practice versus Motivation" en *Journal of Educational Research*, no. 1, 1929.

planteó a los niños una tarea algo distinta; "volar" lo más rápidamente posible una determinada distancia en línea recta, con ayuda del modelo construido para ese fin. Todos construyeron sus modelos —parte de las piezas se les dio ya ensambladas, lo cual comportaba una economía de tiempo—, después, en días prefijados, a todos se les permitió igualmente realizar lanzamientos "de prueba", cuyos resultados eran constatados sucesivamente en una pizarra. De este modo, una vez ya armados los modelos, se realizó el primer lanzamiento, el cual naturalmente, arrojó resultados diferentes en los distintos jóvenes constructores, que pudieron ser precisados por la longitud de la distancia que recorría el modelo. Acto seguido, después de cierto receso, concebido para la preparación y perfeccionamiento de los modelos, fue repetido el lanzamiento y sus resultados eran sumados con los primeros; y así sucesivamente, hasta que algún modelo llegara a "volar" cierta distancia de longitud determinada.

Es claramente comprensible, que el replanteo experimental de la actividad de los aeromodelistas originó un cambio extraordinariamente notable en los intereses. Naturalmente los niños aceptaron esta segunda tarea con el mismo entusiasmo que la primera; sin embargo, a diferencia de la primera, esta, como actividad impelente (es decir, como motivo), implicaba la necesidad de plantearse tales objetivos, que ya eran objetivamente de carácter teóricos, cognoscitivos. ¿Por qué el modelo se eleva bruscamente y luego cae sin avanzar siquiera dos metros? ¿Qué se debe variar en él con vistas al próximo lanzamiento? Resulta, que es necesario reducir el ángulo de ataque. En la pizarra el instructor traza las flechas que representan los vectores: adelante, arriba y abajo; unas flechas aumentan de tamaño, mientras otras disminuyen; está claro que ante estas condiciones el avión indiscutiblemente debe caer. Todo esto es muy interesante. Ahora, cuando las manos del joven constructor construyen el modelo, él tiene presente en su mente la correlación entre dichas flechas vectores.

Por el análisis de los materiales de la investigación realizada en el parque con los niños puede apreciarse el notable efecto alcanzado en la creación de intereses infantiles. Como resultado del cambio realizado en el trabajo con los aeromodelistas que acabamos de explicar, se obtuvieron los datos siguientes: el nú-

mero promedio de niños incorporados al trabajo de aeromodelismo diariamente —se tomó el promedio de doce días—, aumentó de 6,6 a 40,7.

Resultados igualmente evidentes fueron obtenidos por G. L. Rozengart en la "Casa del joven técnico del parque", como resultado de un experimento con cientos de niños visitantes. Esta tarea perseguía una doble finalidad: el mantener por más tiempo el interés por el ciclo general "Magnetismo" en el laboratorio electromecánico y crear un interés por los afiches, con explicaciones teóricas que regularmente no habían leído los niños. Las conclusiones cuantitativas fueron las siguientes: antes del replanteo del trabajo la cantidad de niños que mantenían su atención sobre los objetos del ciclo menos de 3 minutos, constituía aproximadamente un 60 %; de 3 a 5 minutos, un 30 %; y más de 5 minutos, un 10 %. Después del replanteo —mas sin variar los propios objetos—, la cantidad de niños que mantenían su atención sobre los objetos del ciclo menos de 3 minutos, constituyó un 0 %; de 3 a 5 minutos, un 5 %; de 5 a 10 minutos, un 15 %; de 10 a 20 minutos, un 50 % y más de 20 minutos, un 30 %. Es obvio, que en el segundo experimento ya se aglutinaban en derredor de los afiches grupos grandes de niños.

La validez de estos datos no ofrece lugar a dudas, ya que las condiciones creadas para este trabajo eliminaban la influencia de factores extraños adicionales; los niños entraban y salían libremente del pabellón, dentro del cual nada podría haberlos retenido, como no fuera el interés por el ciclo que se exponía. Esto explica el número relativamente alto —el 60 % — de niños que permanecieron menos de 3 minutos en el pabellón, antes de la reconstrucción del experimento; por otra parte, es muy significativo el aumento brusco del tiempo de permanencia alcanzado después de la reconstrucción del experimento.

La conclusión teórica de estas investigaciones es tan clara como sus resultados reales. El motivo surgido crea una disposición para la acción. Esto es evidente. Sin embargo, determinado tipo de motivos, como por ejemplo, los motivos cognoscitivos, presuponen sistemas muy complejos, de muchas acciones; y por consiguiente también, la búsqueda, la intelección de muchos objetivos, que, naturalmente, no están dados previamente. Por eso, la tendencia general que crean esta serie de motivos, es

mucho más amplia que la tendencia de una acción tomada aisladamente, o de un solo objetivo. Este amplio círculo de tendencias es precisamente el círculo de interés en cuestión. Por consiguiente, hacer algo interesante, quiere decir: 1) hacer el motivo activo o crear nuevamente un motivo determinado y 2) estimular la búsqueda de los objetivos correspondientes. En otros términos, para despertar el interés es necesario no señalar el objetivo para luego tratar de justificar motivacionalmente una acción encaminada en la dirección de ese objetivo, sino que por el contrario, se debe crear el motivo para después mostrar la posibilidad de encontrar el objetivo (por lo general, mediante todo un sistema de objetivos intermedios o "indirectos") dentro de un contenido objetal determinado. De este modo, la actividad que despierte un interés es aquella en la cual la esfera más o menos esbozada de sus acciones, constituya acciones que abarquen por completo la actividad de manera directa. Un interesante objeto de estudio es aquel que llegue a ser "una esfera de objetivos" en el educando, en relación con determinado motivo que lo impela a actuar. Si se satisface esta condición, será precisamente el contenido esencial de la materia dada, lo que ocupe el lugar estructural del objetivo de la actividad didáctica del educando; dicho contenido será, por consiguiente, realmente concientizado y de fácil recordación (P. I. Zinchenko).

Mas, por supuesto, determinada materia de estudio puede interesar al alumno de distinta manera. Distintos contenidos pueden manifestarse para él como lo esencial, como el objeto realmente concientizado, esto dependerá del motivo que le confiera sentido al estudio de la materia en cuestión. Por eso, la investigación de los intereses no puede limitarse a revelar solamente las relaciones formales, estructurales de la actividad; indefectiblemente exige penetrar en la esfera motivacional, que determina cualitativamente los intereses desde el punto de vista de su sentido interno.

*11*

Y así, todo nos conduce a una misma y muy sencilla idea, a la idea de la dependencia de los contenidos cognoscitivos de la conciencia respecto a las relaciones para con lo concientizado.

Esta es una idea vieja, pudiéramos decir que clásica, dentro de la pedagogía. Y la tarea del psicólogo, naturalmente, no estriba en, "fundamentarla", sino en desplegarla desde el punto de vista psicológico-concreto.

Lo que ya hemos descubierto nos permite enfocar de otra manera esta idea en uno de sus más importantes puntos, en lo tocante a la vía de formación de la concientización, de la conciencia como relación.

El requisito que se desprende del principio del aprendizaje consciente, incluye en sí el requisito de la clara comprensión por el niño del porqué es necesario estudiar. Es menester que el niño comprenda que debe estudiar para llegar a ser miembro integral de la sociedad, un constructor digno de la misma, un defensor de su Patria, etcétera, que el deber del niño es estudiar. Esto sin discusión y categóricamente debe ser así. No obstante, el requisito del carácter consciente es todavía algo abstracto. Es algo abstracto por el hecho de que reduce toda la cuestión al problema de la comprensión del conocimiento por el niño, de la razón por lo cual debe estudiar, en realidad, la comprensión de esto constituye sólo una premisa, una condición para el aprendizaje consciente.

Es posible explicarle al niño ¿por qué debe estudiar? Por supuesto que sí, y hay que hacerlo además a plenitud, en detalle. En efecto, incluso el pequeño escolar es capaz de comprender, de hablar con convicción acerca de este tema.

Sin embargo, el asunto aquí no estriba en comprender, en conocer la importancia de lo que se estudie; lo que caracteriza a la concientización, a la conciencia como relación no es esto, sino el sentido que adquiere lo estudiado para el niño. La no discriminación, la amalgama de lo uno y de lo otro, constituye no solamente una falacia desde el punto de vista psicológico, sino que origina además, en la práctica, el formalismo "intelectualista".

Los alumnos de los grados primero y segundo saben para qué estudian, el porqué, en general, se debe estudiar. Mas, ¿acaso este conocimiento realmente los hace escuchar con atención al maestro y realizar cuidadosamente sus tareas? No, no es así. Realmente ellos son impelidos a estudiar por otros motivos; puede ser que un alumno quiera sencillamente aprender a leer, escribir

y contar; puede ser que otro desee obtener un cinco; a un tercero podría interesarle el mantener su reputación en la familia, en la clase, ante los ojos del maestro.

¿Qué es lo que confiere sentido a lo que estudie el niño: lo que le hace comprender la necesidad de estudiar, o los motivos reales de su estudio? Conforme a nuestro postulado general, la relación del objeto directo de la acción respecto al motivo de la actividad, dentro de la cual está insertada dicha relación, es lo que nosotros denominamos sentido. Esto quiere decir, que el sentido que adquiere para el niño el objeto de sus acciones didácticas, el objeto de su estudio, se determina por los motivos de su actividad didáctica. Este sentido también caracteriza el aprendizaje consciente de conocimientos por el niño. Por lo tanto, no basta con que asimile la significación del objeto dado, indiferentemente de que lo haga en forma teórica o práctica, es necesario además, que en él se produzca una relación adecuada con respecto a lo estudiado, es necesario educarlo en esa relación. Sólo si se satisface esa condición, los conocimientos adquiridos se convertirán para él, en conocimientos vivos, serán "órganos de su individualidad" genuinos y, a su vez, determinarán su relación respecto del mundo.

Si abordamos la cuestión del carácter consciente en su forma más general, entonces no hay que plantearla así, por ejemplo: ¿es capaz un niño de entender qué es la Patria?, sino como lo planteara Dobroliubov: ¿puede un niño "meter dentro de sí a la Patria"? Esta diferencia en la forma externa verbal de expresión encubre otra diferencia interna, que atañe a la conciencia. "Meter dentro de sí" no es lo mismo que entender. En efecto, ¿qué es entender y sobre qué base se juzga corrientemente el entendimiento? Sobre la base de la habilidad que tenga el alumno para relatar o escribir el contenido de un determinado tema. Pero, esta habilidad no constituye todavía una prueba de que lo relatado o escrito ha devenido algo interno para el alumno, "se ha metido" dentro de su personalidad.

A. S. Makarenko exigía con razón, no contentarse con las palabras, sino comprobar lo que está oculto tras ellas. "Cuando algún niño escolar dice que los guardafronteras deben ser valien-

tes y que él también desea ser valiente, y considera que debe ser valiente, ¿comprobaron ustedes si era él valiente o cobarde?"[1]

A manera de ilustración sobre este tema voy a utilizar la cuestión de qué cosas pueden llegar a ser para el niño conceptos tales, como el de la Patria o el valor. Esta es una cuestión que atañe más bien a la esfera de la educación; y, pudiera ser, que en lo tocante a la enseñanza, a la adquisición de conocimientos —por ejemplo, sobre Matemática o Física— el problema del sentido no tenga en general razón de ser, ya que en este caso se trata solamente del logro de conocimientos, del dominio de las significaciones. Esta es una idea absolutamente errada. Tanto en Matemática como en Física los conocimientos pueden aprenderse de tal manera, que resulten conocimientos muertos y que permanezcan muertos hasta que la propia vida no reclame de ellos, por supuesto, si para esa fecha ya no han desaparecido completamente de la memoria del educando. En efecto, uno de los alumnos de séptimo grado nos decía que a él todavía no se le había presentado "el caso preciso" en que tuviera necesidad de valerse de los conocimientos de Física que había adquirido.[2]

Por supuesto, también en el dominio de las asignaturas escolares — como en el dominio de todo conocimiento en general, al igual que en el dominio de la ciencia— lo decisivo es el lugar que en la vida del individuo ocupe el conocimiento, si constituye este para él, una parte de su vida real o solamente una condición externa, impuesta desde afuera. "Es necesario vivir la ciencia —escribía Hertzen— para no asimilarla formalmente";[3] e igual dentro de la enseñanza, para aprender un material algo más que formalmente, no basta con "pasar" por la enseñanza sino que esta debe ser "vivida", debe entrar a formar parte de la vida del educando, debe tener para él, un sentido vital.

Esto es también así, incluso en la educación de los hábitos, en la inculcación de sencillos hábitos motores. No es posible dominar como es debido las formas de combate a bayoneta cala-

[1] *Notas científicas del Instituto Pedagógico de Jarkov.* t. 6. p. 5, 1941.

[2] BOZHOVICH, L. N.: "Sobre la naturaleza psicológica del formalismo de los conocimientos escolares", en *Pedagogía soviética,* no. 9, 1945.

[3] HERTZEN, A. I.: *Obras escogidas en treinta tomos.* t. 3. p. 68. Moscú, 1954.

da, si no existe para ello una disposición interna obrando a manera de motivo y toda la preparación combativa se presenta reducida a la fría técnica de los "pinchazos profundos" y los "pinchazos cortos", los "tajos hacia arriba" y los "tajos hacia abajo". Aquí es incluso útil el clásico "enardézcanse" que a lo largo de los siglos han exigido a sus soldados todos los jefes de unidades rusas.

La interpretación intelectualista de la concientización es no solamente abstracta, como ya he señalado, sino también profundamente metafísica porque está privada de la idea del desarrollo.

Ella no ofrece ninguna perspectiva, no postula en relación con la concientización ningún sistema de tareas educativas concretas sucesivas; los requerimientos que de ella se desprenden son en esencia los mismos, tanto para los alumnos de primer grado, como para los de décimo grado. Sin embargo, el niño puede estudiar de manera consciente en el primer grado de la enseñanza primaria, puede seguir siendo un alumno consciente en los grados superiores de la escuela y, finalmente, llegar a ser un estudiante igualmente consciente en un centro de enseñanza superior; y de todos modos, este carácter consciente de su aprendizaje será distinto en los distintos niveles de enseñanza. Esto es evidente. Por consiguiente, las tareas correspondientes en cuanto a la educación de una disposición consciente hacia el estudio, hacia la materia estudiada, serán distintas para los distintos niveles de desarrollo, con respecto a los niños de diferentes edades. Darle una respuesta perspectiva a la educación del carácter consciente quiere decir hallar estas tareas. Y esto exige que sean expresadas no en términos de resultado final, sino en términos de desarrollo. Ahora ya sabemos, que ellas deben plantearse como tareas de desarrollo, de educación de los motivos de estudio. Sabemos además, que los motivos se forman dentro de la vida real del niño; la unidad de la vida se corresponde con la unidad de la esfera motivacional de la personalidad, por ello los motivos no pueden desarrollarse aisladamente, sin relacionarse entre sí. Nuestra labor, por consiguiente, debe dirigirse a la educación de los motivos de estudio en relación con el desarrollo de la vida, con el desarrollo del contenido de las relaciones vitales reales del niño; sólo si se satisface esta condición, las tareas planteadas serán lo suficiente concretas y, lo que es más importante, reales.

Y así, la enseñanza, los conocimientos adquiridos se educan, y esto no se debe subestimar. Mas, para que los conocimientos puedan ser educados, debemos educar la relación que deberá establecerse con respecto a dichos conocimientos. En esto estriba la esencia de la concientización del estudio.

Un pensador ruso del siglo XVIII, notable por su penetración psicológica y que pasó muchos años de su infortunada vida ejerciendo como maestro en casas particulares, Grigori Vinski, señalaba con tristeza, que en la Rusia de su época "la enseñanza casi en todas partes era entendida como educación". Y más adelante decía así: "Oh, padres, madres y todos aquellos de quienes dependen los niños, dense a la bienhechora tarea de buscar la diferencia entre la educación y la enseñanza, después enseñen." Y finalmente, con la genuina penetración que le caracteriza escribió: "la educación es un atributo distintivo del hombre, no así la enseñanza que no es completamente ajena a las otras criaturas".[1]

En estas palabras se encierra una idea muy importante y profunda.

[1] VINSKI, G. S.: *Mi época.* Notas. pp. 9, 18-19, 1914.

Este libro ha sido impreso en el Establecimiento 06, "René Meneses" del Comb. Poligr. "Alfredo López" en el mes de junio de 1983, Año del XXX Aniversario del Moncada.